
UN THRILLER PSICOLÓGICO DE
PHILIP ANTHONY SMITH
LA
COARTADA
PERFECTA
TODA BONDAD TIENE UN PRECIO.
TÍTULO ORIGINAL: THE PERFECT ALIBI

Table of Contents

PRÓLOGO
PRIMERA PARTE
LA CASA
EL PATINAZO
EL GATO
LA APP
EL PRECIO
LA RECOMPENSA
LA GRIETA
LA BUENA ACCIÓN
EL DESPIDO
EL BRUNCH
LA ALARMA
LA ÚLTIMA COPA
SEGUNDA PARTE
EL FRÍO
LA PALABRA
LA PETICIÓN
EL PACTO
LAS BOLSAS
LAS TIENDAS
LA COMISARÍA
EL VÍNCULO
EL JACUZZI
EL PISO
EL CAFÉ
EL JARDÍN
EL BANDO
EL HUMO
TERCERA PARTE
LA SALA
EL CANTO
EL TRAYECTO
LA SOPA
LA LUZ
LA PREGUNTA
CUARTA PARTE
EL CHOQUE
EL GUIÓN
EL SUSURRO
LA CORREA
EL RÍO

QUINTA PARTE
LAS SIRENAS
EPÍLOGO

LA COARTADA PERFECTA

DE PHILIP ANTHONY SMITH

.

ÍNDICE

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE
LA CASA
EL PATINAZO
EL GATO
LA APP
EL PRECIO
LA RECOMPENSA
LA GRIETA
LA BUENA ACCIÓN
EL DESPIDO
EL BRUNCH
LA ALARMA
LA ÚLTIMA COPA

SEGUNDA PARTE
EL FRÍO
LA PALABRA
LA PETICIÓN
EL PACTO
LAS BOLSAS
LAS TIENDAS
LA COMISARÍA
EL VÍNCULO
EL JACUZZI
EL PISO
EL CAFÉ
EL JARDÍN
EL BANDO
EL HUMO

TERCERA PARTE
LA SALA
EL CANTO
EL TRAYECTO
LA SOPA
LA LUZ
LA PREGUNTA

CUARTA PARTE
EL CHOQUE
EL GUIÓN

EL SUSURRO
LA CORREA
EL RÍO
QUINTA PARTE
LAS SIRENAS
EPÍLOGO

PRÓLOGO

NINA

Asesinato.

La palabra se me había quedado clavada en la mente como una esquirla de cristal.

Miré con rabia por la ventanilla del coche, viendo cómo el verde iba desangrándose hasta volverse gris mientras dejábamos el valle atrás a toda velocidad, en dirección al centro de Manchester. El cielo pendía bajo y oscuro, aplastando el asfalto mojado mientras avanzábamos en silencio. Aunque el agente que conducía había apagado las sirenas al incorporarnos a la autopista, el sonido aún me retumbaba en los oídos.

Cerré los ojos y vi su cara. Fría. Sin vida. La boca abierta, como si hubiera estado a punto de decir algo y ya no hubiera tenido ocasión. Esa imagen hizo que las esposas que me sujetaban las muñecas me apretaran más, provocándome un hormigueo en los dedos. Agité las manos dentro de la bolsa de pruebas de plástico transparente que el agente me había colocado en la escena, desesperada por recolocar la cadena aunque fuera un milímetro para ganar algo de espacio, y sentí cómo la sangre seca del dorso de las manos se me agrietaba.

Su sangre.

La sangre que me cubría cuando la policía irrumpió por la puerta. La sangre que me llenaba la boca de un sabor metálico cada vez que respiraba. La sangre tan incrustada en cada poro que ni siquiera yo podía quitármela.

Ni siquiera podía ver la mayor parte. Estaba atrapada debajo de uno de esos monos blancos de papel con los que el agente me había vestido en la escena, de los que salen en la tele, para preservar las pruebas. Pero aún podía sentirla. La ropa estaba rígida y crujía cada vez que cambiaba de postura, raspándome la piel. Los calcetines estaban limpios. Me habían quitado los zapatos con unas pinzas y los habían sellado en una bolsa como si fueran material biológico peligroso.

Me incliné hacia delante. —¿A qué comisaría me llevan?

El agente me miró de reojo por el retrovisor, pero me ignoró.

—¿Hola? —insistí.

—Longsight —gruñó.

—¿No a Gorton?

—Vaya, ¿conocemos bien las comisarías?

—Se podría decir que sí —respondí, dejándome caer en el asiento—. ¿Cuándo puedo hacer mi llamada?

—Eso no depende de mí.

Eché un vistazo por la ventanilla trasera. —¿Y adónde la llevan a *ella*?

—Eso tampoco depende de mí.

Y luego los maderos se preguntan por qué todo el mundo los odia.

Me giré en el asiento para mirar hacia atrás. El segundo coche patrulla seguía en convoy, con el capó salpicado de barro, lo bastante cerca para distinguir la silueta del conductor, pero no la del pasajero de atrás. Sabía que ella estaba allí, de todos modos, con sus propias esposas, probablemente más avergonzada de que la vieran en bata que de que la detuvieran por asesinato.

Florence.

A diferencia de mí, seguramente estaría de cháchara con su escolta, porque siempre había tenido un don para sonsacarle información a la gente, quisiera darla o no. En muchos sentidos, esa era su mayor habilidad: la capacidad de absorber información como una esponja, archivarla y luego usarla en su beneficio cuando se presentaba la ocasión. Hubo un tiempo en que admiré esa cualidad en ella, pero ya no. Ni siquiera Florence podía librarse de esta con labia después de lo que la policía se había encontrado al entrar.

El corazón me dio un vuelco cuando la radio del conductor soltó un pitido estridente.

—3-Echo-20, Control —dijo una voz.

—Adelante —respondió el conductor.

—¿Cuál es su posición? Cambio.

—Estamos llegando a Denton Island. Tiempo estimado, unos quince minutos.

—Recibido.

Pensé en Cal cuando adelantamos a un ciclomotor por el carril interior, del mismo tipo que el suyo. La agonía en su voz cuando por fin lo llamé desde el calabozo y le conté lo que había hecho. La rabia en su cara cuando vino a verme. La desolación en sus ojos cuando descubrió que le había estado mintiendo sobre todo durante semanas. Me odiaba por lo que le había hecho pasar.

Y lo peor aún estaba por llegar.

Ya había pasado por esto antes. Otro coche, otra vida, otras circunstancias, pero la misma culpa pesándome en la boca del estómago, clavándome al asiento como un ladrillo. La policía tampoco me creyó entonces. Me tacharon de fantasiosa, de mentirosa, de alguien que se había inventado una historia para salvar el pellejo, y dijeron que mi supuesta víctima, el verdadero agresor, era quien decía la verdad. Pero no era él: era yo. Y, de todas las preguntas que me daban vueltas en la cabeza, una gritaba más fuerte que las demás.

¿Cómo he llegado hasta aquí?

La última vez no tuve respuesta para esa pregunta. Pero esta vez estaba claro.

Podía rastrearlo todo hasta el principio: cada paso, cada giro equivocado, cada momento en que debería haberme marchado y no lo hice. Podía trazar

una línea recta desde la mujer que había sido antes hasta la mujer sentada en la parte trasera de este coche patrulla y ver cada punto que había pasado por alto. Sabía *exactamente* cómo había llegado hasta aquí, y de algún modo, eso era peor.

Lo que no sabía era cómo iba a acabar.

PRIMERA PARTE
LA LIMPIADORA
ANTES

1
LA CASA
NINA

Din don.

Dios, estaba de los nervios. Mientras esperaba a que se abriera la puerta, adopté la misma pose de siempre en esas situaciones: las manos entrelazadas, la barbilla baja y una sonrisa forzada para esos primeros encuentros tan incómodos. Una parte de mí quería dar media vuelta, bajar por el camino de entrada y salir huyendo en el coche, pero, como en todas las demás visitas a domicilio, estaba desesperada. Ya había probado todo lo de siempre. Había pedido recomendaciones a mis otros clientes, le había suplicado a Cal que repartiera folletos por los buzones e incluso había recurrido a hacer llamadas en frío durante un tiempo. Pero la dueña de esta casa me había llamado a *mí*, y por teléfono sonaba frenética. Ya me había convencido de que estaba hecho.

La casa en sí era una típica vivienda adosada de estilo Tudor en Didsbury. Igual que la docena que tenía a cada lado, la mitad inferior estaba construida con ladrillo rojo y la superior, con vigas negras vistas y relleno blanco. El único detalle que la diferenciaba del resto era el enorme olmo que se alzaba en el centro del jardín, tan viejo que, por lo que yo sabía, el pueblo entero podría haberse construido a su alrededor. Por desgracia, los dueños también habían optado por conservar las ventanas emplomadas originales, que eran un auténtico coñazo de limpiar.

—Venga ya... —murmuré entre dientes.

Di un respetuoso paso atrás para echar un vistazo a través del mirador en busca de señales de vida y pillé mi reflejo. Mi pelo rubio oscuro estaba empapado, pegado a la frente, y el poco rímel que llevaba había empezado a correrse con la lluvia. Peor aún, el frío intenso me había dejado más pálida de lo normal, salvo por dos círculos de un rojo vivo en las mejillas, aunque si eran por el frío o por la vergüenza, la verdad, no sabría decirlo. Supongo que tendría que echar mano de mi ingenio norteño y confiar en que el hecho de parecer un pollo mojado pasara desapercibido.

Cuando por fin abriera la maldita puerta.

Se me agotó la paciencia, así que me agaché hasta el buzón y lo abrí con un solo dedo para mirar dentro. No debería haberlo hecho, pero lo hice igualmente. Desde donde estaba, el recibidor parecía casi tan grande como mi piso entero, bien iluminado y minimalista. El calor también parecía filtrarse por la abertura, casi burlándose de mí, y traía consigo un tenue aroma a pino y madera de cedro. Casi me perdí en ese momento hasta que un par de piernas cruzó fugazmente el encuadre, así que dejé que la tapa del buzón se cerrara de golpe y me eché hacia atrás.

No la cagues, Nina.

Después de unos segundos más, la puerta se abrió de par en par y una mujer apareció en el umbral, apoyada contra él como si me estuviera bloqueando el paso. Me aclaré la garganta y adopté la postura de antes, haciendo todo lo posible por parecer profesional y no dejar ver que estaba mosqueada porque me había tenido ahí fuera bajo la lluvia tanto rato.

—Hola, señora Davies —dije, apenas en un susurro—. Soy Nina.

—Nina... —repitió, como si hasta mi nombre le planteara algún tipo de dilema—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Hablamos por teléfono... Vengo por el trabajo de limpieza.

Tardó un segundo en ubicarme. —Ah, sí —dijo, alisándose el cabello plateado hacia atrás—. Llega usted terriblemente tarde.

—¡Ay, Dios, ya lo sé, y lo siento muchísimo! —balbuceé—. El tráfico para salir de Manchester era una pesadilla... Hubo un accidente en la Mancunian Way.

Se le hundieron los hombros como si estuviera a punto de darme una mala noticia, pero no le di ocasión de soltarla.

—¡Pero ya estoy aquí! —continué—. ¿Puedo echar un vistazo a la casa?

Tras un suspiro, se hizo a un lado y me indicó con un gesto que pasara.

—Gracias —murmuré mientras me sacudía la lluvia de los hombros y cruzaba el umbral.

Ahí dentro hacía más calor que en un terrario, y me escocieron las mejillas mientras daba unos pasos por el recibidor para curiosear. A mi derecha, había una pared llena de fotografías familiares posadas en marcos elegantes, colocadas sobre una mesa de cristal. A mi izquierda, unos ganchos vacíos para los abrigos de la familia y, después, las puertas dobles que daban al salón, donde crepitaba el fuego. Justo más allá, entre las escaleras, había una lámina artística de David Bowie, mirando a cámara con gesto sombrío en blanco y negro.

—¡Vaya, tiene usted una casa preciosa, señora Davies! —exclamé entusiasmada.

—Muchas gracias —dijo mientras enderezaba una fotografía en la pared —. Aunque desde luego nos vendría bien un par de manos extra para mantenerlo todo en orden.

—¡Pues hoy es su día de suerte! —dije con una sonrisa radiante que se mantuvo hasta que vi la cara de pocos amigos que me ponía.

—Ya.

Siguió un silencio incómodo hasta que me lancé a romperlo.

—*Space Oddity* —solté de repente.

Frunció el ceño. —¿Perdone?

—Bowie —expliqué, señalando su retrato—. Ese hombre era un genio.

—Eso es de mi marido, en realidad —puso los ojos en blanco—. Insistió en ponerlo ahí.

—Claro —me reí, mordiéndome el labio—. Bueno, tiene buen gusto.

La cara de la señora Davies no se movió. —¿Continuamos? —preguntó, señalando hacia el salón.

—Eh, sí, claro.

Dios, Nina. Contrólate.

Saqué mi libreta mientras nos dirigíamos al salón. No había ni una pantalla a la vista, solo dos sofás enfrentados a cada lado de la chimenea con una mesa de centro entre ellos, y estanterías en la pared del fondo enmarcando la puerta que daba a la cocina-comedor abierta. Por mi experiencia, era una manía rara de los ricos no tener tele en el salón, como si la mera idea de tirarse en el sofá frente a algún reality fuera un pasatiempo reservado exclusivamente a los pobres.

—En realidad no usamos mucho esta habitación —explicó la señora Davies, pasando un dedo por la repisa de la chimenea para comprobar si había polvo—. Solo habrá que darle un repaso rápido de vez en cuando.

—Vale —dije, garabateando unas marcas ilegibles en una página en blanco.

—¿Lleva mucho tiempo dedicándose a esto? —preguntó.

—Desde que dejé el instituto —respondí, esbozando una pequeña sonrisa para disimular la vergüenza.

—Entonces, ¿no fue a la universidad?

Mierda, ¿eso era un requisito?

—No —me reí—. No hace falta una carrera para fregar retretes.

Mi evidente intento de broma cayó en saco roto, así que me aclaré la garganta mientras hacía más marcas sin sentido en mi libreta.

—¿Le gusta? —preguntó.

Me quedé callada un momento. —¿Que si me gusta?

Ladeó la cabeza mientras yo apretaba la mandíbula. Contarle la verdadera razón por la que me veía obligada a limpiar casas cobrando en mano habría acabado con ella poniéndome de patitas en la calle, así que me preparé para darle la respuesta de siempre.

—¡Pues sí, creo que sí! —me encogí de hombros—. O sea, es un trabajo, ¿no? Y alguien tiene que hacerlo.

Por suerte, la señora Davies no hizo más preguntas y se limitó a fruncir el ceño mientras se dirigía a la puerta de la siguiente habitación. Si buscaba una limpiadora apasionada por su vocación, había llamado al número equivocado.

—¿Vamos a la cocina? —preguntó—. Ahí es donde pasará la mayor parte del tiempo.

La seguí con entusiasmo mientras abría camino hacia la cocina. Era tan luminosa que no pude evitar entrecerrar los ojos hasta que se me acostumbraron. Todo era de un blanco deslumbrante: las puertas de los armarios, los electrodomésticos, los azulejos e incluso las encimeras de cuarzo. La pared del fondo se había tirado y sustituido por un enorme ventanal plegable que daba al espacioso jardín trasero, donde un triste

trampolín y un columpio se empapaban bajo la llovizna. Me acerqué a mirarlo más de cerca. Siempre había querido tener un jardín.

—¿Tiene hijos, Nina? —preguntó.

—Dios, no —dije, con un tono más cortante de lo que pretendía.

La señora Davies casi pareció ofendida.

—¡Aunque quizá en el futuro! —continué para suavizar las cosas—. ¿Cuántos tiene usted?

—Solo dos —dijo, apoyándose en la encimera—. Un niño y una niña.

—¡Oh! —me encogí de hombros con gesto satisfecho—. Qué bonito.

—Créame, a veces dan mucha guerra —explicó—. Es la razón principal por la que necesitamos ayuda extra aquí.

A mí me encantaban los niños, pero seamos sinceras: había un millón de razones para no tener uno. Para empezar, la sola idea de que Cal y yo criáramos a un hijo en nuestro diminuto piso me revolvía el estómago. Segundo, salían bastante caros, y nosotros apenas llegábamos a fin de mes tal y como estaban las cosas. La tercera razón, que probablemente era la más convincente, era el propio Cal. Decir que estaba preparado para ser padre era de risa, y yo no tenía claro si algún día lo estaría.

—¡No sabía que teníamos visita! —retumbó una voz masculina desde el otro extremo de la habitación.

Había un hombre en la puerta que daba al recibidor, presumiblemente el señor Davies, de punta en blanco como si acabara de llegar del trabajo. No podía negar que era atractivo, con una mandíbula marcada y una barba incipiente salpicándole la barbilla y las mejillas. Mientras se acercaba a la señora Davies para darle un beso en la mejilla y quitarse la americana, me descubrí pensando que no hacían muy buena pareja. A primera vista, él parecía bastante afable y simpático. Nada que ver con su agria esposa, que se había pasado todo el rato que llevábamos conociéndonos mirándome por encima del hombro.

—Tú eres la limpiadora, ¿verdad? —preguntó, ofreciéndome la mano.

—¡Eso es! —respondí, dándole un apretón rápido—. ¿Y tú debes de ser el fan de Bowie?

Me miró en silencio el tiempo justo para hacerme sentir incómoda.

—¡Desde luego que sí! —exclamó entusiasmado antes de que su expresión cambiara—. Dime, ¿mi mujer ha estado otra vez compartiendo sus frustraciones?

—¡No, para nada! —me reí—. Es que he visto su retrato en el recibidor.

—Sabes, tuve que pelear durante semanas para conseguir ese sitio. Mi querida esposa no es exactamente lo que se dice una melómana.

Mis ojos se fueron hacia la señora Davies, que asintió una vez con amarga conformidad.

—Bueno, es un gusto que se adquiere con el tiempo —comenté.

Oh, David. Cuánto lo siento.

—Se pasa la vida metido en el dichoso sótano escuchando ese ruido espantoso —intervino la señora Davies—. Por eso lo reformamos.

—No por decisión propia —el señor Davies se inclinó hacia mí—. De hecho, es el único sitio donde se me *permite* escuchar música.

Me reí por reflejo, pero la expresión pétrea de la señora Davies me cortó la risa en seco. Cómo no, tenía que ir yo y desenterrar una vieja discusión a los pocos minutos de entrar en su casa.

—Nina, será mejor que continuemos —anunció, fulminándome con la mirada—. Nos queda mucho por ver.

—Por supuesto —dije antes de volverme hacia el señor Davies—. Encantada de conocerte.

—¡Igualmente! —respondió él mientras cogía un periódico de la barra de desayuno—. ¡Eh, creo que esta hay que quedársela! —le gritó a ella.

Para cuando me di la vuelta, la señora Davies ya iba por la mitad del pasillo, así que corrí para seguirla.

—El baño de abajo... el cuarto de juegos de los niños... la galería acristalada... —fue enumerando, dando golpecitos en las puertas al pasar—. Y eso baja al adorado sótano de Iain.

—Oh, me encantaría...

Agarré el picaporte, pero la mano de la señora Davies en la parte superior de la puerta me impidió abrirla. Por un momento, me pregunté qué más habría ahí abajo aparte de una polvorienta colección de discos. ¿Unos cuantos Rembrandt desaparecidos? ¿Algún tipo de cámara de torturas? ¿Una mazmorra sexual? Aunque esa pareja no me daba ese perfil, nunca se sabe lo que pasa tras las puertas cerradas.

—En realidad, Nina, acabo de recordar que tenemos otro sitio al que ir, así que me temo que tendremos que acortar la visita.

Se me cayó el alma a los pies. —Pero solo serán unos minutos más, señora Davies.

Su mirada me recorrió de arriba abajo. —Mire, ya la llamaré si nos interesan sus servicios, ¿de acuerdo?

—Podría echar un vistazo al resto mientras estoy...

—No —me interrumpió, con los dedos blancos por la fuerza que hacía contra la puerta—. Es que creo que he cambiado de opinión.

Solté el picaporte y puse distancia entre nosotras. —¿Qué he hecho?

La señora Davies se frotó la nuca. —¡Nada! —se rio—. Es solo que tengo una cita.

Me crucé de brazos. —¿Ha sido porque llegué tarde?

Suspiró. —No.

—¿Ha sido por la conversación en la cocina con su marido?

Se quedó callada.

—¡No! —exclamó—. Creo que simplemente estamos buscando a alguien con un poco más de... experiencia.

Me reí a mi pesar. —¿Se refiere a alguien más mayor?

No lo confirmó ni lo negó, pero la forma en que sus ojos se desviaron hacia la cocina lo dijo todo.

Mentiría si dijera que ese tipo de rechazo no me pasaba a menudo. O sea, no era tonta. ¿Qué mujer casada quiere a una chica rubia con la mitad de sus años cerca de su marido? Yo hacía lo posible por tener *peor* aspecto para ir a trabajar precisamente por eso: apenas me maquillaba y me vestía lo más desaliñada posible. A pesar de mis esfuerzos, los únicos clientes que conseguía mantener durante un tiempo razonable o eran demasiado mayores para pensar en esas cosas o me vigilaban como un halcón cada vez que sus maridos estaban en casa. Además, tampoco es que yo anduviera buscando otro novio. Ya tenía uno, y era una auténtica pesadilla.

—Por favor, señora Davies —dije con las manos juntas—. Lo necesito de verdad.

Sonrió y señaló hacia la puerta de la calle. —Ya la llamaremos si cambia algo.

Caminé delante de ella con un suspiro, pero me adelantó en el recibidor para abrirme la puerta. Di un solo paso de vuelta a la lluvia y me giré, pero, para cuando crucé la mirada con la señora Davies, la puerta ya se me estaba cerrando en las narices.

Menuda arpía, murmuré entre dientes.

Ahí fuera no olía a madera de cedro ni a pino. Olía a desagües desbordados.

Pero al menos no iba a acabar encerrada en el sótano.

2
EL PATINAZO
NINA

Vaya, menuda tarde más perdida.

Durante un breve instante, me planteé aporrear la puerta para cantarle las cuarenta a la señora Davies y dejar las cosas claras, pero ya sabía que habría sido inútil. Estaba claro que se había formado una opinión en cuanto me echó el ojo encima, así que hice lo que haría una adulta: salir de debajo del porche y largarme de allí. La bata se me pegaba al cuerpo como un trapo mojado mientras bajaba trotando por el camino de entrada, con la cara ardiéndome incluso bajo la lluvia, todo el encuentro ya reproduciéndose en bucle en mi cabeza.

Para cuando llegué a mi maltrecho Peugeot aparcado en la calle, me temblaban tanto las manos que apenas podía pulsar el botón para abrir las puertas. Al final lo conseguí y me metí dentro, pero no era mucho más reconfortante que estar a la intemperie. El interior era bastante asqueroso, olía a perro mojado y estaba lleno de bolsas vacías de patatas y botellas de agua estancada. Cerré de un portazo y me quedé ahí sentada un momento, intentando recuperar el aliento, mirando fijamente el volante como si fuera a darme algún consejo.

Entonces se movió una cortina.

La señora Davies estaba detrás, observándome a través de una rendija como si yo fuera un gato callejero al que acababa de espantar del umbral. Ni siquiera tuvo la decencia de disimular que se me quedaba mirando; simplemente mantuvo ahí su carita avinagrada hasta que le sostuve la mirada. Cuando lo hice, ni se inmutó ni apartó los ojos. Dejó caer la cortina como una guillotina.

Lo que ella no sabía era cuánto la *necesitaba*. Sin ella como clienta, no sabía de dónde iba a salir el alquiler de ese mes, ni qué le iba a decir a Cal cuando preguntara. Después de un rechazo así, normalmente habría redoblado esfuerzos y trabajado el doble al día siguiente para encontrar a otra persona, pero estaba agotada. Había un límite para lo que podía aguantar. Estaba harta de seguir estancada mientras nuestros amigos ya tenían la vida encarrilada.

El móvil se iluminó en el asiento del copiloto, así que lo cogí, esperando que algún cliente potencial me hubiera devuelto la llamada. Pero lo único remotamente interesante entre todas las notificaciones basura era un par de llamadas perdidas de Cal y un mensaje de texto que había enviado hacía más de una hora.

Justo lo que necesitaba. Otra ronda de tostadas con queso.

—Venga, bonita —susurré mientras metía la llave en el contacto y le daba al arranque.

Aunque mi vieja todavía no me había dejado tirada, era caprichosa y a menudo necesitaba un poco de ánimo para arrancar, sobre todo con mal tiempo. Le di un toquecito cariñoso al embrague con el pie mientras giraba la llave, y cobró vida con un petardeo, mientras los limpiaparabrisas soltaban un chirrido estridente sin conseguir retirar ni una sola gota de agua del parabrisas. Después de una última sacudida de cabeza y un vistazo a los retrovisores, me incorporé al tráfico y emprendí el camino a casa, empapada y furiosa.

No tardó mucho en empezar a molestarme el mensaje de Cal. Yo había pasado el día entero fuera, dejándome la dignidad por los suelos, y él no había sido capaz de comprar algo para cenar. Tampoco esperaba una cena con velas ni nada por el estilo. Pero seguramente se había pasado el día entero tirado en calzoncillos, urdiendo otro de sus planes para ganar dinero sin tener que levantarse del sofá. No entendía que nos estábamos hundiendo, y por mucho que le suplicara que buscara un trabajo estable, siempre se las apañaba para escurrir el bulto con su labia. Decía que tenía una mente creativa y que cualquier trabajo rutinario era una tortura para él.

Nunca se le pasaba por la cabeza que para mí también podía serlo.

El móvil empezó a sonar en el asiento del copiloto cuando me pilló un semáforo en rojo, así que eché un vistazo y vi que Cal llamaba otra vez. Con un suspiro, alargué la mano, pulsé responder y lo puse en manos libres.

—¿Qué pasa? —pregunté elevando la voz.

—¿Cómo ha ido?

Por mucho que estuviera enfadada con él, necesitaba desahogarme de lo que había pasado antes de que me diera un aneurisma al volante.

—¡Fatal! —grité por encima del ruido del tráfico—. Solo me dejó ver la mitad de la puñetera casa antes de echarme.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Te echó?

—Bueno, sí, básicamente.

—¿Por qué demonios hizo eso?

Contarle a Cal que la señora Davies pensaba que a su marido le apetecía un poco de diversión no era algo en lo que me apeteciera entrar.

—Porque llegué tarde —dije al cabo de un rato.

—Mierda, lo siento. Pero seguro que habrá otras.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo? —le solté, más brusca de lo que pretendía—. Estamos en las últimas.

—¡Venga ya, Nina! ¡Saldremos adelante! —dijo con un optimismo exasperante—. Siempre lo hacemos.

La oportunidad de volver al tema de su vagancia era imposible de resistir. Sabía que no debía, pero cogí el teléfono y me lo puse en el regazo. No merecía la tortícolis.

—Podrías buscar algo, ¿sabes? —le señalé.

—¡Nena! —dijo con una media risa, como si hubiera contado un chiste —. ¡Estoy en ello!

—¿No puedes esforzarte un poco más? O sea, yo estoy aquí fuera, llamando a puertas y suplicando trabajo. Tú podrías al menos buscarte algo fijo.

—En realidad, he encontrado algo…

El testigo de combustible bajo se encendió y me distrajo un momento.

—¿En serio? —Me incliné para acercarme al teléfono—. ¿Un trabajo?

—Más o menos. Es una app y…

—Joder, no me lo puedo creer —le interrumpí.

—¿Qué?

—Estoy harta de oír hablar de apps y planes para hacerse rico de la noche a la mañana —le espeté.

—¡Esta es de verdad, te lo juro!

Ya sabía que estaba perdiendo el tiempo.

El parabrisas se empañó cuando se encendió la calefacción, así que cogí un trapo del asiento de atrás para limpiarlo mientras Cal seguía hablando. A esas alturas estaba lloviendo a cántaros y la visibilidad era prácticamente nula, tanto que casi no vi el Mercedes metiéndose en mi carril hasta el último segundo. Pisé el freno a fondo y le di al claxon de pura frustración, y el coche soltó un pitido patético en respuesta. No pude ver quién conducía a través de las lunas tintadas, pero encendieron las luces de emergencia para pedir disculpas.

—¡Pedazo de imbécil! —grité.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Cal.

—Nada, imbéciles en la carretera.

Cal hizo una pausa. —¿Has visto mi mensaje, por cierto?

—No —mentí—. No he mirado el móvil.

—No hay nada para cenar.

—Mira, he tenido un día horrible. ¿No puedes ocuparte tú por una vez?

—Pero es que está lloviendo —dijo como un niño al borde del llanto.

—Vale. Lo que sea. —Me pasé la mano por la cara—. Pararé en algún sitio.

—Eres increíble, ¿lo sabías?

Buen intento, Cal.

—Llegaré tarde. El tráfico es una pesadilla.

—Vale, pues te veo cuando llegues.

—Sí.

—Te quiero.

Aparté un mechón de la cara con un soplido. —Y yo a ti.

Entonces hice una estupidez.

Aparté los ojos de la carretera un segundo para colgar la llamada. Literalmente *un* segundo. Y para cuando volví a mirar la carretera, ya era demasiado tarde. El Mercedes de delante se había detenido en seco. Pisé el

freno a fondo. Las ruedas se bloquearon, la parte trasera se me fue, y patiné sobre el asfalto mojado hasta estamparme contra su parte de atrás.

Bang.

El sonido fue feo, metálico y definitivo. Durante un segundo, no me moví; no podía. El mundo se quedó extrañamente silencioso, amortiguado por la lluvia, y lo único que oía era el latido de mi pulso retumbándome en los oídos mientras un dolor sordo empezaba a extenderse entre los omóplatos.

—Dios mío —gemí.

Me obligué a respirar. Luego otra vez. Luego empujé la puerta y salí tambaleándome al asfalto mojado.

Ya salía vapor del capó, y mi parachoques colgaba por el suelo como una mandíbula rota. Un faro estaba hecho añicos, pero la bombilla del intermitente había sobrevivido inexplicablemente, parpadeando aunque no lo había puesto. No hacía falta ser mecánico para saber que el traqueteo que salía del motor no era buena señal, así que me asomé de nuevo al coche para arrancar las llaves del contacto.

Fue solo cuando el motor dio su último estertor cuando me di cuenta de qué más había perdido.

Sin coche. Sin trabajo. Sin dinero.

Ese pensamiento me golpeó más fuerte que el propio accidente, y se me encogió el pecho solo de pensarlo.

Por algún milagro, el Mercedes había salido mejor parado. Lo peor que pude ver desde donde estaba era una matrícula agrietada y un parachoques abollado, como si fuera demasiado caro para dejarse dañar por un cacharro como el mío.

El corazón me dio un vuelco cuando la puerta del conductor se abrió y una mujer salió, ya sujetándose la nuca. Tendría más bien cincuenta y tantos, llevaba una blusa blanca de seda y unos pantalones elegantes, y unos zapatos que estaba bastante segura de que costaban más que todos los muebles de mi piso. Apenas reparó en mi existencia mientras se dirigía a la parte trasera de su coche, recorriendo la grieta de la matrícula con la punta de un dedo de manicura impecable. Al cabo de un rato, emitió un leve sonido de desaprobación por la nariz, y luego se giró hacia mí, con una expresión indescifrable.

Mierda.

3
EL GATO
NINA

No sabía qué esperar. Si los papeles se hubieran invertido, yo le estaría gritando a la persona que acababa de empotrarse contra mi coche caro, pero ella no parecía alterada. Si acaso, se la veía tranquila y serena, abriendo la puerta del copiloto para coger el abrigo y el bolso como si fuera a entrar un momento en una tienda. Esperé en silencio, con el corazón martilleándome en el pecho, mientras se lo ponía. Solo pareció recordar que yo existía después de haberse abrigado bien, y entonces vino directa hacia mí y me puso una mano suave en el antebrazo.

—¿No te has hecho daño? —preguntó.

—Estoy un poco impresionada —dije, temblando entera—. ¿Tú estás bien?

—Igual —respondió, retirando la mano—. Nunca había tenido un accidente.

—¡Dios mío, lo siento muchísimo! —balbuceé—. La carretera estaba mojada y...

—Para —me interrumpió, levantando una mano—. Ha sido culpa mía.

Entrecerré los ojos. —Pero si *yo* te he dado por detrás a *ti*.

Suspiró. —Había un gato.

Se me abrieron los ojos de par en par. —¿Un... qué?

—¡Un gato! —dijo, señalando hacia el arcén junto a la carretera—. Cruzó corriendo, me entró el pánico y pisé el freno a fondo.

Ese habría sido el momento adecuado para confesar que yo estaba distraída con el móvil, pero algo me frenó. Abrí la boca y volví a cerrarla de golpe.

—Estas cosas pasan —dije, encogiéndome levemente de hombros—. ¿Tu coche tiene muchos daños?

—¡Olvídate del mío! —desestimó—. ¿Qué pasa con el tuyo?

—Creo que la pobre está para el desguace. —Puse una mano en el techo —. Será mejor que intercambiemos los datos.

—No —replicó de inmediato—. Podemos arreglarlo entre nosotras.

—Pero...

Antes de que pudiera protestar más, rebuscó en su bolso y sacó una tarjeta de visita, así que se la cogí y la miré. Yo encargaba mis tarjetas de visita en una web europea cutre y me las imprimían todas torcidas, pero esta era de calidad. El cartón era grueso, casi afilado en los bordes, de un blanco roto elegante, con letras color granito.

—Florence Harrow —leí en voz alta—. Harrow Developments.

—Llama a ese número mañana y te *prometo* que mi oficina lo solucionará todo —me aseguró.

La idea de cerrar algún tipo de trato chapucero al borde de la carretera me incomodaba, pero tenía pinta de ser de fiar.

—¡Eh! ¿Estáis bien? —llegó una voz atronadora desde detrás de nosotras.

Me di la vuelta y vi que un par de albañiles habían aparcado la furgoneta detrás de mi coche, y uno se asomaba por la ventanilla.

—¡Oh, estamos bien! —canturreó Florence mientras se acercaba a ellos —. Aunque unos chicos tan fuertes y apuestos no podrían ayudarnos a mover el coche, ¿verdad?

¿De dónde había salido eso?

—Pan comido —dijo él con una risilla.

Con una sonrisa pícara, Florence volvió a subirse a su vehículo y lo llevó hasta el bordillo mientras los dos albañiles saltaban de la furgoneta para empujar el mío. Yo me metí dentro para dirigir el volante mientras me empujaban hasta un sitio seguro, tiré del freno de mano y volví a bajarme.

—Os lo agradezco —murmuré.

—¿Quieres que le eche un vistazo? —preguntó uno.

—No, no hace falta. Voy a llamar a una...

Florence me cortó en seco cuando se acercó y me dio un toque con el hombro.

—Eh... sí, claro —continué—. Sería genial.

—Abre el capó —indicó.

Me asomé de nuevo al coche y tiré de la palanca para levantar el capó. Cuando se abrió con un clic, el albañil lo alzó, apartando el vapor de la cara con la mano.

—¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto? —preguntó Florence.

Se rio. —Está jodido.

Me apreté las sienes con las palmas de las manos. —¿Qué le pasa?

—Bueno, aparte de lo obvio, el radiador está partido en dos y todo el líquido refrigerante se está saliendo a chorros.

—Fantástico —comenté.

—¿Necesitas que te acerquemos? —preguntó—. Vamos hacia Manchester, si no te importa ir con éxitos de los ochenta en la parte de atrás de una furgoneta mugrienta.

Miré a Florence, casi pidiéndole permiso para irme. —Eh...

—No hace falta —intervino ella—. Yo la acerco.

—Pues muy bien —dijo mientras cerraba el capó de un portazo—. Conduce con cuidado, ¿eh?

Florence puso los ojos en blanco ante su torpe intento de gracia mientras los veíamos volver a la furgoneta e incorporarse a la carretera, tocando el claxon con alguna melodía hasta que desaparecieron entre el tráfico. Me giré hacia Florence, que tenía una pinta de frío como para pillar una pulmonía.

—No te preocupes por acercarme, ¿vale? —dije, agitando la mano en el aire—. Pido un taxi.

—¡Tonterías! —desestimó—. No acepto un no por respuesta.

—Vale —suspiré—. Solo si estás segura.

—Segurísima —dijo, apretando las llaves—. Venga, coge tus cosas y sube.

Mientras Florence se metía en su Mercedes, yo fui a la parte de atrás del mío y abrí el maletero. Cogí mi caja de productos de limpieza del asiento trasero y mi aspiradora decrépita, y lo arrastré todo hasta la parte de atrás del coche de Florence. El maletero se abrió como por arte de magia, así que lo guardé todo dentro y me dirigí al asiento del copiloto. Hacía mucho más calor en su coche que en el mío, y probablemente era más cómodo que el sitio donde yo vivía.

—¿Adónde te llevo? —preguntó una vez que me abroché el cinturón.

—Vivo en Openshaw. Cerca del estadio del City.

—Sin problema —dijo en voz baja mientras se incorporaba a un hueco en el tráfico.

Aunque ninguna de las dos habló durante unos minutos, el silencio en su coche no era incómodo como suele serlo el silencio. No se sentía como un vacío que rellenar con charla intrascendente, sino más bien medido, como si Florence me estuviera dando unos minutos para recomponerme.

O estaba decidiendo qué quería de mí.

—No me has dicho cómo te llamas —dijo sin siquiera mirarme.

—Eh... Nina —susurré—. Nina Stevenson.

—Niña pequeña —soltó de pronto.

Arqueé una ceja. —¿Perdona?

—Eso es lo que significa. Viene del español.

—¡Ah, vaya! —dije sin pensar—. No tenía ni idea.

La extraña observación de Florence volvió a matar la conversación durante unos momentos, hasta que la culpa pudo conmigo. Y entonces dije algo de lo que ya me arrepentía antes siquiera de abrir la boca.

—El accidente... no fue del todo culpa tuya —admití.

—Lo sé —dijo con naturalidad—. Estabas con el móvil.

Se me cayó el alma a los pies. —¿Qué?

La voz de Florence siguió ligera, como si estuviera hablando del tiempo. —Cuando me diste. Te vi bajar la mirada justo antes.

Apreté las manos en el regazo. Podría haber mentido. *Debería* haber mentido. Joder, la mayoría de la gente habría mentido. Pero algo en la forma en que lo dijo hacía que mentir pareciera inútil, como si ya hubiera decidido cuál era la verdad y solo me estuviera concediendo la dignidad de admitirlo. La verdadera pregunta era por qué *ella* había mentido al borde de la carretera cuando sabía que la culpa era mía.

—Sí —murmuré—. Literalmente un segundo para colgar una llamada.

Hizo una pausa. —Seguramente te estarás preguntando por qué no estoy discutiendo de quién es la culpa.

Me giré en el asiento para mirarla de frente. —Un poco, sí.

—Tendría que llamar a mi compañía de seguros... tú llamarías a la tuya...

—Ya, pero...

—Las dos dirían que teníamos razón y, al final, igual me dan la razón a mí o igual te la dan a ti.

—Sí, pero...

—Es mucho lío, ¿no te parece?

Entrecerré los ojos. —Puede.

—Es mucho más sencillo así —dijo con un tono de no admitir réplica—. ¿Con quién hablabas por teléfono, por cierto? ¿Novio? ¿Novia?

—Novio —confirmé. Me sorprendió un poco lo amarga que sonó la palabra al salir.

—¿Ah, sí? —dijo divertida—. ¿No tu marido, entonces?

—No. —Negué con la cabeza, y luego añadí, porque me odio a mí misma—: Todavía no.

Florence soltó una risa breve y sorprendida. —¿Y te estaba llamando para ver cómo estabas?

—Quería saber qué había para cenar —dije como quien no quiere la cosa —. Y luego dicen que el romanticismo ha muerto.

—Suena... encantador —dijo Florence con total ironía.

—Es que es Cal —corregí, lo cual lo explicaba todo y nada a la vez.

Condujimos un rato sin hablar mientras la lluvia azotaba el parabrisas, con sus limpiaparabrisas funcionando a la perfección. Observé por la ventanilla cómo las calles arboladas del pijo Didsbury se transformaban en el centro de la ciudad, más auténtico, mientras Florence trasteaba con la radio, pasando de emisora en emisora hasta encontrar una canción que pudiera tolerar.

—Menos mal que aparecieron esos caballeros andantes, ¿eh? —anunció Florence—. No me habría gustado vernos a nosotras dos intentando empujar tu pobre coche hasta el bordillo.

—Ya, a estas alturas estaríamos empapadas —comenté—. Los tenías comiendo de la palma de tu mano, ¿eh?

Soltó una risita. —¿Perdona?

—Cómo has conseguido que te ayudaran. Tengo que reconocer que ha sido bastante impresionante.

—A propósito —empezó, bajando el volumen de la radio—. ¿Por qué dijiste que no cuando se ofreció a echarle un vistazo?

Fruncí el ceño. —¿Eso hice?

—Sí, ibas a decir que llamarías a alguien hasta que intervine yo.

Me encogí de hombros. —¿Y?

—Y también intentaste rechazar que te acercara —continuó—. ¿Qué pasa? ¿Problemas de confianza?

Solté un resoplido seco por la nariz. —Algo así.

—¡Venga, Nina! —exclamó, apagando la radio del todo—. Cuéntame.

Era curiosa, ¿eh?

—La gente... solo hace favores porque quiere algo a cambio —expliqué.

—Yo no —dijo con firmeza.

—¿En serio? Todo eso del lío que supone... no me lo trago ni por un segundo.

Resopló como si hubiera hecho una broma. —¿No puede alguien hacer algo bueno sin que haya un motivo oculto?

—No en mi experiencia —dije por lo bajo.

Hizo una breve pausa. —¿Quieres que sea sincera contigo?

Levanté un hombro. —Sí.

—Te vi, tu bata de trabajo y tu coche, y bueno...

—¿Qué? —la corté.

—Simplemente me pareció que te vendría bien un respiro.

Era difícil discutir eso. Dejé morir la conversación cuando llegamos a un semáforo y nos detuvimos. Florence tamborileó con los dedos en el volante, y luego miró por el retrovisor mi vieja aspiradora levantando la bandeja del maletero. Sentí una punzada de vergüenza al darme cuenta de adónde iba su siguiente pregunta.

—Así que te dedicas a esto, ¿no? ¿Limpiadora? —preguntó, señalando hacia atrás con la cabeza.

—A veces —comenté.

Florence se giró para mirarme. —¿Autónoma?

Asentí con timidez.

—Y te acabas de quedar sin coche —dijo como si me estuviera leyendo el pensamiento—. ¿Qué demonios vas a hacer?

No le di una respuesta porque no la tenía, así que me limité a mirarla. El tráfico se espesó cuando el Etihad Stadium apareció en el horizonte, pero Florence no parecía estresada. Simplemente se deslizaba entre los coches, poniendo el intermitente con antelación y colándose en los huecos como si el mundo estuviera obligado a hacerle sitio.

—Openshaw —dijo finalmente, leyendo la señal de la carretera.

—Ese mismo —respondí.

La mirada de Florence me recorrió la cara de nuevo. —¿Cuántos años tienes, Nina?

¿Era esto una especie de entrevista a la que no había accedido?

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté.

—Simple curiosidad.

—Eh... veintiséis.

—¿Y Callum, has dicho?

—Veintiocho —dije—. Tirando a catorce.

Aquello no le hizo ni pizca de gracia. —¿Trabaja?

—Más o menos.

Florence esperó a que aclarase.

—Cree que está destinado a algo más grande —añadí.

—¿Algo... más grande? —repitió como si estuviera hablando en otro idioma.

—Sí, tiene ideas, pero nunca terminan de cuajar —expliqué—. Gira a la derecha aquí.

Florence hizo un pequeño gruñido mientras negociaba la curva. Giramos por una calle que era igual que todas las calles cerca de mi piso: coches abollados, ladrillo húmedo y contenedores desbordados porque el ayuntamiento solo los recogía cuando le daba la gana.

—Las ideas no pagan el alquiler, ¿verdad? —dijo tras enderezar el volante.

—Desde luego que no —dije, señalando mi humilde morada—. Ese bloque de la izquierda.

Florence redujo la velocidad al acercarnos a mi edificio, observándolo como si no hubiera visto un bloque de pisos en su vida. Por primera vez desde que se había bajado del coche en aquella carretera, parecía un poco fuera de lugar.

—Bienvenida al paraíso —anuncié.

—¿Aquí está bien? —preguntó.

—Sí, gracias —dije, forzando una alegría que no sentía.

Se tomó un momento para ordenar sus pensamientos, ladeando la cabeza mientras apagaba el motor. —Antes de que desaparezcas, devuélveme esa tarjeta.

Con cierta reticencia, metí la mano en el bolsillo y se la devolví. Pensé que había cambiado de opinión sobre todo el asunto hasta que cogió un bolígrafo de la consola central y anotó un número de móvil en el dorso.

—No te molestes en llamar a la oficina —indicó, devolviéndomela—. Llámame directamente.

—¿Por qué?

—Bueno, creo que podría necesitar a una mujer con tus talentos.

—¿Talentos? —me burlé.

—Limpieza —deletreó.

—Espera, ¿me estás contratando?

—Pensaba que era obvio. —Se rio—. Eres de la zona y estás disponible. ¿Cuál es el problema?

—¿En serio? —dije, boquiabierta—. ¿Después de todo?

—Mira, no es un favor, ¿vale? Nuestra última limpiadora se largó de la noche a la mañana, así que nos vendría bien la ayuda. Y además, parece que a ti te vendría bien el trabajo.

No le faltaba razón.

—Florence, no sé qué decir.

—No tienes que decidirte ahora. Solo llámame a primera hora.

—Hecho —dije, asintiendo con entusiasmo—. Lo haré. Gracias.

Florence pulsó el botón que abría el maletero, así que salté de nuevo al temporal para recoger mis cosas. Para cuando lo tuve todo en la acera, ella había bajado la ventanilla del copiloto y me hacía señas para que me acercara.

—Mira, espero no estar pasándome, pero ¿puedo darte un consejo?

Me encogí de hombros automáticamente. —Claro.

Miró hacia arriba, hacia mi piso, y tomó aire antes de hablar.

—La vida es demasiado corta para perder el tiempo con hombres que no lo merecen.

No salí en defensa de Cal. No fue porque no quisiera. Fue porque el breve destello de tristeza en los ojos de Florence me desarmó por completo.

—Hablamos mañana —añadió antes de arrancar el motor y desaparecer por donde habíamos venido.

4
LA APP
NINA

No sabía muy bien qué sentir respecto a Florence mientras arrastraba los pies al entrar en mi edificio.

Sobre todo, estaba eufórica. O sea, *por fin* había conseguido una clienta nueva, y teniendo en cuenta que ya me había estampado contra la parte trasera de su coche, había pocas posibilidades de que hasta yo pudiera fastidiarlo. A juzgar por su coche y por lo despreocupada que era con el dinero, tenía que ser megarrica y tener una casa enorme, así que podría sacarle un día de trabajo a la semana. Quizá hasta dos. Y luego estaba su empresa, Harrow Developments. Sonaba a algo relacionado con casas, y yo las limpiaba. ¿Quién sabe adónde podría llevarme eso?

En cuanto a las señales de alarma, bueno, eran difíciles de ignorar. Era peculiar, obstinada y quizá un poco entrometida, pero toda la gente rica es así, ¿no? Y luego estaba el accidente en sí y su crítica de mi relación. Cuando Florence me preguntó si quería un consejo, no sabía qué esperar, pero desde luego no aquella cosa tan rara que dijo. No dejaba de repetírmela mientras cargaba con mis cosas hacia el edificio: *la vida es demasiado corta para perder el tiempo con hombres que no lo merecen*. Florence obviamente se regía por unas reglas distintas a las del resto, pero mentiría si dijera que no la admiraba un poco.

—¡Nina! —oí exclamar a una voz cascada al entrar en el vestíbulo.

El señor Powell estaba esperando junto al ascensor, un vecino nuestro, pulsando el botón de llamada. A pesar de rondar los setenta y muchos, se apresuró a intentar ayudarme con mi aspiradora vintage, pero lo rechacé con un rápido gesto de cabeza.

—Señor Powell, ¿cómo le va? —pregunté mientras me colocaba a su lado junto al ascensor.

—Oh, ya sabes —refunfuñó—. Uno va tirando, ¿no?

Sonreí asintiendo. —Así es.

Aunque intentaba disimularlo, no era el mismo desde que murió su mujer. Yo intentaba ayudar cuando podía, y a menudo me pasaba por su piso para darle un repaso rápido y asegurarme de que tenía comida en la nevera.

—¿Qué tal el joven Callum? Hace tiempo que no lo veo.

—Ya, claro que no. Apenas sale del piso.

—¿Sin suerte con la búsqueda de trabajo, entonces?

—Nop —suspiré—. Todavía no.

—Ya encontrará algo pronto, hija —dijo, posando una mano tranquilizadora en mi hombro—. Siempre puede trabajar contigo, ¿no?

No pude evitar reírme. —Creo que preferiría clavarme alfileres en los ojos.

Soltó una risa seca y volvió a pulsar el botón del ascensor, pero no se iluminó.

—Déjeme a mí —dije, acercándome—. Tiene su truco.

Prácticamente le di un puñetazo al botón con un nudillo, y las puertas se abrieron con un traqueteo.

—Sube tú en este, hija —ofreció el señor Powell—. Yo no tengo prisa.

—Gracias —dije, arrastrando mis cosas al interior—. Me paso el lunes por la mañana para darle un repaso al piso, ¿vale?

—¡Eres una joya, Nina!

—¡Ya lo sé! —canturreé, poniendo mi mejor cara antes de que las puertas se cerraran entre nosotros.

El ascensor tardó un minuto o así en subir hasta mi planta. No había ventanas en el pasillo, y la mitad de las luces estaban fundidas o hacían ese zumbido insoportable que me hacía rechinar los empastes. No es que quisieras ver la decoración. El papel pintado, de hacía décadas, se despegaba en tiras, y la moqueta era mucho más vieja que yo. Aunque Cal bromeó cuando nos mudamos con que ya nos acostumbraríamos al olor, yo nunca lo hice. Era más desconcertante que otra cosa: ni húmedo ni polvoriento, pero de alguna manera ambas cosas a la vez.

Uno de los otros vecinos se puso a toser como si fuera a echar los pulmones en un piso contiguo cuando pasé por delante, pero quedó ahogado por una bronca a gritos que estalló en el piso de enfrente. A mí me entraron ganas de discutir yo también cuando vi el puñado de folletos de comida a domicilio asomando de nuestro buzón como una lengua no deseada. Los arranqué antes de meter la llave en la cerradura, y ya podía oír el jaleo familiar de gritos y disparos amortiguados que venía del interior.

—Ese maldito juego... —murmuré para mis adentros mientras cruzaba el umbral y cerraba la puerta tras de mí—. ¿Cal?

Hogar, dulce hogar.

Si yo fuera agente inmobiliaria, describiría nuestro piso como básico. Tenía todo lo que cualquiera podría desear: un baño con moho, un dormitorio gélido en invierno e insoportablemente caluroso en verano, una cocina mediocre y un salón en el que no cabía ni un gato. Fui a la cocina a tirar la publicidad sobre la encimera, pero vi la pila de platos en el fregadero y me entró un cabreo instantáneo.

—¿Cal? —grité.

—¿Qué? —gritó él de vuelta.

—¡Ven aquí!

—Salgo en un minuto, nena.

Irrumpí en el dormitorio. Efectivamente, estaba encaramado al borde de la cama, con los hombros encorvados, chillándole a la tele como si algo de aquello importara.

—No he traído nada para cenar —admití.

Sus ojos volaron hacia los míos un segundo, y luego volvieron a la pantalla. —¿Por qué no?

—Porque he tenido un accidente de coche —anuncié antes de retirarme a la cocina.

La tele se silenció un momento después, y oí sus pasos retumbando detrás de mí.

—¿Nina? ¿Un accidente de coche? —Me puso una mano en el hombro mientras yo encendía el hervidor—. ¿Estás bien?

—Tengo el cuello un poco rígido —dije, frotándomelo—. Pero el coche ha quedado siniestro total.

—¿Qué narices ha pasado?

Suspiré. —Me despisté y me empotré contra la parte trasera del coche de alguien.

—Mierda —dijo, girándome hacia él—. Tienes que ir a que te vean.

¿Preocupación? Eso sí que es nuevo.

—Estoy bien —dije, zafándome de su agarre—. Solo necesito un par de analgésicos.

Cal retrocedió lentamente mientras yo me ponía a rebuscar en uno de los cajones de la cocina. Por una vez, pareció captar que no estaba de humor para arrumacos.

—¿Cómo has vuelto a casa? ¿En taxi?

—No. Me trajeron —dije por encima del hombro—. ¿Por qué nunca hay paracetamol aquí?

—¿Quién te trajo?

—La mujer contra la que choqué.

Cal arqueó una ceja. —¿Qué? ¿Por qué narices haría eso?

Quería explicarle por qué Florence me había llevado a casa, pero ni yo misma lo sabía realmente.

—Parecía pensar que había sido culpa suya... hasta se ha ofrecido a pagar los daños.

Lo vi retroceder y cruzarse de brazos en el reflejo del armario. —¿Y vas a dejar que lo haga?

Cerré el cajón de un portazo. —Es más complicado que eso.

—¿Cómo que en qué? ¿Y si se da cuenta de que estás mintiendo y te denuncia?

Sacudí la cabeza, incrédula. —Si no hubiera estado hablando por teléfono contigo...

—¿Así que es culpa mía? —Soltó una risa amarga—. Me estás tomando el pelo, ¿no?

—Déjalo, ¿vale? Pasó, pero estoy bien. —Me pasé las manos por el pelo —. De todas formas, algo bueno salió de todo esto.

—¿Bueno?

—Sí, quiere que le limpie la casa.

Cal parecía confuso. —A ver si lo he entendido —empezó, apoyándose en la encimera—. Te has estrellado contra el coche de una tía, ella asumió la

culpa, te llevó a casa y, después de todo eso, ¿te ofreció trabajo?

Me encogí de hombros. —Eso es, en resumidas cuentas.

Cal necesitó un minuto para procesar lo que acababa de decirle. —Eso es una puta locura.

No pude evitar reírme. —Sí, pero locura o no, no estoy precisamente en posición de rechazar trabajo.

—¡La gente no hace eso, Nina! Debería haberse cabreado contigo, no llevarte de un lado a otro y contratarte.

—¡Tú no estabas allí, Cal! Creo que ella... no sé.

—¿Crees qué?

—Creo que ve algo en mí.

—¿*Ve* algo en ti?

—Sí —espeté—. No pongas esa cara de sorpresa.

Le fulminé con la mirada un breve instante antes de darme la vuelta para coger un vaso de agua.

—¿De qué hablasteis? —preguntó.

Sentí que me ardían las mejillas. —¿Qué?

—Dijiste que tuvisteis una buena charla. ¿De qué?

—De nada, del trabajo y esas cosas.

—No, esto no me gusta —dijo, apretando la mandíbula.

—Mira, está ocupada y necesita una limpiadora. Caso cerrado.

—¿Y estás segura de que no intenta reclutarte para alguna especie de secta?

—¿Secta? —me reí—. Has jugado a demasiados videojuegos.

—En serio, he leído sobre este tipo de estafas en internet —dijo, sacando el móvil y tecleando furiosamente en la pantalla—. Mira.

Cal me plantó el móvil en la cara. Eché un vistazo a la pantalla y vi el titular «Lucha por liberar a una familia de una secta en Manchester», y le aparté la mano antes de leer nada más.

—¿Por qué no puedes simplemente alegrarte por mí? —pregunté.

Se cruzó de brazos. —Lo estoy, pero tienes que admitir que suena un poco sospechoso desde mi punto de vista.

—Estamos desesperados por el dinero, Cal.

—Saldremos adelante. Siempre...

—Dios mío, ¿puedes dejar de decir eso?

—¿Decir qué?

—¡Que estaremos bien! La única razón por la que no estamos durmiendo en un portal es porque yo me dejo la piel todos los días.

—¿Crees que no valoro lo que haces?

Negué con la cabeza una vez.

—¡Nina! ¡Nena! ¡Pues claro que sí! —dijo, acercándose—. Sé lo duro que trabajas por nosotros, ¿vale?

—¿Entonces por qué no puedes hacer tú lo mismo por mí? ¿Eh?

—Bueno, si tanto quieres saberlo, he estado investigando. He encontrado un...

—¡No me jodas! —Puse los ojos en blanco—. Cambia el disco de una vez.

—¿Qué? Es verdad.

—*Investigando* —me burlé—. ¿Cuándo vas a levantarte del sofá y *hacer* algo de verdad?

Fue solo un segundo, pero el labio inferior le sobresalió como el de un niño al que estuvieran regañando, y al instante quise retirar lo que había dicho. Odiaba ser *esa* novia que no paraba de darle la tabarra a su novio, pero ¿qué otra opción tenía?

—Mira, lo siento, ¿vale? —suspiré—. He tenido un día horrible y la estoy pagando contigo.

No respondió. Salió de la cocina hecho una furia y se fue al recibidor, se puso la chaqueta y abrió la puerta principal.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—A la tienda —dijo con tono seco—. Necesitamos algo para cenar.

La puerta se cerró de un portazo antes de que pudiera protestar, así que volví a la cocina y cogí mi vaso de agua. Casi lo estampé contra la pared de pura frustración, y solo la idea de tener que limpiarlo después de otro día de curro me lo impidió.

—Menudo día... —gruñí para mis adentros.

Casi di un respingo cuando el móvil de Cal hizo un ruido en la encimera. Tenía uno de esos tonos de mensaje irritantes que siempre me hacían estremecerme, y por mucho que le suplicase, seguía sin cambiarlo. Lo cogí, con la intención de salir corriendo tras él, pero cometí el error de mirarlo cuando llegué a la puerta principal. Me quedé clavada al ver que había una notificación de una app que no reconocía.

—¿Pinq? —murmuré.

Sentí como si el suelo se abriera bajo mis pies al leer la notificación.

¡Tu cuenta ha sido verificada! Ábrela ahora para explorar coincidencias en tu zona.

¿Coincidencias? ¿Putas *coincidencias*?

Desbloqueé el móvil de Cal y abrí la app. Aunque tenía acceso al teléfono, la app en sí pedía un código PIN, así que introduje el que usaba siempre. Al cabo de un momento, la pantalla tembló y me denegó el acceso. Como no quería que un segundo intento me bloqueara, no lo intenté otra vez. Saqué mi propio móvil para buscar Pinq en internet, pero lo único que encontré fue una página en la App Store con cero reseñas y sin más descripción que la de ser «solo por invitación».

Creía que había estado jugando con sus amigos todo el día, pero no.

Estaba jugando conmigo.

Se había descargado una app de citas.

5
EL PRECIO
NINA

Cal no vino a la cama esa noche. Lo encontré roncando en el sofá poco después de las siete de la mañana, antes de arreglarme para ir a trabajar, con el móvil pegado a la baba de la mejilla y una mano todavía metida en una bolsa de *Quavers* de la tienda de la esquina. En lugar de despertarlo para gritarle a la cara o estrangularlo mientras dormía, me puse la ropa vieja de trabajo lo más silenciosamente posible y salí del piso. En cuanto estuve en el rellano, saqué el móvil del bolsillo y marqué el número de Florence. Ya le había dado a llamar antes de poder impedírmelo.

—Florence Harrow —contestó.

—Hola, Florence, soy Nina.

—Perdona, no…

—La chica que chocó contigo —le expliqué.

—¡Ah, Nina! —exclamó efusiva—. Eres madrugadora, ¿eh?

—No te habré llamado demasiado pronto, ¿verdad?

—¡Qué va! No soporto a la gente que se queda remoloneando en la cama todo el día, ¿tú sí?

—No —dije, echando un vistazo a la puerta de nuestro piso desde el ascensor—. Yo tampoco.

—¿Entonces has decidido aceptar mi oferta?

Hice una pausa de una fracción de segundo. —Sí.

—¡Estupendo! Bueno, hoy trabajo desde casa, así que puedes pasarte cuando quieras.

—Genial, mándame tu dirección por mensaje y…

—Se me acaba de ocurrir una cosa —me interrumpió.

—¿Qué?

—Tu coche… ¿cómo vas a venir?

—Ya me las apañaré.

—Mira, puedo pasarme a recog…

—No —la corté, mucho más brusca de lo que pretendía—. Esto no es un favor, ¿recuerdas?

Florence emitió un ruidito, como si lo respetara. —Al menos deja la aspiradora y los productos. No tiene sentido cargar con todo eso hasta Hale cuando aquí tengo de sobra.

—¿Hale? Creía que vivías en Didsbury.

—No, no. Ayer solo estaba visitando una de nuestras propiedades. Vivo en North Downs Drive.

Toma ya.

—Ah, conozco esa calle —señalé—. Tuve una clienta allí. Durante un tiempo, al menos.

—¡Estupendo! —exclamó—. Bueno, nos vemos pronto, entonces.

—Sí, nos vemos —dije antes de colgar.

Solté un suspiro tembloroso y llamé al ascensor. Me sentía mal por ir en contra de los deseos de Cal al aceptar la oferta de Florence, pero por mí podía irse al infierno. A juzgar por su lamentable estado aquella mañana, se había pasado toda la noche navegando por esa nueva aplicación suya en busca de otra idiota que aguantara sus gilipolleces. No es que me preocupara que fuese a tener éxito: en eso yo era única. Cualquier persona en su sano juicio lo habría mandado a paseo hacía mucho, mucho tiempo.

Pedí un taxi de camino a la planta baja y, por algún milagro, me estaba esperando en la puerta del edificio en cuanto pisé la calle. Me subí atrás y miré el móvil: tenía un mensaje de Florence con su dirección completa.

—¿Adónde vamos, hija? —preguntó el conductor.

—A North Downs Drive, en Hale, por favor.

—Marchando —dijo antes de arrancar.

* * *

Cuando empecé a limpiar y conseguí mis primeros clientes, me quedé alucinada con cómo vivían los ricos. Hale era una de las zonas más pijas del Gran Manchester, y North Downs Drive era lo más exclusivo que había: caminos de entrada con verjas y mansiones de varios millones de libras propiedad de famosos locales, futbolistas y cualquiera a quien Manchester hubiera decidido hacer rico.

Me pregunté en cuál de esas categorías encajaba Florence.

En lugar de disfrutar del paisaje o quedarme mirando embobada las mansiones que flanqueaban las calles, llevaba la cabeza metida en el móvil, intentando averiguar para qué narices servía Pinq. Cal siempre había tenido su buena ración de aplicaciones raras y disparatadas en el teléfono, lo cual, según él, formaba parte de su «investigación», pero todas eran aplicaciones cutres de criptomonedas o chapuzas para sacarse un extra.

Pinq parecía diferente.

Por lo que pude entender, había aparecido en la App Store hacía meses y apenas tenía descargas. Había un hilo bastante oscuro en *Reddit*, sobre todo de gente cotilla que se había topado con ella por casualidad, pero nadie tenía ni idea de para qué servía ni de quién la había creado. Sin más opciones, acabé descargándomela yo también, pero todas sus funciones estaban bloqueadas tras un código de invitación de dieciséis dígitos que no tenía manera de conseguir.

—¿Está bien ahí atrás? —preguntó el conductor, mirándome por el retrovisor—. Parece un poco alterada.

—Sí, sí, estoy bien —balbuceé—. Solo cansada.

—La entiendo —comentó antes de volver la vista a la carretera.

No sabía qué haría si descubría que me estaba poniendo los cuernos. Había sobrevivido a unas cuantas relaciones de mierda a lo largo de mi vida, y en general siempre había sido feliz con Cal. Llevábamos tres años viviendo juntos, cinco saliendo, así que era lógico dar por hecho que aquello iba a alguna parte. Sin embargo, mentiría si dijera que el consejo de despedida de Florence al dejarme en casa no se me había metido bajo la piel.

La vida es demasiado corta para perder el tiempo con hombres que no lo merecen.

¿Estaba perdiendo el tiempo con él? Mis necesidades habían cambiado drásticamente en los años que llevábamos juntos, y sin embargo las suyas parecían exactamente las mismas que cuando nos conocimos. Pero ¿era eso realmente cierto? Quizá había estado tan absorta en el trabajo y en sacarnos del agujero en el que estábamos que no me había dado cuenta de que nuestra relación se desmoronaba bajo nuestros pies.

—Bueno, ya hemos llegado —anunció el conductor, subiéndose al bordillo.

Miré por la ventanilla y no conseguí ver gran cosa. La propiedad estaba rodeada por un seto espeso de unos dos metros y medio que sobresalía por encima de un murete a la altura de la rodilla, salvo por una amplia abertura donde un par de puertas con paneles de madera bloqueaban la entrada del camino.

—Gracias —dije, entregándole un billete de veinte arrugado—. Quédese con el cambio.

—¡Oh, muchas gracias! —se alegró el conductor.

Bajé a la acera y cerré la puerta tras de mí. Había un videoportero montado en el pilar junto a la puerta, así que me acerqué y pulsé el botón. La lente me observó un momento, con el motor zumbando mientras giraba hacia mi cara. Al cabo de un instante, se oyó un pequeño chasquido y las puertas se abrieron, revelando la casa de Florence como si se levantara el telón de un escenario.

—Joder, no me lo puedo creer —murmuré mientras entraba dando traspiés.

El camino de entrada parecía no acabarse nunca, una larga cinta de asfalto encajada entre alta vegetación y una barrera de madera que se curvaba como una ola, encerrando el pulcro jardín al otro lado. Hasta la hierba parecía obediente, a rayas como un campo de fútbol, y los arbolitos repartidos por el césped estaban firmes, como si alguien los hubiese alineado con una regla. Eso ya era bastante impresionante, pero entonces miré la casa en sí.

Era enorme, pero de una manera limpia y discreta: toda moderna, de ángulos marcados. Ladrillo rojo inmaculado, tejado de pizarra oscura y dos hastiales empinados con fachada de cristal que hacían que pareciera tener un par de cuernos. Florence debía de ser alérgica a la luz artificial, porque las ventanas estaban por todas partes: amplios paneles con marcos negros

que iban del suelo al techo, de esos que te dejan ver directamente la vida de alguien si la luz incide bien. Por desgracia para mí, también eran de las que me llevarían una mañana entera y un juego de escaleras limpiar.

Estaba genuinamente emocionada hasta que vi algo fuera de lugar: un Peugeot destartalado descargándose de una grúa al final del camino, con un faro reventado, el capó abollado y el parachoques sujeto con cinta americana.

Mi Peugeot destartalado.

—Pero qué…

—¡Buenos días! —oí que Florence me llamaba desde la enorme puerta principal.

—Buenos días —dije sin siquiera mirarla, con los ojos todavía clavados en mi pobre coche—. Mi coche, está…

—Espero que no te importe —empezó mientras bajaba los escalones—. Lo organicé anoche.

Sin preguntar. Sin siquiera avisarme.

—Marcus es un loco de los coches confeso y su mecánico es inmejorable —continuó—. Entre los dos, seguro que lo resucitan.

—¿Marcus? —repetí con la mandíbula todavía desencajada.

—¡Mi marido! —dijo, frotándome el hombro—. Venga, pasa, acabo de poner café. Parece que te hace falta.

En piloto automático, seguí a Florence al interior de su casa mientras ella cruzaba el vestíbulo y entraba en la zona principal. Debía de ser alérgica a las paredes también, porque todo era diáfano, dividido a partes iguales entre una zona de estar, un comedor y una cocina que albergaba aparatos que ni siquiera sabría nombrar. Cogió la jarra de la cafetera y llenó un vaso alto, dejando una pequeña jarra de leche suspendida sobre el borde.

—No, gracias —musité—. Solo está bien.

Ladeó la cabeza con una amplia sonrisa. —Una chica de las mías.

Florence recogió su propia taza de entre las dos a medio beber que había en la encimera y me hizo un gesto para que me sentara. Sin pensarlo, me senté y di un sorbo de café, pero el amargor me hizo torcer el gesto. Cuando le dije que lo prefería solo, me refería a unas cucharadas de café instantáneo y agua caliente, no a lo que fuera aquella porquería artesanal.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Eh, es un pelín fuerte para mi gusto —dije.

—¡No el dichoso café! ¡La casa! —se rio.

Giré la cabeza a un lado y a otro. —Bueno, es espectacular, ¿no?

—Lo sé —dijo, apartándose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Marcus y yo la construimos desde cero.

—Creo que me llevaría semanas limpiar este sitio.

—Bueno, solo estamos Marcus y yo, y apenas paramos en casa, así que no hay mucho desorden. Mohammed se encarga de la piscina y el spa, y Graham cuida los jardines, así que eso no será cosa tuya.

¿Piscina? ¿Spa? ¿Jardines, en plural? Madre mía.

Di un último sorbo al combustible de cohete de Florence y me puse de pie para sacar mi libreta.

—¿Quieres enseñarme la casa para que pueda hacerme una idea del tamaño? —pregunté.

Florence frunció el ceño. —Eso nos llevaría al menos un par de horas, y ando bastante justa de tiempo.

Me encogí de hombros levemente. —Pero tendré que darte un precio.

—Mira, no me apetece ponerme a negociar, así que ¿por qué no lo dejamos en, digamos… quinientos?

—¿Por toda la casa?

—¡No, a la semana! Puedes elegir tus propios horarios, por supuesto. Mientras te asegures de que todo esté a la altura, yo encantada.

Quinientos era más de lo que todos mis otros clientes pagaban juntos. De hecho, algunas semanas era más del doble. No sabía si arrancarle la mano o llamar al manicomio más cercano. En los pocos momentos que me tomé para sopesar los pros y los contras, vi por primera vez un destello de irritación en los ojos de Florence.

¿Cuál es la trampa?

—¿Y bien? —me apremió.

—Parece que ya tienes limpiadora —respondí.

—¡Excelente! —se iluminó—. ¿Puedes empezar ahora? Como verás, la…

Florence se quedó helada al oír mi teléfono sonar en el bolsillo de la bata. Bajé la cabeza para ver quién llamaba y lo silencié en cuanto vi el nombre de Cal parpadear en la pantalla.

—Perdona —murmuré.

—Puedes coger la llamada, ¿sabes? Sé que tienes un negocio que llevar.

—No era un cliente —corregí—. Era Cal.

—Hmm —dijo, sentándose en un taburete de la barra del desayuno—. ¿No quieres compartir la buena noticia con él?

—La verdad es que no —solté sin querer.

—¿Por qué no?

—Hemos tenido una… especie de bronca.

—¿Ah, sí? —indagó, agarrando su taza—. ¿Por qué?

A la mierda.

—Por ti, en realidad —admití al cabo de un rato.

Se llevó la mano al pecho. —¿Por mí?

—Sí, le pareció un poco raro cómo nos conocimos. Me dijo que tuviera cuidado.

Florence puso los ojos en blanco. —Mira, los hombres como Cal…

—Ni siquiera lo conoces —la interrumpí. Hasta a mí me sorprendió lo rápido que salí en su defensa.

—Sé lo suficiente por lo que me has contado —dijo antes de continuar —. Los hombres como Cal no soportan que sus parejas tengan más éxito que ellos. Créeme, tengo mucha experiencia en eso.

—Él no es así.

—*Todos* son así —resopló, dejando la taza con un pequeño golpe—. Les gusta creer que son mejores que nosotras, pero no lo son.

—Tampoco es que yo sea una sufragista ni nada de eso —me reí—. Me gano la vida fregando váteres.

—Escúchame bien —empezó, señalando con un solo dedo—. *Nunca* te avergüences de hacer lo que tienes que hacer.

—No me da vergüenza —repliqué—. No realmente.

—Sí que te la da. Puede que bromees, pero lo vi en tus ojos cuando te conocí.

Lo dijo como si llevara observándome más tiempo del que me había dedicado.

Me quedé callada un momento. En el fondo, tenía razón: siempre me había dado un poco de vergüenza mi oficio, pero también tenía razón en eso. ¿Por qué debería sentirme pequeña por arremangarme y currar para ganarme la vida? Era mejor que quedarse sentada en el piso en ropa interior. Lo que no entendía era por qué Florence estaba tan empeñada en escudriñar mi relación a la menor oportunidad. Quizá simplemente disfrutaba dando lecciones.

No tuve ocasión de decirle que se equivocaba cuando su teléfono empezó a vibrar en la encimera. Lancé una mirada y vi que llamaba su marido.

—Hablando del rey de Roma —dijo antes de cogerlo—. Oye, echa un vistazo por ahí y búscame dentro de un rato, ¿vale? Tengo que atender esto.

Con eso, Florence contestó el teléfono y salió de la habitación a paso ligero, dejándome a mi aire. Automáticamente saqué el móvil del bolsillo y vi que Cal había acompañado la llamada perdida con un mensaje.

Por primera vez, me dio repelús.

6
LA RECOMPENSA
NINA

Mi primera limpieza en casa de Florence fue como la seda. No mentía cuando dijo que ella y Marcus eran unos maniáticos del orden, porque apenas había nada que limpiar, y dejé el lugar impecable en poco menos de ocho horas. Había habitaciones que parecían vividas y habitaciones que parecían de exposición, y no siempre sabía distinguir unas de otras. Eso me inquietaba más de lo que debería. La única estancia que no toqué en absoluto fue lo que supuse que era el garaje bajo la casa, sobre todo porque estaba cerrado a cal y canto y no quería molestar a Marcus si estaba dentro. No es que me muriera de ganas de conocerlo. A juzgar por las opiniones de Florence sobre los hombres en general, parecía un pieza de cuidado.

En cuanto a la propia Florence, estaba tan ocupada al teléfono que apenas me interrumpió, salvo a la hora de comer, cuando se deslizó hasta la sala de juegos con una bandeja de sándwiches. Me quedé bastante impactada. En todos mis años de limpiadora, nunca un cliente me había ofrecido siquiera un vaso de agua, y mucho menos algo de comer. El almuerzo solía consistir en unos minutos robados en mi coche, metiéndome un paquete de *Monster Munch* por la garganta y bajándolo con una lata de *Coke*.

Me hizo sentir como una persona de verdad y no como un electrodoméstico más. No me había dado cuenta de cuánto necesitaba eso.

Para rematarlo, Florence me metió un sobre en la mano antes de irme, como si fuera una niña a punto de salir de excursión con el colegio. Dentro había una semana de sueldo por adelantado, cincuenta libras extra para cubrir mis taxis, una llave de su casa y un pósit con el código de la alarma. Volvió a insistir en que no era un favor, pero las dos sabíamos lo que estaba haciendo. No es que no se lo agradeciera. De hecho, casi me eché a llorar en cuanto miré dentro.

Lo único que me agriaba el día era Cal. Tenía su mensaje sin contestar abierto en el móvil durante todo el trayecto en taxi de vuelta a casa, pero no me veía capaz de responder. Una parte de mí quería olvidarse del dichoso asunto de Pinq y contarle mi día como si todo hubiera vuelto a la normalidad, pero seguía royéndome por dentro. Cuando me dejaron en la puerta, estaba otra vez que echaba humo. No tenía la menor intención de irme a dormir sin averiguar qué demonios se traía entre manos.

Abrí la puerta del piso al llegar y la empujé, pero chocó contra algo detrás y no se abría del todo. El hueco que había creado era justo lo bastante

grande para asomar la cabeza por el marco, y vi a Cal de pie en nuestra cocinita, limpiándose la grasa de las manos con un trapo de cocina.

—¿Cal? —lo llamé al ver que no se daba cuenta de que estaba ahí.

—Ah, mierda —dijo, acercándose a toda prisa—. Perdona.

Solo me di cuenta de qué bloqueaba la puerta cuando lo apartó. De alguna manera, había arrastrado un ciclomotor viejo y mugriento hasta nuestro piso y lo estaba desmontando en el pasillo.

Se me cayó la mandíbula. —Pero ¿qué narices...?

—Quiero que sepas que me he tomado en serio lo que dijiste —me interrumpió.

No podía apartar los ojos del cacharro. —¿Qué parte, exactamente?

—Lo de buscar algo estable —dijo, señalando el ciclomotor—. Se lo compré a Tony. Solo quería cien libras, ¿te lo puedes creer?

Levanté las manos al cielo. —Cal. ¿Por qué?

—He pensado que podría hacer repartos de comida por las noches. Dice que se gana bastante pasta con eso.

—¿Funciona siquiera? —pregunté, levantando un cable que no estaba conectado a nada.

—Todavía no, pero lo estoy arreglando —dijo, enseñándome el móvil—. *YouTube* es una maravilla, ¿no?

—¿Sabes siquiera conducir este trasto?

—Aprenderé. ¿Tan difícil puede ser?

Puse los ojos en blanco con tanta fuerza que pensé que no iban a volver a su sitio. Sin decir una palabra más, pasé de largo junto a él hacia el dormitorio y me arranqué la bata antes de tirarla al suelo.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Cal a mi espalda.

—Si tienes que preguntarlo, no puedo ayudarte —dije por encima del hombro mientras rebuscaba en el armario algo que ponerme.

—Lo he hecho por *ti* —protestó—. Para que no tengas que trabajar para ese tipo siniestro y ponerte en peligro.

—Llegas un poco tarde —comenté—. He ido hoy.

—¿Has ido? —dijo, horrorizado—. Pero si te dije que...

—No eres mi dueño, Cal —le corté.

Se cruzó de brazos y se apoyó en la pared. —¿Qué tal ha ido?

Me encogí de hombros. —Como siempre. He limpiado.

—¿Algo raro?

—No —dije tras un segundo—. Nada que contar.

Aparte de ponerle verde delante de un café.

—¿Cuánto te paga?

—Quinientas libras. —No pude evitar sonreír—. A la *semana*.

—¿Qué? —exclamó boquiabierto—. Pero eso es demasiado.

Me di la vuelta y me puse las manos en las caderas. —No lo entiendes.

—Pues ilústrame.

Con un suspiro, me quité la camiseta por la cabeza y la cambié por una que había cogido del suelo. —El dinero le da igual. Tendrías que ver su

casa, Cal. Es de otro mundo.

—¿Sí? ¿Y cómo crees que la consiguió?

—Es empresaria, y por lo que cuenta, bastante exitosa.

—¿Dedicada a qué?

—No sé, algo relacionado con el sector inmobiliario.

—La gente así no llega a donde está ayudando a desconocidos y pagando de más por la limpieza.

Negué con la cabeza mientras pasaba junto a él hecha una furia camino de la cocina.

—¿No ves que solo intento protegerte? —gritó tras de mí.

¿Iba en serio este tío?

—¿Qué es Pinq, Cal? —pregunté a bocajarro.

Se le subieron los colores. —¿De qué me estás...?

—Pinq —repetí, acercándome—. Esa app de tu móvil.

—No es nada —soltó encogiéndose de hombros.

—Ya —dije, alzando las cejas.

—Un momento, ¿has estado mirando mi móvil?

Solté una risa amarga. —No intentes darle la vuelta.

—Es una invasión de mi intimidad.

—¡Lo dejaste en la encimera cuando saliste dando un portazo anoche! —grité—. No es culpa mía haberlo visto.

—¿Por eso me has estado ignorando todo el día?

Notaba que se me venía un dolor de cabeza. —Sí.

—De verdad, no es nada —repitió—. Es una de esas apps absurdas.

—Pues enséñamela.

—No hemos terminado de hablar de...

—Sí hemos terminado —le corté—. Enséñamela, o se acabó.

—¿Se acabó? —repitió con la mandíbula desencajada.

Asentí.

Se le hundieron los hombros. —Vale —dijo tras un instante de vacilación.

Cal desapareció un minuto y volvió con el móvil, la barbilla pegada al pecho. Me tendió el teléfono como si estuviera a punto de confiscarle su juguete favorito, y luego retrocedió unos pasos. La verdad es que ni siquiera sabía qué estaba mirando. La pantalla de inicio de Pinq era de un rosa chillón, llena de tareas extrañas y sin relación entre sí, cada una con una cantidad en libras y peniques al lado. La primera era sacar una foto de una farola al atardecer; la siguiente, grabar treinta segundos de ruido de tráfico.

—¿Qué cojones estoy mirando? —pregunté.

—Mira —dijo, quitándome el teléfono pero inclinando la pantalla para que pudiera ver—. Hay unas recompensas, y te pagan por cada una que completas.

—¿Te pagan por sacar una foto?

—Sí —dijo, asintiendo como si ni él mismo se lo creyera.

—Pero... ¿por qué?

—Verificación humana para inteligencia artificial y modelos de lenguaje a gran escala.

¿De verdad esperaba que entendiera una sola palabra de eso?

—A ver, te lo explico de otra manera —continuó, dejando el móvil en la encimera para tamborilear con los dedos—. La IA es como un niño, ¿vale? No sabe nada hasta que le enseñas.

—¿Vale? —dije encogiéndome de hombros.

—Pues la alimentaron con datos. Todas esas grandes empresas rastrearon internet en busca de lo que pudieran encontrar, pero todavía quedan lagunas, y ahí es donde entran apps como Pinq.

—¿Y por eso te van a pagar unas monedas por sacar una foto de una planta junto a la ventana?

—¡Exacto! —exclamó como si acabara de resolver la fusión fría—. Necesitan datos reales para tapar esos huecos.

Tragué saliva. —Entonces ¿no es una app de citas?

—¿Qué? ¡No! —Cal se quedó de piedra—. ¿De dónde has sacado esa idea?

—No sé. Vi una notificación de coincidencias en tu móvil y...

—¡Jamás haría eso! —me interrumpió—. Te empareja con recompensas de tu zona. No tiene nada que ver con citas.

¿Me estaba mintiendo?

—¿Entonces por qué está protegida con PIN?

—Porque es solo por invitación, Nina. Una beta privada. Intentan evitar que la gente abuse de ella.

—¿Cómo la conseguiste?

—La vi en internet y solicité ser probador. ¡No tiene nada raro, te lo juro!

—Entonces —empecé, haciendo una pausa para controlar la voz—, ¿por qué no me lo contaste?

Soltó un suspiro. —Pensé que te ibas a cachondear de mí.

Cal no se equivocaba. Por lo que parecía, era justo el tipo de idea dudosa en la que siempre acababa picando. Aun así, era mejor que pensar que lo estuviera usando para ponerme los cuernos.

Dejé que el alivio me inundara mientras me apoyaba en la encimera con las dos manos.

—Joder, Cal —gemí—. He estado todo el día perdiendo la cabeza.

—Nena —empezó, cogiéndome por las caderas—. Te quiero. Yo nunca haría eso.

—Ya lo sé —dije, con los ojos aún clavados en su móvil—. Sé que no lo harías.

Cal me atrajo hacia él, y hundí la cara en su pecho mientras miraba los trozos de ciclomotor en el pasillo. Puede que Florence estuviera equivocada con él. Puede que *yo* estuviera equivocada con él. Puede que lo estuviera intentando y yo simplemente no lo veía.

—Por cierto, ¿esa trampa mortal tiene que quedarse ahí? —pregunté sin moverme.

—No —dijo, apartándose con una sonrisa—. Lo bajo otra vez.

—¿Cómo lo has subido hasta aquí?

—Por el ascensor —dijo con un encogimiento de hombros despreocupado—. ¿Por qué?

Me estremecí. —¿Te vio alguien?

—Bueno, sí, el señor Powell. Me ayudó a meterlo por las puertas.

—¡Cal! Si tiene como un trillón de años.

Sonrió de medio lado. —Es más fuerte de lo que parece.

—Madre mía —me reí—. Eres un imbécil integral, ¿lo sabes?

Sonrió de medio lado. —Pero soy tu imbécil.

Le di una palmadita juguetona en el brazo y me acerqué a la nevera.

—Por cierto, no hay nada para cenar.

Obviamente.

—No te preocupes —dije, acercándome a mi bolso con cierta teatralidad para sacar el sobre que me había dado Florence—. Esta noche invito yo.

* * *

Fue la primera comida decente que tomaba en casa en siglos. Normalmente íbamos al fish and chips de enfrente de nuestro bloque a por una bolsa de patatas grasientas y un pescado rebozado empapado, pero ahora que teníamos quinientas libras de más, opté por pedir en el restaurante chino de Fairfield que tanto nos gustaba y hacer que nos lo trajeran. En cierto modo, lo hice como disculpa. Me sentía bastante mal por haber pensado que planeaba serme infiel cuando simplemente estaba siendo él, el bobalicón de siempre.

Cal tenía uno de esos metabolismos irritantemente rápidos y estaba terminándose las galletas de gambas cuando mi teléfono vibró en la encimera. Fui a cogerlo y vi el mensaje de Florence, junto con una foto de mi coche.

—¡Cal! —chillé—. ¡Ha resucitado!

—¿Qué? —dijo con la boca llena de galletas.

—¡Mi coche! Florence acaba de mandarme una foto.

Le pasé el móvil a Cal, y esbozó una media sonrisa antes de devolvérmelo. —Genial.

—Dios mío, creo que hasta lo han limpiado —comenté mientras volvía a sentarme—. ¿Cómo demonios ha podido organizarlo tan rápido?

—Me alegro por ti —masculló.

Apenas lo miró, como si le diera miedo que aquello demostrara que yo tenía razón.

—¿Qué pasa? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Nada —zanjó antes de meterse el último rollito de primavera templado en la boca.

—Escucha, esto es lo mejor que nos ha pasado. Por fin podemos salir del descubierto. Quizá hasta encontrar un sitio mejor donde vivir.

—¡A mí me gusta nuestro piso! —exclamó.

—¡Cal, venga ya! —me reí—. ¿No te gustaría vivir en algún sitio donde no tengamos que comer en bandejas? ¿Que no esté en un séptimo piso? ¿Que a lo mejor tenga hasta jardín?

Tardó un momento en contestar. —Una cuevita para mí solo no estaría mal.

—¡Exacto! —dije entusiasmada, aunque no tenía la menor intención de tener una cosa así en mi casa—. Sobre todo si tú también empiezas a traer dinero.

—¡Sí! —dijo, con auténtica ilusión en los ojos—. Si lo de la app sale bien, entonces...

—No, la app no, Cal —le corregí—. Lo de los repartos de comida.

Cogió el móvil y se puso a teclear mientras terminaba de masticar. Un segundo después, el mío pitó y vi un mensaje suyo con nada más que un número largo.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Un código de invitación para Pinq.

—Ay, Cal...

—Mira, sé que he tenido ideas descabelladas en el pasado, pero esta es diferente. Si lo hacemos los dos, volveremos a sacar la cabeza del agua en nada.

Mi primera reacción fue soltarle un sermón sobre cómo Pinq era una chorrada y debería centrarse en algo de verdad, pero una vocecita en mi cabeza me frenó. Aunque seguía sin hacerle gracia que trabajara para Florence, poco a poco iba aceptando la idea y empezando a confiar en mí. Quizá debería darle a él la misma deferencia.

—Vale —concedí—. Pero lo de los repartos sigue en pie, ¿no?

—Sí, claro —me aseguró—. No hay razón para que no haga las dos cosas, ¿verdad?

Dejé escapar un ruidito. —Supongo que no.

Cal siguió rebañando los restos de la cena, así que copié el código de su mensaje y lo pegué en Pinq. Había un breve formulario de registro que pedía datos básicos, y luego una lista interminable de términos y condiciones que ni me molesté en ojear. Le di a aceptar, y ya estaba dentro. Una de las primeras tareas que apareció era sacar una foto de comida con poca luz, así que la pulsé y se abrió la cámara. Por curiosidad, hice una foto de mi plato medio vacío y le di a subir, y la pantalla se llenó de confeti de colores.

Primera recompensa. +5,00 £.
Tarea completada. +2,46 £.

—Acabo de ganar siete libras por sacar una foto —le anuncié a Cal.

—Te dije que no era una chorrada —canturreó con la boca otra vez llena.

7
LA GRIETA
NINA

Esa mañana casi salté de la cama. No solo había hecho las paces con Cal, sino que por fin iba a recuperar a la mujer de mi vida: mi preciado Peugeot. Me prometí no volver a darla por sentada y planeé aprovechar la mañana libre para llevarla a que la limpiaran a fondo, alguien que no fuera yo para variar. También iba a hacer todas esas cosas por las que mi padre solía echarme la bronca: cambiar el aceite con regularidad, no comer al volante y *desde luego* no tocar siquiera el móvil con el motor en marcha.

Las puertas ya estaban abiertas cuando el taxi me dejó en casa de Florence, y vi a mi chica aparcada al final del camino de entrada con un hombre metido debajo del capó abierto, todavía trasteando.

Parecía que Florence se había pillado un *juguetito*.

A diferencia de la mayoría de las casas que limpiaba, en la de los Harrow no había fotografías por ninguna parte, así que no tenía ni idea de qué aspecto tenía Marcus. Dicho esto, me lo imaginaba como el típico inversor entrado en años, con calva y barrigón, de esos cuyo único ejercicio consiste en jugar unas rondas de golf los sábados por la mañana y levantarse un vaso de whisky a la boca cada noche. Sin embargo, desde la mitad del camino, Marcus parecía todo lo contrario. Era al menos veinte años más joven que ella, llevaba una camiseta de tirantes negra con manchas de grasa de motor pintándole los robustos bíceps. Alto también, de al menos metro ochenta, con una buena mata de pelo negro azabache.

Bien por ella.

—Hola —dije en voz baja, pero lo bastante alto para que me oyera—. Soy Nina.

Marcus se dio la vuelta, recorriéndome con la mirada un instante antes de tirar la llave inglesa que estaba usando a una bolsa de herramientas a sus pies. De cerca era aún más atractivo. Apenas conocía a Florence, pero ya parecía que conseguía todo lo que quería.

—Nina… —dijo, masticando mi nombre—. Tú debes de ser la dueña de esta monstruosidad.

—¡Eh! —exclamé mientras me acercaba—. ¡Hemos pasado por mucho juntas!

—Bueno, te aconsejo que hagas una parada en el taller de vez en cuando y te cambien el aceite —bromeó.

Levanté un dedo en el aire.

—No, no, eso iba a hacer. Esta mañana, precisamente.

—Sí, sí —dijo, poco convencido—. Y supongo que también ibas a cambiar esos neumáticos pelados, ¿no?

¡Los neumáticos! Mi padre me habría matado.

—Sí —mentí.

—En fin, no hace falta —dijo, cerrando el capó de golpe—. Le han hecho una revisión completa, cuatro neumáticos nuevos, y le he cambiado el radiador, el faro y el parachoques. Está como nueva.

Se hizo a un lado para que pudiera inspeccionar su trabajo, y no me podía creer que fuera el mismo coche. No solo había hecho todo lo que había dicho, sino que me di cuenta de que incluso había aspirado hasta las migas más rebeldes de entre los asientos cuando asomé la cabeza por la ventanilla abierta. Hasta olía bien. ¿O eso era él?

—¿Y estás segura de que es el mismo coche? —pregunté.

Eso le hizo gracia.

—Marcus es generoso, pero no iba a soltar la pasta para comprarte un coche nuevo.

Nina, idiota.

Como si fuera a encontrar al dueño de esta casa debajo de mi capó y cubierto de grasa. No me había dado cuenta de lo lerda que era.

—Bueno, gracias por arreglarla —dije con una sonrisa cálida—. Te debo una.

—Deberías pasarte por la casa antes de irte. Flo se llevará un disgusto si te vas sin saludar.

¿Flo? Alguien tenía confiancita.

—Lo haré —dije, dando unos pasos hacia la casa—. Y encantada de conocerte…

—Victor —sonrió—. Nos vemos, Nina.

Después de confundir al mecánico con Marcus, no sabía si llamar a la puerta o simplemente entrar. Pero la decisión se tomó sola cuando la puerta se abrió con un chirrido en cuanto la rocé. Dentro había un silencio sepulcral y un frío helador, como si hubieran dejado todas las ventanas abiertas durante la noche. Me arropé con la sudadera mientras asomaba la cabeza al salón, esperando encontrar a Florence disfrutando de su café de la mañana. No se la veía por ninguna parte.

—¿Señora Harrow? —grité.

—Aquí arriba —oí una voz cascada desde el piso de arriba.

Empecé a subir las escaleras de dos en dos. Mi primera parada fue la sala de juegos de la planta superior. La pieza central era una mesa de billar de nogal; las bolas colocadas como si nunca la hubieran tocado. Al lado había un futbolín, y en la esquina, una barra curva bien surtida con taburetes acolchados dispuestos a su alrededor. Tenían una impresionante colección de vinos que ocupaba la pared más larga, con botellas iluminadas tras puertas de cristal. Probablemente solo de adorno.

Casi me fui cuando no vi a Florence de inmediato, pero entonces la oí aclararse la garganta en el rincón. Estaba sentada en una vieja silla de

respaldo cruzado, de cara a la única pared desnuda de la habitación. Inmóvil como una estatua, con la postura impecable, las manos cruzadas sobre el regazo y aún en bata.

—¿Florence? —susurré.

La cabeza le giró de golpe un segundo antes de volver a mirar la pared.

—Ah, eres tú.

Vaya, qué fría.

—Solo quería darte las gracias por arreglar el coche. Ha quedado genial.

Hizo un ruidito.

—No hay de qué.

No hablé durante unos segundos. ¿Qué narices estaba pasando aquí?

—¿Florence? ¿Qué haces? —pregunté.

Levantó un dedo y señaló la pared.

—Hay una grieta.

—¿Sí? —dije, frunciendo el ceño—. Yo no veo nada.

Florence no contestó, así que me acerqué a su lado para comprobar lo que decía. Efectivamente, había una grieta casi imperceptible en el yeso, pero yo no la habría visto en la vida si no me la hubiera señalado. Más allá de eso, no entendía por qué la estaba mirando fijamente, y, para ser sincera, me estaba poniendo los pelos de punta. El hecho de que hubiera arrastrado una silla hasta allí hacía que la sensación fuera aún más intensa.

—Eh, ¿va todo bien? —pregunté, posando una mano en su hombro.

En cuanto mi palma tocó a Florence, saltó del asiento con tanta fuerza que la silla salió volando al otro extremo de la habitación. Yo retrocedí, y ella hizo lo mismo, arrinconándose como un animal asustado. Solo cuando estuvo de cara a mí vi el moratón violáceo floreciendo bajo su ojo, enmarcado por los párpados hinchados que apenas podía mantener abiertos.

—¿Qué ha pasado? —exigí saber, acortando la distancia entre nosotras.

Se tocó la mejilla.

—Nada.

—¿Florence? —insistí—. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho esto Marcus?

Me chistó y se acercó.

—Baja la voz, ¿quieres?

No necesitaba respuesta a mi pregunta. Cómo se encogió y se llevó la mano al pecho al oír su nombre me lo dijo todo sobre su matrimonio, y explicaba toda su rareza con lo de Cal.

—Venga —dije, tendiéndole la mano—. Voy a poner la tetera.

Guié a Florence con cuidado escaleras abajo y la acomodé en uno de los taburetes de la barra del desayuno. Quedaban unos centímetros de café en la cafetera, así que cogí uno de los vasos altos que a ella le gustaban del armario y lo llené. Cuando se lo di, ni siquiera bebió un sorbo. Solo lo sujetó para reconfortarse y se mecía levemente en el taburete.

—¿Está aquí? —pregunté, con la voz apenas por encima del susurro.

—No —dijo, sorbiendo por la nariz.

—*Tienes* que contárselo a alguien.

Al parecer, eso tenía gracia.

—No.

—Esto es grave. ¿Cuánto tiempo lleva pasando?

Por fin dio un sorbo.

—El suficiente.

—¿El mecánico lo ha visto?

—¿Victor?

Asentí.

—No. Ha estado fuera toda la mañana, trabajando en tu coche.

Yo también me senté y apoyé la barbilla en la mano, mirando al vacío.

—Mira, te agradezco la preocupación, de verdad —continuó Florence—. Pero estoy bien, y, para serte sincera, le di tanto como recibí.

Ya, claro. Nadie se encoge al oír un nombre si el asunto es mutuo.

Giré la cabeza para mirarla.

—¿De verdad?

Inclinó la cabeza.

—Siempre hemos sido así. Metes a dos leones en una jaula y tarde o temprano se van a pelear.

Sentí como si estuviera viendo a la verdadera Florence por primera vez. Cuando la conocí al borde de la carretera, pensé que tenía la vida resuelta. La veía como alguien a quien admirar, no a quien compadecer. Pero la verdad me estaba mirando a la cara.

Estaba tan rota como yo.

—Por eso he sido tan insistente con lo de Cal —explicó—. Reconozco las señales de alarma.

Solté un resoplido por la nariz.

—Él no es así.

—Nadie lo es hasta que lo es —replicó—. Es solo que no me gusta ver a la gente cometer los mismos errores que yo.

Aquel habría sido el momento perfecto para compartir mis propias experiencias, aunque solo fuera para que no se sintiera tan sola, pero no pude. Para empezar, no había dicho ni una palabra sobre lo que viví durante años; ni siquiera Cal sabía lo que me había pasado. Y, en segundo lugar, simplemente no quería. Por muy amable que hubiera sido en aquel momento, remover mi propio pasado era demasiado doloroso como para contemplarlo.

—¿Sigues queriendo trabajar aquí? —preguntó de la nada.

Me tomé un instante para responder.

—Sí.

—Has llegado a nuestras vidas en un mal momento. Te prometo que no siempre es así.

Desvié la mirada, reflexionando, y Florence me agarró la mano para recuperar mi atención.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie —murmuró.

Parpadeé.

—Florence, si él está…

—Por favor —me cortó—. Estamos trabajando en nuestros problemas, de verdad, pero estas cosas llevan tiempo.

—Vale —asentí—. Si es lo que quieres.

Aunque aceptar aquello me revolvía el estómago, abandonar a Florence en esa situación me parecía aún peor. Puede que no la conociera mucho, pero conocía demasiado bien esa mirada. No estaba preparada para dejarlo. A pesar de sus constantes y supuestos consejos, seguía negándolo, culpándose a sí misma tanto como a él, y creyendo aún que un día se despertaría convertido en otro hombre. Si me quedaba, al menos estaría ahí para ayudar cuando todo estallara.

Eso era lo que me decía a mí misma, al menos.

Me clavó la mirada un instante para asegurarse de que había captado el mensaje, luego asintió y me dio una palmadita juguetona en el brazo.

—¡Pero ya tienes tu coche de vuelta! —exclamó entusiasmada—. ¿Qué te parece?

—Sí —una sonrisa cansada me cruzó la cara—. No sé ni cómo agradecértelo.

—De verdad, es un placer —dijo antes de mirar a su alrededor—. Además, esto está impecable. Eres mucho más meticulosa que nuestra última limpiadora.

—A lo mejor debería estrellarme contra la gente más a menudo —comenté.

Florence soltó una risita queda mientras se dirigía hacia las escaleras.

—En fin, será mejor que deje de darme pena y me ponga a trabajar.

—Sí, yo también. Me paso el lunes por la tarde, ¿te parece?

—¿Tienes otros clientes?

—No, bueno, más o menos. Le prometí a un vecino nuestro que me pasaría a darle un repaso al piso.

Florence pareció desconcertada.

—¿Le cobras?

—Dios, no. Tiene como cien años y su mujer murió el año pasado —expliqué.

De pronto se acordó de sonreír.

—Pues eres mucho mejor persona que yo. A mí no me pillarías fregando el váter de un pensionista gratis.

A ti no te pillaría ni fregando tu propio váter gratis.

—Por cierto, saluda a Victor cuando salgas —añadió—. Es el que se ha encargado de tu coche.

—En realidad, ya lo he hecho.

Esbozó una sonrisa ladeada.

—No está nada mal, ¿verdad?

Vaya, eso fue un giro extraño. Lo dijo como si la conversación anterior no hubiera existido.

—Eh, no —balbucí—. Supongo que no.

—Además está soltero —dijo, subiendo el primer escalón—. Solo lo digo…

Cuando los pasos de Florence se perdieron en el piso de arriba, salí por la puerta principal y la cerré tras de mí. Victor ya había desaparecido para cuando volví a mi coche, así que pulsé el botón del mando y las puertas se abrieron. Hasta el pitidito sonó más alegre de lo normal. Me subí, giré la llave en el contacto y, para mi alegría, arrancó al instante. Me llevé los dedos a los labios y planté un beso en el salpicadero, y luego empecé a bajar despacio por el camino de entrada curvo.

Cuando llegué a la carretera principal, cualquier atisbo de felicidad por recuperar mi coche se había esfumado. De repente, ya no parecía motivo de alegría, no cuando sabía lo que estaba pasando dentro de la casa mientras lo arreglaban. Pobre mujer.

En vez de ir directa a casa, aparqué en la carretera principal con la intención de decirle a Cal que ya tenía el coche y que iba de camino, pero al desbloquear el móvil vi una notificación de Pinq esperándome.

¡Recompensa urgente disponible en tu zona!

Dudé un segundo ante la notificación antes de dejar que ganara la curiosidad, y la pulsé.

Haz una foto de la fachada de una casa durante el día.

Ubicación: North Downs Drive, Hale.

Bonificación: 25,00 £.

Se me encogió el pecho. *Estaba* en North Downs Drive. La cantidad era demasiado tentadora, así que bajé la ventanilla y saqué el móvil por la abertura para hacerle una foto a la casa de Florence a través de las puertas de entrada. Tardó un par de segundos en procesarla, y entonces la pantalla estalló en una lluvia de fuegos artificiales de colores.

Tarea completada. +3,78 £.

Bonificación obtenida. +25,00 £.

—Dios mío —me dije.

La aplicación era real.

Lo único que de verdad me inquietó fue que no pedía una foto de *cualquier* casa, sino de *la suya*.

Y pagaba extra por ello.

8
LA BUENA ACCIÓN
NINA

Para el lunes, el subidón de haber recuperado mi coche se había esfumado por completo. En cuanto al fin de semana, tampoco fue nada del otro mundo. Solo tuve una clienta incómoda que prefería las limpiezas de los sábados, así que pasé la mayor parte del tiempo dándoles a mis rodillas el descanso que tanto necesitaban, mientras Cal daba vueltas con el ciclomotor por el aparcamiento como un crío que necesita ruedines, sonriendo tanto que le dolían las mejillas. Lo observé un par de veces desde el balcón con una taza de té, rezando para que no rozara el Fiesta de la señora Patel y para que se acordara de conectar los intermitentes antes de atreverse a sacarlo a la carretera.

De fondo, detrás de todas sus payasadas, como una canción que no puedes quitarte de la cabeza, estaba la imagen de la cara amoratada de Florence. La grieta fina en la pared. La forma en que se estremeció al oír el nombre de su propio marido. Intenté archivarlo todo en la carpeta de no es asunto mío, pero mi cerebro nunca fue bueno acatando órdenes. Tendría que verla otra vez esa tarde, pero primero tenía una promesa que cumplirle al señor Powell.

A decir verdad, me estaba arrepintiendo *un poco* de mi ofrecimiento cuando llamé a su puerta. Su piso estaba tres puertas más abajo del nuestro, con la misma distribución, solo que el suyo olía vagamente a grasa de fritanga y a libros viejos en vez de a gasolina, como el nuestro a esas alturas. La puerta se abrió una rendija y el señor Powell se asomó como si estuviera comprobando que no era una agente judicial.

—¡Oh! —dijo, iluminándose al reconocerme—. ¡Nina! Pasa, hija.

Su salón tenía el mismo aspecto de siempre, como si el tiempo se hubiera detenido el día que murió su mujer y nadie le hubiera dicho que volviera a ponerse en marcha. Todo estaba ordenado en la superficie, pero no exactamente limpio: polvo en las pantallas de las lámparas, huellas en los interruptores de la luz y tenues cercos en la mesa de centro donde las tazas habían estado demasiado tiempo.

—No tenías por qué hacer esto, ¿sabes? —dijo por quinta vez desde que me ofrecí por primera vez.

—Ya lo sé —respondí, colgando el abrigo en el respaldo de su butaca—. Pero trato es trato.

—Eres un sol —anunció antes de encaminarse a la cocina—. Voy a poner el agua a hervir.

—Solo no me deje beberlo hasta que haya terminado, ¿vale? —bromeé —. Que me siento y ya no me levanto.

El señor Powell se rio entre dientes mientras se dirigía a la cocina y yo me puse manos a la obra. Empecé por lo evidente: limpié las superficies, aspiré las migas del sofá como si fuera una arqueóloga en una excavación y desempolvé las fotografías enmarcadas, procurando no mirarlas demasiado de cerca porque solo podía absorber cierta cantidad de tristeza después de lo de Florence. Estaba terminando con el salón cuando volvió con dos tazas y dejó una en la mesa de centro, con cuidado de usar un posavasos ahora que la había limpiado.

—Ahí tienes —dijo—. Eso te mantendrá en marcha.

—Gracias —murmuré, dando un sorbo. Sabía a té cargado con leche de larga duración.

El señor Powell se dejó caer en el sofá con su propia taza y me observó limpiar el mueble de la televisión con una mano y el té en la otra, como si estuviera haciendo magia.

—¿Qué tal le va a Callum con ese cacharro suyo? —preguntó.

—¿La trampa mortal, querrá decir? —corregí, dejando mi taza.

—Eso, eso —dijo—. ¿Te contó que le ayudé a meterlo por las puertas?

—Sí —dije negando con la cabeza—. Tendría que haberle dicho que se lo metiera donde no le da el sol.

—Hay que echarse una mano los unos a los otros, ¿no?

Me tomé un segundo para recordar dónde estaba. —Así es.

—¿Qué va a hacer con él? He visto que anda haciendo el tonto por el aparcamiento.

—Quiere usarlo para hacer repartos de comida.

—Mm —canturreó, dando un sorbo lento a su té—. ¿Y eso por qué?

Me encogí de hombros, pasando al alféizar de la ventana. —Quiere aportar.

—Buen chico —observó—. Sabía que saldría de ese bajón en el que andaba metido.

—Ya le ha costado lo suyo... —dije entre dientes.

Cuando terminé con el salón, cogí mi caja de productos y revisé el resto de las habitaciones. El dormitorio estaba bastante presentable salvo por la cama sin hacer, y la cocina tenía una fina capa de lejía cubriéndolo todo, como si el señor Powell hubiera intentado limpiar antes de que yo llegara para no pasar vergüenza. Sin nada más que hacer, pasé al baño, donde vivían los verdaderos horrores. Se quedó en el umbral como un fantasma arrepentido mientras yo me ponía los guantes de goma y empezaba a fregar el váter.

—Lo siento, hija —murmuró a mis espaldas.

—No se disculpe —le sonreí por encima del hombro—. He visto cosas peores, créame.

—Irene se encargaba de todo esto —explicó.

Dejé escapar un leve suspiro por la nariz. —Seguro que la echa de menos.

—Cada día —empezó, con la voz ligeramente quebrada—. Aunque a veces desearía que no me hubiera cuidado tan bien.

Fruncí el ceño. —¿Por qué?

—¡Porque mírame! Soy un inútil sin ella.

Mi mente se fue a Cal un instante. —Usted no es un inútil, señor Powell.

—Valora cada segundo con tu chico, ¿me oyes? —dijo con firmeza—. Incluso cuando se porte como un imbécil.

—Lo haré —sonreí con sorna—. Y se lo transmitiré.

Cuando la porcelana quedó reluciente, tiré de la cadena y me puse de pie. Me lavé las manos en el lavabo con los guantes todavía puestos, luego me los quité del revés y los tiré a la caja.

—¿Me he dejado algo? —pregunté.

—No, me has ayudado muchísimo, Nina.

—Ha sido un placer —dije con una sonrisa cálida.

El señor Powell se dirigió hacia la puerta de entrada, así que fui a buscar el aspirador del salón y lo arrastré hasta el recibidor. Como siempre, se sacó la cartera del bolsillo del pantalón y empezó a repasar los billetes que llevaba dentro, pero le puse la mano en el brazo para detenerlo.

—Ni se le ocurra —le advertí—. Es mi buena acción del día.

Soltó una risita y cerró la cartera. —Gracias.

—De nada —dije radiante—. ¿A la misma hora la semana que viene?

—Solo si estás segura.

—Estoy segura —dije—. Además, ¿dónde voy a encontrar la mejor taza de té de Manchester si no?

Con eso, me fui directa al ascensor mientras el señor Powell me sonreía desde la puerta de su piso. La verdad es que me sentí bastante bien conmigo misma mientras el ascensor empezaba a bajar. En cierto modo, me ayudó a sentirme un poco mejor con respecto a adónde me dirigía a continuación.

* * *

Se me puso la piel de gallina cuando las verjas de Florence se abrieron antes de que hubiera parado el coche para pulsar el interfono. Después de esperar a que se abrieran del todo, bajé por el camino de entrada y aparqué en el mismo sitio exacto donde Victor la había devuelto a la vida, luego apagué el motor y fui al maletero a coger mis cosas. Era una tarde especialmente bochornosa y amenazaba con llover, así que corrí hasta la puerta principal y usé mi llave para entrar.

—¿Florence? —llamé.

Sin respuesta.

Para satisfacer mi curiosidad, subí directa a la sala de juegos. Sentí alivio al no encontrarla allí sentada en ese estado ausente otra vez. Ya había decidido durante el fin de semana que iba a agachar la cabeza y hacer lo que mejor se me daba: limpiar. No iba a meterme en el matrimonio de Florence,

ni a ser un hombro sobre el que llorar, ni a hacer nada más allá de lo que me pagaba por hacer.

Si podía evitarlo.

Ella y Marcus debían de haber tenido invitados durante el fin de semana, porque desde la puerta se veían huellas grasientas por toda la barra de granito, así que dejé mi caja de productos en un taburete y me puse a limpiarla. Le di un pulverizado rápido de abrillantador, le saqué brillo y luego centré mi atención en la parte de atrás de la barra. Enjuagué el cuchillo pegajoso que habían dejado allí y raspé las pocas rodajas de limón arrugadas de la tabla de cortar al cubo de basura, luego até la bolsa con la intención de sacarla fuera más tarde.

Iba a medio salir por la puerta cuando me fijé en algo que se me había pasado. Había un pequeño montoncito de polvo en el rodapié donde estaba la grieta de la pared, como si el daño fuera reciente. Encima, había unas gotas marrones manchando la pared, que por lo demás estaba impecable. Sabía a qué se parecían. Le di un chorro de spray de todas formas, y se fue con una sola pasada del trapo.

—Qué raro —me dije.

Tú limpia, Nina.

El resto de la habitación parecía intacto desde mi última visita, así que cogí mis cosas y pasé a la habitación contigua. Los baños de aquella casa eran del tamaño de todo mi salón, todo mármol claro y grifería dorada, con toallas dobladas con tanta pulcritud que no me atrevía a tocarlas. Vi que el rollo del portarrollos tenía unas tres hojas, así que me agaché a coger uno nuevo del armario de abajo para cambiarlo, pero al hacerlo, algo se cayó del centro y repiqueteó contra el suelo.

Era un tubo pequeño de plástico negro que traqueteó cuando lo cogí, y dentro había unas cuantas pastillas azules y un papel doblado. Me hizo gracia durante un instante, cuando pensé que había descubierto el alijo de pastillas para la disfunción eréctil de Marcus, pero la gracia se me cortó cuando miré el prospecto y vi que era Diazepam, recetado a Florence.

—Joder —susurré.

El estómago me dio un vuelco extraño. Sabía perfectamente lo que hacían esas pastillas porque yo también tuve mi propia receta durante un tiempo.

No quería pensar en por qué. Se me secó la boca igualmente.

Al final, no me gustó cómo me hacían sentir, así que fui dejándolas poco a poco tan rápido como pude. Me dejaban tan agotada que apenas podía salir de la cama la mayoría de los días, por no hablar de los dolores musculares y las náuseas. A pesar de lo que ya sabía sobre Florence y su matrimonio, no me parecía alguien capaz siquiera de sentir ansiedad. Si acaso, me parecía alguien que provocaba ansiedad a los demás con solo estar en la misma habitación.

Cuando terminé de pensar en eso, empezaron los gritos.

Al principio eran amortiguados, como si la propia casa se los tragara. Había dos voces, graves y cortantes, que venían de abajo. Me quedé paralizada un instante antes de ir corriendo a meter las pastillas donde las había encontrado, y luego pegué la oreja a la rendija de la puerta. Aunque no conseguía distinguir ni una palabra entre el ruido, la voz de Florence estaba ahí. Más tensa de lo habitual, y desde luego no era su calidez efusiva y teatral.

Entonces llegó una voz de hombre que no había oído antes.

Marcus.

Abrí la puerta y me deslicé hasta el rellano. A pesar de que la escalera era de cristal, solo podía ver una franja de la sala de estar de abajo. No vi a ninguno de los dos, pero su discusión por fin era audible.

—¡Marcus! —bramó Florence—. ¡No te atrevas a salir de aquí cuando te estoy hablando!

—Podemos hablar de esto luego, cuando te hayas calmado —dijo él con una calma inquietante.

—¡No! ¡Vamos a hablar de esto ahora!

Marcus soltó una risa baja, pero no tenía ninguna gracia.

—No estamos hablando, ¿verdad? Tú solo me gritas y se supone que yo tengo que quedarme aquí plantado y aguantarlo.

—¿En serio estás intentando darle la vuelta a esto? —preguntó Florence con una risa amarga—. ¿Es eso lo que estás haciendo?

—¿Darle la vuelta? Flo, esto es cosa tuya, y solo tuya.

—¿Qué narices te he hecho yo a ti? —exclamó ella—. ¡Aparte de darte todo lo que has querido!

—Sí, claro —replicó—. ¿Y qué me dices de que no paras de revisar mi móvil? ¿El localizador en mi coche? ¿El detective privado? Dios, estás obsesionada.

—¡Es porque me estás mintiendo! ¿Qué se supone que tengo que hacer?

Esa era la cuestión, ¿no?

—No te estoy mintiendo —dijo sin inmutarse—. Nunca lo he hecho.

—¡Sí lo has hecho! —siseó—. *Sé* que lo has hecho.

—Solo estás paranoica —respondió con voz inexpresiva—. Será por el alcohol o por todas esas pastillas que te metes.

Vaya, sabía dónde clavar el cuchillo.

—¿Es de extrañar que tenga que tomar pastillas para pasar el día? —preguntó ella—. ¿Cuando así es como me tratas?

—Aun así, estoy harto de que controles cada puto momento de mi vida —espetó—. No puedes poseerme.

—¿Ah, no? —se mofó Florence—. ¿Quién paga esta casa, Marcus? ¿Quién paga tus proyectitos y tus coches tan bonitos?

—¡Cómo te atreves a echármelo en cara! ¡Yo fundé nuestra empresa!

—¡Pero yo soy la que la levantó! —gritó—. Seguirías metido en esa oficinita minúscula de una sola persona, detrás de un portátil, si no hubiera aparecido yo.

El corazón se me subió a la garganta cuando llegó otra pausa. El instinto me gritaba que bajara corriendo, que hiciera algo, que interviniera, pero estaba clavada en el sitio. Ojalá lo hubiera hecho, porque un segundo después el alto el fuego se rompió con un golpe seco, seguido de un quejido que revolvía el estómago, de Florence.

¿Acababa de pegarle estando yo arriba?

—Joder, Flo, lo siento mucho —balbuceó Marcus—. ¿Estás bien?

—¡Fuera! —chilló Florence—. ¡Ahora mismo!

—No quería... ¡Me cegó la rabia!

Oí los tacones de Florence repiqueteando sobre el suelo de baldosas.

—¿Así es como me lo pagas? ¿Poniéndome las manos encima? ¿Tirándote a todo lo que se mueve? No eres un hombre, eres un chiste.

Marcus suspiró. —Escucha, Flo, yo nunca te pondría los cuernos, ¿vale?

—*Mentiroso* —escupió ella.

—¡He hecho todo lo que me has pedido! Joder, hasta me he mantenido alejado de tu preciada limpiadora, tal y como me pediste.

¿Y a mí por qué me metían en esto?

—¡Lárgate de mi puta casa! —chilló Florence.

—No, quiero...

Marcus se vio interrumpido cuando el sonido de un cristal rompiéndose contra las baldosas lo cortó en seco.

—Dios santo, Florence —dijo en voz baja.

No dijo nada más después de eso. Solo le oí salir por la puerta principal y cerrarla con suavidad detrás de él. Durante un minuto entero, no me moví. No podía. Me limité a escuchar, esperando sus pasos de vuelta, otro grito, cualquier señal de si realmente se había ido. Al final, los sollozos de Florence me dieron la respuesta.

Tras respirar hondo, bajé las escaleras y me recibió un charco de líquido rojo extendiéndose por las baldosas blancas que antes eran inmaculadas. Pensé lo peor durante un instante, pero entonces me llegó el olor a vino, y los trozos de la botella rota junto a la isla de la cocina lo confirmaron. Florence se balanceaba en un taburete, con una mano apretándose una mancha roja en la mejilla, debajo del ojo morado, y las lágrimas cayéndole sobre la encimera. Por su estado, no era una botella llena la que había tirado. Como mucho, parecía achispada.

—¿Florence? —dije en voz baja.

Levantó la cabeza de golpe y por un segundo pareció genuinamente sobresaltada. Luego me vio bien, y los hombros se le hundieron.

—Oh —susurró—. No sabía que estabas aquí.

En silencio, fui al armario y cogí el recogedor y la escobilla, luego me agaché al borde de los cristales. Mis manos se movían en piloto automático, barriendo los trozos en un montón mientras mi cerebro daba vueltas en círculos. Aunque Marcus era un monstruo, y eso no había quién lo negara, Florence era otro tipo de bestia. Era igual de controladora que él, y no solo con el dinero, sino rastreando cada uno de sus movimientos.

Eso no justificaba que le pusiera las manos encima.

Nada justifica eso.

—¿Estás bien? —pregunté por encima del hombro.

—No —murmuró, con la mirada clavada en el suelo—. Ni por asomo.

Tuve unas ganas enormes de salir de allí pitando, pero no podía dejarla en ese estado.

Mi segunda buena acción del día.

Y la segunda vez que me metía en algo que no podía deshacer.

9
EL DESPIDO
NINA

No pegué ojo en toda la noche. Las pastillas escondidas. La bofetada en la cara. La forma en que Florence le había dicho a Marcus que me evitara. O sea, ¿qué coño estaba haciendo yo exactamente? Tampoco había manera de contárselo a Cal: se habría arrancado con un discurso sobre que ninguna cantidad de dinero merece poner en riesgo mi seguridad. Lo peor era que tenía toda la razón del mundo. Simplemente no quería oírlo en voz alta.

Me pasé el resto de la noche echando cuentas. ¿Cuántos sobres necesitaría de Florence para sacarnos a Cal y a mí de la miseria? ¿Cuántas semanas tendría que fingir que allí todo iba bien y ocultar la verdad, incluso a mí misma? Sabía lo que *debería* hacer: dejarlo y acudir a la policía. Pero no podía. No podía volver a rebuscar en la mugre por unas monedas ni ver cómo se me llenaba el descubierto.

Y la policía nunca te cree cuando lo necesitas.

Seguía despierta cuando amaneció, así que cancelé la alarma y me metí en la ducha para prepararme para otro día de trabajo. Florence me había dicho que podía elegir mi propio horario, así que pensaba evitar Hale al menos durante unos días antes de volver, para dejar que se asentara el polvo tras su discusión. Además, tenía otros clientes, y no podía descuidarlos por si la situación con los Harrow implosionaba la próxima vez que fuera, que probablemente lo haría.

Para mi sorpresa, Cal ya estaba levantado y en el salón cuando salí de la ducha, sentado en el suelo con las piernas cruzadas y un destornillador en la mano, con los ojos pegados a un vídeo en el móvil donde alguien explicaba cómo limpiar un carburador con acento del este de Europa. Levantó la vista como un golden retriever esperando que lo feliciten en cuanto me vio.

—Ahí está —dijo—. ¿Ya te encuentras mejor?

—Un poco —respondí, secándome el pelo con una toalla.

—¿Pasó algo ayer? Estuviste dando vueltas en la cama toda la noche.

Mi mirada se perdió en el vacío.

—¿Nina? —insistió al cabo de un rato.

—No —dije—. Es que no podía dormir.

Cal enarcó una ceja. —¿Por qué no?

—Por nada —zanjé, metiéndome a toda prisa en el dormitorio.

Me enfundé la ropa vieja de trabajo y luego recogí la bata del suelo. Tenía una manchita de vino del día anterior, así que intenté rascarla con la uña del pulgar. Cuando me di por vencida, me fijé en que Cal estaba

apoyado en el marco de la puerta, rociando una sustancia de aspecto tóxico sobre una pieza de su ciclomotor.

—¿Tienes que echar eso aquí dentro? —pregunté.

—Está diluviando ahí fuera —señaló—. ¿Sigues usando Pinq, por cierto?

—¿Por? ¿Qué pasa? —dije, frotándome el cuello.

—Tony estaba preguntando. Si no lo usas, puedo pasarle tu código de invitación.

—Perdona, sí, lo estoy usando.

—¿Has ganado mucho?

—Solo lo he abierto una o dos veces.

—Deberías mirarlo más a menudo. Yo gané unas cien libras ayer.

Me di la vuelta de golpe. —¿Cien? ¿En serio?

Meneó las cejas arriba y abajo como si ni él mismo se lo creyera. —Sí. Todo por unas cuantas fotos. Increíble, ¿no?

—Vaya —murmuré, girándome hacia la ventana—. Igual no tengo que seguir limpiando para Florence después de todo.

Cal soltó las herramientas y entró en el dormitorio a grandes pasos. —¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Agité la mano en el aire. —Nada.

—¿Nina? —insistió—. Te conozco. Algo te está molestando.

Tras un suspiro, me dejé caer en la cama y me apoyé la cabeza en las manos. —Hubo... un incidente.

Cal se sentó a mi lado y me pasó el brazo por los hombros. —¿Qué incidente?

—Florence tuvo una discusión con su marido mientras yo estaba arriba.

—¿Y? Las parejas discuten. —Se encogió de hombros—. Joder, nosotros hemos tenido las nuestras.

—Pero es que él le pegó. —Hice una mueca—. Y cuando fui el viernes, ya tenía un ojo morado de la vez anterior. Me la encontré arriba, mirando fijamente una grieta en la pared.

—¿Qué? —Se le abrieron los ojos como platos—. Nina, no puedes volver allí.

—Ay, Cal... —dije, recogiéndome el pelo hacia atrás y haciéndome una coleta—. Tengo que hacerlo.

—No, no tienes que hacerlo —replicó, sacando el móvil y enseñándome su panel de Pinq—. Esto es real. Podemos cubrir fácilmente lo que ella te paga entre los dos.

—¡Pero quién sabe cuánto va a durar! —protesté—. Podrían cerrarlo de un día para otro.

—¿Y trabajar para Florence es más estable?

Me dejé caer de espaldas sobre el colchón con un suspiro y cerré los ojos. Tenía razón.

—Escucha, entre esto y tus otros clientes, podemos cubrir la diferencia —continuó—. Y en cuanto yo esté haciendo repartos, iremos viento en

popa.

—Preferiría no volver allí, la verdad.

—Pues déjala. Ninguna cantidad de dinero merece poner en riesgo tu seguridad.

Sabía que diría eso.

—Me lo pensaré —logré decir.

—¿Qué hay que pensarse, Nina? Son un par de psicópatas. A saber qué más estarán ocultando.

—Vale. Tienes razón —concedí mientras me incorporaba—. La llamaré luego y la mandaré a paseo.

—¿Me lo prometes?

Asentí, y Cal se inclinó para agarrarme la cara con las dos manos y me dio un beso en la frente.

—Todo va a salir bien, ¿sabes? —dijo.

—Lo sé.

Esbocé una sonrisa que no sentía antes de que me soltara, luego me levanté a coger los productos de limpieza junto a la puerta. Cal volvió de inmediato a su cacharreo, haciendo todo lo posible por no parecer encantado de la vida de que, por una vez en nuestra relación, le hubiera hecho caso.

—Por cierto, ¿vas a quedar con Jean directamente después del trabajo o te pasas por casa primero? —gritó cuando me iba.

—Dios mío, se me había olvidado por completo.

—¿Y si te quedas en casa conmigo? —sugirió, meneando las cejas.

Negué con la cabeza y me reí. —No puedo cancelar otra vez. Me mata.

—Eso es verdad.

—Me pasaré antes a ducharme, de todas formas. No pienso salir oliendo a casa ajena —dije antes de salir al rellano—. Te quiero.

—¡Y yo a ti! —gritó detrás de mí.

* * *

Mi primera parada fue la casa de la señora Johnson en Levenshulme: un bungalow bastante nuevo justo al lado del club de críquet. No solo estaba a un tiro de piedra de mi piso, sino que su casa era diminuta, así que era una primera limpieza ideal para ir entrando en materia. Siempre me gustaba ir allí. Ella y su marido eran de mis clientes más antiguos, y me colaban un billete de veinte extra por Navidad si se sentían especialmente generosos.

Aparqué en la calle en semicírculo, en mi sitio de siempre, al llegar, y luego saqué todas mis cosas del maletero. El señor Johnson volvía justo de pasear a su pequeño Yorkshire terrier por la mañana, y me sujetó la verja mientras yo cargaba con el equipo. No pude evitar reírme al notar que él y el perro llevaban abrigos a juego.

—Buenos días, señor Johnson —dije radiante—. ¿Cómo andamos hoy?

—¡De maravilla! —exclamó antes de señalar al cielo—. Aunque no nos vendría mal un poco de sol, ¿verdad?

—¡Desde luego! —le devolví, agachándome a rascarle la barbilla al perro—. Pero es lo que tiene Manchester, ¿no?

—¿Te echo una mano, hija?

—No, no, entre usted —le resté importancia—. Ya estoy acostumbrada a todo esto.

Con un gesto de asentimiento, el señor Johnson se adelantó, dejándome la puerta abierta para que pasara. Había media docena de escalones hasta la puerta principal, así que los subí de uno en uno con la aspiradora y entré. Su casa tenía un olor muy particular, como a popurrí y agua de rosas, multiplicado por cincuenta porque tenían la calefacción central a tope las veinticuatro horas del día. Me dirigí al salón, enchufé la aspiradora y me puse a trabajar.

Había algo en el estruendo ensordecedor de la aspiradora que siempre me arrastraba a mis propios pensamientos. Ahogaba el mundo exterior, y normalmente me resultaba bastante reconfortante. Pero aquella mañana no. Aquella mañana estaba corroída por la culpa porque le había prometido a Cal que me pensaría lo de mandar a paseo a Florence. Si hubiera sido cualquier otra clienta, no habría dudado en poner fin a nuestra relación laboral después de lo que había visto.

Pero había algo en ella que se me había metido bajo la piel.

No solo se había echado la culpa de un accidente que fue culpa mía, me había dado de comer, me había dado una llave de su casa y me había dicho cosas sobre mi propia relación que yo no quería oír, sino que además se la jugó al contratarme. Eso no es una clienta. No sabía qué era exactamente, pero no era *solo* una clienta. No sabía por qué, pero sentía cierta responsabilidad de asegurarme de que iba a estar bien. No tenía claro que lo correcto fuera abandonarla. No entonces, al menos.

Terminé de pasar la aspiradora por el salón y quité todas las telarañas, luego dejé la aspiradora en el pasillo antes de dirigirme a la cocina. Los Johnson hablaban en voz baja en la mesa del comedor mientras el perro devoraba su desayuno en el rincón. No se dieron cuenta al principio de que yo había entrado, pero cuando lo hicieron, los dos se enderezaron de golpe y se giraron hacia mí.

¿Qué acababa de interrumpir?

Cambié el peso de un pie a otro. —Señora Johnson, ¿cómo está usted?

—Bien, bien —dijo, dando un sorbo a su té—. ¿Qué tal vas?

—Bien —respondí, sacando un trapo del bolsillo de la bata para limpiar el alféizar de la ventana—. Ya he terminado en el salón.

Al girarme hacia la ventana, vi a la señora Johnson darle un golpecito en el brazo a su marido y señalarme en el reflejo. Empezaron a cuchichear entre ellos, así que me di la vuelta para sacarlos de su apuro.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—¿Tienes un momento? Nos gustaría hablar contigo. —La señora Johnson le lanzó una mirada fulminante a su marido antes de volver los ojos hacia mí—. Lo siento, cariño, pero no son buenas noticias.

—¿Qué pasa? —murmuré.

Respiró hondo. —Vamos a tener que prescindir de ti.

—¿Prescindir... de mí? —exclamé—. Si tiene algo que ver con la calidad de la limpieza, le aseguro que...

—No es eso —me interrumpió—. Es que nos han informado de algo y...

—¿Informado de qué? —fruncí el ceño.

La señora Johnson se giró hacia su marido, y él cogió un recorte de periódico doblado de la encimera. Lo alisó sobre la mesa. El titular me dejó clavada en el sitio.

Mujer de Manchester acusada de lesiones graves.

No leí ni una sola palabra del artículo porque sabía exactamente de qué iba. Además, si de alguna manera hubiera distinguido el nombre de Jack en el texto, me habría dado un ataque de pánico monumental allí mismo, en su cocina.

—¿Eres tú? —preguntó ella.

Tras un momento de vacilación, asentí. Los Johnson se miraron el uno al otro, con la conmoción reflejada en la cara, casi saltando de sus sillas cuando me acerqué a la mesa para apoyar las manos en ella.

—Soy yo, pero no fue culpa mía —dije.

—Aun así, no nos sentimos cómodos teniendo en casa a alguien que anda metida en...

—Me estaba defendiendo, ¿vale? —la corté antes de ir al enchufe a desconectar la aspiradora—. Los periódicos... mintieron.

—Mira, te pagaremos lo de hoy, pero vamos a tener que buscar a otra persona.

Retrocedí, apartándome de la mesa.

—Lo entiendes, ¿verdad? —añadió.

—¡Pero si llevo viniendo aquí años! En todo este tiempo, ¿he hecho alguna vez algo que les haya dado motivo de preocupación?

—Bueno, no, pero...

—¿Entonces por qué me están echando? —espeté.

El señor Johnson se interpuso delante de su mujer cuando creyó que la cosa se iba a calentar.

—Venga —dijo, poniéndome una mano en el hombro—. Déjame que te ayude con tus cosas.

—¡Quíteme las manos de encima! —grité, zafándome de él—. No necesito ni quiero su ayuda.

Retrocedió y volvió junto a su mujer mientras yo salía disparada al pasillo, recogiendo mis productos de camino a la puerta.

—Lo siento mucho, Nina —dijo la señora Johnson a mis espaldas.

Me giré en seco. —¿Quién les dio ese artículo?

—No lo sé, hija. —Se encogió de hombros—. Nos lo echaron por el buzón esta mañana.

Negué con la cabeza, incrédula, y salí corriendo a mi coche a tirar todo en el maletero. Lo que más dolió fue cuando los Johnson echaron el doble cerrojo de la puerta, como si yo fuera una delincuente peligrosa merodeando en su entrada. Que me echaran por algo que no fue culpa mía ya era bastante, pero saber que era por literalmente lo peor que me había pasado en la vida... Eso era otra cosa.

O sea, ¿cómo es justo que un hombre al que quise me moliera a palos cada vez que le daba la gana, y que la primera vez que de verdad me defendí fuera yo la culpable? ¿Que saliera en las noticias locales? ¿Que me persiguiera durante años, envenenando todos los demás aspectos de mi vida como un cáncer, para resurgir media década después y terminar lo que empezó? No lo es, y eso ya era bastante indignante, pero saber que Jack claramente seguía vendiendo su versión de la verdad era aún peor.

Antes de que mi rabia se desbordara y acabara haciendo algo de lo que luego me arrepentiría, saqué mi libreta y miré cuál era mi siguiente cita. La señora Adamson solo me esperaba después de las once, pero decidí llamarla por si acaso estaba en casa y podía llegar antes.

—¿Diga? —contestó.

—Hola, señora Adamson, soy Nina —dije antes de respirar hondo—. Mire, una clienta me ha fallado, así que me preguntaba si podría pasarme un poco antes hoy.

El silencio al otro lado de la línea duró lo suficiente como para revolverme el estómago.

—Nina, lo siento mucho, pero llevaba tiempo queriendo llamarte.

—¿Ah, sí? —dije con toda la calma que pude—. ¿Por qué?

—Nos han dejado una nota extraña por el buzón con un recorte de periódico adjunto. ¿Sabes algo de eso?

La mano me cayó al regazo, llevándose el teléfono consigo.

¿Qué demonios estaba pasando?

10
EL BRUNCH
NINA

No podía creerlo. En cuestión de unas pocas horas, todo lo que me había llevado años construir había quedado arrasado. Una por una, llamé a cada uno de mis clientes de ese día para preguntarles si podía adelantarles la cita, y todos me dijeron que habían recibido el mismo artículo del periódico que la señora Johnson. Llamé a sus puertas. Supliqué en sus porches. Pero, a media tarde, estaba aparcada frente a nuestro bloque de pisos, con la agenda despejada para toda la semana y todos los contactos garabateados en mi libreta tachados.

Salvo uno. Florence.

Jack era la única persona capaz de hacerme algo así, de modo que antes de subir al piso, deslicé el dedo por mis contactos hasta el que figuraba simplemente como X al final de la lista y dejé el pulgar suspendido sobre el botón de llamada. La última vez que lo vi fue cuando se celebró la vista en el juzgado, aquella en la que me robó mi versión de los hechos para hacerla pasar por la suya, contándole a todo el mundo que yo era violenta y agresiva, y que él había sufrido en silencio durante años.

Pulsé llamar y la línea sonó durante treinta segundos antes de saltar el buzón de voz.

—¿Jack? Soy yo —dije al teléfono, haciendo una pausa para recomponerme—. No sé por qué estás haciendo esto, pero déjame en paz de una puta vez, ¿vale?

Colgué, y fue entonces cuando vi el mensaje de Jean esperándome.

Mierda.

Habíamos quedado en vernos en el centro para un brunch regado de alcohol que nos debíamos desde hacía tiempo y un rato de cotilleo, pero se me había olvidado por completo. Empecé a escribir un mensaje de disculpa para cancelar hasta que caí en que probablemente era la única persona en mi vida capaz de darme un consejo útil de verdad. Eso, o me emborracharía tanto que todo me daría igual. Borré lo que estaba escribiendo y empecé de nuevo.

Estoy deseando. X

Dejé las cosas de limpieza en el coche y subí en el ascensor hasta nuestro piso. Pensé que Cal quizá estaría trasteando con su juguete nuevo en el

aparcamiento, pero supe que no era el caso cuando oí su juego favorito retumbando desde el dormitorio. Casi se muere del susto cuando entré, como si lo hubiese pillado haciendo algo malo, y se abalanzó sobre el televisor para apagarlo. Teniendo en cuenta cómo estaba el día, decidí que no merecía la pena meterme en otra discusión más.

—¡Nena! ¿Qué haces de vuelta tan pronto? —preguntó.

—El último cliente canceló —mentí—. Menos mal, además. Se me había olvidado lo de Jean.

—Solo estaba descansando un momento. He estado trabajando en el ciclomotor todo el día y...

—Cal —lo interrumpí—. No pasa nada.

Abrí el armario y me quedé mirando mis opciones, que eran: ropa vieja, otra ropa vieja distinta, o el único vestido que me compré para una boda y no volví a ponerme porque parecía una cría jugando a ser mayor. Jean era de esas chicas que se arreglan hasta para abrir una bolsa de patatas y seguramente estaría rizándose las pestañas en ese mismo instante. Al final, elegí la falda menos manchada y una chaqueta de cuero, que probablemente era lo mejor que iba a conseguir.

—¡Eh! Al menos puedes contarle que por fin estoy poniendo mi vida en orden —comentó Cal.

Me quedé quieta, a medio ponerme el sujetador. —¿Estás poniendo tu vida en orden?

—¡Sí! —dijo con cierto orgullo—. El ciclomotor está casi listo y acabo de reservar el examen por internet.

—Cal —empecé, con la intención de soltar un discurso impulsivo antes de darme cuenta de que no tenía energía—. Eso es... genial.

—Creo que por fin voy a atreverme a salir del aparcamiento y dar una vuelta a la manzana con ella.

Me subí la falda y me ahuequé un poco el pelo frente al espejo. —¿Es buena idea?

—Probablemente no. —Se rio—. Por cierto, estás guapa.

Lo miré a los ojos a través del espejo. —¿De verdad?

Asintió como si con eso bastara y salió de la habitación a por algo de beber. Yo lo seguí un minuto después y le di un beso en la mejilla mientras seguía de pie junto al fregadero. Su cumplido casual me había animado sin esperarlo. Quizá aún había esperanza para él.

—No volveré muy tarde —dije, ya medio fuera por la puerta—. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo por encima del hombro.

* * *

Al final dejé el coche en el piso y cogí un taxi al centro. Daba igual el plan que hubiese, Jean siempre tenía el don de ponerme como una cuba cada vez que nos veíamos, y estaba segura de que esta vez no sería la excepción. Ella

había elegido el sitio, como siempre, un café pijo en pleno Northern Quarter, porque parecía que solo quería ir a sitios donde las sillas eran incómodas y la comida carísima venía servida sobre trozos de pizarra. A pesar de ser martes por la tarde, estaba hasta los topes, tanto que casi no la vi sentada junto a la ventana, picoteando de un bol de palomitas de cortesía y bebiendo una mimosa.

—¡Nina! ¡Por fin! —chilló, levantándose para darme un abrazo.

—Siento llegar tarde —dije con sequedad, devolviéndole el abrazo—. El trabajo.

—Estás... hecha polvo.

—Vaya. Gracias, tía.

Como era de esperar, Jean estaba acicalada hasta el último milímetro. Pelo negro brillante, eyeliner perfecto, uñas impecables. Si alguna vez cayese en la miseria, creo que dejaría de comer antes que renunciar a unas cejas perfectas, y no existía un problema lo bastante grande como para obligarla a sacrificar su armario de marca. No es que fuera a saber nunca lo que era ser pobre. Trabajaba un par de días a la semana como auxiliar jurídica en un bufete de postín y se llevaba a casa más que la mayoría de la gente que trabajaba diez veces más horas.

—Sabes lo que quiero decir, no seas tan dramática —dijo con una sonrisa, haciéndole señas a un camarero—. ¡Venga, va! ¿Qué me cuentas?

Me deslicé en el asiento de enfrente. —Demasiado.

—Bien —dijo, con los ojos brillando—. Hace siglos que no tenemos una cháchara en condiciones.

Un camarero apareció al instante y Jean ni miró la carta. —¡Dos brunch ilimitados, por favor!

Parpadeé. —Jean, mañana trabajo.

—No empieces —me cortó—. Es fin de semana. Te lo mereces.

—Es martes —le recordé.

—¿Y qué más da? —Jean agitó una mano.

Le hice un leve asentimiento al camarero en señal de conformidad, así que se fue corriendo a tramitar nuestro pedido.

—Bueno... —Jean se inclinó hacia delante, bajando la voz—. ¿Quién es esa ricachona para la que trabajas?

Torcí el gesto. —¿Florence?

Jean asintió con avidez.

—¿Y tú cómo sabes de ella?

—Cal me escribió el otro día. —Jean sonrió con malicia—. Creo que está preocupado.

Puse los ojos en blanco. —No sabe de qué habla.

—Eso es Cal —dijo Jean, como si eso zanjara el asunto—. Pero siempre tiene el corazón en su sitio.

Hice un leve gesto de incomodidad y me incliné hacia delante, pero Jean me leyó la expresión y se adelantó antes de que pudiera decir una palabra más.

—¡No, no, no! —me advirtió—. Ni se te ocurra.

—¿Qué? —pregunté.

—No conviertas esto en otra sesión de machacar a Cal. Recuerda que él fue amigo mío mucho antes de que yo fuera amiga tuya.

—¡No iba a hacerlo! —repliqué, y me detuve un momento—. Es solo que...

—No. No quiero oírlo.

Solté el aire por la nariz. —Vale. Es un santo y no podría ser más feliz.

Jean sonrió de oreja a oreja, como si hubiese ganado. —Así me gusta.

El camarero volvió con dos copas de prosecco, y siguieron llegando mientras le contaba a Jean todo lo que me había pasado esa semana: el accidente, Marcus y Florence, y que mis clientes me habían dejado tirada. El único detalle que omití fue el motivo por el que me dejaban. Simplemente le dije que una empresa grande de limpieza estaba intentando robarme la clientela y lo dejé ahí.

—Qué putada. —Jean se recostó en la silla—. Pero esta tal Florence sigue queriéndote para limpiar su casa, ¿no?

—No lo sé. No he tenido valor para llamarla todavía.

—Seguro que sí. No parece de las que se preocupan por ahorrarse unas libras a la semana.

—¿Pero y todas las señales de alarma?

—¿Y a quién le importa? —preguntó, alzando la copa—. Coge el dinero y sal corriendo, eso digo yo.

—Cal... —empecé con cuidado—. Quiere que deje de trabajar para ella.

Jean entrecerró los ojos. —Bueno, la verdad es que es una locura cómo os conocisteis, y lo del marido... madre mía.

—Todavía no le he contado lo de mis otros clientes.

Abrió los ojos como platos. —¿Se lo vas a contar?

Me encogí de hombros mientras daba otro trago.

—Solo intenta protegerte —dijo.

—No necesito que me protejan, Jean.

Su mirada se afiló. —Deberías estar agradecida. Ya me gustaría tener a alguien que se preocupara tanto por mí.

—Aun así —dije, haciendo girar la copa—, no le da derecho a tratarme como a una cría.

Jean torció la boca, como si quisiera discutir, pero no encontrase el ángulo.

—Aunque está entusiasmado con lo de los repartos —añadí para evitar que nuestro brunch se convirtiera en terapia de pareja.

Jean se animó al instante. —Ay, Dios mío, me lo contó. Está superorgulloso.

—Metió un ciclomotor asqueroso en nuestro piso —anuncié.

—¡No me jodas! —Jean se rio—. Eso es... muy de Cal.

—Y se pasa el día viendo *YouTube*, aprendiendo a ponerlo en marcha —dije antes de dar otro sorbo—. Tiene su gracia.

—Por lo menos está haciendo algo por fin.

Le lancé una mirada. —Supongo.

Esa era Jean, en realidad: leal hasta la médula. A veces era admirable. A veces era exasperante. La mayoría de las veces, ambas cosas.

Me llevé un pequeño chasco cuando llegó la comida. Esperaba algo contundente para absorber parte del alcohol, y el huevo escalfado posado sobre una finísima rebanada de pan de masa madre no parecía estar a la altura. Aun así, no me quejé. Dejé que Jean me pusiera al día con los dramas de su oficina mientras comíamos, y fingí que me importaba que la «energía» de Sharon de Recursos Humanos estuviese «rara», porque para eso están las amigas.

A mitad de nuestro enésimo prosecco, Jean sacó el móvil y lo orientó hacia la mesa.

—¡Venga! —declaró—. Para mi *Insta*.

Me puse rígida. —Jean...

—No seas tan aburrida —dijo—. Sonríe.

Intentaba mantener mi cara lejos de las redes siempre que podía. No tenía cuenta, y evitaba las fotos como la peste porque siempre tenía esa sensación horrible de que Jack las vería de algún modo. Pero resistirse a Jean era como resistirse a la gravedad, así que me acerqué sin más protestas y esbocé una sonrisa falsa.

Se me encogió el estómago como si él ya estuviera mirando.

—¡Así mejor! —dijo con retintín.

Con un rápido giro de ojos, saqué mi propio móvil mientras Jean revisaba las fotos que acababa de hacer. Mi barra de notificaciones estaba vacía, salvo una de Pinq.

Nueva recompensa disponible.

Haz una foto de unos cócteles con poca luz.

Pago extra: 12,00 £

Sin pensarlo demasiado, junté nuestras bebidas en el centro de la mesa y saqué una foto. La rueda de carga giró, pero esta vez no llegué a ver el confeti de felicitación porque el teléfono empezó a sonar.

Florence Harrow.

—Joder —murmuré.

—¿Qué pasa? —preguntó Jean.

—Florence... me está llamando.

Jean se inclinó hacia delante. —Contesta.

—¿Y si me está dando largas?

—¡Contesta de una vez!

Tras una larga exhalación, pulsé el botón verde y me llevé el teléfono al oído. Jean tuvo la cara de volver a acercarse las palomitas de cortesía.

—¿Hola? —dije.

—¿Nina? Soy Florence —susurró al otro lado de la línea.

Jean me hizo gestos para que pusiera el altavoz, pero descarté la sugerencia con la mano libre.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—La verdad es que no.

Se me cayó el alma a los pies. ¿Habría leído el mismo artículo que todos los demás?

—¿Qué pasa? —pregunté tras una pausa.

—He decidido intentar arreglar las cosas con Marcus —explicó—. Estamos en un hotel en Stoke.

Cómo habían pasado de tirarse cosas a una habitación de hotel en Stoke era algo que me superaba, pero era mejor que recibir otra llamada más diciéndome que ya no necesitaban mis servicios. Para evitar que Jean escuchase cualquier drama de ricos del que iba a tratar inevitablemente esta llamada, me levanté de la mesa y me quedé en la puerta del restaurante.

—Eso es... bueno, ¿no? —conseguí decir.

—Sí, y estamos avanzando mucho, pero tengo que pedirte un favor.

—¿Un favor? —repetí—. ¿Qué favor?

Suspiró. —Mira, ya sé que hoy es tu día libre, pero...

—Dime qué necesitas y punto, ¿vale? —dije con firmeza.

—Ha llamado nuestra vecina —empezó con un suspiro—. La alarma está sonando en la casa.

Se me hizo un nudo en el estómago. —¿Ahora mismo?

—Sí. Seguramente no es nada, pero no puedo irme. —Hizo una pausa y casi pude oír la tensión en el silencio—. Ahora no.

—¿Y quieres que me pase a echar un vistazo? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—Sí —murmuró Florence.

Miré al otro lado del café hacia Jean, que me observaba como un halcón y claramente se daba cuenta de que aquella no era una llamada normal.

—¿No hay nadie más? —pregunté.

—Eres la única en quien confío —dijo sin pestañear.

¿Confiar? Apenas me conoces.

—Florence... —empecé, bajando la voz—, estoy lejísimos, y además, he bebido.

—¡Ya lo sé! —me espetó, y al instante suavizó el tono—. Lo sé, y lo siento. Es solo que... no puedo lidiar con esto ahora mismo. Necesito tu ayuda.

Cualquier persona sensata habría dicho que no, pero entonces me imaginé a Florence en aquella silla de respaldo en cruz, todavía en bata, esperando a que esa grieta se abriera y se la tragara entera. El vino derramado por el suelo de la cocina. El sonido de Marcus perdiendo los estribos. Y, siendo sincera, también me imaginé a mi último cliente esfumándose.

—Lo haré —me oí decir.

—¡Oh! —Florence soltó un suspiro que sonó a alivio—. Gracias.

Puse los ojos en blanco para mis adentros. —No tienes que darme las gracias.

—Si algo parece raro, llama a la policía, ¿vale? No quiero que te pase nada.

—Vale —dije, mentalizándome—. Vale. Voy ahora.

—Gracias, Nina —repitió, sonando demasiado sincera para alguien como Florence—. Y de verdad que lo siento.

—Ya —murmuré—. Yo también.

Colgó.

Me quedé allí parada un segundo, con el teléfono pegado a la oreja a pesar de que la línea estaba muerta, sintiendo esa sensación estúpida y familiar de que me arrastraban al desastre de otra persona porque no soportaba dejarla sola en él. La decepción en la cara de Jean ya era visible cuando volví a la mesa arrastrando los pies.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Esto... tengo que irme —anuncié.

—¡Pero si acabamos de empezar! Además, no he terminado mi historia.

—Es una emergencia —expliqué—. La alarma está sonando en casa de Florence.

—¿Y vas tú? —Jean me miró fijamente—. ¿Por qué tú?

—Ha probado con todos los demás.

—Nina. Eso no es tu trabajo.

—Lo sé —dije, echándome el bolso al hombro—. Le estoy haciendo un favor.

La expresión de Jean se suavizó medio segundo, y luego se endureció de nuevo. —Escríbeme cuando llegues.

—Lo haré.

La cara de Jean se ensombreció mientras me dirigía hacia la puerta, pero no me detuvo. Solo me vio salir al frío como si ya hubiese visto esta versión de mí un millón de veces antes. Le dije que era un favor para Florence, y me lo dije a mí misma también, pero ya conocía la verdad. Después de lo que había pasado ese día, me tenía atrapada, y como todas sus demás mascotas obedientes, tenía que salir corriendo en cuanto chasqueaba los dedos. Parte de mí se preguntó si la alarma estaría sonando siquiera, o si era una elaborada artimaña para poner a prueba mi lealtad.

Supongo que lo averiguaría cuando llegara.

11
LA ALARMA
NINA

Debería haber estado pegada al sofá, con los pies en alto, una taza de té en la mano, viendo alguna tontería con Cal para desconectar. En vez de eso, estaba intentando averiguar cómo abrir la puerta futurista de Florence como si fuera yo la que venía a robar, todo mientras luchaba por contener el sabor a Prosecco cada vez que tragaba.

Guardaba los códigos de mis clientes en el bolso por costumbre, así que saqué la nota adhesiva que Florence me había dado e intenté descifrar los números bajo la farola.

—Puerta: 8742 —murmuré para mí misma mientras los tecleaba.

La puerta se abrió sin esfuerzo un segundo después, y apenas di un paso dentro antes de que se cerrara a mi espalda.

Desde donde estaba, no pasaba nada. Ni alarma. Ni luces parpadeantes. Ni vecinos en pijama muertos de pánico. Solo una casa oscura y silenciosa, plantada al final del camino de entrada como si nada. Por un segundo delirante, pensé que mis sospechas anteriores se confirmaban: que había sido algún tipo de prueba siniestra para ver hasta dónde saltaba. Pero entonces recordé cómo sonaba por teléfono. Por muy teatrera que fuera, su pánico parecía real, así que cogí aire y empecé a bajar a trompicones por la franja de asfalto que llevaba a la puerta principal.

Metí la llave en la cerradura, pero la saqué enseguida para asomarme por el cristal que había junto a la puerta. Aunque todo parecía normal dentro, el corazón me seguía martilleando ante la idea de entrar. Esa casa era lo bastante grande como para que hubiera un equipo entero de ladrones dentro y yo ni me cruzase con ellos. Decidí sacar el móvil y llamar a Florence, con la intención de decirle que todo estaba bien.

Cómo no. Buzón de voz.

Sabiendo en el fondo de mi alma que no se iba a conformar con que yo echase un vistazo por la ventana y me largara, me armé de valor y abrí la puerta, asegurándome de volver a cerrar con llave detrás de mí. Dentro reinaba un silencio sepulcral, salvo por el zumbido grave de la nevera en la esquina y el tictac del reloj obscenamente grande colgado en la pared. El olor del vino de hacía días aún flotaba en el aire, pero se había vuelto acre. Se me pegaba a la lengua.

—¿Hola? —llamé, medio esperando que alguien respondiera.

Nada.

Encendí la lámpara junto a la puerta y fui directa al panel de la alarma para comprobarlo. No tenía ni idea de seguridad doméstica, pero por lo que se veía, la alarma ni siquiera estaba activada. Con la borrachera, Florence

probablemente se había olvidado de conectarla antes de salir pitando a encontrarse con Marcus para su escapadita a Stoke, así que lo que fuera que había oído la vecina no podía haber venido de aquí.

—Joder, Florence —mascullé entre dientes.

A pesar de que la situación era como para espabilarse, los efectos de mi brunch ilimitado con Jean seguían haciendo de las suyas. Fui a la cocina, dejé el móvil en la isla y me quité la sed con un vaso de agua. Lo que salía de los grifos de Florence era completamente distinto del líquido que salía de los míos. Solo me sorprendió que no fuese con gas. Casi me atraganto cuando el móvil empezó a sonar en la encimera. Corrí a cogerlo, asumiendo que sería Florence devolviéndome la llamada como una loca, pero era Cal, seguramente preguntándose dónde narices me había metido cuando le había dicho que no volvería muy tarde.

—Ah, mierda —susurré antes de contestar—. Cal, lo siento mucho, yo…

—¿Dónde estás? —espetó.

Suspiré. —En casa de Florence.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Por qué?

—Me llamó. Está fuera y la alarma estaba sonando… aparentemente.

—¿Ha habido un robo?

—No —respondí—. O eso, o vieron venir a una tía dura como yo y salieron por patas.

No se rio. Ni lo más mínimo.

—¿Cuál es tu problema? —pregunté.

—Primero, te tiene limpiándole la casa, lo cual vale porque es tu trabajo, pero ¿qué eres ahora, eh? ¿Una especie de vigilante de seguridad?

Me reí hasta que me di cuenta de que iba en serio. —Es un favor. O sea, me paga de sobra y…

—Se suponía que ibas a decirle que ya no limpiarías más allí —me cortó —. Deberías haberla mandado a la mierda.

—¡Cal, es que aún no he tenido ocasión! —le aseguré—. Estaba histérica, así que le dije que me pasaría a echar un vistazo.

—¡Piensa, Nina! Un sitio como ese seguro que está plagado de cámaras. Seguro que ya sabía que estaba vacío antes de llamarte.

Abrí la boca para hablar, pero era imposible discutírselo. En todas las veces que había estado allí, solo había visto la cámara de la puerta de entrada, pero era lógico pensar que alguien como Florence, que evidentemente era muy paranoica con la seguridad, tendría unas cuantas más, al menos cubriendo los accesos. Era un poco raro que no hubiera visto ninguna otra en todo el tiempo que llevaba limpiando allí. Lo archivé junto con todo lo demás que había decidido no pensar.

—¿Qué ha dicho Jean de todo esto? —preguntó—. Seguro que está furiosa de que la hayas arrastrado hasta allí.

—No está aquí —dije distraídamente.

—¿Has ido *sola?*

—Sí.

—¡Te podría haber pasado cualquier cosa!

—Sé cuidarme sola, Cal.

Aunque no saltó inmediatamente con una réplica, supe que no había terminado de echarme la bronca cuando le oí soltar el aire con fuerza al otro lado de la línea.

—He hecho la cena —soltó de golpe.

—¿La cena? —repetí incrédula.

—Sí. Ahora mismo se está enfriando en la encimera.

Entrecerré los ojos. —¿A qué viene esto?

—Tenía una buena noticia, pero ya se ha ido al garete.

Casi podía verlo fulminando con la mirada la comida que había preparado.

—¡Venga, Cal! —dije con mi voz más dulce—. Cuéntame tu noticia.

Hizo una pausa. —Quería hacer algo bonito, así que pensé en ir al súper y comprar algo para cocinarte.

—¿Tú? ¿Cocinar? —bromeé.

—Soy capaz, ¿sabes? —replicó molesto.

—Lo sé. Solo era broma.

Soltó un resoplido. —Bueno, decidí matar dos pájaros de un tiro y sacar el escúter a dar una vuelta.

—¡Cal! Ni siquiera tienes el carné todavía —le recordé.

—Escúchame, ¿vale?

—Perdón, perdón —murmuré—. Sigue.

—De vuelta, vi que el restaurante de comida para llevar de nuestra calle tenía un cartel en el escaparate. Están buscando repartidores.

Se me encogió el estómago. —¿Te dieron el trabajo?

—No, no, no —descartó rápidamente—. Como tú dices, ni siquiera tengo el carné.

—¿Entonces qué?

—¡Me ofrecieron doscientas libras por el escúter, ahí mismo! ¡El doble de lo que le pagué a Tony!

Sentí que me iba a reventar una vena en la sien. —¿Y aceptaste?

—¡No me lo pensé dos veces!

No puede ser verdad.

—Me hizo pensar que podría dedicarme a esto —continuó—. Montar un pequeño negocio, quién sabe. Seguro que podría ganar una pasta arreglando escúteres y revendiéndolos.

No oí el resto de sus justificaciones atropelladas porque el brazo que sujetaba el móvil se me desplomó a un lado.

—¡Serás idiota! —le espeté mientras me volvía a pegar el teléfono a la oreja.

—¿Qué?

—¡Se suponía que íbamos a salir del agujero en el que estábamos! ¡Esta era tu oportunidad de aportar algo de verdad!

—¿No me estabas escuchando?

—Por desgracia, sí.

—Así es como voy a aportar. Es mejor que hacer un trabajo de mierda como…

—¿El mío? —le corté.

Dudó. —No. No iba a decir eso.

Esa mínima pausa me empujó al límite.

—¿Sabes qué? Se acabó —murmuré.

—¿Se acabó qué?

—Esperar a que madures. Estás encantado de quedarte sentado mirando cómo me mato a trabajar mientras tú esperas a que te llegue tu gran oportunidad. Pero entérate, Cal: no va a pasar.

—¿No podemos hablarlo cuando vuelvas a casa?

—No voy a volver a casa. Me quedo aquí.

—¿Qué? ¿Vas a quedarte en esa casa sola?

—O en casa de Jean, lo que sea. Es que no te puedo ni mirar.

—¡Nina, por favor! —suplicó—. Creía que estaba haciendo lo correcto.

—Siempre lo crees —remarqué antes de colgar y dejar el móvil en la encimera.

Me quedé allí un segundo, esperando sentirme peor de lo que me sentía.

La vida es demasiado corta para perder el tiempo con hombres que no lo merecen.

Florence se equivocaba en algo cuando me dio ese consejo. Yo no estaba perdiendo el tiempo con un hombre, sino con un crío, uno que estaba encantado de hacer caja con nuestro plan sin pensárselo dos veces ni dedicarme a mí ni un segundo pensamiento.

Vacié el agua del vaso en el fregadero y fui hasta la nevera. Había una botella de vino blanco abierta en la puerta, así que me serví una copa generosa y me la bebí de un trago. Estaba segura de que a Florence no le importaría que me quedase a dormir en el sofá aunque se lo dijera, pero sabía que no iba a volver a casa, así que ni siquiera tenía que preocuparme de pedírselo. Si le sentaba mal, le diría que estaba vigilando la casa. Joder, probablemente me lo agradecería.

El móvil vibró de nuevo mientras me servía otra copa. Medio esperaba un mensaje suplicante de Cal, pero era otra notificación de Pinq.

Graba treinta segundos de ruido ambiente.

Recompensa extra: 9,00 £.

Miré un segundo a mi alrededor en la habitación vacía antes de descartarla.

—Venga, que te den —dije, dejando el móvil otra vez en la encimera.

Fui hasta la zona del salón con mi copa de vino y me dejé caer en el sofá que parecía más cómodo. El mando de la tele estaba en la mesa de centro, así que me incliné y le di al botón de encendido. La habitación estaba casi a oscuras y la pantalla brillaba mucho, así que entrecerré los ojos mientras se me acostumbraban, y empecé a hacer zapping para encontrar algo que me

distrajera de la discusión con Cal. Florence tenía un millón de canales, pero a esa hora todo era teletienda, porno blando y alguna que otra grabación de accidentes de coche vendida como entretenimiento.

Pum.

Apagué la tele y contuve la respiración.

Pum.

No estaba sola.

Tos.

Corrí de vuelta a la isla de la cocina y saqué un cuchillo del taco. ¿Eran pasos? ¿Venían del pasillo? Desde luego *sonaban* como pasos.

Agarrando el cuchillo contra el pecho, me asomé por el marco de la puerta. Hubo un momento de silencio hasta que oí el sonido inconfundible de unas botas golpeando los peldaños de la escalera. Venían del nivel inferior, el que daba al garaje.

El garaje *cerrado con llave*.

Salí pitando de vuelta al salón y me escondí detrás de uno de los sofás. Respiraba tan entrecortadamente que estaba segura de que me encontrarían al instante. Me tapé la boca con la mano libre. No era capaz de asomarme por encima del sofá; el sonido de unas pisadas pesadas cruzando las baldosas me tenía clavada en el sitio.

Pero entonces se detuvieron.

El sonido de la sangre rugiendo en mis oídos era nauseabundo. ¿Me habían visto? ¿Me habían oído gimotear?

Justo cuando estaba a punto de salir corriendo, la habitación se iluminó cuando quien había entrado abrió la puerta de la nevera de un tirón.

Me permití volver a respirar.

Después de un momento, oí las botellas tintinear dentro, la puerta se cerró y luego el siseo rápido de una cerveza al destaparse. No solo tenía la desfachatez de venir a robar la casa, sino que encima se abría una birra tan tranquilamente como si tuviera todo el derecho. Me palpé los bolsillos buscando el móvil, desesperada por pedir ayuda o mandar un mensaje, y entonces me di cuenta de que el móvil estaba al otro lado de la habitación.

—Mierda —articulé sin voz.

Sin más opción, me asomé por el borde del sofá para verle. Había un hombre detrás de la isla, de espaldas a mí, con la capucha puesta, bebiendo a tragos la cerveza robada y rascándose el culo, como si aquella fuera su casa. Con cuchillo o sin él, no me gustaban mis posibilidades si la cosa se ponía fea. Parecía capaz de partirme en dos. Así que, pegada al suelo, empecé a gatear hacia la puerta principal, rezando para que no tuviera motivo para darse la vuelta de repente.

Entonces, en el peor momento posible, mi móvil empezó a sonar detrás de él.

—Pero qué… —murmuró el hombre para sí mientras se giraba.

Levantó mi móvil de la encimera y miró más allá para verme a mí en el suelo, en medio de la habitación.

—¡Tengo un cuchillo! —anuncié, poniéndome de pie como pude.

—¿Vale? —dijo, con un asomo de risa en la voz.

—¡Lárgate! ¡La policía está de camino!

No dijo nada durante un segundo. —Lo dudo.

—¡Hablo en serio! —repetí, con la mano temblándome—. Estarán aquí en cualquier momento.

—Tranquila, Nina. Soy yo.

Que dijera mi nombre me erizó la piel. Bajé el brazo mientras mis ojos lo seguían hasta la esquina de la habitación, donde pulsó los interruptores, se bajó la capucha y, de pronto, estaba a plena vista. Tardé otro instante en reconocerlo sin los bíceps cubiertos de grasa.

Era Victor.

12
LA ÚLTIMA COPA

NINA

Cerré los ojos un instante y luego bajé mi arma. Aunque Victor era más o menos un desconocido para mí, fue un alivio ver su cara en lugar de la de un hombre con pasamontañas o un jersey de rayas. Se quedó inmóvil junto a los interruptores mientras yo volvía a la cocina para devolver el cuchillo, con una media sonrisa irónica que me hervía la sangre y, al mismo tiempo, me daban ganas de reír.

—¿No ibas a clavarme eso, verdad? —preguntó.

—Si hubiera hecho falta —respondí, pasándome las manos por el pelo —. Dios, casi me da un infarto.

—Lo mismo digo. Creía que la casa estaba vacía.

—¿Qué narices haces tú aquí?

—Eh, me dejé la llave dinamométrica cuando te arreglé el coche. Solo venía a recogerla.

—¿Tienes llave?

Asintió.

¿Es que Florence y Marcus las repartían como si fueran regalitos de fiesta?

—¿Has activado la alarma?

—Debí de activarla —admitió—. Tuve que remontarme como seis meses de mensajes con Marcus para encontrar el código.

Aunque me moría de ganas de echarle la bronca, no me molesté. Estaba demasiado achispada y demasiado cansada para ponerme a gritar otra vez.

Victor me miró fijamente un momento antes de que su mirada se desviara hacia la botella de vino que había dejado en la encimera.

—Bueno, veo que te has puesto cómoda —comentó.

—Mira quién fue a hablar —repliqué, señalando con la cabeza la botella que llevaba en la mano.

—Marcus no va a echar de menos una cerveza.

—Florence tampoco va a echar de menos unas copas de vino —le solté.

—Yo no estaría tan seguro —dijo, cogiendo el vino y desenroscando el tapón—. De hecho, creo que deberíamos deshacernos de las pruebas.

¿No estaría ligando conmigo, verdad?

Sin decir palabra, sacó una copa del armario y se sirvió, luego fue a buscar la mía a la mesa de centro para rellenármela. Florence tenía razón en una cosa: era bastante agradable a la vista. Esperaba que oliera a grasa y limaduras de hierro, pero me llegó una vaharada de su colonia cuando pasó a mi lado: sobre todo dulce, con un toque de pimienta al final. No olía nada mal.

Cuidado, Nina.

Compuse el gesto y di un sorbo reticente cuando me pasó la copa, haciendo lo posible por ignorar la extraña atmósfera que se espesaba entre nosotros. Su mirada se quedó clavada en la mía unos instantes antes de esbozar una sonrisa y apoyarse en el fregadero.

—Y dime, ¿cuánto llevas trabajando para Marcus? —pregunté para romper la tensión.

—Mucho. Llevo ayudándole a restaurar un viejo Aston Martin —dijo, torciendo el gesto tras un trago de vino—. Bueno, digo ayudándole, pero básicamente me ha dejado solo con el tema desde hace un mes o así.

—¿Cómo es?

—¿Marcus?

Di otro sorbo y asentí.

—Eh, bien. —Se encogió de hombros como si mi pregunta fuera extrañamente entrometida—. Es un poco friki, pero le encantan los coches y paga sus facturas a tiempo.

—¿Un friki? —me reí.

—Sí, total. No sé qué hace ahí metido, pero siempre anda con la nariz pegada a ese portátil suyo.

No conocía al tipo, pero un empollón de la informática no era precisamente lo que me imaginaba.

—Lo bueno es que no le importa que desaparezca alguna que otra cerveza.

—Suena perfecto —comenté.

—¿Y tú? ¿Te gusta trabajar aquí?

Una pregunta como esa requería rellenar la copa, así que la llené hasta arriba antes siquiera de pensar en la respuesta.

—A lo mejor... no sé —empecé—. El dinero está bien, pero no puedo quitarme la sensación de que algo no va bien aquí.

—¿En serio? ¿Por qué?

Evalué a Victor un momento antes de responder. Él tenía que haber visto las mismas señales de alarma que yo, ¿no?

—Les oí tener una... discusión hoy antes —expliqué.

Soltó una risita. —¿Quieres decir que estaban teniendo una bronca?

Levanté un hombro como muestra de acuerdo.

—No te preocupes. Pasa constantemente —explicó—. Se pelean como el perro y el gato; no he visto nada igual.

—Pero no fue una discusión *normal*. Uno de los dos le tiró una botella de vino al otro, y una servidora tuvo que limpiarlo.

—¿Ves? —dijo, alcanzando la botella para rellenarse la copa—. En realidad les estamos haciendo un favor deshaciéndonos de esto.

Victor era gracioso, encantador, y ya había conseguido lo que la televisión obscenamente enorme de Florence y su vino caro no habían logrado: quitarme a Cal de la cabeza. Aun así, me invadió la culpa en cuanto su nombre se coló en mis pensamientos. No debería estar

disfrutando tanto de la compañía de Victor. De hecho, si los papeles se hubieran invertido, me habría subido por las paredes.

—Bueno, será mejor que llame a Florence —dije, terminándome la copa —. Seguro que está al borde de un ataque de nervios.

Me puso la mano sobre la mía antes de que pudiera hacer la llamada.

—Espera un momento, ¿quieres? —pidió, apurando el resto de su copa de un trago.

—¿Por qué?

—Eh, quiero enseñarte algo.

Guardé el teléfono cuando la curiosidad pudo conmigo. Victor entrelazó los dedos con los míos y empezó a guiarme escaleras abajo hasta el nivel inferior, debajo de la casa principal. La puerta del garaje estaba al pie de la escalera, con dos cerrojos y un teclado electrónico. Se adelantó y tecleó el código rápidamente, luego se apartó a un lado para dejarme entrar primero.

Había una hilera de cuatro coches contra la pared del fondo, cada uno más caro que el anterior. El primero era un descapotable rojo, pulido hasta brillar como un espejo y rebajado a unos ocho centímetros del suelo. El segundo era mucho más grande y negro azabache: una especie de todoterreno que no tenía ni una mota de polvo en la carrocería. El tercero era de un amarillo chillón, más aerodinámico que un misil y con unos neumáticos más anchos de lo que había visto en mi vida. El último supuse que era el Aston Martin que Victor estaba ayudando a Marcus a restaurar, porque en ese momento no tenía ninguna de las ruedas.

—Guau —exclamé boquiabierta.

—Son una pasada, ¿verdad? —dijo entusiasmado—. Así viven los ricos.

Me acerqué al rojo y pasé las yemas de los dedos por la pintura. Solo podía soñar con ponerme al volante de un coche así.

Genial. Ahora también estaba traicionando a mi querido Peugeot.

—¿Te gustan los coches? —preguntó.

—Has visto lo que conduzco, ¿no?

—¡Tu coche no tiene nada de malo! —soltó—. Ya no, al menos.

Bufé, y fue entonces cuando un olor peculiar me golpeó, así que giré la cabeza e intenté localizar el origen. A lo largo de la pared más alejada de mí había todas las herramientas imaginables, montadas directamente en la pared como en una armería o guardadas en ordenados cajones de acero. Al lado había dos arcones congeladores viejos, y luego el culpable más probable: un cubo de basura desbordante en la esquina.

—¿Te apetece dar una vuelta en uno? —preguntó Victor.

—No lo dirás en serio, ¿no?

Mantuvo la cara seria un segundo. —No, es broma. Marcus me pondría la cabeza en una pica si supiera que alguno de estos ha tocado siquiera la carretera.

—Capullo —bromeé, negando con la cabeza mientras paseaba por el espacio abierto—. ¿Te gusta hacer esto? Arreglar los coches, quiero decir.

—Sí, me encanta. Es lo único que he querido hacer en mi vida.

—¿Trabajas alguna vez con ciclomotores?

Arrugó la cara. —¿Qué, te refieres a un escúter?

Asentí.

—La verdad es que no —dijo, algo desconcertado por mi pregunta—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —zanjé.

Aunque no estaba trabajando, el olor volvía a darme en la nariz, así que fui al cubo de basura y até la bolsa. Era aún más penetrante de cerca, llena a rebosar de corazones de manzana podridos, envoltorios de sándwiches y lo que parecía la mitad de una ensalada de pasta con atún casera. Y luego estaban los arcones congeladores de al lado. Tiré del asa para cotillear dentro, pero la tapa no se movió. Tenían candado. ¿Quién narices le pone un candado a un congelador?

—¿Estás soltera, Nina? —soltó Victor de repente.

El estómago me dio un vuelco. —¿Qué? —pregunté sin mirarle.

—Es una pregunta bastante sencilla. ¿Tienes novio?

—No —dije rápidamente—. En realidad no.

Mierda. ¿Acababa de salir eso de mi boca?

—Yo tampoco. —Sonrió—. Novia, quiero decir.

Tenía las mejillas como un tomate cuando me di la vuelta. Me entró un poco de pánico al ver que Victor se acercaba con calma, para acabar poniéndome las manos en las caderas. Sus labios parecían tan suaves y tentadores, irritantemente tentadores, y odiaba que mi cuerpo se diera cuenta. Por mucho que el alcohol que llevaba en la sangre me dijera que me lanzara, no podía hacerle eso a Cal. Probablemente estaba en casa, mirando la puerta y poniéndose enfermo de preocupación. Tenía que apartarme. Tenía que hacerlo. Tenía que decirle a Victor la verdad.

Pero era demasiado tarde.

Sus labios ya estaban sobre los míos.

Me perdí en el beso durante una fracción de segundo y le pasé las uñas por la nuca, pero cuando las manos de Victor se movieron y empezaron a tirar de mi camiseta, volví de golpe a la realidad. Me eché hacia atrás, levantando las manos antes de apretármelas contra las mejillas.

—No puedo hacer esto —admití.

—¿Qué pasa?

—*Sí* tengo novio, ¿vale?

Entrecerró los ojos. —¿Y por qué acabas de decir literalmente que no?

—No lo sé... estamos pasando un bache y...

—No hace falta —me cortó, con voz apagada—. Lo pillo.

—Mierda, lo siento. Soy imbécil.

—Seguramente era mala idea, de todas formas. Básicamente somos compañeros de trabajo.

Levanté una ceja en señal de acuerdo. —Hablando de lo cual, será mejor que...

—Sí, sí, claro —dijo, con una mirada fría—. Deberías llamar a Flo.

Algo en su tono me erizó la nuca, pero lo achaqué a la vergüenza.

Con una sonrisa incómoda, salí a toda prisa del garaje y subí las escaleras. Una vez arriba, desbloqueé el teléfono y busqué a Florence en mis contactos, luego pulsé el botón verde. El teléfono solo pitaba, como si no pudiera conectar la llamada, así que abrí nuestro hilo de mensajes y empecé a teclear.

—Hola, Florence —dije, leyendo mientras escribía—. Todo bien en la casa. Victor estaba aquí y ha activado la...

No pude terminar.

Antes de darme cuenta, Victor me había agarrado la muñeca y me arrancó el teléfono de la mano. Miró la pantalla un instante, luego lo lanzó por detrás de él, mandándolo escaleras abajo. Cuando por fin le miré a los ojos, toda la calidez había desaparecido. Más bien parecía un hombre poseído, acercándose a mí mientras yo retrocedía lentamente.

—¿Victor? ¿Qué coño haces? —exclamé.

—Vuelve abajo —me ordenó con una calma que me atenazó la garganta.

—No —dije, con la voz temblándome.

—Ahora. Tengo que enseñarte algo.

—¡No voy a ir a ninguna parte contigo!

—Mira, no quiero hacerte daño, pero no puedo permitir que le digas a Marcus que estaba trasteando ahí abajo.

—¿No se supone que no debías estar aquí?

Negó con la cabeza, muy serio.

—¿Qué pensabas hacer? ¿Robar la casa?

—No, yo no soy así.

—¿Y el beso? ¿A qué ha venido eso?

Se encogió de hombros antes de dar un paso adelante. —Esto es serio, Nina. No sabes de lo que es capaz si se siente acorralado.

No me quedé a escuchar qué iba a salir de su boca a continuación.

Giré sobre mis talones y eché a correr por el pasillo, pero Victor me alcanzó en cuestión de segundos y me agarró por detrás del pelo. Grité cuando empezó a arrastrarme hacia el garaje, agitando los brazos como una loca. Después de varios manotazos, mis uñas consiguieron arañarle el lado izquierdo del cuello, pero en vez de soltarme, apretó más. Me dejé caer al suelo y empecé a dar patadas.

—¡He dicho que no quería hacerte daño! —gritó, subiéndose a mi espalda para inmovilizarme contra las baldosas—. ¡Solo necesito unas horas aquí solo y te dejaré ir!

—¡Quítate de encima! —chillé—. ¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Nadie puede oírte, Nina! ¡Deja de resistirte!

Al ver que no obedecía, me agarró de los tobillos y empezó a arrastrarme. Intenté frenar clavando las uñas en las juntas de las baldosas, pero las tenía demasiado cortas para agarrarme. Logré soltar un pie cuando llegamos arriba de la escalera y le pateé de lleno en la mandíbula. El primer golpe apenas lo aturdió, pero el siguiente le hizo perder el equilibrio y luego

caer rodando escaleras abajo con un golpe sordo y un crujido que me revolvió el estómago.

Después, silencio.

Me levanté de un salto. Tenía las piernas todavía a mitad de la escalera, separadas en un ángulo extraño, la espalda arqueada sobre el último peldaño, el cuello en un ángulo que desafiaba la física. No se movía.

—¿Victor? —murmuré.

La sangre respondió por él.

Empezó siendo poca cosa. Un charquito diminuto en la sien que empezó a extenderse por el hormigón pintado. Bajé un escalón, y todo su cuerpo se sacudió como si fuera a levantarse de un salto y atacarme otra vez. Pero, en vez de eso, se quedó quieto. Muy, muy quieto.

—¡Victor! —grité.

Retrocedí, tirando de mi camiseta rasgada hasta que mi espalda dio con la pared, con el pecho subiendo y bajando a toda velocidad.

Ya había estado antes en esa situación. Mirando lo que había hecho sin forma alguna de deshacerlo.

Clic.

Horrorizada, me giré justo a tiempo de ver a Florence entrando por la puerta principal, con el rímel corriéndole por la cara, sin aliento y una maleta en la mano. Su mirada pasó por encima de mi hombro durante medio segundo y luego volvió a mi cara.

—¿Nina? —susurró—. ¿Va todo bien?

SEGUNDA PARTE
LA ASESINA

13
EL FRÍO
NINA

El pasillo se encogió. Mi primer instinto fue salir corriendo por él, pasar de largo junto a Florence y lanzarme a la noche, sin parar hasta que las piernas me fallaran o me desplomara en la acera y no pudiera levantarme. Durante un instante, pensé que quizá lo que había pasado no había pasado en absoluto. Miré por encima del hombro y escaleras abajo.

No era una alucinación. Era *muy* real.

Victor seguía tendido allí, con el charco de sangre alrededor de la cabeza extendiéndose despacio.

—¿Nina? —instó Florence.

No era la voz dulce de siempre, la que usaba cuando quería algo. Esta era fina, despojada, plana, como si supiera exactamente lo que la esperaba al pie de las escaleras antes siquiera de mirar. No hablé porque no podía. Lo único que fui capaz de hacer fue levantar el brazo tembloroso y señalar más allá de mí, pasillo abajo, hacia el garaje.

La mirada de Florence siguió mi dedo.

Durante un segundo, no se movió. Se quedó allí plantada con la maleta todavía en la mano, el maquillaje corrido ennegreciendo los surcos bajo sus ojos, los labios entreabiertos como si quisiera que yo le explicara algo antes de atreverse a mirar. Con una mirada aguda y calculadora en mi dirección, siguió despacio la línea de mi dedo, y entonces la maleta se le resbaló de la mano y golpeó las baldosas con un ruido sordo. El sonido hizo que algo se quebrara dentro de mí, y solté un sollozo patético.

—F-fue un accidente, ¡lo juro! —expliqué.

Florence reflexionó un momento antes de pasar a mi lado a paso decidido y empezar a bajar las escaleras. Pasó por encima de Victor y le puso dos dedos en el cuello. Al cabo de un instante, acercó la oreja a su boca, los labios moviéndose como si quisiera obligarlo a volver a levantarse.

Se me cerró la garganta. —¿Está...?

—Sí —susurró ella—. Se ha ido.

Debí de gritar, pero no me oí. Todo sonido fue sustituido por un pitido en los oídos, tan fuerte que no pude distinguir una sola palabra de lo que Florence me decía. Me agarró por los brazos, con la fuerza suficiente para estabilizarme. Mis ojos se deslizaron más allá de ella, de vuelta a Victor, y a su sangre, que seguía extendiéndose, lenta y paciente.

—Necesito saber cómo ha pasado esto —dijo, con la voz baja y controlada.

—Victor. Estaba aquí. Volvió a por sus herramientas. La alarma se disparó, tú me llamaste, y entonces él entró y yo pensé que era un ladrón y luego resultó que no y nosotros... nos tomamos una copa y...

—Nina —me cortó Florence—. Respira.

Aspiré un poco de aire. —Me besó.

Su expresión apenas cambió, pero algo en su postura sí. Solo un ajuste mínimo al cuadrar los hombros. No supe distinguir si era enfado u otra cosa completamente distinta.

—¿Y después? —instó.

—Y después intenté llamarte. —Señalé débilmente hacia su cuerpo—. Me arrancó el teléfono y lo lanzó.

Florence frunció el ceño. —¿Por qué iba a hacer eso?

—Dijo que no podía contarle a nadie que había estado ahí abajo.

—¿En el garaje?

—Quería que volviera a bajar con él. Dijo que necesitaba unas horas a solas y que luego me dejaría marchar.

Se quedó inmóvil. —¿Dejarte marchar?

Asentí, con la garganta cerrándoseme otra vez. —Me agarró del pelo. Me arrastró. Se me echó encima. Intenté gritar, pero nadie podía oírme. Me dijo que dejara de resistirme y no pude, no pude parar, yo solo... —Forcé una inspiración que salió como un sollozo—. Le di una patada. Estaba intentando escapar. No pretendía...

Las manos de Florence subieron hasta mis hombros. Su agarre era firme y me anclaba al suelo.

—Estás a salvo —dijo, como si le hablara a una niña asustada.

—No pretendía hacerlo —repetí, porque esa era la única frase que mi cerebro podía procesar—. Solo quería que parara.

Los ojos de Florence se desviaron de nuevo hacia el hueco de la escalera. Dio un paso cauteloso en esa dirección, como si Victor pudiera incorporarse de pronto para rebatir mi versión. Se quedó mirando un buen rato y luego se llevó los dedos a los labios, como si por fin le hubiera golpeado la gravedad de la situación.

No se movió durante un momento. Yo tampoco.

—Oh... Dios mío —jadeó.

El sonido, su llaneza, hizo que las piernas se me volvieran de gelatina. Sin pretenderlo, me dejé caer en el escalón de arriba y hundí la cara entre las manos. Florence se sentó a mi lado y me tocó la rodilla. No me regañó, no gritó, ni siquiera preguntó si había llamado a una ambulancia. Simplemente se quedó allí sentada, mirando hacia abajo, hacia él, como si estuviera buscando soluciones a un problema imposible. Cuando por fin reuní el valor para mirarla, su expresión se había suavizado.

—¿Por qué te haría algo así? —murmuró.

—No lo sé —dije, sorbiendo por la nariz—. Creo que le preocupaba que Marcus volviera y lo pillara.

Florence parpadeó. —¿Pillarlo haciendo qué?

—Husmeando ahí abajo —respondí—. Victor dijo que Marcus no podía verlo en el garaje. Algo de que estaba acorralado.

La boca de Florence se torció, casi como una sonrisa, pero no del todo. Lo vi al instante y no tenía ni idea de qué significaba.

—Oh, Victor... —murmuró, casi decepcionada—. Maldito idiota.

Me la quedé mirando. —¿Qué?

—La verdad es que teníamos pensado despedir a Victor.

—¿Por qué?

—No dejaban de desaparecer cosas de la casa. Solo podía haber sido él.

—Entonces, *¿sí* vino a robaros?

—Sí, y siento muchísimo haberte puesto en peligro, Nina —dijo, girándose hacia mí—. Jamás te habría enviado si hubiera pensado por un segundo que intentaría algo así.

—¿Pero aún tenía llave?

—Marcus me aseguró que iba a recuperarla. —Florence suspiró y se frotó la frente como si le doliera la cabeza—. Victor lleva un tiempo pasándolo mal. Nos ha pedido dinero prestado en más de una ocasión.

Fruncí el ceño. —¿Y se lo disteis?

—Ajá —asintió—. Y mientras tanto, nos robaba a manos llenas.

Miré hacia abajo, hacia Victor, todavía en una postura forzada al pie de las escaleras. Estaba dispuesto a hacer daño a alguien por robar unas cuantas baratijas o uno de los coches de Marcus. Por muy desesperada que yo llegara a estar, jamás haría algo así. Solo pensarlo me hacía sentir sucia.

Florence se puso de pie y metió la mano en el bolsillo del abrigo para sacar el teléfono.

El corazón me dio un vuelco. —¿A quién llamas?

—A la policía —dijo, con el pulgar ya suspendido sobre la pantalla.

—¡No, espera! —Me levanté de golpe del escalón, la cabeza dándome vueltas—. ¡No! ¡Florence! ¡No puedes!

Se detuvo, con el ceño fruncido como si me hubiera vuelto loca.

—Nina —comenzó con paciencia—. Hay un hombre muerto en mi casa. Tengo que hacerlo.

—¡Lo sé! —chillé—. Lo sé. Pero si los llamas, me echarán un vistazo y...

—¿Y qué? —preguntó Florence, demasiado tranquila.

Me ardía la garganta. —No me creerán.

La expresión de Florence no cambió.

—Estaba aquí sola —seguí atropellándome—. He estado bebiendo. Se suponía que tenía que haber salido. No tengo... no tengo testigos. Tengo arañazos, sí, pero él está muerto y yo estoy viva y pensarán que miento. Pensarán que fui yo. Pensarán que...

—Nina, para —dijo Florence con suavidad.

Paré, pero solo porque me quedé sin aliento.

—¿Qué no me estás contando? —preguntó.

Separé los labios para hablar, pero inmediatamente volví a cerrarlos. Sabía que lo que estaba a punto de contarle iba a significar el fin de mi

trabajo allí, y posiblemente de mi libertad, pero no me quedaba otra opción.

—Jack —dije, y su nombre me provocó una arcada.

—¿Jack? —repitió como si hubiera perdido el juicio—. ¿Quién demonios es Jack?

—Mi ex —dije, riéndome de lo patético que sonaba—. Digamos que acabó mal, y la policía tuvo que intervenir.

Me puso la mano en el brazo, pero di tal respingo que la retiró de golpe.

—Tengo antecedentes —solté—. Antecedentes penales.

Florence se cruzó de brazos.

—¿Por qué?

—Lesiones graves. Me juzgaron por intento de asesinato, pero el juez vio a través de sus mentiras.

Se le desencajó la mandíbula, como si pensara que yo no era capaz de algo así.

—No fue culpa mía, ¿vale? —argumenté—. Jack... no iba a parar. No iba a parar nunca.

—¿Qué pasó?

Suspiré por la nariz. —Era como Marcus.

Florence permaneció en silencio.

—Y yo era su saco de boxeo —añadí.

Florence cogió su collar y empezó a darle vueltas entre el pulgar y un dedo. —¿Qué le hiciste?

—Una noche, no sé, simplemente llegué al límite. Le dije que si volvía a ponerme la mano encima, se arrepentiría.

—¿Y qué hizo él?

Tragué el nudo que tenía en la garganta. —Lo hizo otra vez.

—Entonces tú...

—Sí. —La miré directamente a los ojos—. Lo apuñalé. Tres veces.

Florence miró de reojo hacia las escaleras y luego volvió a mirarme a la cara. —¿Y él...?

—No, no, Jack sobrevivió —la interrumpí—. Pero la policía no me creyó entonces, y no me va a creer ahora.

Bloqueó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo, con las manos temblorosas. Cuando su mirada volvió a mí, vi algo que no esperaba: ternura.

—Vale —murmuró—. Dejaremos a la policía fuera de esto.

Se me cayó el alma a los pies. —¿En serio?

Asintió una vez. —Pero no podemos dejar a Victor ahí. Si Marcus nos pilla...

—¿Y qué hacemos entonces? —susurré.

La compasión en los ojos de Florence dio paso a la determinación, y bajó las escaleras a toda prisa para dejar la puerta del garaje encajada abierta. Entonces observé horrorizada cómo agarraba a Victor por las manos y empezaba a arrastrarlo hacia dentro.

—Florence, no podemos...

—Cógele de los pies, ¿quieres?

—¡No, no puedo! ¡No puedo hacerlo!

—Escúchame. —Su voz no se elevó—. ¿Quieres pasarte los mejores años de tu vida pudriéndote en una cárcel?

—No, pero...

—Este hombre está muerto, Nina. No va a volver. Puedo ayudarte, pero tienes que hacer exactamente lo que yo diga.

—Vale, vale.

—Ahora, cógele de los pies.

Aunque me daba náuseas hacerlo, bajé las escaleras y le agarré los tobillos. Primero intentamos levantarlo, pero pesaba demasiado, así que lo arrastramos por el umbral hasta el garaje, dejando un fino rastro de sangre tras él. Una vez dentro, Florence le soltó los brazos y corrió hacia los arcones congeladores. Victor ya no olía bien. Apestaba a monedas viejas y arrepentimiento.

—Lo guardaremos aquí de momento —anunció.

Sentí un dolor punzante en el pecho. —¿En el congelador?

Asintió.

—No, yo... no, quizá deberíamos llamar a la policía. Quizá ellos...

—Es demasiado tarde para eso, Nina.

—¿Entonces simplemente lo *dejamos* ahí?

—Encontraré la manera —dijo, forcejeando con el candado que aseguraba la tapa.

—No puede quedarse ahí para siempre.

—¿Crees que no lo sé? —espetó—. Nunca he hecho esto antes. ¿Y tú?

Negué con la cabeza mientras me acercaba despacio.

Florence cogió un juego de llaves de un gancho en la esquina del garaje y empezó a probarlas una a una, buscando la correcta. El candado por fin se abrió con un clic y una bocanada de aire frío brotó del interior, empañándose en el garaje cálido. Olía a limpio y vagamente a químico, como si nunca se hubiera guardado nada allí.

—Venga —dijo Florence, haciéndome un gesto para que volviera junto a Victor.

Me moví antes de que mi cerebro pudiera protestar. Me agaché junto a los tobillos de Victor y enrosqué los dedos alrededor de la parte trasera de sus zapatos. Juro que lo sentí estremecerse, como si intentara impedir que lo metiéramos ahí dentro, incluso muerto. Las piernas parecían aún más pesadas que antes, como si sus huesos se estuvieran convirtiendo en plomo a medida que nos demorábamos. Florence lo agarró por debajo de los brazos y se detuvo antes de girarse hacia mí.

—¿Lista? —preguntó.

Asentí.

Tiramos.

El cuerpo de Victor se arrastró por el hormigón con un sonido horrible, la tela raspando y la cabeza bamboleándose. Un brazo se le dobló en un

ángulo que me revolvió el estómago, pero apreté los ojos con fuerza y seguí avanzando. No sé de dónde sacamos la fuerza para moverlo, pero hay algo en el puro pánico que nos había convertido a las dos en animales salvajes. Tras lo que pareció una eternidad, por fin conseguimos colocarlo junto al congelador. Florence respiraba con dificultad, con el pelo pegado a la frente.

—Arriba —dijo.

Lo levantamos juntas. Centímetro a centímetro, en un esfuerzo agotador, las dos tirando como si no fuéramos a conseguirlo. Mi mayor miedo era que Victor se resbalara y su cabeza volviera a golpearse, dejando aún más sangre que sería imposible de limpiar incluso para mí.

Pero conseguimos meterlo por encima del borde.

Florence empujó desde un lado mientras yo tiraba desde el otro, y Victor se deslizó dentro del congelador con un golpe nauseabundo.

Me llevé la mano a la boca y me di la vuelta, con la bilis subiéndome, pero Florence no se arredró. Simplemente se inclinó, le recolocó las piernas y cerró la tapa de golpe. Tras respirar hondo, pasó de nuevo el candado por la argolla y lo cerró con un clic. Después sacó la llave de la anilla, se la guardó en el bolsillo y devolvió el resto al gancho como si estuviera colgando las llaves del coche después de salir un momento.

Durante un segundo, ninguna de las dos habló. El garaje zumbaba. En algún lugar arriba, la casa permanecía silenciosa e indiferente.

—Lo hemos conseguido —dijo Florence, jadeando entre palabra y palabra.

Me quedé mirando el congelador, con la boca seca. —¿Y ahora qué?

Florence se acercó y me apartó el pelo de la cara, como hacía mi madre cuando estaba enferma. —Tienes que irte a casa.

—¿A casa? —exclamé—. ¡No puedo irme a casa!

Florence parpadeó. —Tienes que hacerlo.

—¿Cómo voy a mirar a Cal a la cara después de esto?

—Escúchame con mucha atención, Nina —comenzó, acercándose más —. Tienes que fingir que todo es normal.

Lo dijo como si ya lo hubiera dicho antes.

—Pero...

—Tienes que seguir viniendo aquí a limpiar, seguir visitando a tus otros clientes, y no decir ni una palabra de esto a nadie. Especialmente a Cal.

Aparté la vista del congelador un segundo y vi el reguero de sangre que conducía hasta él.

—Yo... tengo que limpiar esto —tartamudeé.

—Lo haré yo. Camina hasta la carretera principal y llama a un taxi. No lo pidas por una aplicación. Llama a un número. En efectivo, si puedes.

—Vale, vale. Lo haré.

—Usa un nombre falso y que te lleve al centro, da unas vueltas, y luego coge un taxi negro hasta casa.

Para alguien que supuestamente nunca había hecho desaparecer un cuerpo, desde luego sonaba como si supiera lo que estaba haciendo.

—Y lo obvio: tú no has estado aquí esta noche —añadió—. ¿Me he explicado?

Me sequé la cara con la manga, lo que no sirvió absolutamente de nada salvo para esparcir las lágrimas. —Sí.

—Vete —ordenó, yendo a toda prisa hacia un armario del fondo para sacar una fregona—. Antes de que aparezca Marcus.

Sin decir una palabra más, seguí las marcas de arrastre fuera del garaje y recogí mi teléfono roto del pie de las escaleras. Había una llamada perdida de Cal esperándome, y me volvió a revolver el estómago.

¿Qué había hecho?

14
LA PALABRA
NINA

Seguí las instrucciones de Florence al pie de la letra. Caminé hasta el final de su calle y luego seguí por la carretera principal quince minutos más, por si acaso. Para cuando me sentí lo bastante segura como para pedir un taxi, apenas podía hablar. Quien estuviera en la centralita debió de pensar que iba ciega de alcohol o drogas, pero por suerte enviaron uno de todos modos. Paró junto al bordillo, frente a la tienda que tenía delante, diez minutos después, y me subí.

Una vez de vuelta en el centro de Manchester, volví a patearme las calles. Los tacones, que casi nunca usaba, me estaban destrozando los pies hasta el punto de que pensé que iban a empezar a sangrar, pero seguí adelante. Me pareció buena idea volver al mismo café en el que había estado con Jean horas antes y coger un taxi desde allí. Aparte de darle mi dirección, no le dirigí la palabra al conductor en todo el trayecto de vuelta. Me tapé la cara con la chaqueta de cuero y sollocé contra mi hombro hasta que captó la indirecta y subió la radio.

Al cabo de un rato, nuestro bloque apareció a lo lejos.

De repente, sentí que me asfixiaba, como si hubieran aspirado todo el aire del taxi. El cinturón me cortaba el cuello, así que me lo solté mientras el coche se detenía y me incliné hacia delante, meciéndome adelante y atrás para intentar frenar el ataque de pánico que sabía que se avecinaba. Estaba sudando y tiritando al mismo tiempo. Ni siquiera sabía si lograría cruzar el aparcamiento sin desplomarme.

—¡Eh, más te vale no vomitarme ahí atrás! —avisó el conductor—. Son cincuenta libras si lo haces.

—No voy a vomitar —gemí—. Solo necesito un minuto.

—Bájate ya, ¿quieres? —ladró—. No necesito estos problemas.

Agarré la manilla de la puerta, la abrí de golpe y puse un pie en el asfalto. Alcé la vista hacia la ventana de nuestro piso y sentí un destello de alivio al ver que no había ninguna luz encendida. Al menos tenía unas horas para inventarme un cuento de hadas antes de que Cal se despertara.

—¡Oiga! —gritó el conductor cuando eché a andar—. La carrera.

Busqué un billete de veinte libras en el bolso mientras volvía y se lo puse en la mano. Apenas había soltado el billete cuando pisó el acelerador y salió disparado calle abajo en una nube de humo diésel. Me quedé allí plantada un segundo después de que el taxi desapareciera, preguntándome si la parte del plan de Florence en la que yo volvía a casa era opcional o no. Pero estaba agotada. Los pies me estaban matando. Y la garganta me ardía como si me hubiera pasado la noche tragando papel de lija.

Sin otra alternativa aparente, empecé a arrastrarme por el aparcamiento hacia la entrada, con las llaves apretadas tan fuerte en el puño que me clavaban medias lunas en la palma.

El portal olía a abrigos mojados y a la cena de alguien que había dejado a medias. Los buzones estaban en fila, algunos sin sus tapitas, todos traqueteando ligeramente con la corriente. Intenté no mirar mi propio reflejo en el cristal junto al ascensor, pero lo vi de todos modos. Ojos enrojecidos, piel grisácea, pelo húmedo de sudor: parecía que había tenido una noche muy buena o una muy mala.

El ascensor tardó más de lo normal, quejándose mientras subía como si intentara convencerme de que saliera corriendo. Me quedé allí dentro de aquella caja diminuta, mirando cómo los números avanzaban despacio, intentando inventar una historia creíble para cuando Cal inevitablemente preguntara. Una historia en la que yo no fuera responsable de un cadáver en un congelador, en la que mis manos no siguieran sintiendo como si hubieran estado agarrando sus tobillos y, sobre todo, en la que el olor de su sangre no siguiera pegado a mis fosas nasales.

La puerta del ascensor se abrió con un chasquido al llegar a nuestra planta, así que salí arrastrando los pies por el pasillo, con los tacones resonando demasiado fuerte sobre el linóleo barato y haciendo muecas de dolor con cada paso. La luz sobre nuestra puerta estaba apagada, y tampoco se veía resplandor bajo el marco. Cal debía de estar dormido.

Gracias a Dios.

Metí la llave en la cerradura a tientas y abrí despacio, ya imaginándome el sofá, la manta, el hervidor. No deseaba otra cosa que quitarme los tacones, meterme debajo de algo y fingir que toda la noche había sido un delirio febril provocado por demasiado Prosecco y demasiado poco sentido común.

La puerta se abrió hacia dentro, y el corazón se me cayó a los pies cuando vi la tenue calidez de la lámpara del salón proyectando la sombra de Cal en las paredes mientras daba vueltas alrededor del sofá. No era ese paseo distraído que hacía cuando no encontraba el cargador del móvil. Eran vueltas de verdad: las manos en la cabeza, luego en los bolsillos, luego tirándose del pelo una y otra vez. Parecía llevar horas así, pero se detuvo en seco en cuanto me vio. Por una fracción de segundo, su cara reflejó alivio.

Y entonces cambió.

—¿Dónde coño te habías metido? —dijo, con el pecho agitado.

Entré y cerré la puerta en silencio detrás de mí, lo que me dio otros tres segundos inútiles para sacarme una mentira de la manga.

—En casa de Florence —dije—. Ya te lo dije.

Soltó una carcajada que me hizo estremecer. —¿Qué pasó? ¿Te quedaste atrapada en su bodega?

—Ni siquiera tiene bodega —señalé.

—¡Responde a la pregunta, Nina!

—Cal, estoy cansada, me están matando los pies... ¿Podemos dejar el interrogatorio para mañana?

Avanzó hacia mí y se detuvo de golpe, como si no supiera si abrazarme o zarandearme. Puse los ojos en blanco, me quité la chaqueta y la colgué en el gancho, rezando para que no tuviera sangre visible.

—He estado aquí sentado pensando que estabas muerta —dijo—. Te llamé unas cincuenta veces. Saltaba directamente al buzón... —Se calló de golpe, recorriéndome el cuerpo con la mirada—. ¿Qué le ha pasado a tu camiseta?

Se me encogió el estómago al bajar la vista.

La tela del hombro estaba rota, no de forma dramática, pero lo bastante como para justificar la pregunta. Y eso ni siquiera era lo peor: también tenía unas tenues marcas rojas en la muñeca y el antebrazo de cuando Victor había intentado forcejear conmigo escaleras abajo. Ardían cada vez que me movía.

—Me la habré enganchado —mentí al instante.

—¿Con *qué*?

La mente se me quedó en blanco. —¿La verja? —sugerí.

—¿No lo sabes?

—Joder, Cal, ¿puedes dejar de jugar a las veinte preguntas? Se me ha roto una camiseta, tampoco es para tanto.

—No es solo la camiseta, Nina. Parece que te han arrastrado por un seto.

Arrastrado. ¿Por qué tenía que decir arrastrado?

—Gracias —murmuré antes de escaparme al dormitorio. No podía aguantar ni un segundo más con esos tacones, así que me desplomé en el borde de la cama y empecé a desabrocharme el primero. Cal ya estaba en la habitación para continuar con su interrogatorio antes de que hubiera pasado al segundo.

—¿Volvió ella? —preguntó, agarrándose a ambos lados del marco de la puerta.

—¿Quién?

—¡Florence! ¿Quién va a ser?

Me giré hacia la pared. —Sí.

—¿Y no te dejó quedarte? Menuda pieza, echarte a esta hora y...

—No me echó —le corté—. Quise volver a casa.

—Pero por teléfono dijiste...

—Ya sé lo que dije, ¿vale? —dije con un suspiro—. Estaba enfadada contigo.

Estaba desesperada por que dejara de preguntar. Por muy molesta que estuviera con él, lo que Cal había hecho palidecía por completo en comparación con cómo había pasado yo la noche. Además, no tenía ni la energía ni las ganas de librar una guerra con Cal. No cuando seguía viendo la expresión de dolor de Victor cada vez que cerraba los ojos.

—Perdona —añadí.

Se sentó en el colchón a mi lado, claramente debatiéndose entre creerme o no.

—Yo también lo siento —murmuró—. Lo del trabajo de poca monta... Te juro que no me refería a ti.

Le di una palmadita en el muslo. —Lo sé.

Me tocó el hombro e intentó girarme para que le mirara. Después de un instante, se lo permití, y me llevó la mano a la barbilla y luego me rodeó la nuca con los dedos con delicadeza. Cuando intentó acercarme para besarme, simplemente perdí los nervios. Salté de la cama y abrí las puertas del armario de par en par, asegurándome de dejar una torcida para no tener que mirarle a los ojos.

El silencio que siguió fue insoportable.

—¿Nina? ¿Por qué acabas de hacer eso? —preguntó.

—¿Hacer qué? —dije demasiado rápido.

—He intentado besarte y casi te tiras por la ventana para esquivarlo.

—¿No me estabas escuchando? —grité mientras me giraba hacia él—. Estoy cansada. Me están matando los pies. Solo quiero irme a dormir. Por favor.

Entrecerró los ojos. —¿Pasó algo en Hale?

—Por millonésima vez, no.

—Esto no es propio de ti. Algo tuvo que pasar.

—¿Como qué?

—No lo sé, ¿no? Quizá algo que explique que llegues aquí arrastrándote a las tres de la mañana con la camiseta rota y marcas rojas en los brazos.

Sin responder, volví la atención al armario, cogí la primera camiseta de pijama de manga larga que vi y me cambié la camiseta rota. Cal se quedó sentado en el borde de la cama, esperando pacientemente a que asimilara lo que había dicho y se me ocurriera algo razonable.

—Estaba enfadada contigo —dije.

Se encogió de hombros.

—Y... perdí los estribos —añadí.

—¿O sea, que te lo hiciste tú misma?

Asentí.

Pensó un segundo antes de decir exactamente la palabra que yo estaba pensando.

—*Y una mierda*.

—No es mentira, Cal.

Cal se giró hacia la pared, fulminando con la mirada el mismo punto que yo un minuto antes. —¿Quién es él?

Me quedé helada. —¿Qué?

—Está claro que has conocido a otro. Vuelves medio desnuda, con el móvil apagado, el pelo hecho un desastre y marcas por todos los brazos.

—¡Cal! —grité, frotándome el cuello—. ¿Cómo puedes siquiera pensar eso?

—He notado el olor a colonia de tío en cuanto has entrado por la puerta.

—Será el perfume de Jean —mentí—. Me abrazó cuando me fui.

—¿Y ahora huele a tío?

No respondí. Pasé como una exhalación junto a él y me metí en el salón, con el pecho agitado.

—Por eso estabas tan paranoica con que me descargara una app de citas, ¿no? —gritó detrás de mí—. Lo estabas haciendo tú.

—Cal, no.

—Jean dijo que estabas rara. ¿Es ahí adonde te fuiste corriendo? ¿A casa de algún tío?

—¡No! —siseé.

—¿Estuviste siquiera en Hale? ¿O te lo inventaste todo?

Cerré los ojos. —Por favor, para ya... —dije en un susurro.

—¿Y bien? —insistió—. ¡Contéstame!

Me di la vuelta y le miré a los ojos. Apenas se notaba, pero estaban vidriosos, como si una sola mala respuesta más fuera a hacerle saltar. En ese momento, quise contarle la verdad, echarle la culpa al alcohol, a la discusión, a lo que fuera. Decirle que había sido un error estúpido que no volvería a repetir. Pero no podía, ¿verdad? No podía admitir que había besado a Victor porque aquello acabó conmigo metiendo su cuerpo sin vida en un arcón congelador.

Al final, hice algo de lo que no me sentía orgullosa.

Pasé al ataque.

—¿Cómo te atreves? —bramé.

Retrocedió un poco, con la mandíbula desencajada. —¿Nina?

—Llevas años metido en ese dormitorio, Cal. *Años.* Dejando que yo pague todo, viéndome luchar y sin mover un dedo para ayudar. —Di un paso hacia él—. ¿Y ahora tienes la cara de acusarme de ser infiel? Joder.

—Pero estoy poniendo las cosas en orden.

Se me escapó una carcajada. —Sí, claro. Ya me lo sé de memoria.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nunca ibas a arreglar tu vida, Cal. Ibas a intentarlo, fracasar y pasar a la siguiente idea descabellada.

La expresión de sus ojos me hizo sentir fatal, pero mi boca añadió algo antes de que mi cerebro pudiera frenarla.

—Eres patético.

La palabra golpeó el aire con más fuerza que la cabeza de Victor contra el hormigón.

Una sola lágrima le resbaló por la mejilla y se la limpió con el dorso de la mano. —¿Te ha gustado eso?

—¿Qué? No, yo...

—Esa mujer, Florence... te ha cambiado.

Abrí la boca, y cuando no salió nada, Cal pasó a mi lado a empujones y fue a coger su chaqueta junto a la puerta de la calle.

—¿Adónde vas? —susurré.

—No lo sé —dijo, tirando de las mangas.

—¿Vas a volver?
—No lo sé.
—Cal, por favor, quédate. Podemos hablarlo.
—No —dijo, abriendo la puerta—. A ver qué tal te sienta a ti.
Y así, sin más, se fue.

Con el portazo de la puerta de casa aún retumbándome en los oídos, retrocedí tambaleándome y me quedé mirando el espejo. No reconocí a quien me devolvía la mirada. Al instante quise retirar todo lo que había dicho, así que fui corriendo a la chaqueta para sacar el móvil del bolsillo y lo encendí. Entre todas las notificaciones y llamadas perdidas de Cal, la de Pinq destacaba sobre las demás.

Recompensa completada.

15
LA PETICIÓN

NINA

Estaba decidida a no quedarme dormida.

Me dije a mí misma que, por mucho que quisiera desplomarme, esperaría a que Cal volviera para arreglar las cosas. Empecé bien. Me planté en el sofá con los ojos como platos, atenta a la llave de Cal, al ascensor, a las escaleras, a cualquier cosa, lista para lanzarme a cualquier disculpa que pudiera hilvanar con los últimos retazos de lucidez que me quedaban.

Ese era el plan, al menos.

En realidad, aguanté unos cinco minutos.

Resultó que a mi cuerpo le importaban una mierda los sentimientos de mi novio, y tomó el control en cuanto parpadeé un segundo de más. En un momento estaba ahí sentada con el maquillaje de ayer y una camiseta de pijama enorme, y al siguiente me despertaba con la mejilla pegada al cojín del sofá, con la boca sabiendo a vino rancio y a vergüenza. El cuello se me había doblado en ángulo recto y se había quedado así, de modo que, cuando intenté levantar la cabeza, el dolor me recorrió la columna como si mi cuerpo estuviera furioso conmigo. Yo también estaba furiosa con él.

Parpadeé mirando el reloj de la pared.

11:17. Se me cayó el alma a los pies.

Me levanté de golpe y al instante me arrepentí. La cabeza me siguió dando vueltas y el estómago empezó a retorcérseme mientras la resaca comenzaba a hacer acto de presencia. Con un gruñido, busqué a tientas el móvil entre los cojines, pero al final lo encontré conectado al cargador de Cal junto a la televisión. Al menos tuve la previsión de enchufarlo antes de quedarme frita.

Cobró vida cuando deslicé el pulgar por la pantalla. La barra de notificaciones estaba vacía: ni un solo mensaje de Cal, ni una llamada perdida, ni siquiera otra notificación desesperada de Pinq. Me estaba dando de mi propia medicina, y estaba funcionando de maravilla. No podía culparle. Me quedé ahí sentada un minuto entero, con el teléfono aún en la mano, mirando con la mente en blanco mi reflejo en la pantalla oscura de la tele, hasta que me obligué a levantarme y fui al baño a abrir la ducha.

Entré a trompicones y metí la cabeza bajo el chorro antes de coger el gel, y fue entonces cuando vi las marcas rojas en los brazos. Por un momento, me creí la mentira que le había contado a Cal, que me lo había hecho con algo. Hasta que el corazón empezó a martillearme y el cerebro acabó de reaccionar: los acontecimientos de la noche anterior regresaron en fogonazos furiosos. Victor. El beso. El forcejeo. El chasquido de su cuello

al golpear contra el hormigón. Cómo arrastramos su cuerpo y lo metimos a presión en aquel congelador. Florence ayudándome.

En el instante en que su nombre apareció en mi cabeza, el móvil empezó a vibrar violentamente junto al lavabo, haciéndome soltar un grito tan fuerte que me asusté a mí misma por segunda vez. Me aparté el pelo de la cara y salí a la alfombrilla del baño, y vi su nombre parpadeando en la pantalla, así que agarré el teléfono. Durante medio segundo, dejé el pulgar suspendido sobre el botón de aceptar, preguntándome si podría fingir que me había muerto mientras dormía y ahorrarme la agonía de lo que fuera que me iba a decir.

Pero contesté.

—¿Diga? —dije, con la voz áspera y débil.

—Nina. —Florence no se molestó con formalidades—. ¿Dónde estás?

—Todavía en casa.

Hizo una pausa. —Llegas tarde.

—Lo sé. Me... me he quedado dormida.

—Y no has contestado al teléfono —continuó.

—Lo tenía en silencio.

—Eso me da igual —dijo—. Escucha... esto es una pocilga, y, eh, tenemos gente que viene esta tarde.

—¿Gente?

—Un cliente.

Miré el móvil para comprobar que era realmente Florence al otro lado de la línea. Sonaba como si estuviera interpretando un papel que no habíamos ensayado.

—Después de lo que pasó anoche, pensaba que podría tomarme el...

—¡Me da igual lo que hicieras anoche! —me interrumpió—. Teníamos un acuerdo, y tienes que cumplirlo.

Se me cerró la garganta. —Florence...

—Ahora.

—No creo que esté en condiciones de conducir.

—¡Pide un taxi! —dijo—. Te espero aquí en menos de una hora.

El corazón se me desbocó. —¿Ha pasado algo con Vic...?

—No —espetó Florence, antes de bajar la voz—. Por teléfono, no.

Me quedé helada cuando caí en la cuenta. O Marcus estaba al alcance del oído, o estaba paranoica con que alguien más pudiera estar escuchando. Tenía que andar con más cuidado.

—Vale —murmuré antes de aclararme la garganta—. Estaré ahí en cuanto pueda, señora Harrow.

Colgó, y fulminé con la mirada a mi reflejo en el espejo. ¿De verdad esperaba que me presentara y limpiara como si no hubiera pasado nada? ¿Existía el cliente, o era solo una tapadera? Teniendo en cuenta que había un cadáver congelándose lentamente bajo sus pies, sería una insensatez invitar a alguien, ¿no? Solo cuando empecé a darle vueltas a esas preguntas me di cuenta de la verdadera naturaleza de su llamada.

Algo más había pasado.

* * *

Ni siquiera me había dado tiempo a que se me secara el pelo cuando llegué a Hale. Llevaba ropa sacada de lo alto del cesto de la ropa sucia y la bata con la mancha de vino todavía puesta, pero me daba igual. Por mi propia cordura, necesitaba saber por qué Florence estaba tan desesperada por que volviera allí.

Iba tan alterada al llegar que casi se me olvidó poner el freno de mano al aparcar frente a sus verjas. Tiré de él y salté del coche para teclear el código, pero las luces se pusieron en rojo. Ya debía de haber cambiado el código. Tras un momento, el objetivo de la cámara me recorrió de arriba abajo, y entonces las verjas se abrieron. Volví a montarme en el coche y subí por el camino de entrada, preparándome para la visión de la casa, pero mientras avanzaba despacio, descubrí un motivo completamente nuevo para que se me disparara la ansiedad.

Marcus estaba en casa.

Aparcado en mi sitio de siempre estaba el mismo descapotable rojo que había tocado la noche anterior, cubierto de espuma de jabón como si hubiera visto mis huellas y se hubiera puesto enseguida a lavarlas. No me entretuve en el camino de entrada. Aceleré un poco y pasé por delante de la fachada de la casa para aparcar en el lado opuesto. Estaba demasiado frágil para tener mi primer encuentro con uno de mis jefes la mañana después de haber matado a su mecánico.

Para guardar las apariencias, cogí mi caja de productos del asiento trasero y entré corriendo en la casa. Solté un suspiro de alivio cuando oí a un hombre canturreando a través de la puerta abierta del garaje de abajo. Era poco probable que Marcus estuviera cantando solo si acababa de descubrir un cadáver, así que pensé que estaba a salvo. Esa sensación duró hasta que vi a Florence bajando las escaleras a hurtadillas, claramente frenética, haciéndome señas para que la siguiera.

—Florence, ¿has cambiado el código de la verja? No...

—Chist —dijo, llevándose un dedo a los labios—. Está abajo —articuló sin voz.

Con un leve asentimiento, dejé mi caja de productos junto a la puerta y la seguí escaleras arriba. Una vez arriba, me guio hasta la sala de juegos y cerró la puerta tras de nosotras. Su portátil estaba abierto sobre la barra, junto a un gin-tonic a medio beber y varios vasos vacíos. Había pasado la noche allí, y su aspecto lo confirmaba. Iba en bata, con el pelo recogido de cualquier manera y los cercos de rímel de la noche anterior aún manchándole las mejillas.

Pero no había estado durmiendo, ni de duelo, ni siquiera entrando en pánico. Había estado trabajando.

—¿A quién se lo has contado? —me exigió, abalanzándose hacia mí.

—¿Qué? —jadeé, tropezando hacia atrás—. A nadie.

—¿Segura?

—Sí, segura.

—¿Qué hiciste después de irte anoche?

—Exactamente lo que dijiste. Dos taxis y a casa.

Con una rápida sacudida de cabeza, Florence pasó por mi lado y fue directa a por su copa. Se la bebió de un trago y torció el gesto, luego giró el portátil hacia mí para que pudiera verlo.

—¿Te importaría explicarme esto? —preguntó.

Me acerqué tambaleándome. A primera vista, parecía una grabación granulada de circuito cerrado de una calle cualquiera, hasta que reconocí la línea de árboles como la carretera frente a sus verjas. Cuando estuve lo bastante cerca, Florence pulsó la barra espaciadora y la grabación se puso en marcha. Un haz de luz barrió el asfalto, luego desapareció, y un segundo después, un hombre entró en el encuadre.

Cal.

Florence lo pausó en el fotograma exacto en que estaba mirando directamente al objetivo de la cámara, y luego se volvió hacia mí con los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos ardiendo de furia.

—Te juro que él no sabe nada —tartamudeé.

—Estuvo *aquí*, Nina —dijo, con la voz afilada como una cuchilla—. ¡Unas horas después de meter a Victor en ese maldito congelador!

—Escucha, llegué a casa, y Cal todavía estaba despierto, y discutimos, y él se fue, y yo no sabía adónde había ido, y...

—¡Ya sé adónde fue! —siseó, cerrando el portátil de golpe—. Si Marcus le hubiera visto...

—¿Pero no le vio? —la interrumpí.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza—. Estaba demasiado ocupado vaciando un minibar en Stoke para ahogar sus penas.

El corazón me latía desbocado. —¿Qué hizo Cal después? ¿Se fue?

Florence por fin volvió a respirar. —Sí. Llamó al timbre un par de veces y se largó.

Se me cayeron los hombros de alivio. —Bien.

—¿Bien? ¿Cómo va a ser esto bien? —ladró—. ¿Te das cuenta de lo mucho que me estoy jugando por ti?

—Sí —murmuré antes de dar un paso hacia ella—. Escucha, te prometo que me encargaré de él.

Me oí decirlo y supe que era verdad, aunque no tenía ni idea de lo que significaría.

—Quizá deberíamos haber llamado a la policía, después de todo... —reflexionó.

—Florence, por favor —dije, juntando las palmas—. No volverá por aquí, ¿vale?

Con un suspiro, rodeó la barra para prepararse otra copa. Para mi sorpresa, puso dos sobre la barra, pero no di por sentado que una fuera para

mí. Parecía que las necesitaba las dos, y, además, solo pensar en probar otra gota de alcohol me entraban ganas de vomitar.

—Joder, lo siento muchísimo por todo esto —dije.

Tras un momento de duda, suspiró y me miró directamente a los ojos. La cara le tembló, como si estuviera decidiendo qué versión de Florence me iba a tocar. Al cabo de un rato, se suavizó y los hombros se le relajaron. Era evidente que estaba asustada. Después de que Cal se presentara sin avisar, entendía por qué. Solo esperaba que no se viniera abajo y todo se nos derrumbara encima.

—No fue culpa tuya —dijo al fin.

—Sí lo fue —dije con una leve sonrisa—. Si no hubiera bajado allí con él, nada de esto habría pasado.

—Y si yo no te hubiera pedido que comprobaras la alarma, tampoco habría pasado.

Se me empezaron a formar lágrimas en los ojos. —No paro de repasar todo en mi cabeza, ¿sabes? Intentando averiguar si había algo más que pudiera haber hecho.

Florence dio un trago. —Lo hecho, hecho está. De poco sirve darle vueltas ahora.

Se me tensó la cara, y, antes de darme cuenta, era un mar de lágrimas.

—Victor era una mala persona, ¿vale? —dijo—. Quería hacerte daño, y te defendiste. No hiciste nada malo.

—Hasta ese punto, no —dije, cogiendo unas servilletas de la barra para secarme la cara—. Pero eso cambió en el momento en que lo metimos en ese congelador.

—Escucha, tú encárgate de Cal, y yo me encargo de Victor. Ya verás, en unas semanas te habrás olvidado por completo de que esto pasó.

Me lancé a por la copa antes de poder evitarlo y di un trago. —Ya, eso lo veo difícil.

—Confía en mí. Lo harás.

Me froté el hombro con la mano libre. —No se lo habrás contado a Marcus, ¿no?

—Dios, no. No tiene ni idea. —Florence se rio como si hubiera hecho un chiste—. Llegó dando tumbos esta mañana y le dio por ponerse a lavar ese espantoso coche suyo.

—¿Crees que sospecha algo?

—No —dijo rápidamente—. Solo está ahí abajo para evitar cruzarse conmigo. Yo estoy aquí arriba por la misma razón.

Florence alargó la mano y me la puso en el antebrazo con gesto reconfortante, exactamente igual que hizo en el arcén cuando me crucé con ella. Mi vida se puso patas arriba en el instante en que la conocí, y estaba segura de que ella sentía lo mismo respecto a mí, y aun así seguía ayudándome. Ya me incomodaba haber dejado que cargara con la culpa del accidente y que luego me ofreciera un trabajo, pero lo de la noche anterior iba mucho más allá. Se estaba jugando todo: su casa, su negocio, su

reputación e incluso su libertad, todo por ayudar a una mujer que apenas conocía.

Pero ¿por qué?

Aspiré por la nariz y di un trago. —¿Por qué no llamaste a la policía anoche?

—Ya sabes por qué —dijo, lanzándome una mirada.

—Muchas mujeres pasan por lo mismo. Pero no se ayudan entre ellas a encubrir asesinatos. Accidentales o no.

Con un profundo suspiro, apuró su copa y luego dio un toque en el portátil. —Anoche estuve investigando un poco por internet.

Arqueé una ceja. —¿Sobre qué?

—Sobre ti.

Contuve el aliento. —¿Qué encontraste?

Cogió el vaso y vació los restos de hielo en el fregadero con desdén. —Algunos artículos de prensa. A Manchester le encantan los titulares sensacionalistas, ¿verdad?

Sabía exactamente qué artículos había leído, porque yo los había leído mil veces. El que dejaron por debajo de las puertas de mis clientes era solo la punta del iceberg. Había docenas. De hecho, la prensa local se puso las botas cuando Jack convenció al tribunal de que él era la víctima. Probablemente ni habría llegado a internet si hubieran sabido que era al revés. Internet no olvida, y ninguna cantidad de correos enérgicos o súplicas desesperadas iba a cambiar eso jamás.

—Cómo te trató ese hombre... me revuelve el estómago —escupió—. Y que encima mintiera e intentara darle la vuelta después de que por fin te defendieras... Imperdonable.

Me encogí de hombros porque no podía mirarla a los ojos.

—Debería dar gracias de que solo le apuñalaras tres veces —continuó—. Hombres como él y como Victor no merecen segundas oportunidades. Pero ¿tú? ¿Yo? ¿Cómo es justo que mujeres como nosotras tengamos que pagar por algo que no hicimos?

—No lo es —murmuré al suelo.

Florence me miró de una forma que no había visto antes, como si estuviera comprobando que seguía pensando lo mismo.

—Exacto —dijo, quitándome la copa de la mano y bebiéndosela de un trago.

Dejó el vaso vacío con cuidado.

Demasiado cuidado.

—Y por eso Marcus también tiene que morir.

Ya sabía lo que iba a pedirme cuando por fin le sostuve la mirada.

Lo que no sabía era si tendría elección.

16
EL PACTO
NINA

Era como si hubieran absorbido todo el aire de la habitación.

Cuando por fin llegué a mi límite con Jack, hacía ya tantos años, y agarré aquella hoja, fue en un arrebato. Estaba desesperada. No tenía otra opción. Sabía que la única forma de sobrevivir a aquella noche era asegurarme de que él no lo hiciera, así que cogí el cuchillo más afilado del taco y se lo clavé en el costado hasta que dejó de poder defenderse. En cuanto a lo que pasó con Victor, fue simplemente un error; desde luego, no algo planeado como lo que Florence estaba proponiendo.

Casi esperaba que me diera un manotazo en el brazo y me dijera que estaba de broma, pero no lo hizo.

Se limitó a observarme y a esperar.

—Para que quede claro, te refieres a *matarlo*, ¿no? ¿Matar a Marcus?

Asintió. No había ni un atisbo de duda en sus ojos.

—Florence, no has dormido nada y has bebido mucho —me presioné las sienes con las yemas de los dedos—. No estás pensando con claridad.

—Al contrario, nunca he tenido la cabeza más despejada —respondió de inmediato.

—Oí la discusión que tuvisteis. Oí lo que te hizo. Soy testigo, así que si vamos a la policía y...

—No servirá de absolutamente nada. Se librará —dijo antes de juguetear con su collar—. Igual que Jack.

Cerré los ojos. —Tiene que haber otra manera.

—No la hay. He intentado esperar a que cambie. No va a hacerlo.

Conocía esa sensación demasiado bien. Yo había tenido exactamente el mismo pensamiento unos minutos antes de cometer uno de los mayores errores de mi vida.

—O él o yo —continuó—. Es que... ya no puedo más.

—Lo que pasó con Victor fue un accidente. Eso es completamente distinto a...

—Un accidente que te ayudé a limpiar.

Y ahí estaba: *quid pro quo*.

Le dije cuando nos conocimos que la gente solo ayuda a los demás cuando quiere algo a cambio, y ella me dijo que no era su caso. Era mentira, ¿verdad? ¿Me había ayudado solo porque tenía sus propios planes? Al aceptar su caridad, ¿había renunciado a mi derecho a opinar? La otra pregunta era cuánto tiempo llevaba planeando esto. ¿Fue después de lo de Victor, o a pie de carretera? Sinceramente, no quería saber la respuesta.

—Para que quede claro, no te estoy pidiendo que lo mates. Solo necesito saber que harás lo correcto cuando llegue el momento —me puso la mano en el brazo—. Como yo hice por ti.

—¿Te refieres a mentir por ti?

—Si llega el caso.

—Florence, no sé si puedo ser parte de...

—¿En qué se diferencia de limpiar? Solo te estoy pidiendo que me ayudes a sacar la basura.

Se me escapó una carcajada antes de poder evitarlo. A pesar de lo oscura y terrorífica que era la conversación, había sido bastante ingenioso viniendo de una mujer como Florence.

—Pero es un poco diferente, ¿no?

Esbozó una sonrisa. —Desde luego, paga más.

Arrugué la cara y me apoyé en el respaldo de un taburete de la barra. —¿Ahora intentas comprarme?

Se encogió de hombros. —Tú necesitas dinero y yo lo tengo. Puedes quedarte tranquila sabiendo que hay un maltratador asqueroso menos en el mundo, y nadie se entera de lo de Victor. Yo diría que salimos ganando todos.

Empecé a dar vueltas por la habitación. —Estabas empeñada en arreglar las cosas con Marcus. Tenías aquella escapadita para hablar las cosas y...

—Promesas vacías —desestimó—. ¿Quieres saber cómo acabó esa «escapadita»?

Asentí, y Florence salió de detrás de la barra. Se desató el albornoz y levantó uno de los lados. Justo encima de su cadera izquierda había una marca negruzca tirando a morado, de unos diez centímetros de largo y unos dos y medio de ancho. Me dejó verla durante un par de segundos antes de volver a taparla rápidamente. O no tenía pensado enseñármela, o había estado esperando el momento perfecto.

Antes de que pudiera hacerle ninguna pregunta al respecto, se precipitó hacia la ventana cuando oímos un motor rugir fuera. Llegué a tiempo de ver el descapotable rojo de Marcus bajando a toda velocidad por el camino de entrada.

—Tú también estás en peligro, ¿sabes? —anunció.

Giré la cabeza bruscamente hacia ella. —¿Por qué?

—Nuestra anterior limpiadora no «se largó de la noche a la mañana». Esa es la historia que Marcus me obliga a contar.

Se me heló la sangre. —¿Qué le pasó?

—Se marchó, sí, pero solo porque le pagué para que lo hiciera. Pilló a Marcus y a mí en medio de una discusión y cometió el error de intervenir.

—¿Le pegó?

—Casi la *mata* —corrigió—. Pasó dos semanas en el hospital.

La antigua limpiadora seguía por ahí gracias a Florence. Por eso le había hecho prometer a Marcus que se mantuviera lejos de mí. También me estaba protegiendo a mí.

—Dios... —susurré.

Florence me sostuvo la mirada. —Ahora ya sabes por qué tiene que desaparecer. No puede seguir saliéndose con la suya.

Bajé la barbilla hasta el pecho.

—¿Me ayudarás, Nina? —añadió.

¿De verdad iba a consentir algo así? En muchos sentidos, estaba de acuerdo con ella: había que parar a Marcus. Pero eso no significaba necesariamente que tuviera que morir. Cuando imaginaba cómo sería la justicia, lo veía esposado y sacado de allí, con su foto en la portada del periódico. No metido en el congelador de al lado de Victor.

Pero la alternativa era aún más angustiosa.

¿De verdad iba a arriesgarlo todo por proteger a un hombre como Marcus? Aunque estaba segura de que Florence estaba de mi lado, podía destruirme la vida con una sola llamada telefónica. Si hubiéramos llamado a la policía en el instante en que Victor dejó de respirar, quizá habría tenido alguna posibilidad, pero ya no. Le echarían un vistazo a mi historial, verían su cuerpo en el congelador y concluirían que lo había hecho otra vez, pero bien esta vez.

Florence me tenía acorralada, y lo sabía.

—Sí —susurré—. Te ayudaré.

Sin perder un segundo, Florence me agarró por los hombros, me besó en la frente y me estrechó contra ella. No se daba cuenta de que solo había dicho que sí porque decir que no era peor.

—¿Cuándo vas a hacerlo? —pregunté al apartarme, casi con arcadas solo de pensarlo.

—Todavía no. Tenemos asuntos más urgentes de los que ocuparnos.

—¿Como qué?

—Bueno, el desastre del garaje, para empezar.

Contuve la respiración. —Pensaba que lo habías limpiado.

—Le di un repaso rápido.

—¿Un *repaso rápido*? —exclamé—. Marcus ha estado ahí abajo toda la mañana. ¿Y si ha encontrado algo?

—¡Tranquila! Ese hombre no sería capaz de encontrar la salida de una bolsa de papel —dijo, caminando hacia la barra—. Aunque habrá que limpiarlo a fondo antes de que aparezca la policía.

Se me encogió el pecho. —¿La policía?

—Victor tenía familia, Nina, amigos. Todos saben que trabajaba aquí, así que es inevitable que en algún momento quieran echar un vistazo al lugar.

De repente, sentí que no podía respirar. Me metí los dedos por el cuello de la camiseta y tiré hacia abajo para que me entrara algo de aire en los pulmones, retrocediendo a trompicones hasta que mi espalda chocó contra la pared.

—¡Dios mío! —exclamé—. Se acabó.

—No se ha acabado —dijo con firmeza—. No van a encontrar nada.

—¿Y si piden mirar en el congelador? ¿Eh? ¿Entonces qué?

Florence resopló. —Esto no es el centro de la ciudad.

Entrecerré los ojos. —¿Qué quieres decir con eso?

—En Hale no asesinan a nadie, Nina. Solo tenemos que mantener la calma y no darles ningún motivo para sospechar.

La garganta se me aflojó cuando la calma de Florence empezó a contagiarme, pero la forma en que hablaba de todo aquello me ponía los pelos de punta. Si alguien estuviera escuchando esta conversación, era más probable que pensara que estábamos intentando librarnos de una multa por exceso de velocidad, no de un homicidio.

—Vale —dije, dejando que los hombros se me relajaran—. ¿Qué hacemos entonces?

—Limpiamos.

—¿*Limpiamos*? —repetí por impulso.

Florence se ajustó el albornoz. —Bueno, es más tu área de especialidad, ¿no?

—¿Y cuál es la tuya, exactamente? —espeté.

No le hizo gracia y dio un paso adelante. —Encontrar a alguien lo bastante estúpida o desesperada como para deshacerse de un arcón congelador con un cadáver dentro.

La mirada que me lanzó hizo que retrocediera al instante, así que di unos pasos hacia atrás. —Vale.

—Marcus no volverá hasta esta noche, así que tendrás tiempo de sobra.

—Será mejor que me ponga a ello, entonces —dije, dirigiéndome hacia la puerta.

—¿Nina?

—¿Qué? —dije por encima del hombro.

—Sé minuciosa.

Me quedé mirándola un momento mientras se sentaba en un taburete de la barra y abría su portátil, cerrando rápidamente las imágenes de Cal en la puerta y pasando a su correo electrónico. La naturalidad de todo aquello me aterró: era como si me hubiera pedido que fregara los cacharros, no que fuera a limpiar con lejía la escena de un crimen. No me atreví a decir nada más. Salí de la habitación, cogí mi caja de productos de la puerta principal y me planté en lo alto de las escaleras del garaje.

Si Florence algún día se arruinara y tuviera que limpiar casas para ganarse la vida, no duraría ni cinco minutos. Desde donde yo estaba, no se había molestado en limpiar absolutamente nada. Había pasado la fregona por encima de las manchas y había colocado una alfombra sobre lo peor. Cómo era posible que Marcus no hubiera notado nada fuera de lugar se me escapaba. Quizá era tan despistado como ella decía. Sin perder más tiempo, me puse los guantes y cogí la fregona y el cubo de la cocina antes de bajar a retirar la alfombra. Cuando levanté una esquina, vi la mancha de sangre donde Victor se había abierto la cabeza contra el hormigón. Tenía más o

menos el tamaño de mi palma, con una leve estela que se arrastraba hacia la puerta abierta del garaje.

Me puse a fregar.

Se me oprimió el pecho.

La espuma empezó a formarse en cuanto la lejía empapó la mancha, convirtiéndose en una masa marrón asquerosa que olía como el sumidero de una carnicería y era el doble de repugnante. Tardé unos quince minutos de fregado intenso y pasada de fregona hasta que empezó a salir limpia, y entonces comencé a seguir el rastro hasta el garaje. Por suerte, Florence había hecho un trabajo mejor en el espacio abierto. La fina marca por donde habíamos arrastrado a Victor apenas se notaba, pero yo aún la veía. Eché un poco de lejía sobre la línea y luego dirigí mi atención hacia donde conducía.

El congelador.

Todavía me temblaban las manos, así que las mantuve ocupadas e intenté no pensar en lo que había dentro. El candado estaba justo en el centro de la tapa, pulcro y definitivo. Aunque no aprecié nada evidente, aun así lo rocié con lejía y empecé a limpiar. O habíamos conseguido meter a Victor ahí sin dejar ni una sola mancha de sangre por fuera, o Florence había hecho un trabajo realmente notable limpiándolo.

Después de una segunda pasada, mi mirada se desvió a la derecha de los congeladores, hacia el arsenal de herramientas que Victor me había enseñado como si estuviera orgulloso de él. Como todo lo demás en aquella casa, estaba demasiado organizado para resultar reconfortante. Cada llave fija en su sitio. Cada cajón etiquetado no a mano, sino con letras impresas, como si eso importara lo más mínimo. Era propio de alguien muy controlador o muy aburrido.

Cogí la fregona y empecé a limpiar la lejía que había echado antes en el suelo. Para mi fastidio, había dejado una franja limpia que abarcaba todo el ancho del garaje, así que no me quedó más remedio que hacerlo entero. Fui de pared a pared, hasta los coches y un poco por debajo, hasta que la fregona se enganchó con algo bajo el viejo Aston Martin. Me agaché para ver qué era.

La llave dinamométrica de Victor.

—Al menos en eso no mentía —murmuré para mí misma.

Había estado tan absorta en las consecuencias que no me había parado a pensar en lo que me dijo antes de caer. ¿Qué estaba buscando ahí? Estaba lo bastante desesperado como para intentar arrastrarme de vuelta allí abajo y tener unas horas para él solo, pero ¿por qué necesitaba tanto tiempo? Además, si de verdad había algo valioso guardado allí aparte de los coches, no me habría extrañado que Marcus lo hubiera etiquetado. Habría encontrado cualquier cosa en aquel garaje en cinco minutos.

Mientras seguía rodeando el Aston, me fijé en unas marcas en el suelo. Pasé la fregona por encima, pero ni se difuminaron, así que le puse ganas. Solo cuando volví a comprobarlo me di cuenta de que estaban grabadas en el hormigón. Las seguí con la mirada hasta el armario metálico de la pared

del fondo. Debían de haberlo sacado y vuelto a poner con bastante frecuencia para arañar así el suelo.

Con un vistazo rápido por encima del hombro, apoyé la fregona de nuevo en el cubo e intenté moverlo. Parecía que estaba lleno de ladrillos y apenas se movió un centímetro en el primer intento, soltando un chirrido estridente al rascar contra el suelo. Conseguí sacarlo lo suficiente para ver detrás, y entonces descubrí un pequeño cuadrado, cuidadosamente recortado en la pared de pladur, y lo que parecía algo escondido dentro. Apoyada en el armario que había movido, me agaché y, cuando por fin logré agarrar la esquina con la punta de los dedos, se me despegaron los pies del suelo.

Era un sobre acolchado. Abultado y pesado.

Estaba abierto, así que empecé a sacar lo que había dentro y a colocarlo sobre el armario. Había un montón de documentos de viaje: un pasaporte, un billete de ida a Portugal con fecha de un mes más adelante, y una reserva de dos noches en un hotel de Lisboa. Se me cortó la respiración al llegar al fondo del sobre. Había cuatro fajos gruesos de billetes, uno en libras esterlinas y los demás en euros, junto con un móvil de prepago. Abrí el pasaporte por la página de la foto, y por fin vi la cara del hombre al que acababa de prometer ayudar a matar.

Marcus Harrow.

No era como me lo había imaginado: pómulos marcados, piel bronceada, mentón con barba de tres días y una mata de pelo negro y espeso con hilos plateados. Incluso en un documento oficial en el que se supone que no puedes sonreír, se adivinaba un amago de sonrisa burlona en torno a sus ojos, como si las normas tuvieran que plegarse a él siempre que le apetecía. Aunque era mayor, me recordaba un poco a Victor. Quizá los hombres como ellos tendían a juntarse.

Entonces caí en la cuenta de lo que estaba viendo: era un kit de huida. Marcus no se iba a quedar ni a trabajar en su relación. Ni siquiera estaba planeando una pelea dramática o una discusión final. Había estado preparando una salida en silencio, con dinero, un billete de ida y una vida nueva, todo mientras Florence se sentaba arriba bebiendo y maquinando como si fuera la única capaz de guardar un secreto.

Metí todo exactamente como lo había encontrado y empujé el armario hasta devolverlo a su sitio. Por primera vez en veinticuatro horas, mi mente no estaba atormentada por el miedo a que me pillaran o a acabar en la cárcel.

Era peor.

Florence me había mirado a los ojos y me había dicho que no había otra manera, pero si Marcus ya se estaba marchando, sí la había.

A menos que ella no *solo* quisiera que se fuera.

Solo quería que estuviera muerto.

Y acababa de conseguir que yo dijera que sí.

17
LAS BOLSAS
NINA

Cuando terminé en el garaje, me fui de casa de Florence sin despedirme. En parte porque no quería estar allí si Marcus aparecía otra vez, pero sobre todo porque no encontraba las palabras para explicarle lo que había descubierto ni cómo lo había averiguado. Necesitaba asimilarlo primero, al menos hasta que pudiera usarlo para evitar que cometiera el mismo error que yo. Con suerte, Marcus se habría largado mucho antes de que llegara ese momento.

Después de un día así, normalmente le decía a Cal que no me apetecía hablar y encendía la tele, pero esta vez sí quería contárselo todo. No solo porque se merecía la verdad, sino porque necesitaba quitármelo de la cabeza. Estaba lidiando con la decisión más importante de mi vida después de haberla tomado. Estaba desesperada por que alguien, quien fuera, me confirmase que había perdido la cabeza y me dijera que todo iba a salir bien.

Supe que me estaba engañando a mí misma en cuanto entré a trompicones en nuestro piso.

Estaba sentado con las piernas cruzadas delante del sofá, doblando ropa con una pulcritud casi violenta y apilándola en bolsas de basura. Me asomé al dormitorio mientras me acercaba a él y vi la mitad de los cajones sacados y vaciados sobre la cama, como si hubiera entrado un ladrón que no tenía ni idea de lo que buscaba. Me lanzó una mirada de reojo cuando una de las tablas del suelo crujió al dar un paso adelante, pero no dijo nada. Simplemente empezó a meter cosas más rápido.

—Hola —dije, con la voz apenas audible.

Al parecer, eso bastó para enfadarle, porque dejó de doblar y dejó caer los brazos sobre el regazo. Me miró de verdad durante un momento. Tenía los ojos enrojecidos y húmedos, ya fuera de llorar o de no dormir; no sabía distinguirlo. Todavía llevaba la sudadera vieja que aparecía en las imágenes del circuito cerrado de Florence, la que tenía pintura en el puño de cuando decidimos pintar el piso por capricho, pero lo dejamos después de una pared.

—¿Cal? —insistí.

—Hola —repitió, pero sonó menos a saludo y más a burla—. Tienes mucha cara.

—¿Qué haces?

—¿Tú qué crees?

Tragué saliva. —Hacer las maletas.

Dejó de doblar y empezó a embutir la ropa a puñados.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—A casa de Tony —gruñó—. Me deja quedarme en su sofá unos días mientras su madre está de vacaciones.

Cómo no. Tony, el tío capaz de convertir cualquier contratiempo en un plan de negocio. Tony, el chaval que siempre tenía consejos pero nunca consecuencias. Tony, el imbécil que le había vendido a Cal aquel maldito ciclomotor como si le estuviera haciendo un favor. Por mucho que me apeteciera soltarle un discurso improvisado sobre cómo el querido amigo de la infancia de Cal era un inútil y que nadie en su sano juicio debería seguir sus consejos, me lo pensé mejor. Un paso en falso pondría el último clavo en el ataúd de nuestra relación, y yo no estaba en posición de dar lecciones. Esa semana ya había matado a un hombre y aceptado ayudar a asesinar a otro.

—Solo unos días —añadió Cal, como si eso suavizara el golpe—. Hasta que encuentre algo fijo.

—¿Podemos hablar primero? —murmuré.

—No tiene sentido, ¿no?

Corrí a su lado y le puse las manos en el brazo, pero se las sacudió de encima. —Cal, por favor.

Soltó una risa seca. —¿Ahora quieres hablar?

—Sí. Más que nada en el mundo.

Después de resoplar, hizo un nudo en la bolsa que estaba llenando y la lanzó hacia la puerta antes de ir al dormitorio. Lo seguí, y ya había empezado a desenchufar sus cosas de videojuegos y a enrollar los cables en manojos perfectos. Por deprimente que fuera, ese fue el momento en que me di cuenta de que iba en serio con lo de marcharse.

—No puedes salir corriendo sin más —dije, con la voz más débil de lo que pretendía.

Torció la boca. —¿Que no?

—No. No puedes largarte dando un portazo y castigarme porque yo... porque nosotros... —Me froté la frente—. Porque una noche se nos fue de las manos.

La risa de Cal no tenía ni pizca de gracia. —Lo de anoche no «se nos fue de las manos», Nina. Me enseñaste tu verdadera cara.

—*¿Tu verdadera cara?* —repetí como un loro—. Cal, he tenido un día horroroso y la cabeza me está matando y...

—Patético —escupió—. Eso fue lo que me llamaste.

Suspiré. —Lo sé.

—Y luego me miraste como si fuera algo que hubieras pisado.

Me encogí. No se equivocaba.

—No quería...

—Quisiste decir cada palabra —espetó—. Así que no me insultes diciendo lo contrario, ¿vale?

Me acerqué despacio. —Joder, Cal, lo siento, ¿de acuerdo? Siento lo que dije y cómo lo dije. Si pudiera retirarlo, de verdad que lo haría.

Enrolló el cable del cargador alrededor del mando y lo tiró dentro de una mochila que había en la cama. Me estaba rompiendo por dentro, pero a él no parecía importarle. Si acaso, seguía como si estuviera haciendo la maleta para pasar la noche en casa de un amigo, no para el final de nuestra relación.

—¡Dios mío! —grité, dando un manotazo contra el marco de la puerta de pura frustración—. ¿¡Por qué no me hablas de una puta vez!?

Cal se bajó las mangas de la sudadera hasta cubrirse las manos y se cruzó de brazos. Se acercó un paso y me fulminó con la mirada un momento, el tiempo justo para revolverme el estómago.

—¿Quién es Jack, Nina?

Cogí aire. Cuando lo solté, temí que arrastrara consigo el contenido de mi estómago.

—¿Cómo sabes ese nombre? —susurré.

—Ha estado aquí. En nuestro piso.

Se me fue el color de la cara. —*¿Aquí?*

—Sí. Aporreando la puerta y gritando tu nombre. ¿Tú qué sabes de eso?

—Yo, eh... no sé. Es solo...

—Vale —me cortó antes de volver a hacer la maleta—. Eso pensaba.

—¿Hablaste con él? —murmuré.

Suspiró. —No mucho, no. Me dijo que le habías dejado un mensaje de voz.

—¿Qué más dijo?

—Me dijo que te dijera que le dejaras en paz, y se largó.

—¿Estaba... enfadado?

Cal vaciló, desestimando mi pregunta. —¿Quién es, Nina?

—Mi ex —admití.

Se quedó inmóvil. —Nunca me habías hablado de él.

—Me hizo daño y... —Me contuve antes de partirme en dos—. Me destrozó la vida.

—¿Fue él?

Entrecerré los ojos. —¿Si fue él qué?

—Aquella noche en casa de Florence, cuando saltó la alarma. Estaba allí, ¿verdad?

—Cal, no —dije, con tono grave—. Antes muerta que compartir el mismo aire que él.

Su mirada recorrió mi cara, mi pelo, las marcas tenues de mis brazos que llevaba intentando no mirar, y algo se le tensó en la mandíbula. Por un instante, pareció que iba a ponerse a gritar. En vez de eso, se dejó caer sobre la cama y se hundió la cara entre las manos, derrumbándose de una forma que no le había visto nunca. Yo también empecé a llorar y corrí a consolarlo. Para mi sorpresa, me dejó.

—¡Por favor, créeme, Cal! ¡Jack no tiene nada que ver con esto!

—Entonces, ¿no me pusiste los cuernos con él?

—¡No! —dije rápidamente—. ¡Claro que no!

Al final, no fueron los gritos, ni las acusaciones, ni la manera en que estaba haciendo las maletas lo que me empujó al límite. Fue el pequeño suspiro de alivio que soltó cuando preguntó si le había sido infiel y creyó mi respuesta. No podía soportar seguir ocultándole la verdad. Estaba harta de hacerle daño y de mentir al respecto.

Eso es lo que creía, al menos.

En realidad, probablemente solo quería controlar una cosa de mi vida para variar.

—No fue él.

Cal se tensó. —¿Qué?

Tragué con fuerza. —Besé a alguien.

Se levantó de un salto de la cama y se pasó las manos por la cabeza. —¿Un puto beso?

—Joder —me dije a mí misma mientras me levantaba para encararle—. Mira, estaba enfadada contigo, y había bebido, y él estaba ahí, y...

—¿Quién es? —me interrumpió Cal.

Dudé. —Nadie.

—¿Cómo se llama?

—No importa, ¿vale?

—¡A mí sí me importa! —bramó—. ¿Cómo se llama, Nina?

No fui capaz de pronunciarlo. —Nadie. Trabaja... trabajaba para los Harrow.

Cal se pasó los dedos por el pelo, sacudiendo la cabeza con tanta fuerza que las lágrimas ni siquiera le rozaban las mejillas antes de caer a la moqueta.

—¡Ya sabía yo que esa arpía tendría algo que ver! —gritó antes de agarrar su mochila y abrirse paso junto a mí hacia el pasillo.

—¡Fue literalmente un segundo! —le grité—. ¡Lo paré, Cal! ¡Lo paré!

—Sinceramente, Nina, es como si ya no te conociera.

—¡Sí me conoces, Cal! ¡Me conoces mejor que nadie!

—No, la Nina de antes nunca habría hecho algo así.

No se equivocaba.

—Has cambiado —continuó—. Y sé exactamente a quién echarle la culpa.

Se me cayeron los hombros. —Florence no tiene nada que ver con esto, Cal.

—Tiene *todo* que ver con esto —escupió—. Me dijiste que nuestras vidas iban a mejorar después de conocer a esa mujer, ¿y ahora míranos? Estamos rompiendo, y es todo culpa suya.

—¡Déjame arreglarlo, Cal! —supliqué—. ¡Por favor!

—Ya no tiene arreglo —gruñó, recogiendo sus bolsas con una mano—. Después de cantarle las cuarenta, se acabó.

La nuca se me empezó a empapar de sudor. —¿Qué quieres decir?

—Voy a ir allí. Esa estirada va a llevarse lo que se merece.

—No, Cal, no puedes —dije, bloqueando la puerta.

Cerró los ojos un segundo y respiró hondo. —Quítate de en medio, Nina.

—¡No! No puedes volver allí.

Por un momento, pensé que la intensidad de mi voz le había hecho recapacitar, porque se le relajaron los brazos y retrocedió unos pasos. Pero supe que no era eso cuando se le arrugó la frente.

—¿Cómo que *volver*?

—Me enseñó las grabaciones, Cal. De ti, llegando en tu ciclomotor y llamando al timbre.

—O sea, ¿eso es lo que has estado haciendo todo el día? ¿Riéndote de mí?

—¡No! ¡No fue así! —protesté—. No sabía quién eras, así que me enseñó las imágenes por si yo sí lo sabía.

—¿Ella lo sabe?

—¿Saber qué?

—¡Lo tuyo con ese chaval que trabajaba para ella!

Me quedé callada demasiado tiempo. —No, ella...

—¡Joder! —exclamó—. ¿Cómo he podido ser tan idiota?

Intentó pasar de nuevo, así que le puse las dos manos en el pecho para impedírselo.

—Prométeme que no vas a volver allí, Cal. Te lo digo en serio.

—Ya no puedes decirme lo que tengo que hacer —dijo entre dientes—. Si no me dices quién fue, tendré que sacárselo a tu querida clienta.

—¡Cal! ¡No! —grité.

Se inclinó por encima de mí para agarrar el pestillo. Le cogí del brazo y tiré, y en el forcejeo su codo salió disparado hacia atrás.

Directo al lado de mi cara.

No fue un puñetazo. No uno intencionado, al menos. Fue solo el efecto desafortunado de dos personas peleándose por una puerta en un espacio demasiado pequeño para cualquiera de las dos.

Pero a mi cuerpo le daba igual la intención.

El dolor me atravesó la cara mientras me agarraba la mejilla, y algo que creía haber dejado atrás había vuelto. Me quedé paralizada, en estado de shock total, mirando a Cal, cuyos ojos se fueron abriendo como platos poco a poco.

—Dios mío —tartamudeó, soltando las bolsas—. Nina, yo no... no quería...

Cal alargó la mano hacia mí y me encogí tan bruscamente que casi me abrí la cabeza otra vez contra la pared.

—Nina —susurró, con la voz quebrada—. Fue un accidente.

Había oído esa frase en cien tonos distintos: arrepentido, furioso, burlón, pero sobre todo suplicante. Por experiencia, daba igual cómo se dijera, siempre significaba lo mismo.

Por favor, no me obligues a enfrentarme a lo que he hecho.

Algo dentro de mí se serenó de una forma inquietante mientras retrocedía un paso, clavándole la mirada como si fuera un desconocido en mi piso.

—Venga, vete —articulé sin voz.

Cal negó con la cabeza, presa del pánico. —No, Nina. No, ven aquí. Joder, déjame ver.

—¡Vete! —grité.

—Nina, por favor. Lo siento. Te juro que no quería...

Abrí la puerta, agarré un puñado de su sudadera y tiré de él hacia la abertura. El aire frío me golpeó la cara y agudizó el escozor de la mejilla mientras le daba una patada a sus bolsas para sacarlas al pasillo. Antes de que pudiera seguir discutiendo, le cerré la puerta en las narices y apoyé todo mi peso contra ella.

Esperé a que llamara a la puerta, pero no lo hizo.

Se había ido. Esta vez, para siempre.

18
LAS TIENDAS
NINA

No planeé desaparecer. Simplemente pasó cuando todo se me vino encima de golpe.

La noche que Cal se marchó, apagué el móvil, me puse el pijama más cómodo que tenía y lloré hasta quedarme dormida. Aunque no fueron los recuerdos de cómo me había pegado lo que me atormentaba. Era cómo mi vida se estaba desmoronando poco a poco, pieza a pieza, y no había nada que yo pudiera hacer para evitarlo.

Seguí el ejemplo de Jack.

Enterré la cabeza en la arena y ahogué mis demonios con el alcohol que pude encontrar al fondo de los armarios de la cocina.

Mi móvil estuvo apagado durante días. No en silencio ni en modo avión, apagado-apagado. Estaba al borde de un colapso mental, y lo último que necesitaba era ver el nombre de Cal iluminando la pantalla a cada hora, o que Florence aumentara mi desdicha con otra tanda de órdenes que me vería obligada a cumplir. Sobre todo, sencillamente no quería hablar con nadie. Hablar significaba explicar. Explicar significaba recordar. Y recordar significaba ver el cuello de Victor en ese ángulo imposible o sus extremidades colgando por encima de las paredes del congelador cada vez que parpadeaba.

Así que seguí bebiendo.

Y no era beber con glamur, precisamente. No era beber vino en la bañera ni cócteles con sombrillitas. Era del tipo en que estás descalza en la cocina, en ropa interior, dando tragos directamente de la botella porque el vaso te tiembla tanto en la mano que no puedes servir nada dentro. Del tipo en que dejas de preocuparte por el sabor después del primer trago.

En esa neblina, me bebí todas nuestras reservas: el vino, el vodka, incluso la botella de licor de crema irlandesa que Cal se empeñó en comprar unas Navidades, pero al final, hasta eso se acabó. Lo único que marcaba el paso del tiempo era mi posición en el sofá y el número de botellas vacías desperdigadas por la moqueta.

A las tiendas tocaba ir.

Entré en el dormitorio y me puse lo primero que encontré: unos leggings, una sudadera enorme que Cal se había olvidado de guardar y mis zapatillas de trabajo, que todavía tenían restos de lejía corroyéndoles las suelas. No se me pasó por la cabeza cepillarme el pelo ni ponerme algo de maquillaje porque no me atrevía a mirarme la cara por si tenía un moratón. Solo eso habría bastado para hacerme perder los nervios.

Cogí las llaves y fui hacia la puerta, pero llamaron con un golpe seco antes de que pudiera abrirla. Miré por la mirilla, medio esperando que fuera Cal, medio rezando por que no fuera Florence, pero no era ninguno de los dos. Abrí el pestillo, entreabrí la puerta apenas un par de centímetros y me retiré a la cocina para echarme agua fría en la cara.

—Madre mía —murmuró Jean al entrar—. ¿Qué es ese olor?

—¿Qué haces aquí? —pregunté sin girarme del todo.

—Tenías el móvil apagado.

—¿Y?

—He hablado con Cal. Solo venía a ver cómo estabas.

—Pues estoy bien y un poco liada, así que...

—Ya lo veo —dijo, dando un golpecito con el pie a una botella de vodka vacía que había en el suelo.

Me sequé la cara con un trapo de cocina y crucé los brazos sobre el pecho, esperando el sermón inevitable. Al final, solo chasqueó la lengua y pasó por mi lado para ponerse a recoger.

—Está bastante hundido, ¿sabes? —comentó.

—Ya somos dos.

—¿Cuándo vas a pedirle perdón?

—¿Quieres que *yo* le pida perdón? —dije boquiabierta—. Me estás tomando el pelo.

—Me contó lo que le dijiste.

Me encogí sobre mí misma.

—¿Patético? —añadió—. Sabías que eso lo destrozaría.

—¿Acaso me equivoco? —repliqué.

—Sí —dijo, cerrando los ojos un instante—. Pues claro que sí.

Ver a Jean reorganizando mi piso empezaba a ponerme de los nervios. Tomé las riendas y me puse a recoger las cosas antes de que ella pudiera llegar a ellas.

—¿Exactamente cuánto has bebido? —preguntó.

—No lo suficiente —respondí por encima del hombro mientras tiraba unas cuantas botellas a la basura.

—Esto no es propio de ti.

—Tú qué sabrás —refunfuñé entre dientes.

—Venga ya, nadie bebe así por una pelea tonta. Llámale y se arreglará todo.

Si ella supiera.

—No fue solo una «pelea tonta», Jean. Créeme, esto venía de lejos, y eso fue antes de que me cruzara la cara de un guantazo.

Se le ensombreció el gesto. —¿Te pegó?

—Se le olvidó contarte ese pequeño detalle, ¿verdad?

—Me dijo que fue un accidente.

—*Accidente* —bufé—. Claro. Eso dicen todos.

—Yo conozco a Cal, no lo habría hecho a propósito. Eso lo ves, ¿no?

—Tú no estabas allí, Jean.

Me fulminó con la mirada. —Cuéntamelo, entonces.

Empecé a llenar el fregadero para fregar los cacharros, pero enseguida cambié de idea. —Estaba intentando irse.

—¿Y no tiene derecho a hacerlo?

—Claro que sí —repliqué—. Quería ir a casa de Florence a cantarle las cuarenta.

—¿Y ella qué tiene que ver con esto?

Sentí que me ardían las mejillas. —Nada, déjalo.

Me giré y vi a Jean toqueteando los botones de su chaqueta, con la mirada clavada en el suelo.

—Lo *sabes*, ¿verdad? —pregunté.

Jean suspiró. —Me hizo jurar por la vida de mi madre que no te lo contaría.

—Fue solo un beso —dije, frotándome las sienes con ambas manos—. Ya sabes cuánto Prosecco habíamos bebido.

—Pero ¿cómo pudiste hacerle eso a Cal? —preguntó casi en un susurro.

—Vic... él me besó a mí, ¿vale? Y le aparté en cuanto me di cuenta de lo que estaba pasando —expliqué—. Además, la cosa no acabó bien.

—¿Qué quieres decir?

Me quedé mirando a Jean un momento. Parte de mí quería contárselo, aunque solo fuera para que se callara.

—Da igual.

Negó con la cabeza, incrédula. —¿Qué demonios os ha pasado a vosotros dos?

Me encogí de hombros. —La gente se distancia.

—No, vosotros estáis *hechos* el uno para el otro. Erais felices y...

—*Nosotros* no —la corté—. *Él* lo era.

—¿Y crees que ponerle los cuernos fue lo correcto?

—No. ¿Qué? Claro que...

—¿De verdad se había activado la alarma de esa mujer? ¿O me dejaste plantada para irte a ver a un tío?

—Te estaba diciendo...

—Porque eso es lo que parece, Nina.

—Te estaba diciendo la verdad, Jean —dije con un tono que no admitía réplica—. No te mentiría sobre eso.

—¿Pero mentir sobre todo lo demás sí vale?

Sin pretenderlo, arrastré los pies hasta el sofá y me dejé caer con un quejido. Jean me siguió un momento después, todavía paseando la mirada por el estado deplorable del piso.

—¿Cómo está? —murmuré.

—¿Quién? ¿Cal?

Asentí.

—Pues hecho polvo, obviamente. Cree que se ha acabado para siempre.

Solté el aire por la nariz. Era difícil llevarle la contraria.

—Mira, ya sé que fue un accidente cuando me pegó —admití.

—Bien, pues...

—Es que me trajo malos recuerdos —añadí.

Se le arrugó la frente. —¿Qué me estás ocultando, Nina?

Saqué el móvil del bolsillo y lo encendí por primera vez en días. Miré la pantalla y vi el aluvión de notificaciones que iba entrando: mensajes de voz de Cal, llamadas perdidas de Florence, docenas de mensajes de texto de Jean, intercalados con alguna alerta de Pinq sobre recompensas urgentes que habían expirado. Pulsé el botón para borrarlas todas y abrí el navegador. Entonces hice algo que no había hecho en años. Busqué mi propio nombre y pinché en el primer resultado.

—Esto. —Tiré el móvil sobre el sofá, a mi lado.

Jean lo cogió, temblando ligeramente mientras empezaba a leer el artículo. —¿Esto es...?

—Sí —la interrumpí—. Soy yo.

—¿Por qué hiciste eso? —dijo, devolviéndome el móvil.

Me encogí de hombros. —No lo sé. Supongo que soy mala persona, sin más.

—No, Nina, no lo eres.

—Sí lo soy. —Esbocé una sonrisa frágil—. Y a Cal le irá mejor sin mí.

—¡No es verdad!

—Y a ti también.

Antes de que pudiera responder, me levanté del sofá de un salto para abrir la puerta y le hice un gesto para que saliera. Tras un momento de duda, lo hizo, y yo la seguí al pasillo, cerrando la puerta a mi espalda.

—¡Aún puedes arreglar esto, Nina! Solo habla con él, por favor.

—No, tiene que mantenerse lejos de mí —dije, yendo a zancadas hacia el ascensor—. Antes de que salga herido.

—¿Qué demonios significa eso? —gritó detrás de mí.

Pulsé el botón, las puertas se abrieron y entré, quedándome lo bastante cerca de la abertura para impedir que ella entrara.

—Los dos tenéis que dejarme en paz de una puta vez, ¿vale? —advertí.

Jean retrocedió un paso mientras las puertas se cerraban con un golpe metálico, con una mezcla de estupor y horror en la cara.

Sabía que solo había venido porque le importaba.

Pero ¿por qué la odiaba por ello?

* * *

El supermercado de la esquina tenía el mismo aspecto de siempre: fluorescente, beige y deprimente. Las puertas correderas se abrieron con un suspiro, como si les decepcionara verme, mientras yo entraba y las corrientes de aire me erizaban el cuero cabelludo al coger una cesta. Había demasiada luz ahí dentro y demasiado ruido. El zumbido constante de las neveras y los congeladores me revolvía el estómago mientras me dirigía al

fondo de la tienda en busca de mi dosis, demasiado asustada para mirar dentro por si veía la cara de dolor de Victor a través del cristal.

En el pasillo de bebidas alcohólicas había unos cuantos compradores, así que me quedé delante del vodka un momento, intentando fingir que estaba sopesando opciones como una persona funcional. Al final, cogí las dos botellas más baratas, de esas que parecen capaces de arrancar la pintura, y las dejé caer en la cesta. De camino a las cajas, cogí unos cuantos paquetes de fideos instantáneos y unas patatas fritas para sentirme menos avergonzada, y me puse a la cola.

Casi me tocaba escanear mi deprimente cesta cuando algo en el expositor de revistas me llamó la atención. No fueron los titulares sensacionalistas lo que me enganchó. Fue una fotografía. Era de un hombre impecable y pagado de sí mismo con una chaqueta a medida, posando sobre un coche que costaba más que toda mi infancia entera. La iluminación le había favorecido, pero su sonrisa no. Era ese tipo de sonrisa de comemierda que dice no me he preocupado por el dinero en mi vida, pero seguro que he hecho que otros se preocupen por mí.

El Rey de la Restauración de Cheshire: Dentro del Garaje del Millón de Libras.

Yo lo conocía simplemente como Marcus Harrow.

Probablemente era un reportaje que él mismo había pagado, encargado para sentirse mejor por ser la clase de hombre que pega a las mujeres tan brutalmente que acaban en el hospital. La expresión de sus ojos me provocó un escalofrío. Eran estrechos, pero no crueles exactamente, solo llenos de suficiencia. Como si nunca hubiera aceptado un no por respuesta en su vida y no tuviera intención de empezar ahora.

—¿Vas a pasar o qué? —dijo una voz detrás de mí.

Me di cuenta de que la cola delante de mí se había vaciado. —Perdona —dije por encima del hombro.

La máquina me saludó con esa voz falsamente amable cuando me acerqué a la caja de autoservicio más cercana.

—Por favor, escanee su primer artículo —dijo.

Escaneé primero la comida y la tiré sobre la báscula. Pitó un par de veces y los artículos aparecieron en la pantalla. Cogí la primera botella de vodka, pero la pantalla se quedó en pausa como si me estuviera juzgando.

—Artículo inesperado en el área de embolsado.

—Pero si ni siquiera... —empecé, y me callé. Hablarle a un ordenador era pasarse de la raya, incluso para mí.

Moví los artículos e intenté de nuevo. La máquina siguió en sus trece.

—Artículo inesperado en el área de embolsado.

—Que no hay nada —siseé, acercándome.

Un adolescente con uniforme apareció a mi lado, mascando chicle como si se fuera a acabar en el mundo. Le lancé una mirada fulminante y me aparté para que obrara su magia.

—¿Todo bien? —dijo.

—Lo estaré cuando esta cosa empiece a funcionar —refunfuñé.

Se rio, tecleando un código a la velocidad de alguien que lo ha hecho diez mil veces. Después de pensárselo un segundo, la máquina se rindió ante su autoridad.

—Listo —gruñó.

—Gracias —respondí, escaneando los artículos importantes y sacando la tarjeta del monedero. Pulsé pagar, acerqué la tarjeta al lector y esperé la bendita luz verde. En su lugar, la pantalla se puso roja.

—Pago rechazado —dijo con un volumen que me hizo arder las mejillas.

El adolescente rondaba unas cajas más allá, haciendo eso tan incómodo de fingir que no estaba mirando fijamente. —¡Prueba a meterla! —gritó desde allí.

Asentí en su dirección, metí la tarjeta a la fuerza en el lector y tecleé el PIN.

—Pago rechazado.

El calor me subió por el cuello. Ya podía sentir a los demás compradores detrás de mí evaluando mis decisiones vitales. Casi podía oír sus pensamientos mientras miraban mi cesta lamentable y se preguntaban lo arruinada que tiene que estar alguien para no poder permitirse un par de botellas de vodka barato y algo que vagamente pasara por comida.

El adolescente volvió, tecleando su código un poco más despacio esta vez antes de mirar la pantalla. —Eh... dice que no hay fondos suficientes.

—Hay dinero ahí —protesté—. Creo.

Esbozó una pequeña sonrisa. —¿Tienes otra tarjeta para probar?

Negué con la cabeza.

—Pues me temo que tendré que devolver todo esto.

Justo cuando estaba recogiéndolo todo, un brazo se coló entre nosotros para acercar una tarjeta al lector, y la máquina emitió un ruidito alegre antes de escupir un recibo. No necesité darme la vuelta para ver quién era, porque un perfume como el suyo no tenía cabida en aquel antro.

—Esperaba encontrarte, Nina.

19
LA COMISARÍA
NINA

Me giré despacio, con el estómago retorcido por el miedo. Florence estaba allí plantada, con el pelo recogido y gafas de sol puestas a pesar de estar bajo techo. ¿Qué demonios hacía allí? No solo vivía a kilómetros de distancia, sino que además parecía la clase de mujer que no había pisado un supermercado en su vida. Y, sin embargo, ahí estaba, tan campante, con una botella de vino peleón y un ramo de flores asomando de la cesta, como si hubiera sabido exactamente dónde encontrarme y hasta hubiera tenido la presencia de ánimo de traer atrezo.

—¿Qué haces aquí? —logré decir.

—Lo mismo que tú, supongo —la sonrisa de Florence no le llegaba a los ojos—. Comprando.

—¿En Openshaw? —me reí—. ¿Es que han cerrado tu *Waitrose*, o qué?

Pareció vagamente divertida. —Si insistes en saberlo, te estaba buscando.

La cajera adolescente me tendió el tique y salió pitando a ayudar a otra persona. Sin responder a Florence, agarré la bolsa, con el corazón desbocado, y giré sobre mis talones. Para cuando crucé las puertas automáticas de golpe, prácticamente iba corriendo y me escabullí hasta la esquina del supermercado para recuperar el aliento. Oí las puertas abrirse de nuevo con un chirrido y me encontró un instante después, dejando caer los hombros con un suspiro al verme escondida allí.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó antes de fijarse bien en mi aspecto—. Dios mío, estás horrible.

Solté una risa que no sentía. —Y tú tan perfecta como siempre.

—¿Le pasa algo a tu teléfono? Llevo días intentando localizarte.

—No. Lo apagué.

Los ojos de Florence se entrecerraron. —¿Y por qué ibas a hacer eso?

Negué con la cabeza y pasé a su lado para poner rumbo a casa. No podía con sus gilipolleces ahora mismo.

—¡Nina! —me llamó.

—¡Déjame en paz! —siseé por encima del hombro.

—¡No hasta que me expliques por qué me has estado ignorando! —replicó.

Al cabo de unos pasos más, sentí las yemas de sus dedos aferrarme el codo y tirar de mí. Me metí en la calzada para esquivarla y por poco me arrolla un autobús que iba demasiado pegado al bordillo. El conductor tocó el claxon a fondo, pero ni me inmuté. Solo esperé a que el retrovisor no me rozara y me aparté el pelo grasiento de la cara.

—Nina, solo habla con... —empezó antes de que se le descompusiera la cara—. ¿Has estado bebiendo?

Me encogí de hombros. —Puede.

—Son las diez de la mañana.

—¿Ah, sí? —me reí—. No me había dado cuenta.

Soltó el aire bruscamente. —¿Qué ha pasado?

No quería contárselo. Ni siquiera quería mirarla. Pero Florence tenía la extraña habilidad de aparecer en mis peores momentos, como si hubiera estado esperando entre bastidores todo el rato. Una vez que entraba en escena, las palabras se me escapaban solas, quisiera yo o no.

—Cal —murmuré.

—¿Qué pasa con él?

—Se acabó.

—Oh —dijo, enarcando una ceja—. Bueno... lo siento.

—¿Ah, sí? —grité.

—Sí, claro —respondió con desgana antes de que su expresión se endureciera—. ¿Qué le has contado?

—Siempre mirando por ti misma, ¿eh?

—¿Tengo que recordarte que a las dos nos conviene que no digas nada sobre...?

—Tranquila, ¿vale? —la corté—. Le conté lo del beso.

Los ojos de Florence se abrieron de par en par. —¿Con Victor?

Asentí.

—¿Y por qué narices ibas a hacer algo así?

—No lo sé —me encogí de hombros—. ¿Porque soy una puta idiota?

—No le habrás dicho su nombre, ¿verdad?

Me aparté un mechón de pelo de la cara de un soplido.

—¿Se lo dijiste? —repitió.

—No —dije, retrocediendo—. Así que puedes dejar de preocuparte de que tu vidita perfecta se vaya al traste.

Había conseguido que mi crisis girara en torno a ella antes siquiera de que terminara de explicarla.

—Mira, está claro que estás muy disgustada —comentó.

—Qué observadora.

—Pero no puedes ignorarme sin más, Nina —continuó—. Tenemos asuntos pendientes.

—¿Te refieres a matar a tu marido?

Florence se abalanzó hacia mí. —¿Quieres hacer el favor de medir tus palabras?

No sabía si era el alcohol lo que hablaba, o el hecho de que, aparentemente, me había propuesto destruir sistemáticamente todas las relaciones de mi vida, pero me daba igual. Ya había perdido todo lo que merecía la pena salvar. De hecho, pasarme el resto de mi vida entre rejas casi me parecía unas vacaciones. Al menos, alguien me daría de comer.

—¿Sabes qué? Paso —dije, retrocediendo por la acera—. Haz lo que quieras, cuéntaselo a quien quieras, pero yo no me meto.

—Ya estás metida —señaló.

—Pues llama a la policía. Eres tan culpable como yo —escupí antes de dar media vuelta y alejarme.

—No hace falta —dijo—. Han venido esta mañana.

Sentí que el mundo se inclinaba. Había acortado la distancia antes de que me diera la vuelta.

—No encontraron nada —continuó—. Pero tarde o temprano querrán hablar contigo.

—¿Conmigo? —jadeé—. ¿Qué les has dicho?

—Nada incriminatorio. Le hicieron a Marcus y a mí unas preguntas básicas y se fueron, pero han solicitado todos mis registros de empleo.

—¿Y vas a entregárselos?

—No tengo elección, Nina. Puedo ir dando largas, pero si me opongo, solo van a investigarme más a fondo. Y eso no nos conviene a ninguna de las dos.

Mi cabeza se disparó sola antes de que pudiera frenarla. La policía encontraría mi nombre en sus registros, lo buscarían y encontrarían mis antecedentes. Verían a una mujer con un historial de violencia que acababa de pasar tres días bebiendo hasta perder el conocimiento y que trabajaba en la misma casa en la que un hombre acababa de desaparecer. Sabía perfectamente qué pinta tenía eso. Era la misma pinta que Jack me había hecho tener, y casi le funcionó.

Me llevé la mano a la garganta y apreté para contener la bilis. —¿Quién denunció su desaparición?

Vaciló. —Su hermana.

Victor tenía una hermana. Había una pobre mujer inocente en algún lugar, muerta de preocupación, preguntándose cuándo iba a aparecer su hermano y si estaría vivo cuando lo hiciera. Lo que no sabía era que estaba embutido en un congelador como un trozo de carne, y que la mujer que le había hecho eso andaba tan tranquila, más preocupada por su relación de mierda que por el hombre que acababa de matar.

Me equivocaba cuando le dije a Jean que era mala persona.

Era mucho peor.

—En fin, pronto dejará de importar —anunció.

—¿El qué?

Se inclinó hacia mí. —He encontrado a alguien.

—¿A alguien?

—Para que se lleve el congelador.

Se me revolvió el estómago. —¿Quieres decir... con *él* dentro?

Las gafas de sol de Florence se inclinaron ligeramente cuando me miró por encima de ellas. —Evidentemente.

—¿Quién? —susurré.

—Cuanto menos sepas, mejor.

—¿Quién? —exigí.

—Un hombre que le debe a un hombre que le debe a otro hombre —explicó, casi aburrida—. Te dije que yo me encargaba, y eso es lo que estoy haciendo.

—¿Y qué quieres de mí? —pregunté.

Se acercó un paso más; su perfume me arañó el fondo de la garganta. —Quiero que te recompongas. Por el bien de las dos.

—Florence, yo...

—Quiero que vuelvas a la casa por la mañana. Ponte la bata y haz que parezca normal. Marcus va a empezar a hacer preguntas si no vienes.

—No puedo —solté—. No estoy... no estoy bien.

—¿Y crees que yo sí?

—Si no lo estás, lo disimulas de maravilla.

La boca de Florence se tensó. —Escúchame, Nina. Se me revuelve el estómago cada vez que pienso en lo que hicimos, pero está hecho, y no tiene sentido que las dos caigamos por esto, ¿no?

¿Las dos?

Igual no era más que un lapsus, pero no me gustó ni un pelo. Sin embargo, tenía razón, aunque no exactamente del modo que ella creía. Pasé a su lado y eché a andar en dirección contraria.

—¿Nina? ¿Adónde vas? —preguntó a mi espalda.

—A la comisaría.

—¡No, Nina, no puedes! —dijo con algo que casi parecía pánico genuino.

Me paré en seco un instante y me di la vuelta.

—Tengo que hacerlo —dije, apretando el puño—. No podré vivir conmigo misma si no lo hago.

Esperé a que respondiera y prácticamente la oí barajar las opciones, pero no le di tiempo suficiente para decantarse por una. Seguí andando a paso firme y la dejé sola junto a la carretera.

* * *

Según internet, la comisaría abierta más cercana estaba a casi una hora andando, en Gorton, así que me aseguré de que Florence no intentaba seguirme y cogí un taxi para el resto del camino. Para disgusto del conductor, abrí una de las botellas de vodka por el camino, pero no dijo nada. Supuso, acertadamente, que una mujer que suplicaba que la llevaran a una comisaría y bebía a morro en el asiento trasero de su taxi no era alguien con quien conviniese meterse. Encontré el último billete de diez libras arrugado en lo más hondo del bolsillo de mi chaqueta, pagué la carrera cuando paró junto al bordillo y me bajé.

La última comisaría que había visitado estaba en el centro, adonde me llevaron para interrogarme después de que llamara a una ambulancia para Jack. La de Gorton se parecía más a un bungaló que a un sitio para

criminales peligrosos, encajonada entre una urbanización destartalada y un *KFC* medio en ruinas. El olor de las freidoras se burlaba de mi estómago vacío mientras arrastraba los pies hasta la puerta, debatiéndome entre si quería una última comida en condiciones antes de que tiraran la llave.

Intenté empujar la puerta, pero estaba cerrada con llave, con una nota escrita a mano pegada al cristal con instrucciones de usar el teléfono amarillo brillante que había al lado. Después de mascullar unos cuantos improperios, descolgué el auricular y la línea empezó a sonar.

—Policía de Greater Manchester, ¿cuál es la emergencia?

—Estoy aquí fuera, en la comisaría de Gorton. ¿Puede alguien abrirme?

—Lo siento, señora, esa comisaría no tiene personal. Dígame qué ocurre y le indicaré cómo podemos ayudarla.

Le di otro trago al vodka y tiré la botella a los arbustos. —He matado a alguien.

La operadora se quedó en silencio un rato. —Esta línea es para emergencias, no para bromas.

—¿No me ha oído?

—La he oído.

Retrocedí un paso, tensando el cable del teléfono al máximo, y levanté las manos al aire. —¿Y entonces va a venir alguien a detenerme de una puñetera vez?

—Señora, la estoy viendo por el circuito cerrado. Está claro que ha bebido bastante.

—Será porque, y no sé si lo he mencionado, he *matado* a alguien.

La operadora suspiró. —Longsight está abierta y tramita detenciones. Si se desplaza hasta allí, podrán ayudarla.

—Es broma, ¿no?

—No, señora. Tienen una comisaría con personal y...

—Acabo de decirle que soy una asesina, ¿y quiere que pida un *Uber* y básicamente me detenga yo solita?

—Como le decía, tienen una comisaría con personal y...

—Increíble —escupí, colgando el auricular de golpe. Me quedé allí un segundo, con la mano todavía en el teléfono, mirando mi propio reflejo en el cristal oscuro de la puerta. Sin más opciones, dejé la compra fuera de la comisaría más inútil de Greater Manchester y eché a andar. Longsight estaba al menos a media hora a pie. Con suerte, me tomarían en serio si me despejaba por el camino.

Justo cuando estaba a punto de llegar a la carretera principal, oí un motor rugiendo a mi espalda. Eché un vistazo por encima del hombro y vi un Mercedes negro avanzando despacio pegado al bordillo, con Florence al volante. Ni me pregunté cómo sabía dónde encontrarme. Con Florence, la respuesta era siempre la misma: simplemente lo sabía.

—Dios santo —murmuré para mis adentros y seguí caminando.

—¿Nina, puedo hablar contigo un momento? —gritó por la ventanilla abierta.

—¿Ahora me estás siguiendo?

—¡Intento ayudarte!

—Pues lárgate. Tu ayuda es la razón por la que estoy en esta situación.

—¿Nina? —insistió—. ¡Nina!

—¿Qué? —siseé.

—Vas a cometer el mayor error de tu vida si confiesas. Créeme.

—Ya lo cometí, Florence —dije, acelerando el paso—. Ahora toca pagar.

Estaba a punto de cruzar una bocacalle cuando Florence metió el coche justo delante de mí, cortándome el paso. Apoyé las manos en el capó antes de rodear el coche, pero ella ya estaba fuera y me agarró de la muñeca.

—¡Suéltame! —le advertí.

—No hasta que escuches lo que tengo que decirte.

Me solté de su agarre y me alisé la chaqueta, dando vueltas en el sitio.

—No has pensado bien esto, Nina —dijo entre respiraciones.

—Puede que no, pero ¿a ti qué te importa?

—Porque esto no te deja mal solo a ti, por eso.

Se me escapó una risa seca antes de poder acallarla. —No me lo puedo creer —murmuré—. No me lo puedo *jodidamente* creer.

—¿Qué es lo que no te crees?

—¡Tú! —grité—. Te importo una mierda. Nunca te importé. Solo intentas salvar tu propio pellejo.

—Nina, yo...

—Victor tiene gente que se preocupa por él. Puede que no merezca justicia, pero ellos merecen saber qué le pasó.

—No fue culpa tuya.

Se me empezaron a formar lágrimas en los ojos. —¡Claro que sí! ¡Le tiré escaleras abajo de una patada!

—¿Y qué crees que te habría hecho él cuando te tuviera allí abajo? No iba a pedirte que te sentaras en un rincón calladita mientras ponía la casa patas arriba, ¿verdad?

Abrí los labios para responder, pero no me salió nada.

La respuesta sincera era que no lo sabía. En el momento, estaba aterrorizada, y la gente aterrorizada no se para precisamente a sopesar la proporcionalidad. Pero allí de pie, con el efecto del vodka disipándose, no podía asegurar qué habría hecho él, solo lo que yo había temido que hiciera. Y, aunque esa distinción importaba, no me había permitido examinarla hasta ese instante.

—Iba a hacerte daño, Nina —explicó—. O algo peor.

—Aun así, no nos daba derecho a hacer lo que hicimos.

—Quizá no, pero tú y yo somos iguales, Nina: somos supervivientes.

—Puede que a mí no me toque sobrevivir.

—Entras en esa comisaría borracha, con tus antecedentes, y no van a escuchar la palabra *accidente*. Solo van a escuchar la palabra *otra vez*. —Hizo una pausa para respirar—. ¿De verdad crees que esta vez será distinta a la anterior?

No contesté porque la respuesta ya estaba escrita en mi cara.

—Además, entregarte no va a hacer que te sientas mejor —continuó—. Te lo prometo.

—Mírame, Florence —lloré—. No puede ir mucho peor.

—¡Entonces déjame ayudarte!

La miré directamente a los ojos mientras los puños se me apretaban solos.

—¿Por qué estás tan obsesionada con ayudarme, Florence?

Esperé la respuesta real. La de cuánto tenía que perder, o lo de Marcus, o lo que le debía. Florence siempre tenía una respuesta real debajo de la primera.

—Porque te *veo* —dijo—. No mereces que tu vida se arruine por un error, igual que yo tampoco.

Solo eso. Sin letra pequeña. Casi parecía sincero.

Me quedé en silencio un momento y miré a lo lejos. Solo me giré hacia Florence otra vez cuando sentí sus manos cálidas sobre las mías.

—Y siento lo tuyo con Cal. Seguro que podréis arreglarlo cuando todo esto pase.

La suavidad de su voz me empujó al límite, y antes de darme cuenta tenía la cabeza hundida en su pecho, llorando a moco tendido sobre su blusa cara. En muchos sentidos, Florence era la única amiga que me quedaba. A todas las demás las había alejado yo. Y odiaba ese hecho más que cualquier otra cosa.

Cuando se apartó, vi que ella también tenía los ojos llorosos, pero no sabía si eran de verdad. No sabía si algo de todo aquello era de verdad.

—Mira, si quieres ir a la policía, no te lo voy a impedir —dijo, secándose los ojos con un pañuelo—. Pero hay otra opción.

—¿Cuál? —dije, sorbiendo por la nariz.

—Ven conmigo —sugirió—. Tómate un tiempo para pensar antes de tirar tu vida por la borda. Si mañana sigues sintiendo lo mismo, te llevo yo misma a la comisaría.

Dudé. —¿Y Marcus?

—No está en casa, se ha ido a jugar al golf con sus amigotes, así que tendremos la casa para nosotras —explicó—. A mí me vendría bien la compañía, y a ti desde luego también.

—Perdona, pero no me veo con fuerzas.

—Vamos a ponerte en pie —dijo antes de que una sonrisa le asomara a los labios—. Dime, ¿has visto ya el jacuzzi?

—No.

—Está al fondo del jardín y *tienes* que probarlo —dijo con deleite—. Sobre todo si piensas pasar el resto de tu vida en una celda.

Solté una risita. —La verdad es que suena bien.

—Exacto. No hay problema lo bastante grande que unas horas en remojo no solucionen.

No dije nada por un momento. Las dos sabíamos que no iba a ir a la comisaría por la mañana, y todo lo que hizo falta para disuadirme fue la promesa de un poco de agua caliente con burbujas y un puñado de frases hechas. En realidad, no era el jacuzzi, ni la propia Florence, ni siquiera su nueva calidez. Era que no me quedaba absolutamente ningún sitio adonde ir, nadie más a quien recurrir, y ella me ofrecía una salida en bandeja de plata. Su oferta tenía condiciones, porque con Florence siempre las había, pero yo estaba demasiado agotada y demasiado rota para ni siquiera pensar en ellas.

—Vale —dije—. Vale.

—Venga, pues —dijo, señalando hacia su coche—. ¿Por favor?

—Florence... —dije al llegar a la puerta del coche.

—¿Sí? —dijo, estirando el cuello por encima del techo.

—Yo, eh... gracias.

Ladeó la cabeza y se rio. —Venga. Sube.

Arrancó antes de que me hubiera abrochado siquiera el cinturón, y vi la señal de la comisaría desaparecer en el retrovisor: amarilla, inútil, y ya fuera de vista. Había intentado hacer lo correcto, pero como siempre, no había sido suficiente.

—Toma —dijo, tendiéndome un sobre.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Tu paga. No pensarías que se me había olvidado, ¿verdad?

Sabía que técnicamente era por la limpieza, pero no había limpiado gran cosa la última semana.

Miré al frente y no dije nada en lo que quedaba de trayecto.

20
EL VÍNCULO
NINA

Resultaba extraño volver a casa de Florence sin nada que hacer. Estaba casi vibrando de emoción, como si hubiéramos organizado una gran noche de chicas y fuéramos a pasar la velada cotilleando sobre nuestros ligues y haciéndonos trencitas. De hecho, se había mostrado animada y resuelta desde el momento en que nos subimos al coche, como si los acontecimientos de la mañana fueran un recuerdo lejano y la noche fuese un borrón y cuenta nueva. Pero yo ya la conocía lo bastante a esas alturas. Con Florence, no existía tal cosa como un borrón y cuenta nueva.

—¿Podemos pasar antes por mi casa, por favor? —pregunté—. Solo para coger un par de cosas.

—No te preocupes —desestimó—. Te prestaré lo que necesites.

—¿Un bikini? —sugerí con un estremecimiento.

—¡No pongas esa cara! —Se rio—. Tengo un montón con la etiqueta puesta todavía.

Cómo no.

—¿Has pensado algo más sobre Marcus?

—¿Que si sigo queriendo matarlo, quieres decir? —se burló.

Asentí.

—Todavía no me he decidido —dijo—. Es curioso: antes odiaba que se fuera de viaje porque lo echaba muchísimo de menos. Y ahora mírame.

—Encontré algo suyo el otro día, cuando estaba limpiando el garaje.

Sus ojos se clavaron en mí. —¿El qué?

—Su pasaporte y un buen fajo de billetes.

—Hum —dijo, incorporándose un poco en el asiento.

—También había un teléfono nuevo y un billete de avión.

—¿Con destino a dónde?

—A Portugal, creo.

Le estudié la cara al decirlo. Me había esperado más o menos una reacción de sorpresa, una grieta en la compostura, o al menos una versión de Florence que no hubiera visto antes. En cambio, se limitó a negar con la cabeza y a soltar un resoplido, como quien se encuentra una multa en el parabrisas.

—Parece que alguien ha estado haciendo sus propios planes, ¿no? —dijo por fin.

—Es una buena noticia, Florence. Significa que puedes dejarle marchar sin más.

—No lo conoces, Nina. No se va a ir a ningún sitio.

—No sé... —dije, haciendo una mueca—. Parece que lo tiene bastante pensado.

—Amenaza con irse todas las puñeteras semanas, Nina.

Lo dijo sin vacilar, como si ya hubiese repasado ese mismo argumento antes.

—¿Y por qué no le dejas?

—¿Tú crees que eso depende de mí? —preguntó—. *Siempre* cambia de opinión, y entonces todo es peor que antes.

—¿Y por qué no te vas tú?

—¿Yo?

Incliné la cabeza.

—No... no puedo... yo no he hecho nada malo —dijo con un profundo suspiro—. Además, *él* no *me* dejaría irme.

—Pero matarlo no puede ser la solución.

—No puedo irme y él no va a irse —dijo, tensando la mandíbula—. Así que dime exactamente cuál crees tú que es la solución, porque yo aquí me he quedado en blanco.

—No lo sé —murmuré.

Se quedó mirando a lo lejos cuando llegamos al siguiente semáforo en rojo. Yo había sentido exactamente la misma angustia que Florence en su momento. Ojalá hubiese tenido las palabras adecuadas para convencerla de que estaba cometiendo un error terrible. Quizá agarrarla por los hombros y zarandearla habría funcionado.

—Las cosas entre nosotros no siempre fueron así, ¿sabes? —explicó—. Hubo una época en la que éramos felices.

Había una fragilidad en su voz que me pilló desprevenida. Ya había visto a Florence en plena crisis, pero verla mirar al pasado con ese aire casi romántico era nuevo. No sabía si estaba calando mi mensaje o si simplemente necesitaba decirlo en voz alta.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dije.

Arqueó las cejas. —Dispara.

—¿Cómo es que nunca tuvisteis hijos?

Florence vaciló. —Simplemente... nunca llegó el momento. Los hijos nunca fueron una de sus prioridades.

—¿Y de las tuyas?

Se removió en el asiento.

—No tienes que contestar si no quieres —añadí.

—No pasa nada, no pasa nada —desestimó—. Yo siempre estuve demasiado ocupada levantando el negocio. Y de todas formas, ¿te imaginas el lío en el que estaríamos ahora si hubiéramos tenido hijos? No pudo ser.

—Vale —articulé apenas.

Vi que había tocado un nervio cuando se secó con cuidado una lágrima antes de que le estropease el maquillaje. Me pareció cruel seguir hurgando.

—¿Es ahí donde está Marcus todo el tiempo? ¿Llevando el negocio?

Eso le hizo gracia, por lo visto. —No. Se cree una especie de socialité o playboy. Ese hombre no ha dado un palo al agua en años. O anda trasteando con esos coches espantosos o se sienta delante del portátil hasta las tantas, haciendo Dios sabe qué.

Se me ocurrían unas cuantas explicaciones.

—Entonces, ¿te lo deja todo a ti?

—La mayor parte.

—¿Tenéis muchas propiedades?

Sus ojos se posaron en mí. —¿Propiedades?

Asentí.

—Eh, sí. Unas cuantas.

—Tiene que ser más que unas cuantas, viviendo como vivís.

—Bueno, hemos tenido mucha suerte en ese sentido —murmuró antes de volverse hacia mí—. No tanta en otros.

—¿Así fue como os conocisteis? ¿Por el negocio?

Soltó una risita, como si fuera una pregunta absurda. —Madre mía, ¿pero qué es esto? ¿Una puñetera entrevista?

—Venga, Florence. *Sígueme la corriente.*

—No fue por el negocio —refunfuñó—. Lo típico.

—*¿Tinder?* —sugerí, casi sin poder aguantarme la risa.

—No, claro que no. —Sonrió—. A través de un conocido en común.

El uso de la palabra «conocido» me hizo gracia por algún motivo. Supuse que las mujeres como Florence no tenían amigas, solo gente que hacía cosas por ella. Se me ocurrió, y no por primera vez, que yo era una de ellas.

Aun así, lo que más me divertía era que supiera lo que era *Tinder*, para empezar.

—¿Y tú y Cal? —preguntó—. ¿Cómo os conocisteis vosotros?

Se me hizo un nudo en la garganta al oír su nombre. —Igual, por una amiga.

—¿Jean? —dijo.

Puse una cara rara. —Sí.

Estaba casi segura de que no le había dicho el nombre de Jean. La idea se quedó ahí como una piedrecita en el zapato: lo bastante incómoda como para notarla, pero no tanto como para dejar de caminar.

—Debes de querer mucho a Cal para reaccionar tan mal ante la ruptura.

—No es una ruptura —dije, casi para convencerme a mí misma—. Solo estamos pasando una mala racha.

—Claro, claro —dijo antes de lanzarme una mirada—. Perdona.

—Saldremos adelante —dije, dándome cuenta de que lo estaba citando —. Siempre lo hacemos.

—Espero que se dé cuenta de la suerte que tiene.

—Ya se dará cuenta. —Esbocé una leve sonrisa—. Eso espero.

Hicimos el resto del camino hasta Hale, y Florence aparcó en la entrada. Fue como si le hubieran dado a un interruptor en la cabeza en cuanto apagó

el motor, porque prácticamente entró bailando, directa a la cocina. Yo me quedé rezagada, empezando a notar los efectos secundarios de tres días de borrachera continua. Para mi horror, cogió un mando de la encimera y puso música a todo volumen. Salía de unos altavoces del tamaño de maletas montados a pocos centímetros del techo en cada esquina de la habitación.

—¿Puedes bajarla un poco? —pedí—. Me va a estallar la cabeza.

La bajó unos puntos. —¿Mejor?

—Un poco —dije, frotándome las sienes.

—Seguramente es que tienes hambre. ¿Has comido algo en los últimos días?

—No, estoy bien —dije, pero el rugido de mi estómago decía lo contrario—. O igual no.

Con una risita, abrió la nevera y empezó a mirar. Por alguna absurda razón, lo primero que me ofreció parecía un rollito de primavera baboso, embalsamado en hojas verde oscuro, como algo que te encontrarías en el fondo de un cubo de compost. Solo de pensar en tocarlo se me revolvió el estómago.

—Puaj, ¿pero qué demonios es eso? —exclamé.

—*Dolmades* —dijo, dando un mordisco—. Están buenos.

—Dios, no —dije, con una mueca—. Pero gracias por el ofrecimiento.

—Tienes que comer algo, Nina —dijo en un tono que no admitía discusión.

Recorrí la cocina con la mirada. —¿No tendrás pan para tostar? —pregunté.

Se rio. —Claro.

Las siguientes horas las pasamos charlando de tonterías sobre todo y nada. Tostadas, y luego más tostadas. Florence haciendo imitaciones de su contable que probablemente eran difamatorias. Un programa de decoración de interiores que ninguna de las dos estaba viendo. Para cuando sugirió subir, casi había olvidado que esa misma mañana había intentado que me metieran en la cárcel por homicidio involuntario.

Y ese era precisamente el objetivo.

—¿Qué te parece este? —preguntó, levantando un modelito tan escueto que me sonrojé solo de mirarlo.

—Es un poco...

—¿Un poco qué? —me cortó.

—Bueno, putón. —Me reí.

Soltó una carcajada y lo tiró de vuelta al montón. —Que sepas que es de Milán y carísimo.

—*¡Ooh-la-la!* —comenté.

—Me lo compró Marcus —dijo, cogiéndolo con dos dedos—. Siempre tuvo un gusto espantoso.

—¿Y ese? —dije, señalando uno negro en la pila.

—¿Este? —dijo, levantándolo.

—Sí, ese va más conmigo.

—Es tuyo —dijo, lanzándomelo—. Ahora ve a cambiarte, que me muero por meterme.

—Ya voy, ya voy, no te impacientes —bromeé antes de salir corriendo al baño.

Entré en el baño y me sorprendí sonriendo en el reflejo por primera vez en días. Por mucho que Florence me asustara de muerte, había algo en ella que al mismo tiempo me hacía sentir a gusto. Y no solo eso, sino que era graciosa y bastante atenta también, a su manera misteriosa, al menos. Quizá nos parecíamos más de lo que yo creía. O quizá simplemente compartíamos un vínculo que solo podía crearse después de meter un cuerpo en un congelador y planear un asesinato juntas.

¿Por qué tenía que pensar en eso? Si lo estaba llevando tan bien.

—Los albornoces limpios están en el armario, por cierto —gritó a través de la puerta.

—¡Gracias! —grité de vuelta.

Dejé caer mi ropa en un montón sobre las baldosas y me puse el bikini prestado. A pesar de quedarme un poco apretado de culo, me sorprendió gratamente lo bien que me sentaba. Como había dicho, había albornoces colgados en el armario junto a la ducha, así que rebusqué entre ellos, desesperada por no coger uno que pudiera haber sido de Marcus. Al final, esa parte fue bastante fácil. Los Harrow eran tan pijos que los habían mandado bordar con sus iniciales.

—¿Tinto o blanco? —preguntó desde el dormitorio.

—¿Qué? —murmuré, intentando meterme a presión en uno de los albornoces almidonados de Florence.

—Para beber.

—Paso, la verdad. Creo que será mejor que lo deje una temporada después de estos últimos días.

—Buena idea —dijo con una risa seca—. Oye, te veo abajo, ¿vale? Voy poniendo las burbujas.

—Sin problema. Bajo en un minuto.

Volví a mirarme al espejo mientras me recogía el pelo, y luego me agaché para buscar el teléfono entre el montón de ropa que me había quitado. Esperaba que Cal me hubiera dejado un mensaje, pero no. Solo había otra notificación insulsa de Pinq, tentándome a completar otra tarea absurda con la promesa de unas pocas libras como pago.

Sube tres fotos de la puesta de sol.

Pago extra: 4,00 £

Negando con la cabeza, cerré la aplicación y mantuve pulsado el icono. Apareció la opción de eliminarla, así que la toqué con el pulgar. El icono desapareció y guardé el teléfono en el bolsillo del albornoz. Pero justo antes de salir a buscar a Florence, el móvil se volvió loco, como si me estuvieran llegando mil mensajes de texto a la vez. Cuando volví a mirar la pantalla,

estaba llena de notificaciones de la aplicación que acababa de intentar borrar, y el icono había vuelto inexplicablemente a la pantalla de inicio.

—¿Pero qué narices? —dije entre dientes.

Cada tarea que ofrecía era más mundana que la anterior. Las fui deslizando para descartarlas.

Hasta que llegué a la última.

Haz una foto de un arcón congelador.

Pago extra: 25,00 £.

Tenía que ser una coincidencia. *Tenía* que serlo. Pinq siempre tenía la extraña costumbre de lanzarme una notificación inquietantemente oportuna cuando estaba en mi momento más vulnerable. Pero esto iba un paso más allá. Mantuve pulsado el icono otra vez y pulsé eliminar, pero solo desapareció una fracción de segundo antes de volver con una oferta que no podía creerme.

Haz una foto de un arcón congelador.

Pago extra: 2500,00 £.

Apenas podía sujetar el teléfono de lo mucho que me temblaban las manos. La cantidad se quedó ahí, en la pantalla, a partes iguales amenazante y tentadora. Pulsé como en piloto automático.

Esperaba que se abriera la cámara, pero en su lugar empezó a reproducirse un vídeo. Era del garaje de Florence, grabado desde un ángulo extraño al pie de las escaleras. Estuve a punto de cerrarlo de puro miedo, hasta que oí una voz grabada saliendo del altavoz.

Mi voz.

—Florence, no podemos...

—¡Cógelo de los pies, anda! —suplicó Florence.

—¡No, no puedo! ¡No puedo hacerlo!

—¡Escúchame! —dijo—. ¿Quieres pasar tus mejores años pudriéndote en una cárcel?

—No, pero...

—Este hombre está muerto, Nina. No va a volver. Puedo ayudarte, pero tienes que hacer exactamente lo que te diga.

El vídeo se congeló cuando mi cara apareció en el encuadre, mostrándome el instante exacto antes de que arrastráramos a Victor y lo metiéramos en aquel congelador.

La aplicación lo había visto *todo*.

Contuve la respiración cuando el vídeo se cortó y la pantalla se quedó en negro. Al cabo de un momento, una rueda de carga rosa se materializó en el centro y empezó a aparecer texto, acompañado de una voz computerizada que hizo que cada músculo de mi cuerpo se agarrotara.

—Sé lo que Florence está planeando —dijo la voz.

Me agaché, solté el teléfono sobre las baldosas y retrocedí como si el teléfono estuviera poseído. El mensaje desapareció y otro ocupó su lugar.

—Puedes hablar. Te oigo.

—¿Quién eres? —grité.

—Marcus —dijo al cabo de un rato—. Y a partir de ahora vas a hacer todo lo que yo te diga.

21
EL JACUZZI
NINA

Me quedé en el baño más tiempo del que debía, mirando fijamente el teléfono en mi mano como si fuera a decir algo distinto si esperaba lo suficiente. No lo hizo. La pantalla siguió oscura, y Florence me esperaba abajo, así que tenía que bajar.

Para cuando logré recomponerme y bajé al jardín, las manos todavía me temblaban tanto que apenas podía sujetarme el albornoz. La luz cálida se derramaba por las puertas del patio, iluminando tenuemente un camino serpenteante que llevaba hasta una pérgola donde el vapor se elevaba del jacuzzi y se perdía en la noche. Los chorros ya estaban en marcha, un zumbido mecánico y grave que se tragaría todo lo que ella dijera y todo lo que yo le respondiera. No sabía si eso era un consuelo o no.

Intenté que cada paso fuera deliberado, desesperada por no dar a Florence ningún motivo de alarma. Fue inútil. Casi me tambaleaba cuando llegué a la tarima. La encontré recostada en el jacuzzi, con los pies enganchados en el borde y al aire libre, gruesas rodajas de pepino sobre los párpados como si acabara de instalarse en un spa para pasar el fin de semana. No me había oído llegar por encima de los chorros, así que me limité a observarla durante un par de minutos cuando llegué a su lado, preguntándome qué versión de mí tendría que existir a continuación.

¿Nina la limpiadora? ¿La testigo? ¿O la víctima del chantaje?

Ya sabía que tendría que ser las tres.

Por lo que yo sabía, Marcus llevaba escuchando desde el segundo en que me descargué Pinq. Sabría lo de Cal. Sabría lo de las discusiones mezquinas. Sabría lo de la traición, y la vergonzosa forma en que había intentado convencerme a mí misma de echarme atrás. Sabría lo del congelador.

Pero lo peor de todo: Marcus sabría que su mujer lo quería muerto.

En resumen: estaba jodida.

—¡Dios, Nina! —exclamó Florence, sobresaltándose tanto que casi se resbaló y se hundió—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí plantada?

—Parecías... en paz —dije, y ni yo me lo creí—. No quería molestarte.

—¿En paz? —repitió Florence, apartándose el pepino y entornando los ojos hacia mí—. ¿Va todo bien?

—Sí, ¿por qué no iba a ir?

Se echó el pelo mojado hacia atrás. —Estás actuando de forma extraña, y has estado arriba muchísimo rato.

—Ya, pero es que no me encuentro muy bien —dije, frotándome la nuca —. Creo que voy a pedir un taxi a casa.

—¡No! ¡No puedes! —dijo con voz lánguida, girándose en el agua para acercarse—. ¿Nina? Quédate.

Antes de que pudiera siquiera pensar en responderle, el teléfono me vibró en el bolsillo del albornoz con una notificación de Pinq.

Quédate. Ten el teléfono cerca.

Se me encogió el estómago. Miré a Florence, la copa de vino medio vacía en la mesita auxiliar, y la toalla perfectamente doblada que habían dejado allí como atrezzo. No sabía si todo aquello era para mí o para quien estuviera observándonos y escuchando cada una de nuestras palabras.

Probablemente ambas cosas.

—Vale —murmuré—. Supongo que puedo quedarme una hora o dos.

—¡Así me gusta! —Florence sonrió como si el mundo hubiera vuelto a encajar—. ¡Venga, pues! Métete.

En circunstancias normales, quitarme el albornoz delante de alguien a quien conocía desde hacía solo unas semanas habría sido bastante incómodo, pero ni siquiera lo pensé. Dejé que cayera sobre la tarima y me metí dentro, dejando el teléfono en el borde del jacuzzi como Marcus me había ordenado. No sabía si era por la idea de que él estuviera escuchando, pero el agua no resultaba ni de lejos tan relajante como Florence aseguraba. Era más como si me estuvieran cociendo poco a poco en agua tibia.

—Qué relajante, ¿verdad? —comentó Florence.

Asentí levemente mientras el agua me golpeaba violentamente las costillas.

—En fin —empezó Florence, haciendo una pausa para dar un sorbo de vino—. He estado pensando, y bueno, tienes razón.

—¿La tengo? —me salió la voz fina.

—Sí. Voy a ir a ver a un abogado a primera hora de la mañana para ver qué opciones tengo. Todos estos planes y tramas... eso no va conmigo. Nunca antes he tomado un atajo, y no debería empezar ahora.

Eché un vistazo a mi teléfono. —Estás tomando la decisión correcta.

—Lo sé. —Su expresión se suavizó.

Esperé la trampa, pero no la hubo. O, si la había, yo no era capaz de verla, que con Florence solía significar que no estaba buscando en el sitio adecuado.

—Y siento mucho haber intentado involucrarte —continuó—. Es solo que... no sabía a quién más recurrir.

—No te preocupes —dije como si hubiera cometido un pequeño desliz y no hubiera intentado chantajearme para que asesinara a alguien.

Florence me estudió un momento, y luego su mirada se desvió hacia el césped. —Se me ha ocurrido otra cosa.

El alivio se evaporó. —¿El qué?

—No creo que debas seguir limpiando aquí.

Se me hundieron los hombros. No sabía si sentía alivio o humillación. —Si es lo que tú...

—Creo que deberías ser mi asistente.

Parpadeé. —¿Qué?

—Habrá un buen aumento de sueldo, por supuesto, y un montón de estrés para compensarlo, pero ya va siendo hora de que dejes de limpiar los desastres de otros y empieces a crear los tuyos propios, ¿no te parece?

Me incliné y apagué los chorros. El silencio fue ensordecedor.

—¿Después de todo?

Asintió, completamente tranquila.

—¿Por qué me ofrecerías algo así?

—Eres observadora —empezó, levantando los dedos para enumerar el resto de mis cualidades—. Eres cabezota en el buen sentido. Entiendes el valor del trabajo duro. Y sabes cuándo mantener la boca cerrada.

Lo último sonó como una advertencia disfrazada de halago.

—¿Son esos los únicos requisitos? —pregunté, medio sonriendo.

—¡Más o menos! —Se rio—. Yo diría que estás sobrecualificada.

Solté una risa temblorosa. —¿Para qué? ¿Para contestar teléfonos y hacer tazas de té?

—Para mantenerme cuerda. Mi agenda, mis correos, lidiar con los contratistas que creen que pueden darme largas por ser mujer. Perseguir clientes, perseguir cuentas y perseguir a gente que jura y perjura que ya ha hecho lo que no ha hecho. —A Florence le tembló la comisura de la boca —. Lo de siempre.

Me agarré a los bordes y me incorporé un poco. —¿Y la parte de mantener la boca cerrada?

—Ya sabes cómo va —dijo, apurando el último trago de vino—. Nada ilegal, pero el puesto requiere discreción. Además, hemos hecho cosas mucho peores.

Me encogí sobre mí misma. La lista de razones que me había dado solo servía para dorar la píldora antes de la última. A Florence le daba igual que yo fuera observadora, cabezota y trabajadora. Simplemente sabía que, llegado el momento, yo elegiría el camino equivocado en vez del correcto si me beneficiaba. Eso era algo real que una mujer como ella podía aprovechar.

—Florence, no sé qué...

—Hazte un favor y di que sí, Nina —dijo—. Te lo has ganado.

El teléfono vibró. No necesitaba ver otra notificación siniestra de Marcus para saber lo que querría que dijese.

—Vale —murmuré con un encogimiento de hombros—. Sí.

Florence terminó el vino de su copa, la dejó a un lado y me rodeó con los brazos. Durante un instante fugaz, fui genuinamente feliz. Esta era la gran oportunidad que había esperado toda mi vida: una posibilidad de enmendar los errores del pasado, de volver a ponerme en pie, y de sentirme realmente orgullosa de lo que hacía por una vez. Pero estaba contaminada. Por el muerto del congelador. Porque Cal me odiaba. Porque Marcus pendía de cada una de mis palabras, preguntándose cómo podía retorcer la oportunidad de mis sueños en su beneficio.

Para cuando Florence me soltó, ya no podía mantener la fachada de felicidad. Debió de ver la tristeza en mi cara porque estiró el cuello y se inclinó, intentando atrapar mi mirada, fija en el agua reluciente.

—Pensaba que te alegrarías más —dijo.

—No, si me alegro. Es solo que... —Eché un vistazo al teléfono—. Es solo Cal.

—Ya se le pasará.

—Hemos tenido broncas en el pasado, pero nada como esto. No sé si hay vuelta atrás.

Florence hizo una pausa, pensativa. —Vivir uno encima del otro en ese piso diminuto no puede haceros bien a ninguno de los dos.

—Dímelo a mí —comenté.

—¿Y si te alojo en una de nuestras propiedades? ¿Para que tengas algo de espacio para respirar? Me vendría bien tenerte más cerca, y tenemos una vacía a la vuelta de la esquina. Solo es un apartamento, pero...

El corazón me dio un vuelco. —¿Lo dices en serio?

Se encogió de hombros. —Llámalo prima de fichaje.

—Eso sería... increíble.

Pensé en Cal otra vez y en lo que diría si supiera que me lo estaba planteando.

—Bien —dijo Florence como si mi decisión ya estuviera sellada—. Haré que alguien de mi oficina te traiga las llaves por la mañana y le echamos un vistazo.

Si le decía a Cal que iba a vivir en una de las propiedades de Florence, sería la gota que colma el vaso. Se iría. Para siempre.

Florence miró su copa vacía y pareció ofenderse antes de levantarse del agua y envolverse en una toalla.

—Voy un momento a la casa a servirme un poco más, ¿quieres algo?

—Puedo ir yo, señora Harrow —dije, incorporándome.

—¡Sigo siendo Florence! —me corrigió—. Y todavía no estás en horario, así que disfruta de la calma antes de la tormenta.

Casi me reí. Si supiera cómo habían sido los últimos diez minutos desde donde yo estaba sentada.

—Vale. Así haré. —Sonreí.

—Voy a traer dos copas, por cierto —comentó antes de subir por el camino del jardín.

En cuanto volvió a entrar en la casa, el teléfono me vibró contra la tarima.

Me sequé la mano en el albornoz que estaba en el suelo, lo cogí y me quedé mirando la pantalla negra. La pequeña rueda rosa giraba en el centro, paciente como una araña, y entonces la voz robótica llegó, clara y suave.

—Enhorabuena.

Se me secó la boca. —¿No la has oído? Ha cambiado de opinión. Va a ir a un abogado por la mañana.

—Florence *nunca* cambia de opinión.

—Sí que lo ha hecho, la convencí yo. —Bajé la voz a pesar de estar sola —. Cuando te ofrezca el divorcio, acéptalo. Te llevarás la mitad de todo, que es mucho más que el dinero que tenías escondido en el garaje.

Era lo más razonable que le había dicho a nadie en semanas, y necesitaba que lo oyera. La rueda giró durante lo que pareció una eternidad, y entonces apareció una sola palabra sin la voz que la acompañara.

No.

Un dolor frío se me extendió por el pecho. —Por favor, Marcus. Si aceptas el divorcio, puedes marcharte y nadie más tiene que salir herido. Puedes parar esto.

El teléfono se entrecortó y empezó a reproducirse un vídeo antes de que pudiera detenerlo.

Al principio, no sabía qué estaba viendo. Era sobre todo imágenes de pavimento mojado, un par de zapatos color canela asomando por la parte inferior del encuadre mientras quien grababa caminaba sobre él. Al cabo de unos momentos, la cámara se alzó, y fue entonces cuando me di cuenta de exactamente dónde lo estaban grabando.

La casa de Tony.

Podía ver a Cal y a Tony dentro a través del ventanal, encorvados en el sofá con un mando en las manos de cada uno. Casi olvidé la amenaza de la situación por un instante, sonriendo para mis adentros cuando me fijé en que Cal no estaba prestando atención a la pantalla. Solo miraba al vacío.

Entonces, la cámara bajó de nuevo.

Una mano entró en plano, con un guante de cuero negro, los dedos cerrados alrededor de algún tipo de pistola.

—Marcus, no... no lo hagas —susurré—. Por favor, no le hagas daño.

La pantalla se puso en negro.

—Eres una mujer práctica, Nina —dijo la voz—. Siempre has sabido por dónde sopla el viento. No empieces a fingir lo contrario ahora.

—Qué... —Solté un aliento tembloroso—. ¿Qué necesitas que haga?

—Acércate a Flo. Ten el teléfono cerca y cargado. Recibirás más instrucciones.

—Marcus, yo...

—Deja el teléfono. Viene.

Levanté la vista y, efectivamente, Florence bajaba por el camino con una copa de vino en cada mano. Bloqueé rápidamente el teléfono y lo dejé boca arriba sobre la tarima junto al jacuzzi mientras ella dejaba las copas en la mesita y se metía otra vez dentro. Me miró un momento, y luego volvió a encender los chorros.

—¿Estabas hablando con alguien? —preguntó.

Me removí en el agua. —¿Qué? No.

Florence no me quitó los ojos de encima. —Hmm. Me ha parecido oír voces.

—Habrán sido los vecinos.

—¿*Vecinos*? —repitió, sin inflexión, como si pudiera oler la mentira.

Confié en que cogerle la copa y colocársela en su mesita me ayudaría a evitar más preguntas, pero cuando me movía hacia el otro lado del jacuzzi para dejar la suya, oí un ruido que casi me paró el corazón.

Mi teléfono.

Para cuando me di la vuelta y me lancé a cogerlo primero, ya era demasiado tarde. Ella lo tenía en la mano, la luz de la pantalla iluminándole las arrugas alrededor de los ojos.

—¿Qué es Pinq? —preguntó.

Respiré entrecortadamente. —¿Por qué? ¿Qué dice?

—Algo sobre hacer una foto de la luna. ¿Por dinero?

Extendí la mano y me dejó el teléfono en la palma.

—Es una aplicación estúpida —dije con desdén, lanzándolo sobre el césped—. No es nada.

Entornó los ojos.

—En fin, ¡cuéntame más sobre el trabajo! —añadí—. ¡Estoy emocionada!

Florence pareció aceptar mi explicación y se metió de nuevo en el jacuzzi, detallándome el puesto como si lo hubiera ensayado. Pero yo no estaba escuchando. Mis ojos estaban clavados en el teléfono, tirado en el césped. Marcus sabía que su mujer vería mi teléfono cuando enviara esa notificación. Lo hizo como una demostración de poder.

Podía acabar con mi vida cuando quisiera.

Y ni siquiera tenía que estar presente para hacerlo.

22
EL PISO
NINA

No dormí. No de verdad.

Me quedé tumbada encima del edredón en la habitación de invitados de Florence, con un pijama de seda prestado, viendo cómo el techo iba cambiando de color a medida que pasaban las horas. No fue la cama lo que me mantuvo despierta, aunque hizo todo lo posible. Era enorme: uno de esos colchones tan mullidos que hundirse en él se parecía menos a acostarse que a ser devorada poco a poco. En otra vida, me habría dormido antes de tocar la almohada. Pero cada vez que empezaba a quedarme dormida, me volvía intensamente consciente del teléfono en la mesilla de noche, a mi lado. La pantalla permaneció oscura toda la noche, pero daba igual.

Sabía que estaba encendido. Escuchando. Grabando. Observando.

Lo había dejado boca abajo por si Marcus me pillaba roncando y aquello se convertía en lo siguiente con lo que intentara chantajearme.

Para cuando amaneció, ya estaba levantada y lista, vestida con la ropa que Florence me había elegido de su armario la noche anterior. No me ponía una blusa y unos pantalones desde mi breve etapa trabajando en una tienda. Todavía olían a su perfume, a pesar de ser completamente nuevos.

—¡Buenos días! —Florence sonrió radiante al irrumpir en la habitación.

—Buenos días —croé al girarme hacia ella.

—¡Guau! ¡Estás increíble!

—¿Sí? —dije, tirando de la seda para separarla de mi piel mientras me miraba en el espejo.

—¡Sí! —respondió rápidamente—. Casi pareces profesional.

—*Casi* —observé.

—He pensado que podríamos comer algo de camino.

—¿De camino a dónde?

—¡A tu nuevo piso! —dijo, agitando un juego de llaves.

El piso. La última indignidad.

Con todo lo que había pasado con Pinq y la noche en vela que había tenido, me había olvidado por completo. Pensé en decir que no o en inventarme alguna excusa. Pensé en muchas cosas. Luego recordé que no tenía otro sitio adonde ir, lo cual se estaba convirtiendo en un tema recurrente en mi vida.

—Ah, sí, genial —dije con voz apagada.

* * *

El piso estaba en la segunda planta de una casa victoriana reconvertida, a unos diez minutos a pie de la casa de Florence, escondido detrás de una hilera de tiendas independientes que no abrirían sus puertas hasta dentro de una hora más o menos. Desde donde estaba, veía a una florista colocando cubos en la acera de abajo, mientras la bruma se alzaba de los adoquines mojados. Era casi lo bastante tranquilo como para olvidarlo todo.

Casi.

El piso en sí era más bonito que cualquier sitio donde hubiera vivido. Techos altos, ladrillo visto en la cocina y suelos de madera auténtica que no crujían ni se combaban al pisarlos. Había una chimenea pequeña en el salón que estaba bastante segura de que funcionaba de verdad, y una bañera con patas en el baño que habría hecho llorar a Jean. Olía a pintura fresca y a muebles ajenos, pero estaba limpio y silencioso, y durante un instante frágil pensé que podría acostumbrarme.

Luego recordé a nombre de quién estaba el contrato de alquiler.

Florence me dio la visita guiada que probablemente podría haberse ahorrado, dado que el piso no era exactamente lo bastante grande como para perderse. Sugirió convertir el segundo dormitorio en un despacho para que pudiera trabajar desde casa, e hizo un comentario extraño sobre que el armario del baño todavía seguía abastecido por la inquilina anterior. Lo abrí mientras ella me explicaba cómo funcionaba la ducha y encontré un cepillo de dientes sin abrir, un frasquito de perfume y un par de cajas de paracetamol. Esto último lo agradecí de verdad. Probablemente iba a necesitarlo.

—Los datos del wifi están en el router —dijo cuando acabamos de vuelta en la cocina—. Y hay un juego de llaves de repuesto en el gancho junto a la puerta. Obviamente, yo me quedaré con el juego maestro.

Obviamente.

—Florence, esto es... sinceramente, no sé qué decir.

—Siempre dices lo mismo —observó, sin mala intención—. Prueba a no decir nada por una vez y limítate a disfrutarlo.

Le dediqué una sonrisa pequeña. —¿Cuándo quieres que empiece?

—El lunes —dijo, cogiendo el bolso de la encimera—. Eso te da el fin de semana para instalarte, recoger lo que necesites de tu antiguo piso y organizarte un poco. Parece que te vendrían bien unos días de no hacer nada.

—Gracias —murmuré.

Sonrió con sorna. —Lo decía con buena intención. —Miró el reloj y la sonrisa se transformó en algo más resuelto—. Bueno. Tengo que irme, tengo una cita y ya llego tarde.

—¿La del abogado?

—Sí —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Te llamo luego. Puede que necesite que me tranquilices.

Me apretó el brazo de camino a la salida, esa misma costumbre que había desarrollado desde el día que nos conocimos en la carretera, la que siempre

usaba cuando necesitaba que yo confiara en ella, y luego se fue. Sus tacones se alejaron escaleras abajo, la puerta de la calle se abrió y se cerró, y me quedé sola en la cocina con el sonido de la florista de abajo recolocando sus cubos.

Conté hasta treinta antes de permitirme sentirlo: la felicidad silenciosa, privada, ligeramente desesperada de tener un sitio que era mío. En otras circunstancias, a Cal le habría encantado. Ese fue el primer pensamiento de verdad que tuve una vez Florence se hubo marchado, y cayó con el peso suficiente para dejarme caer en el sofá. Habría ido de habitación en habitación señalando cosas. La chimenea lo habría tenido entretenido veinte minutos. Habría planeado inmediatamente qué poner en cada pared, probablemente no habría llegado a hacer nada de eso, y yo habría pasado seis meses mirando el yeso desnudo.

Joder, hasta le habría dejado montarse su cueva de hombre en el dormitorio de invitados.

Sonreí al techo un instante y luego paré antes de que aquello se agriara y se convirtiera en algo malo. Y entonces, como por arte de magia, el móvil vibró una vez entre los cojines del sofá. Sabía quién era antes de mirar.

La rueda rosa ya estaba girando cuando lo cogí, así que me senté con las piernas cruzadas en el sofá y esperé como la buena empleadita que él quería.

—No va a un abogado —dijo la voz monótona.

Me quedé mirando mi reflejo borroso en la pantalla. —Me dijo que sí.

—Flo le dice a todo el mundo lo que necesita oír.

—¿A dónde va, entonces?

La rueda giró. —Eso es lo que necesito que averigües.

Me pellizqué el puente de la nariz. —Marcus, no puedo.

—No te lo estaba pidiendo. —El mensaje destelló antes de que la rueda ocupara de nuevo su lugar—. No olvides lo que sé.

—¿Y si simplemente se lo cuento? ¿Y si la llamo ahora mismo y se lo cuento todo?

La rueda giró más tiempo de lo habitual.

—Entonces Cal se entera de lo que hiciste con Victor. No solo lo del congelador, todo.

Cerré la boca y me pasé la mano por la cara. —¿Cuánto tiempo vas a seguir usando esto contra mí?

—Hasta que se acabe.

—¿Y cuándo es eso?

—Cuando yo decida que se ha acabado.

Esperaba a medias que la pantalla volviera a la normalidad, pero la rueda siguió girando.

—Flo no es la mujer que crees que es.

Me descubrí queriendo defenderla. —¿Qué quieres decir?

—¿De verdad crees que fue Jack quien metió todos esos artículos por los buzones de tus clientes?

Abrí los labios, pero para cuando encontré las palabras, la rueda había desaparecido y la pantalla se quedó oscura.

Se me encogió tanto el estómago que dolió.

¿Me estaba diciendo Marcus que Florence había saboteado mi negocio?

Entonces miré dónde estaba y de quién era la ropa que llevaba puesta.

Si no hubiera perdido a mis otros clientes, probablemente habría puesto fin a nuestra relación laboral. Estaría sin blanca, pero sería feliz, y desde luego no estaría metida en el lío en el que estaba. No habría sido responsable de la muerte de un hombre. Seguiría teniendo a Cal. Lancé el teléfono a la cama. Golpeó el edredón en un ángulo raro, rebotó una vez y desapareció por el otro borde con un golpe amortiguado.

—Genial —le dije a la habitación vacía.

Fui al otro lado de la cama y me puse de rodillas, apretando la mejilla contra el suelo de madera fresco para mirar debajo. El teléfono estaba allí, encendido pero en silencio: sin notificaciones, sin rueda rosa, solo la pantalla de inicio brillando en la oscuridad bajo la estructura de la cama. Lo alcancé, estirándome hasta que el hombro se quejó, y mis dedos encontraron el borde. Pero cuando lo estaba sacando, se engancharon con otra cosa. Lo saqué junto con el teléfono.

Era un bloc de notas grande, del tipo que se encuentra en cualquier papelería, salvo que este tenía un membrete impreso en la parte superior de cada página en azul marino y dorado. Había visto el logo antes. Era el de la tarjeta de visita que Florence me dio en la carretera: una H estilizada flanqueada por dos pequeñas columnas.

Harrow Developments.

Me senté sobre los talones y le di vueltas entre las manos. Que yo supiera, los pisos no venían con blocs de notas de cortesía dejados debajo de la cama, lo que significaba que alguien lo había dejado, lo había perdido o lo había escondido y nunca tuvo ocasión de volver a por él. Estaba lleno de una letra densa e inclinada, de esas que han aprendido a ser rápidas y nunca se molestan en volver a ir más despacio. Listas de cosas que hacer, cosas que comprar, números de teléfono sin nombres, una columna de fechas e iniciales que podían ser notas de reuniones o podían ser otra cosa. La mayor parte era mundana: un cliente al que había que devolver la llamada, un número de referencia de algo que no reconocí, un recordatorio de recoger una tintorería que probablemente seguía esperando en algún sitio. Era la vida entera de alguien condensada en abreviatura, escrita por alguien que pensaba que nadie más necesitaría descifrarla jamás.

Pasé a la siguiente página, y a la siguiente, hasta que llegué a una sección cerca del final que me hizo parar.

Habían estado haciendo un tipo de lista diferente.

No estaba organizada como el resto. La letra se hacía más pequeña y más apretada, como si quien escribía hubiera calculado un espacio determinado pero se hubiera quedado sin él enseguida. No había fechas, solo observaciones apresuradas, escritas con el tipo de frases escuetas y precisas

que solo se usan cuando necesitas apuntar la información deprisa para consultarla después.

M se va de viaje. F enfadada por ello. Discusión en la sala de juegos. Cristales rotos por todas partes.
F bebiendo por la mañana otra vez. Intenté consolarla, pero se negó a hablar. Volveré a intentarlo mañana.
Discusión en la cocina. M furioso después de encontrar un localizador en el coche. F negó saber nada.
F me ha dicho que no vuelva a la oficina los viernes. Sin explicación.
M volvió a casa tarde. F dice que lo oyó hablando por teléfono. Otra vez se oyeron lloros al otro lado de la pared anoche.

La lista continuaba, pero mi atención se fue al fondo de la página, donde una última frase, más cuidada que el resto, había sido subrayada una vez:

Voy a poner fin a esto.

Le di la vuelta al bloc. En la contraportada, alguien había escrito su nombre unas cuantas docenas de veces con la misma letra inclinada, como si estuviera practicando su firma.

Megan Lloyd.

Dejé el bloc en el suelo delante de mí y me quedé mirándolo un rato.

¿Era Megan la limpiadora que se había interpuesto entre Florence y Marcus y acabó en el hospital por ello? A juzgar por las notas escritas en ese bloc, era mucho más que una limpiadora. De hecho, sonaba sospechosamente a que Megan era la asistente de Florence, el mismo puesto que yo estaba a punto de ocupar el lunes. ¿Por qué Florence no me lo había contado?

La historia que me habían contado sobre Megan era la de una mujer que se había asustado, que había sido compensada y discretamente apartada. La había archivado con todas las demás cosas sobre las que había decidido no pensar, pero ahora la tenía delante de las narices. Megan había vivido en este mismo piso y la habían puesto en la misma situación imposible, atrapada entre dos personas empeñadas en destruirse mutuamente. Que yo supiera, el paracetamol del armario del baño podía haber sido suyo.

Entonces pensé en la advertencia de Marcus.

Flo no es la mujer que crees que es.

Quizá había elegido el bando equivocado. Yo había visto la violencia de Marcus, había oído las discusiones, y concluido, quizá con razón, que él era el culpable. Sobre todo por mis propias experiencias, pero también porque sentía una conexión extraña pero clara con Florence que no había sentido con nadie en años.

Si ya no creía que Marcus fuera el verdadero villano, bueno, solo quedaba otra persona.

Y todavía podía oler su perfume.

23
EL CAFÉ
NINA

Lo primero que tenía que hacer era coger un taxi a casa y cambiarme. Para empezar, no soportaba seguir disfrazada de mini-Florence ni un minuto más, y necesitaría mi coche para lo que venía después. Una parte de mí se preguntaba hasta dónde llegaría si me metía en la autopista y seguía conduciendo, pero tenía demasiadas cosas pendientes. Los Harrow eran impredecibles en el mejor de los casos, y no tenía ni idea de cómo reaccionarían si los desafiaba a los dos. Castigarme sería probablemente lo único en lo que se pondrían de acuerdo.

En vez de eso, tenía que mantenerlos cerca a los dos.

Marcus necesitaba creer que estaba siguiendo sus instrucciones al pie de la letra, y Florence no podía descubrir que tenía motivos para desconfiar de ella. Él ya había amenazado con hacerle daño a Cal si no obedecía, y ella iría a la policía con lo de Victor en cuanto detectara la más mínima disidencia. Tenía que andar con mucho cuidado. De hecho, la única forma de salir de esta con Cal vivo y yo sin acabar en la cárcel era dejar de permitir que me enfrentaran el uno contra el otro y empezar a enfrentarlos entre ellos.

Y Megan era la clave.

Si, por algún milagro, seguía viva después de su calvario con los Harrow, lo que supiera sería de un valor incalculable. Conocía a Florence lo suficiente como para saber que Megan habría tenido al menos sospechas si había pasado aunque fuera unas semanas a su lado. Pero, considerando lo lleno que estaba su cuaderno, había trabajado para Florence mucho más tiempo que yo, quizá incluso años. El suficiente, desde luego, para saber dónde estaban enterrados los cadáveres, tanto literal como metafóricamente.

Salí del edificio y me subí a mi coche, plantándole un besito en el salpicadero antes de arrancarlo. Por instinto, desbloqueé el móvil para hacer una búsqueda rápida en Google, pero me lo pensé mejor. Que yo supiera, Marcus estaba rastreando todo lo que hacía, así que hasta el simple hecho de que apareciera el nombre de Megan dispararía todas las alarmas. Era más seguro asumir que tenía acceso a todo: mis búsquedas, mis mensajes, mi historial de ubicaciones, todo. Como todo el mundo, tenía mi vida entera en el móvil. Pero ya no era yo quien la controlaba.

Para guardar las apariencias, busqué abogados de familia en Manchester y estuve ojeando los resultados durante un minuto antes de llamar a Jean.

La línea ni siquiera llegó a sonar antes de que la llamada se cancelara y la pantalla se quedara en negro.

La rueda de carga giró.

Esperé. Se me hizo un nudo en el estómago. Después la rueda desapareció y, de repente, recuperé el control del teléfono. Sin mensaje, sin aviso; solo permiso. Eso era de algún modo peor.

La llamé otra vez. Después de nuestra última conversación, casi podía imaginármela debatiendo si contestar o no. Estaba a punto de saltar el buzón de voz cuando por fin lo hizo.

—¿Sí? —dijo.

Gélida.

—¿Estás en el trabajo? —pregunté.

—Puede ser —respondió, y el sonido de ella mascando chicle me puso de los nervios—. ¿Por qué?

—¿Te invito a un café?

Se quedó callada un instante antes de echarse a reír. —Ah, o sea que esto es una disculpa en plan arrastrarte, ¿no?

—Algo así.

Jean suspiró. —Vale, dame una hora. Nos vemos en la puerta de la oficina.

—Gracias.

—Y pagas tú —dijo antes de colgar.

No pude evitar sonreír. Parecía que la lealtad a prueba de bombas de Jean también se extendía a mí.

* * *

Hacía un frío que pelaba en la puerta de la oficina de Jean. Solo había entrado una vez, cuando ella acababa de conseguir el trabajo y claramente quería presumir de lo elegante que era. Durante un tiempo se habló de que yo me encargara del contrato de limpieza, pero no salió adelante. Querían una esclava que se conformara con trabajar toda la noche por el salario mínimo, y yo no caía tan bajo ni de broma.

Sujetaba el móvil con fuerza. No había ninguna posibilidad de que Marcus no estuviera escuchando cada palabra que le dijera a Jean. Un paso en falso podía tener consecuencias nefastas, y Jean no era precisamente conocida por su capacidad de mantener la boca cerrada.

Tras unos minutos más de espera, Jean salió por las puertas giratorias con su ropa de trabajo.

—Venga, vamos. Solo tengo treinta minutos —dijo mientras pasaba a mi lado como una exhalación y se lanzaba a la calle.

Jean irrumpió por las puertas de la cafetería de enfrente, y yo la seguí un momento después. Ya estaba pidiendo cuando llegué al mostrador. Estaba claro que no bromeaba con lo de arrastrarme.

—Un matcha latte, por favor. Grande —dijo antes de girarse hacia mí—. ¿Nina?

Eché un vistazo al menú. —Eh, solo un café solo pequeño, por favor.

Con un gesto, el barista se dio la vuelta y empezó a preparar nuestras bebidas mientras Jean se apoyaba en el mostrador.

—A ver —empezó, cruzándose de brazos—. ¿Qué cojones fue lo de ayer?

—Ya, estaba un poco desquiciada —gemí.

—Me asustaste de verdad, Nina. Nunca te había visto así.

Me puse a juguetear con los agitadores. —Lo sé. Lo siento.

—¿Y todo eso de que iban a hacerle daño a Cal? No sabía qué pensar.

Mi café fue el primero en llegar, así que lo cogí y le di un sorbo. Esperé a que el barista desapareciera antes de volver a hablar.

—No estaba pensando con claridad —conseguí decir—. Joder, probablemente me faltaba una copa para perder el conocimiento.

—A mí me parecías bastante lúcida —dijo, apartando los agitadores de mi alcance—. O sea, fue bastante agresivo.

—Me refería a nivel emocional, ¿vale? Ya sabes, si las cosas entre nosotros iban a peor. —La miré a los ojos—. Yo nunca le haría daño a Cal.

No a propósito, al menos.

No pareció del todo convencida, pero dejó pasar el tema. No había forma de que le explicara la verdad con una cafetería llena de adictos a la cafeína y Marcus escudriñando cada palabra que decía.

—¿Le contaste a Cal lo que dije? —pregunté en voz baja.

—No. ¿Debería haberlo hecho?

—Probablemente. —Suspiré—. Pero gracias por no hacerlo.

—Leí el resto de ese artículo que me enseñaste cuando llegué a casa —anunció—. ¿Qué sabe Cal?

—No mucho. —Negué con la cabeza mientras dejaba la taza—. Y prefiero que siga así.

—Encontré otro artículo por la página siete. Decía que solo te estabas defendiendo. ¿Es verdad?

Sabía exactamente a cuál se refería. La mayoría de los periódicos locales de Greater Manchester cubrieron el juicio, pero solo uno fue lo bastante valiente como para publicar mi versión de los hechos.

Asentí.

—Ay, Nina —dijo, poniéndome la mano en el brazo.

—Estoy bien. Fue hace mucho tiempo. —La mentira me salió por reflejo.

—Pero está claro que todavía te afecta —dijo, negando con la cabeza—. Joder, tendrías que habérmelo contado.

—No sabía cómo —murmuré.

—¿Es por eso por lo que te dio el ataque cuando Cal...?

—Jean. Por favor.

Por suerte, lo dejó estar.

Llegó la bebida verde luminosa de Jean, así que pagué la cuenta como había prometido y nos abrimos paso entre las mesas para buscar un sitio. El único que encontramos estaba junto a la ventana, con un cerco del café con

leche de otra persona todavía en la superficie. Lo limpié con una servilleta por instinto y me senté.

—Mira, siento lo de ayer, ¿vale? Me pillaste en mi peor momento.

Jean dio un trago a su café y se limpió la espuma del labio. —No tienes que disculparte.

—¿En serio? —dije con una leve risa—. Pensaba que me ibas a hacer ponerme de rodillas a suplicar.

—Somos viejas amigas, Nina, y sé por lo que estáis pasando Cal y tú. Se me parte el corazón de veros así.

Le di otro trago. El amargor iba a peor a medida que me acercaba al fondo.

—¿Dónde se está quedando?

—Con Tony. Su madre volvió, pero le suplicó que le dejara quedarse unas noches más.

—¿Accedió?

—De momento. Pero creo que ya le está hartando tener a dos Tonys en casa.

Me reí por lo bajo. Por mucho que quisiera a Cal, la idea de tener que lidiar con él además de con su amigo era mi concepto personal del infierno.

—Pero Cal va a volver a casa pronto, ¿no? —preguntó.

—No —dije rápidamente, sintiendo el peso del móvil en el bolsillo—. Todavía no.

—¿Todavía no? —repitió—. Nina, pensaba que querías arreglar las cosas con él.

—Y quiero, quiero, pero aún no es el momento —dije—. Además, yo tampoco estoy viviendo allí.

—¿Qué? ¿Te has mudado?

—Sí, bueno, no, no exactamente. Florence me ha instalado en uno de sus apartamentos. Cree que nos vendrá bien.

—¿Que os vendrá bien a Cal y a ti, o a Florence y a ti?

—Eso está por ver —dije por lo bajo.

—¿Te cobra alquiler?

—Eh, creo que no. No lo mencionó, por lo menos.

Se le arrugó la frente. —O sea, ¿que le cede un apartamento gratis a su limpiadora, como un favor?

Bueno, si lo pones así…

—A su limpiadora no, en realidad —la corregí—. Es que más o menos me han ascendido.

—¿A qué?

—A su asistente.

Jean dejó su bebida y se puso la lengua en la mejilla. Ahí fue cuando supe lo disparatado que sonaba.

—¿Qué? —me reí.

—Nina, Cal tiene razón: tienes que alejarte de esa mujer de una vez.

Puse los ojos en blanco. —Sé manejarla.

—¿Probaste a buscarla en Google?

—No, ¿por qué iba a...?

—Yo sí.

Me recosté en la silla y me crucé de brazos. —¿Y qué encontraste?

—Una puta mierda. Solo una página de inicio de su empresa en construcción y un par de fotos de ese marido espantoso suyo posando junto a coches.

Joder, Jean, baja la voz.

—Eso es bueno, ¿no?

—No. Alguien tan limpio *tiene* que estar sucio.

—A lo mejor simplemente le gusta su privacidad.

—Es internet, Nina. No puedes cagar sin que haya al menos tres hilos en *Reddit* sobre ello.

Casi me resbalo de la silla cuando el móvil me vibró en el bolsillo. Lo miré por debajo de la mesa y vi una notificación de Pinq.

Estás perdiendo el tiempo.

Deslicé la barra de notificaciones hacia abajo y puse el teléfono en modo avión. Necesitaba dos minutos a solas con Jean. Además, si Marcus iba a amenazarme, necesitaba saber con qué rapidez podía actuar cuando yo no estaba siendo obediente. Hasta pensarlo me parecía una estupidez, pero lo hice igualmente.

—Escucha, no tengo mucho tiempo —dije, guardando el móvil en el bolsillo—. Necesito tu ayuda.

—¿Con qué?

—Necesito encontrar a alguien, una chica llamada Megan.

Frunció el ceño. —¿Apellido?

—Eh, Lloyd.

Jean sacó su móvil. —¿Por qué no la buscas tú misma en Google?

—Mi móvil está haciendo cosas raras —dije, lo cual no era del todo mentira—. Creo que necesito uno nuevo.

No pareció del todo convencida, pero buscó de todas formas. Tamborileé con los dedos en la mesa mientras ella rastreaba los resultados.

—¿Y bien? —la apremié.

—¿Es esta? —preguntó, enseñándome la pantalla.

Había una foto de una chica, vestida de forma bastante profesional, con el pelo castaño recogido en un moño pulcro. Parecía una foto de estudio, del tipo que te haces para una web corporativa. No miraba directamente a la cámara, sino más allá, como si estuviera mirando a alguien más en la habitación.

—Tiene que ser ella —dije, cogiéndole el teléfono para verla mejor—. ¿Sale una dirección o un número de teléfono?

—Vuelve atrás —me indicó.

Pulsé el botón de retroceso y apareció un llamamiento del Manchester Evening News, con fecha de dos meses antes.

La búsqueda de una joven desaparecida en Manchester llega a su tercer día.

Se me quedaron los dedos entumecidos alrededor de su teléfono.

—Mierda —murmuré.

—¿De qué la conocías? —preguntó Jean.

—Eh, no la conocía —dije por reflejo, sin dejar de estudiar la foto.

—¿Entonces para qué la buscabas?

—Da igual —murmuré, deslizando el teléfono por la mesa hacia ella—. Gracias por eso.

—Toma, te lo mando —dijo, tecleando.

—¡No! —dije tan alto que la mitad de la cafetería se giró a mirar—. No, ya lo buscaré yo luego.

—Vale —dijo, bloqueando el teléfono y escrutándome la cara—. Oye, será mejor que me vaya...

—Sí, yo también —dije, levantándome para darle un abrazo—. Oye, gracias por quedar conmigo.

—No hay de qué —dijo al separarse—. Eh, ¿estás bien?

—Sí, bien. —Solté una risa seca—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Estás muy nerviosa.

Levanté el café en el aire. —Será esto.

Jean pareció optar por creerme y se dirigió hacia la puerta, matcha latte en mano. Dejé el mío en la mesa y la seguí, quitando el modo avión del teléfono.

—Llama a Cal, ¿vale? —dijo al borde de la acera—. Deberíais hablar antes de que esto se convierta en algo peor.

—Eso haré, seguro —dije, distraída con el móvil.

—Bueno, pues ¿nos vemos luego?

—Sí, nos vemos.

Cuando levanté la vista, Jean ya estaba a mitad de la calle de vuelta a su oficina. Me llegó un mensaje al móvil, pero mantuve los ojos clavados en Jean unos segundos antes de mirarlo.

Ve a la casa. He terminado de jugar.

Se me vació el aire del pecho, y el siguiente mensaje hizo que la sensación fuera aún más insoportable.

Y no vuelvas a apagar el teléfono.

24
EL JARDÍN
NINA

Se acabaron los juegos.

Esa fue la frase que se me quedó clavada en la cabeza como una astilla y se negó a soltarse en todo el trayecto hasta la casa de Florence. Por lo que parecía, Marcus estaría allí esperándome, furioso por haberle desobedecido. No estaba segura de si mi pequeño acto de rebeldía compensaba las inevitables consecuencias, pero tenía en mi poder un dato nuevo que antes no tenía.

Megan había desaparecido.

Cuando Florence la mencionó por primera vez, me imaginé a una chica poco fiable, no muy distinta de mí, que por fin se había hartado de las gilipolleces de los Harrow y había decidido largarse antes de que las cosas se fueran aún más de madre. Esa imagen se hizo añicos cuando Florence me contó que le pagó a Megan después de que Marcus la dejara hecha polvo. Luego descubrí que no era su limpiadora en absoluto, sino otro de sus proyectos personales, igual que yo. Lo único que sabía con certeza era que la historia de Florence no cuadraba, y cada segundo se volvía más enrevesada.

Esperaba que Marcus estuviera en la verja cuando llegué, pero no estaba. Estaba cerrada a cal y canto, como si dentro no pasara nada. Después de refrescarme la memoria con la nota adhesiva que llevaba en el bolso, tecleé el código. Se iluminó en rojo, como la última vez que lo intenté, así que llamé a Florence.

—Oye, ¿qué tal fue con el abogado? —pregunté para beneficio de Marcus.

—Tan bien como cabía esperar, supongo —dijo con un leve sollozo—. Todavía no me parece real, ¿sabes?

Mentiras, mentiras, mentiras.

—Ya, me lo imagino —respondí antes de aclararme la garganta—. Oye, es que he pasado por la casa a recoger una cosa. ¿Está Marcus en casa?

—No, los sábados juega al pádel —dijo, y luego hizo una pausa—. ¿Por qué? ¿Qué te has dejado?

Mierda, ¿qué me he dejado?

—Eh, el cargador del móvil —dije al cabo de un rato.

—Ah —dijo, con un deje de incredulidad en la voz.

—En fin, el código de la verja no funciona. ¿Lo has cambiado?

—Sí. Es 2462.

Tecleé el código y las puertas empezaron a abrirse. —Gracias, ya estoy dentro.

—Oye, hoy tengo la agenda llena, pero me preguntaba si te apetecería cenar esta noche.

—¿Cenar? —repetí.

—Sí, para celebrar tu nuevo puesto.

—Florence, perdona, pero es que tengo…

—Invito yo, por supuesto.

Apreté los dientes. —Eh, sí, vale. Genial.

—Puedes echar un vistazo a mi armario y elegir algo. Ese vestidito negro que te probaste anoche te quedaba de maravilla.

Deja de intentar vestirme como tu maldito clon.

—Qué amable eres —dije con entusiasmo fingido.

—Te mando un mensaje con los detalles.

—Perfecto, nos vemos luego entonces.

Florence colgó, y casi me dieron arcadas solo de pensar en ponerme su vestido otra vez, hasta que me di cuenta de que la cámara del poste de la verja probablemente estaba grabando todos mis movimientos. En lugar de eso, volví al coche, aparqué delante de la puerta del garaje y apagué el motor antes de quedarme sentada en silencio durante un minuto. Esperé a que la puerta se elevara con un estruendo y Marcus apareciera en la abertura, pero no pasó nada. ¿Sabía siquiera que estaba allí?

La pregunta quedó respondida al instante cuando me llegó una notificación de Pinq.

Entra.

Tal como me ordenaban, salí del coche y eché a andar hacia la puerta principal, con la llave de repuesto de Florence clavándoseme en la palma. Apenas la había metido en la cerradura cuando sentí el móvil vibrar de nuevo. Esperaba otra intromisión de Marcus al mirarlo, pero fue algo aún peor.

Era Cal.

No sabía qué hacer. Me moría por hablar con él, y estaba segura de que una llamada ignorada más y se rendiría del todo. Pero Marcus tendría algo que decir si contestaba. Cualquier desviación de su plan maestro o intento de alertar a Cal no quedaría sin castigo.

Contesta.

—¿Qué? —murmuré.

¿Por qué iba a querer Marcus que hablara con Cal? No tuve tiempo de descifrar sus motivos porque el teléfono estaba a punto de dejar de sonar, e ignorarlo solo cabrearía a los dos. Contesté, con la esperanza de entender la jugada de Marcus antes de decir algo que me costara caro.

—¿Sí? —dije.

—Vaya —resopló Cal—. No esperaba que cogieras.

—Perdona, es que he estado liada. ¿Qué pasa?

—¿Has pasado por el piso?

—No, desde ayer no.

—¿No estás durmiendo allí?

—Eh, ahora mismo no.

—Déjame adivinar, ¿Florence? —dijo, con el rencor asomándole en la voz.

Sabía que ya habría hablado con Jean, pero ella seguramente le había hecho jurar bajo amenaza de muerte que no me lo dijera. No tenía sentido mentir. Él ya sabía las respuestas.

—Sí, estoy en una de sus propiedades en Hale.

—Dime, ¿hay algún aspecto de tu vida que ella no controle ya?

—No es así, Cal. Está intentando ayudar.

—Sí, sigue diciéndote eso.

—De hecho, me ha ascendido a su asistente.

—Ajá —dijo, casi aburrido—. Claro que sí.

Aparté el teléfono de la oreja un segundo antes de volver a acercármelo.

—Oye, ¿podemos hablar? —pregunté—. No ahora. En persona.

El momento de silencio al otro lado de la línea me revolvió el estómago.

—¿Para qué? —murmuró.

—Es que… no me gusta cómo dejamos las cosas. Y sé que lo de la puerta fue un accidente.

Cal soltó una risa corta y amarga. —Llevas días ignorándome.

—Lo sé.

—He estado volviéndome loco de preocupación: un momento tienes el móvil apagado, luego está encendido pero no contestas y…

—Lo sé.

—Fui al piso y no estabas, y faltan cosas, y me temí lo peor y…

—Cal, lo sé —le corté—. Y lo siento.

El suspiro al otro lado de la línea fue ensordecedor. —¿Se acabó lo tuyo con ese tío?

—Sí —dije con firmeza—. No tienes de qué preocuparte por eso. Créeme.

Más silencio.

—¿Cuándo quieres quedar? —preguntó al fin.

—Dime cuándo y allí estaré.

—¿Esta noche?

Dejé caer la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. —Esta noche no. Tengo un compromiso.

—Claro, sí, un compromiso —dijo, con un sarcasmo que me hizo encogerme—. Suena importante.

—Es por trabajo. Florence quiere…

—Claro que es Florence. —Su voz se volvió plana—. ¿Sabes qué? Da igual. Ha sido un error.

—Cal, espera…

—¿Para qué? ¿Para que me digas que estás demasiado ocupada para mí pero no para ella?

Apreté el teléfono con más fuerza. —Venga ya, eso no es justo.

—Nada de esto es justo, Nina. Estoy harta de ser siempre lo segundo después de una mujer a la que apenas conoces.

—Mira, lo cambiaré de día —cedí—. Tienes razón: tú eres más importante.

Se quedó callado, como si estuviera sopesando si creerme o no.

—¿Cal? —insistí.

—Vale, te mando un mensaje.

—No, no, no me mandes un mensaje —dije demasiado rápido—. Iré a casa esta noche, pero antes tengo que hacer una cosa.

Casi pude oírlo pensárselo. —Vale. Allí estaré.

—Genial, gracias. —Toda la tensión de mis hombros se aflojó—. Te quiero.

No me lo devolvió, así que aparté el teléfono de la oreja para comprobar que la llamada seguía conectada. O colgó en el instante en que aceptó quedar, o lo hizo justo después de que le dijera que le quería. No estaba segura de qué era peor.

Adorable.

—Vete a la mierda —dije al micrófono antes de entrar.

Dentro resultaba inquietante. La estética fría y lujosa me afectaba de forma distinta cada vez que conocía un poco más a los Harrow. La cocina parecía sacada de una sala de exposición. A pesar de no haber tenido limpiadora en días, no había un plato fuera de sitio, ni un cerco de café, ni una sola salpicadura en la vitrocerámica. Los cojines del sofá estaban perfectamente colocados, cada mando a distancia alineado sobre la mesa de centro, impecablemente recto, con un centímetro exacto de separación entre uno y otro.

Puede que Marcus no estuviera en casa, pero su fantasma sí.

Empieza a buscar.

—¿Qué demonios estoy buscando? —dije a la pantalla.

Lo sabrás cuando lo encuentres.

Solté un taco entre dientes y me puse manos a la obra. Vacié todos los cajones de la cocina, miré en todos los armarios y examiné cada rincón en busca de cualquier pista sobre Megan o de cualquier otra cosa que pudiera usar a mi favor. Nada. Hasta el cajón de los cubiertos estaba organizado a la perfección, y todas las latas de los armarios estaban colocadas con la etiqueta hacia delante, como si estuvieran abasteciendo un supermercado, no una casa. Pasé al salón, revisando detrás de los cojines, debajo del sofá y dentro de las cajas decorativas de las estanterías. Lo único que encontré fue algo de polvo que se me había escapado en la última limpieza y unos cuantos pelos sueltos incrustados en la tela del sofá.

—Aquí no hay nada, Marcus.

Prueba en la librería.

Aquella búsqueda del tesoro empezaba a tocarme las narices.

Lo único que vi no estaba en la librería en sí, sino en el interruptor de la luz que había junto a ella. No era gran cosa, solo una mancha sucia en la

placa, como si alguien hubiera encendido la luz con las manos manchadas. Me estiré la manga de la sudadera sobre la palma y la froté hasta quitarla, pensando que quizá había un atisbo de humanidad entre los Harrow, después de todo. Aparte de eso, la librería parecía intacta: varios libros de cocina que nunca se habían abierto y los clásicos alineados, todavía en perfecto estado, usados más como adorno que por placer.

Salvo uno.

Era un ejemplar de *1984* de George Orwell, con la portada desgastada y grietas en el lomo. Lo saqué y le di la vuelta entre las manos. Florence no me parecía el tipo de persona que leería algo así, y menos hasta el punto de que el libro estuviera prácticamente deshaciéndose. Dejé el móvil en la estantería y empecé a pasar las páginas cuando se cayó un trozo de papel que habían usado como marcapáginas improvisado. Repasé el pasaje que estaba señalando por si tenía alguna relevancia, y luego me agaché a recoger lo que se me había caído.

Se me heló el cuerpo entero al desdoblarlo.

Mujer de Manchester acusada de lesiones graves.

La habitación se cerró sobre mí. Marcus me había insinuado que Florence fue quien metió ese mismo artículo por debajo de las puertas de mis clientes, y tenía la prueba delante de mis narices. Si ella me hizo eso, había fabricado todo lo que vino después y, posiblemente, también todo lo anterior. Miré el móvil, esperando un «ya te lo dije» o alguna aclaración más, pero Marcus estaba callado. Quería que llegara a la conclusión correcta por mí misma.

—¡Será zorra! —se me escapó.

Justo entonces, las puertas del jardín de invierno se abrieron.

Metí el artículo de vuelta entre una página cualquiera y coloqué el libro en su sitio, apartándome de la estantería. Unos pasos se acercaron y me hice pequeña en el rincón, pero quien entró en la habitación no era ninguno de los Harrow. Era un hombre de al menos sesenta y muchos años, con un jersey holgado, pantalones de pana beige con rodilleras sujetas por encima y unas zapatillas viejas que parecían más barro que calzado. Había conseguido conservar la mayor parte del pelo: fino, blanco, meciéndose suavemente mientras se adentraba en la casa.

Pareció aún más asustado que yo cuando me vio de pie en el rincón de la cocina.

—¡Madre mía! —exclamó, llevándose la mano al pecho—. Creía que no había nadie en casa.

—Lo mismo digo —respiré, pasándome los dedos por el pelo.

Se acercó al fregadero y empezó a lavarse las manos, salpicando agua fangosa por todo el escurridor. Fue al ver las tijeras de podar en su bolsillo junto con las rodilleras cuando caí en que debía de ser Graham, el jardinero que Florence había mencionado la primera vez que fui allí.

Necesitaba hablar con él.

—Estaba a punto de preparar un té, ¿te apetece uno? —pregunté.

Hasta los labios más sellados de Manchester podían aflojarse con una buena taza de té.

Se le iluminaron los ojos. —Solo si lo estás preparando. Tengo la garganta seca como una lija.

Cogí el hervidor y empecé a llenarlo. —Será un placer.

—¿Sabes si la señora Harrow está de camino?

—Eh, no estoy segura, la verdad.

—Será mejor que recoja lo mío fuera antes de que vuelva. Ya sabes que le gusta tenerlo todo perfecto.

Eso no me lo tienes que decir a mí.

—Adelante, te lo llevo cuando esté listo.

—Gracias, hija, eres un sol —dijo antes de salir de la cocina, dejando huellas de barro a su paso.

Preparé los tés y empecé a sacarlos cuando una notificación se iluminó en mi pantalla al pasar junto a la librería.

No lo hagas.

Buen intento, Marcus.

Lo ignoré y salí a buscar a Graham. Estaba al fondo del jardín, sentado en un balancín colgado de un enorme roble. Le di su taza y me senté a su lado. El asiento estaba sorprendentemente caliente porque le había dado el sol toda la mañana.

—Así que tú eres el responsable de todo esto, ¿no? —pregunté—. Es precioso.

Echó un vistazo al jardín un momento. —Hago lo que puedo.

—Es Graham, ¿verdad? Creo que Florence te mencionó cuando empecé a trabajar aquí.

Soltó una risa seca que se convirtió en tos. —Lo que sea que haya dicho de mí, todo mentira.

Casi me reí. Si supiera cuánta razón tenía.

—No sabía si le ponías azúcar, por cierto —anuncié mientras él daba un sorbo—. Te he echado unos seis y he cruzado los dedos.

—Está perfecto —dijo, relamiéndose—. Siempre he sido muy goloso.

—¿Llevas mucho trabajando para los Harrow?

—Una buena temporada. Y para los Morgan antes que ellos.

—Vaya —murmuré, dando un trago.

—¿Qué pasa?

—No, nada: Florence me dijo que construyeron la casa desde cero.

—Bueno, así fue. Creo que la casa antigua no les gustaba, así que la derribaron y la reconstruyeron de arriba abajo.

Curioso. Ella estaba haciendo lo mismo conmigo.

—Cómo viven los ricos, ¿eh? —comenté.

—Ni que lo digas.

Di un empujón con los pies para columpiarnos un poco. —¿Te gusta? Trabajar aquí, quiero decir.

—Para mí esto no es trabajar. Creo que seguiría viniendo aunque dejaran de pagarme. O sea, mira esto.

No hablamos durante un rato. Desde aquel punto del jardín, la casa se veía magnífica; bonita, incluso. Los Harrow no sabían la suerte que tenían solo por el hecho de poder vivir allí.

—Bueno, será mejor que siga con lo mío —dijo Graham con un quejido —. Gracias, Megan.

Se me inclinó la taza y se me derramó un poco de té en el muslo. —¿Megan?

Se le arrugó la cara. —Perdona, ¿es Megan, no? A veces me hago un lío.

—No, soy Nina —le corregí, levantándome de golpe del banco—. ¿La conocías? ¿Conocías a Megan?

—Sí, pero hace un tiempo que no la veo. Cuando te vi en la cocina pensé que eras ella.

Me acerqué un paso. —¿Qué le pasó?

Se echó hacia atrás. —Eh, no estoy seguro.

—Venga, piensa, por favor —dije, agarrándole del brazo antes de poder evitarlo—. Es importante.

—Se hizo daño. —Graham empezó a frotarse una de las sienes—. Un accidente, creo.

—Bien, bien, eso está bien —dije, sonriendo—. ¿Volvió cuando se recuperó?

—No estoy seguro, yo…

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—No lo…

—¿Fue en los últimos dos meses?

—Puede.

—Intenta recordar.

Graham cerró los ojos con tanta fuerza que me dolía mirarlo. Dio un traspié hacia atrás al abrirlos de nuevo, frotándose la frente.

—La señora Harrow me dijo que se había mudado a algún sitio.

—¿Adónde, Graham?

Hizo una mueca. —A algún sitio… cálido.

—¿Al extranjero?

Asintió.

—¿Grecia? ¿España? ¿Italia? —enumeré—. ¿Portugal?

—No me acuerdo. Yo…

—¿Nina? —llamó una voz cortante.

Los dos miramos hacia las puertas. Florence estaba allí de pie, con las manos en las caderas, antes de levantar una para hacerme un gesto para que volviera dentro de la casa.

La expresión de su cara decía que había oído suficiente.

25
EL BANDO
NINA

Crucé el jardín al ritmo que Florence esperaba de mí, sin correr, sin entretenerme, e intenté componer una expresión que no delatara que me habían pillado. Florence me sostuvo abierta la puerta plegable y no dijo nada mientras pasaba junto a ella hacia el invernadero acristalado. Se limitó a observarme, y aquella clase de silencio era peor que cualquier otra cosa con la que pudiera haber empezado.

—No sabía que habías vuelto —dije.

—Evidentemente —respondió, dejando que la puerta se cerrara tras nosotras—. ¿De qué estabas hablando con Graham ahí fuera?

Me froté el cuello. —Básicamente me dio una lección de historia sobre la casa.

Los ojos de Florence recorrieron mi cara. —No sabía que os conocierais.

—No nos conocíamos. Me lo encontré en la cocina y no quise ser maleducada.

Se cruzó de brazos. —¿Y de qué más hablasteis?

—De nada —dije sin más.

Levantó la barbilla y recolocó una de las suculentas del alféizar.

—Bueno, ya no está tan lúcido como antes —comentó—. Es una pena, la verdad.

—Sí, se lió un poco.

—Es una enfermedad terrible, la demencia, ¿verdad?

Desvié la mirada hacia el jardín. —No me había dado cuenta.

—El pobre Graham lleva ya varios años así.

—Qué triste.

—Lo es, pero te hace desconfiar de todo lo que dicen, ¿no?

Graham no me había parecido tan confuso cuando hablaba de Megan. Un poco sombrío, o quizá incluso asustado, pero no confuso exactamente. La confesión de Florence no era más que un intento evidente de desacreditar de antemano lo que él me hubiera contado antes siquiera de saber qué me había dicho. Era un movimiento bastante burdo para una mujer como ella.

—Supongo —dije.

Tras un chasquido de lengua, Florence pasó junto a mí hacia la cocina. La seguí, ensayando una expresión inocente. Fue directa al armario a coger una taza y la dejó sobre la encimera antes de fijarse en que uno de los cajones seguía abierto unos centímetros desde que yo lo había registrado. Lo cerró con un solo dedo y se volvió hacia mí con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Lo encontraste? —preguntó.

La nuca empezó a sudarme. —¿Encontrar el qué?

—Tu cargador. Para eso viniste, ¿no?

—Pues no, la verdad —dije, apartando la mirada—. Al final debe de estar en el piso.

Su risa fue fría. —¿Y se te ocurrió buscar en los cajones de la cocina?

Alcé las cejas. —Nunca se sabe.

—Déjate de cuentos, Nina —zanjó—. ¿Qué estabas buscando *de verdad*?

Podría haber seguido esquivando, pero conocía a Florence lo suficiente como para saber que nunca hacía una pregunta a menos que ya tuviera la respuesta. Además, ya estaba poniendo esa cara tan irritante: mitad suficiencia por haberme pillado en una mentira, mitad furia porque estaba a punto de admitirlo. Aunque me habría encantado afirmar que tenía un plan maestro para acorralarla y obligarla a decir la verdad, no lo tenía. Solo quería ver cómo reaccionaba cuando por fin le echara en cara toda su mierda manipuladora.

Probablemente no fuera la jugada más inteligente, pero andarme con cuidado era agotador.

—No sabía exactamente qué buscaba —pasé el dedo por la encimera para comprobar si había mugre—. Pero lo sabría si lo encontraba.

Florence no se movió. —¿Perdona?

—Dime, ¿fuiste tú la que mandó esos artículos, Florence?

—¿Artículos? Nina, no tengo ni idea de qué...

—¡Los recortes de periódico, Florence! —grité, golpeando la encimera con la palma—. Los que metiste por los buzones de mis clientes.

No parpadeó.

—Ya sabes, lo que destrozó mi negocio de la noche a la mañana para que no me quedara más remedio que seguir limpiando para ti —añadí.

Parecía que ella también había dejado de esquivar.

Florence se acercó con parsimonia a la estantería del otro lado de la habitación y cogió su ejemplar ajado de *1984*. Sacó el papel y lo desdobló mientras volvía para colocármelo en la mano.

—¿Te refieres a este? —preguntó.

No lo miré de nuevo. Simplemente lo arrugué hasta hacer una bola y lo lancé al suelo.

—¿Por qué me harías algo así, Florence? —grité—. No he hecho más que intentar ayudarte, y así es como tú...

—Yo no los envié, Nina. Ese era el que recibí yo.

Di un traspié hacia atrás. —¿Tú recibiste uno?

Asintió mientras lo recogía del suelo y lo tiraba a la basura. —Sí.

—¿Dejaste que te abriera mi corazón y te contara todo lo de Jack, y tú ya lo sabías?

—Lo sabía antes de que me lo metieran por el buzón.

Apreté los dientes. —¿Cómo?

Puso los ojos en blanco. —¡Venga ya! Te estaba contratando. Habría sido de necios no hacer las comprobaciones pertinentes, Nina.

—A mí no me vengas con «Nina» —le advertí—. Si sabías lo de mi pasado, tendrías que haber hecho lo que hicieron todos mis demás clientes: despedirme. Pero no lo hiciste, porque viste una oportunidad.

Florence se quedó callada un momento. —¿Una oportunidad para qué?

—Para utilizarme —aclaré.

Me sostuvo la mirada el tiempo suficiente como para que notara el suelo moverse ligeramente bajo mis pies, y luego descruzó los brazos mientras se dirigía al hervidor.

—Yo no te busqué. Si te acuerdas, fuiste tú la que se empotró contra la parte de atrás de mi coche.

—Vaya coincidencia —comenté—. Dime, ¿existía siquiera el dichoso gato que lo provocó?

Se rio. —Ahora estás siendo ridícula.

—Desde entonces lo he perdido todo: mi negocio, mi relación, mi reputación. Joder, incluso intentaste mudarme a uno de tus pisos para que no tuviera adónde ir.

Lo último pareció escocerle más.

—¡Estaba *intentando* ayudarte! —exclamó antes de llevar el hervidor al fregadero—. Yo no envié esos artículos, y te sugiero encarecidamente que te tomes un momento para calmarte antes de decir algo más que no puedas retirar.

—¿También estabas intentando ayudar a Megan?

La observé llenar el hervidor. Sus manos estaban perfectamente firmes.

—Tengo que reconocer que cada vez mientes mejor; casi me lo tragué cuando dijiste que Graham solo te había dado una lección de historia.

—¿Qué le pasó, Florence?

—Exactamente lo que te dije —respondió por encima del hombro—. Se metió donde no debía y pagó las consecuencias.

—¿Y está viva? Él dijo que le habías contado que se había ido al extranjero.

—No sabe lo que dice —desestimó—. No está bien.

—Entonces, ¿sí está viva?

—¿De qué demonios hablas ahora? —dijo Florence con algo que se asemejaba a un asombro genuino—. Tomó una decisión y aceptó el dinero. No fue mi mejor momento, pero sí, que yo sepa, está viva y bien.

—¿Dónde? —espeté.

—Muy lejos de aquí, si tiene algo de sentido común.

—Entonces, ¿por qué aparece como desaparecida? Vi el artículo, Florence, de hace dos meses.

La expresión de Florence no cambió, pero algo en sus ojos se quedó inmóvil. —No tiene nada que ver conmigo.

—También encontré su cuaderno —anuncié—. Estaba debajo de la cama del piso.

—¿Y?

—Sé que fue tu asistente y que vivía donde vivo yo ahora.

Un atisbo de frustración genuina asomó por fin en los ojos de Florence. —¿Y qué?

—Pues que sé que no soy la primera mujer destrozada a la que te has propuesto arreglar.

El silencio que siguió fue tan largo que al hervidor le dio tiempo de hervir y empezar a enfriarse.

—No —dijo Florence al fin—. No lo eres.

—¿Por qué la elegiste a ella, Florence? —murmuré—. ¿Por qué me elegiste a mí?

—Necesito rodearme de gente en quien pueda confiar —dijo con cautela —. Eso no es manipulación ni nada siniestro. Es simple sentido común. Tú harías lo mismo en mi lugar.

—Pero la confianza tiene que ser mutua.

—¿Y tú no confías en mí?

—No, ya no —negué con la cabeza—. Porque, tal como yo lo veo, tú tienes un montón de secretos y a Victor metido en un congelador, y hasta que una de esas dos cosas cambie, yo no tengo ningún control sobre lo que me pase.

Florence me miró durante un largo rato antes de rebuscar en uno de los cajones que yo ya había revuelto y sacar una llave pequeña, estampándola sobre la isla de la cocina. Supe exactamente qué era y qué abría.

—Si no confías en mí, compruébalo tú misma —sugirió.

Me quedé mirando la llave. —¿Qué has hecho, Florence?

—Lo que te dije que haría.

No sabía si era un farol o si estaba diciendo la verdad.

Solo había una forma de averiguarlo.

Cogí la llave de la encimera y me dirigí al garaje. Los cuatro coches estaban donde siempre, las herramientas colgadas en su sitio en la pared, cada cajón etiquetado con la meticulosidad obsesiva de Marcus. El cubo de basura que rebosaba había sido vaciado y había una franja limpia en el suelo donde yo había fregado la sangre del hormigón. Ahora se veía más tenue, pero seguía siendo visible si sabías qué buscar.

La seguí hasta el congelador.

Mis manos tocaron el candado y luego lo soltaron mientras Florence me alcanzaba. Había entrado con toda la intención de abrirlo de golpe, pero la idea de enfrentarme a lo que había hecho me detuvo en el último segundo. ¿Por qué quería que mirase dentro? ¿Simplemente me estaba torturando? ¿Iba a coger una de esas herramientas para golpearme en la cabeza y meterme ahí dentro con él?

—Solo he querido ayudarte, Nina —dijo Florence a mi espalda—. *Confía en mí*.

La forma en que lo dijo me dio el empujón que necesitaba. Sin volverme a mirarla, metí la llave en la cerradura, la abrí y la dejé caer sobre el

hormigón a mis pies con un golpe seco. Levanté la tapa antes de que pudiera convencerme de no hacerlo.

Vacío.

El olor de antes de que metiéramos a Victor había vuelto, frío y químico, pero ahora era lo bastante fuerte como para hacerme escocer los ojos. Cuando la fina neblina se disipó, vi las marcas de rozaduras en las paredes interiores, como si Florence hubiera pasado al menos una hora fregándolo por dentro. Me quedé contemplando el interior blanco más tiempo del necesario, preguntándome qué significaba todo aquello.

—Te mentí esta mañana —admitió.

—¿Sobre qué? —pregunté con la mirada aún clavada.

—No fui al abogado. Estuve aquí, ocupándome de esto —oí sus tacones acercarse—. Como dije que haría.

Bajé la tapa. —Dijiste que ibas a hacer que alguien se llevara el congelador entero.

—Lo sé, pero no pude. Marcus es idiota, pero no tanto. Se habría dado cuenta de que faltaba.

—Entonces, ¿dónde...?

—Confía en mí. Cuanto menos sepas, mejor.

—No paras de decir eso.

—Porque es verdad, y porque ni yo misma lo sé —se colocó a mi lado, las dos mirando la tapa cerrada del congelador vacío—. Lo importante es que Victor ya no está, así que la carga que llevas encima ya puedes soltarla.

—¿Se... acabó? —dije, sin terminar de creérmelo.

—Se acabó.

Me volví a mirarla. —¿Así, sin más?

—No *así, sin más* —dijo, recorriéndome la cara con la mirada—. Me costó una suma considerable y un favor del que probablemente me arrepienta —hizo una pausa—. Pero sí. Está hecho.

No sabía qué había esperado sentir. Alivio, quizá, o al menos algo parecido. Lo que sentí en realidad fue que el suelo volvía a moverse, y no de la misma forma que arriba. Era un tipo muy concreto de vértigo: el que se siente cuando la misma persona que creías que estaba usando algo en tu contra te lo quita de encima.

O acababa de perder lo único que nos mantenía en igualdad de condiciones.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté.

—Estás empezando un nuevo capítulo en tu vida. Un trabajo nuevo, un hogar nuevo... no quería estropearlo —Florence volvió a hacer eso de tocarme el brazo—. Pensaba decírtelo. Solo que no ahora.

—Eso no es una respuesta.

—Bueno, pues es la única que tengo —se estiró para enderezar una llave inglesa en la pared que no necesitaba ser enderezada—. No soy tu enemiga, Nina. Entiendo por qué has decidido que quizá lo sea, dadas las circunstancias, pero sinceramente, no lo soy.

No podía creerlo. Me descubrí *deseando* confiar en ella, que era exactamente lo que alguien querría si me estuviera manipulando, o exactamente lo que Marcus querría si intentaba ponerme en su contra.

Había estado viendo todo esto en blanco y negro, pero la vida real rara vez es tan simple. Si la gente buena hace cosas malas y la gente mala hace cosas buenas, ¿cómo demonios se supone que vas a confiar en alguien? Lo único que sabía con certeza era que uno de los dos mentía. Yo estaba en medio, sin ayuda, sin bazas propias y sin la menor idea de hacia dónde tirar.

—Y ahora te toca a ti —dijo Florence.

La habitación pareció más fría. —¿Me toca hacer qué?

—Decirme la verdad.

—No sé de qué hablas, Florence.

—Te oí hablar con mi marido en mi cuarto de baño.

Agarré instintivamente el móvil en mi bolsillo. —No, yo...

—¿Desde cuándo exactamente estás en contacto con él? —preguntó.

No tenía sentido fingir que había oído mal.

—Desde entonces.

Tragué saliva cuando mi móvil empezó a vibrar como loco.

—¿Qué te ofreció? ¿Dinero?

—¿Qué? No.

—Entonces, ¿tiene algo contra ti? ¿Qué es, Nina?

Eché un vistazo al móvil mientras lo sacaba del bolsillo y lo dejaba sobre el congelador. Estaba inundado de notificaciones frenéticas de Marcus que ni siquiera podía leer porque se me había nublado la vista.

Se cansó de esperar una respuesta. —Sé lo de Pinq.

Se me desencajó la mandíbula. —¿Lo sabes?

—Marcus cree que no presto atención a sus proyectitos, pero sí. Lleva años trabajando en ese, y reconocí su trabajo en cuanto lo vi en tu móvil junto al jacuzzi.

Mi móvil dejó de vibrar.

—No podía arriesgarme a sacarlo a colación sabiendo que él podía estar escuchando —continuó—. Además, no sabía si podía confiar en ti.

—¿Y puedes? Confiar en mí, digo.

—Quiero hacerlo —murmuró.

La miré directamente a los ojos. —Tiene una grabación nuestra con Victor.

Florence jugueteó con su colgante. —¿Y la está usando para chantajearte?

Asentí una vez. —Nos está escuchando ahora mismo.

—Por supuesto que sí.

La pantalla al encenderse me llamó la atención, y las dos nos quedamos mirándola, esperando a que llegara el mensaje.

Ha sido un error.

Con un dedo en los labios, Florence se acercó con calma a las herramientas colgadas en la pared. Tras tomarse un segundo para elegir,

cogió un martillo de uña y lo sopesó en las manos mientras lo llevaba hasta el congelador. Antes de que pudiera siquiera pensar en detenerla, lo descargó sobre mi teléfono, que salió deslizándose por el hormigón.

—¡Florence! ¿Qué co...?

—Tranquila —murmuró mientras tiraba el martillo al suelo—. Te compro otro.

—Joder... ¿qué vamos a hacer? —me pasé las manos por el pelo—. Ha amenazado a Cal. ¿Y si él...?

—No lo hará —interrumpió—. Vamos a encontrarlo nosotras primero.

—¿A Cal?

Negó con la cabeza mientras una expresión de renovada determinación le cruzaba el rostro. —A Marcus.

Hice una pausa. —Vas a matarlo, ¿verdad?

—Sí —respondió sin dudar—. Y voy a necesitar tu ayuda.

Parecía que ya había elegido bando.

26
EL HUMO
NINA

Me estaban matando los pies. Ya había dado al menos cincuenta vueltas a la cocina de Florence, pisando fuerte todo el rato, usando su teléfono para intentar avisar a Cal de que saliera del piso de una puta vez y se pusiera a salvo.

—Por Dios, Nina, ¿quieres dejar de dar vueltas de una vez? —espetó Florence desde detrás de la pantalla de su portátil, en la isla de la cocina—. Ya han pasado casi veinte minutos y me estás provocando un dolor de cabeza horrible.

—¡No contesta! ¿Y si le ha pasado algo?

—Tranquila, seguramente no lo ha oído.

—No, no, no lo entiendes. Ese chico está *pegado* al teléfono.

—Nina, no es como si Marcus supiera dónde está.

—¡Sí lo sabe! También tiene Pinq instalado en el móvil.

Florence dio un puñetazo en la mesa. —¡Maldita sea!

Bajé el teléfono de la oreja. —¿Qué pasa?

—Marcus... ha cambiado la contraseña.

—¿Qué contraseña?

Me hizo un gesto para que me acercara, así que fui corriendo mientras seguía intentando llamar. Su pantalla era casi toda blanca, con el logo de Harrow Developments arriba y un formulario de inicio de sesión debajo. Florence tecleó otra contraseña a un ritmo desesperantemente lento, pero, cuando terminó, apareció un error diciendo que era incorrecta.

—¿Qué intentas hacer? —pregunté.

—Si ha instalado Pinq en nuestros servidores, debería poder desactivarlo desde aquí.

—¿Servidores? —repetí.

—Sí —dijo, probando otra combinación de letras sin éxito—. Puede que incluso pueda averiguar dónde se esconde Marcus si consigo acceder. Creo.

—Espera, ¿no os dedicabais a vender casas?

Enarcó una ceja. —¿Casas?

—Harrow... Developments.

—Tenemos algunas propiedades de inversión, sí, pero no —sus ojos volvieron al portátil—. Desarrollo de aplicaciones.

—¿Desarrolláis aplicaciones?

—Yo no —desestimó—. Marcus es el programador. Yo solo soy la imbécil a la que engatusó para convertirlo en lo que es hoy.

—¿Y no se te ocurrió mencionarlo antes?

Florence pareció confundida. —Nunca salió el tema.

La última llamada acabó en fracaso, así que dejé el teléfono de Florence junto a su portátil y cogí las llaves del coche de la encimera.

—Voy a tener que ir a buscarlo —anuncié.

—Marcus me quiere a mí, le importáis un bledo tú y tu novio.

—Entonces, ¿nos quedamos aquí a esperarlo? ¿Y luego qué? ¿Le arreamos en la cabeza con algo pesado?

—Puede. —Sus ojos se posaron en mí—. Todavía no he pensado tan lejos.

—¿Me estás tomando el pelo? —grité—. Marcus podría estar ahí fuera ahora mismo, esperándonos. O a punto de hacerle daño a Cal. Y yo aquí, escuchando su buzón de voz en bucle, mientras tú juegas a adivina-la-contraseña como una idiota.

—¿*Idiota*? —repitió.

—¡Esto va en serio, Florence! Si le pasa algo a Cal, entonces...

—Vale —dijo, cerrando su portátil de golpe—. Vamos a buscarlo.

Dejé de dar vueltas. —¿Al piso?

—Sí —dijo, poniéndose de pie—. Conozco un sitio donde podemos reagruparnos.

—¿Dónde?

—Tengo una casa de campo en el Peak District. No es gran cosa, pero está aislada y Marcus no sabe que existe.

Cómo no.

—A Cal no le va a gustar —señalé.

—Bueno, pues tendrá que aguantarse, ¿no?

Asentí rápidamente y Florence se dirigió a la puerta. Me estaba bloqueando la salida en el camino de entrada y se subió a su coche sin ni siquiera comentar quién iba a conducir. No discutí y me metí en el asiento del copiloto. Florence conducía como hacía todo lo demás: con absoluta seguridad y sin la más mínima conciencia de que alguien más estuviera usando la carretera. Se metió por calles secundarias que yo ni sabía que existían, y en diez minutos ya estábamos en la autopista de vuelta hacia la ciudad, veinte por encima del límite de velocidad.

—Escucha, Nina. Tranquilízate —dijo Florence sin mirarme.

—¿Cómo me voy a tranquilizar en un momento así?

—Marcus no va a hacerle daño a Cal.

—Eso no lo sabes.

—Es un cobarde. Y desde luego no es de los que irrumpen en un sitio o montan una escena.

—Tiene una pistola, me la enseñó en un vídeo.

—¿Una... pistola? —jadeó—. No puede ser.

—Era una pistola, Florence. La vi.

—¿Y no se te ocurrió mencionarlo antes?

La miré con los ojos como platos. —Nunca salió el tema.

A Florence no le hizo ni pizca de gracia.

—Escucha, lo que de verdad quiere es tener baza. Si le hace daño a Cal, la pierde.

—¿Y si no tiene nada más que perder?

—Tiene mucho que perder. —Florence aporreó el claxon cuando alguien iba remoloneando en el carril de adelantamiento—. ¡Quítate de en medio de una vez!

—¿Puedo preguntarte algo? —dije.

Sus ojos se posaron en mí. —Claro.

—¿Por qué me metiste en todo esto?

—¿Perdona?

—O sea, sabías cómo era Marcus. ¿Por qué me pusiste en esa situación? Sobre todo después de lo que pasó con Megan.

Hizo una pausa. —Me prometió que había cambiado.

—Aun así, ¿por qué arriesgarte?

—Tú entiendes mejor que nadie por qué me tragué sus mentiras. Estuviste en la misma situación una vez.

—Ya, pero yo no involucré a nadie más.

Suspiró. —Escucha, hay algo que necesitas saber sobre Marcus. Dice todo lo que quieres oír y, de vez en cuando, yo elijo creerle.

—¿Por qué?

—Porque le quería. En muchos sentidos, aún le quiero.

Entrecerré los ojos. —¿Cómo puedes querer a un hombre así?

—Dime, ¿aún querías a Jack cuando le clavaste ese cuchillo en el costado?

Bajé la mirada al espacio para los pies. Odiaba que supiera exactamente qué pregunta me haría callar.

—Para la mayoría de la gente es sencillo: cuando un hombre se pone agresivo, te vas —continuó, apretando el volante—. Las mujeres como nosotras ya sabemos cómo va esto.

No supe qué responder a eso. No puedes intentar matar a alguien y seguir queriéndolo, ¿verdad? Excepto que, al parecer, sí puedes, porque Florence estaba sentada a mi lado haciendo exactamente eso, y yo había hecho lo mismo años antes. Puede que esos sentimientos no se puedan apagar, por muy mal que te trate esa persona.

—Cuando todo esto acabe, no puedo seguir trabajando para ti —anuncié.

—Lo entiendo, de verdad —murmuró—. Pero no puedes dejar que las últimas semanas te arruinen la vida.

—¡Ya me la han arruinado! —grité, casi riéndome—. He matado a un hombre y he perdido a Cal. De algo así no se vuelve.

—Se hará más fácil, te lo prometo. ¿Y Cal? Está claro que te quiere. No estaría esperándote en el piso si no fuera así.

Negué con la cabeza. —Tú haces que todo suene muy fácil.

—Y tú lo complicas todo —replicó.

—Yo solo lo veo como es.

Florence suspiró. —Si de verdad quieres irte, no quiero que te vayas con las manos vacías.

—No quiero tu dinero —murmuré.

—Te lo has ganado, Nina. Ya has...

—No lo quiero —la interrumpí—. Solo necesito ver a Cal y que esta pesadilla se acabe.

Por una vez en su vida, Florence dejó que alguien más tuviera la última palabra.

Condujimos en silencio un rato, con el motor rugiendo mientras yo miraba el perfil de Manchester cada vez más denso a través del parabrisas: bloques de pisos, chapiteles de iglesias desmoronándose y grúas. Una ambulancia pasó a toda velocidad junto a nosotras con las sirenas a todo volumen, y la seguí con la mirada carretera abajo. Fue entonces cuando lo vi.

Humo.

Venía de algún punto delante de nosotras, una columna densa y oscura que subía recta hasta que el viento la atrapaba y la empujaba de lado, demasiado oscura para ser una hoguera, demasiado constante para ser un coche. Mi mente se fue a la tubería de gas del final de nuestra calle que una furgoneta había reventado hacía tres años, y a la tienda de fish and chips de enfrente, que había dejado a toda la urbanización fuera de servicio una semana entera cuando se les incendiaron las freidoras. Otra ambulancia pasó a toda velocidad junto a nosotras. Entonces se me cruzó otro pensamiento que me puso el corazón a mil.

—Florence...

—Lo veo, Nina.

—¡Eso viene de mi bloque!

No me dijo que me equivocara.

—¡Ve más rápido! —exigí.

Ya iba más rápido.

El humo era casi demasiado espeso para ver a través de él cuando giramos hacia la urbanización, y no salía de una sola ventana, sino de toda la parte superior de mi edificio, negro, ondulante y derramándose por el cielo. Tres camiones de bomberos ya estaban aparcados atravesados en la carretera, y un cuarto llegaba justo cuando nosotras. Ya habían colocado cinta policial a lo largo de la calle y se había congregado una multitud detrás, con las caras levantadas, los móviles en alto, mirando boquiabiertos y señalando. Florence pegó un frenazo en el lado equivocado de la carretera, y yo ya estaba en el asfalto antes de que hubiera parado del todo.

—¡Nina, espera! —gritó detrás de mí.

Ya estaba corriendo. Llegué hasta la cinta policial antes de que un bombero me agarrara del brazo.

—¡No puede entrar ahí! ¡No es seguro! —me gritó al oído.

—¡Yo vivo ahí! —dije, señalando—. ¡Mi piso está en esa planta!

Todas las ventanas de esa planta presentaban un aspecto terrible, o completamente reventadas o ennegrecidas por los residuos, con los marcos carbonizados. La planta de arriba no estaba mucho mejor. En algún punto del interior, el edificio seguía ardiendo. Sentía el calor desde donde estaba.

—No podemos dejar pasar a nadie —dijo—. Lo siento.

—¡Hay alguien ahí dentro! Cal, mi novio... ¡necesito saber si ha salido!

—Están evacuando a todo el mundo ahora mismo. Manténgase atrás, ¿vale?

Se me paró el corazón cuando una camilla salió por la entrada principal.

La figura que llevaban estaba completamente cubierta. La sábana por encima de la cara, por encima de todo, con esa quietud particular que no tiene otro significado posible. Los dos sanitarios que la transportaban trabajaban con eficiencia, sin prisa, de la manera en que te mueves cuando la rapidez ya no importa.

Al principio no reconocí los zapatos.

Asomaban por la parte inferior de la sábana: gris oscuro, con cierres de velcro, del tipo que alguien empieza a usar cuando las manos empiezan a darle problemas. Y entonces los reconocí. Los reconocí porque los apartaba de una patada cada lunes cuando pasaba el aspirador en su piso.

Mr Powell.

Me tapé la boca con la mano.

Florence me alcanzó y sentí su mano en mi hombro, pero me la quité de encima. Mantuve los ojos clavados en la entrada.

—Nina. —Su voz era suave.

—No —espeté.

—¿Lo conocías?

—¡He dicho que no! —Me abrí paso hasta la primera fila de la multitud, tan cerca como la cinta me lo permitía—. ¡Cal! —grité hacia el edificio—. ¡Cal!

Y entonces salió.

Estaba de pie, gracias a Dios, caminando y no en camilla, con un brazo sobre los hombros de un bombero y el otro separado del cuerpo en un ángulo extraño. Tenía la cara desencajada: gris en unas partes y negra en otras, las cejas desaparecidas o casi, los ojos demasiado abiertos y llorosos. Llevaba la sudadera con pintura en los puños, o lo que quedaba de ella: una manga intacta, la otra reducida a cenizas.

Me estaba buscando.

Me agaché por debajo de la cinta antes de que el bombero pudiera detenerme y cubrí la distancia entre nosotros en unos segundos. El bombero en el que se apoyaba empezó a decir algo, pero no lo oí.

—Eh —balbuceó Cal—. Llegas tarde.

—Ya estoy aquí —dije, porque fue lo único que se me ocurrió—. Ya estoy aquí, ya estoy aquí...

Lo rodeé con los brazos y él se apartó de inmediato, protegiéndose el antebrazo. Estaba en carne viva y cubierto de hollín, con parte de la piel ya

levantada y ampollada. Tras el respingo, volvió a acercarse y me apretó la cabeza contra su pecho por el lado bueno.

—Mr Powell —dijo contra mi pelo—. Intenté sacarlo. Intenté...

—Lo sé. —Me aferré a él—. Sé que lo intentaste.

Se apartó para mirarme. Tenía los ojos rojos por el humo y todavía inundados de lágrimas, pero estaba vivo.

Y eso era lo único que importaba.

—El piso —dijo.

—Me da igual.

—Nina...

—¡Me da igual! —repetí—. Solo me alegro de que hayas salido de ahí.

—¿Señorita? —dijo alguien del equipo médico, mientras intentaba separarnos con delicadeza—. Necesitamos llevarlo al hospital, hay que atender ese brazo.

Los ojos de Cal seguían fijos en mi cara. —¿Dónde vas a...?

—Voy contigo —lo corté.

Alguien del equipo médico empezó a guiar a Cal hacia la ambulancia mientras yo echaba un último vistazo a Florence, que estaba detrás de la cinta policial. Me hizo un único gesto con la cabeza y desapareció entre la multitud; su Mercedes arrancó unos instantes después, antes de dar la vuelta en la carretera. No sabía adónde iba. Ni siquiera sabía si volvería a verla.

Mientras seguía a Cal al interior de la ambulancia, cualquier preocupación o alivio que sentía dio paso rápidamente a una rabia que no había sentido jamás.

Marcus había hecho esto.

Y lo iba a pagar.

TERCERA PARTE
LA VÍCTIMA

TRES DÍAS DESPUÉS

27
LA SALA
NINA

Pasaron tres días de la manera en que el tiempo siempre transcurría en los hospitales: demasiado despacio cuando estabas despierta y demasiado deprisa cuando no. Lo sabía porque había pasado la mayor parte de ellos pegada a la silla junto a la cama de Cal, esperando a que la luz cambiara en la ventana de enfrente, del gris sombrío de una mañana de Manchester al gris turbio de una tarde de Manchester, sin apenas diferencia entre ambos para saber cuál era cuál.

La silla era un trasto alto, de vinilo lavable, con reposabrazos de madera que me dejaban marcas en los brazos si me quedaba dormida en mala postura, que era justo lo que hacía. Una enfermera me había traído una almohada la segunda noche sin que se la pidiera, lo cual interpreté como la confirmación de que tenía tan mala pinta como me sentía. No había hecho ningún comentario sobre el hecho de que siguiera llevando la misma ropa con la que había llegado. Se lo agradecí.

Cal dormía casi todo el tiempo, salvo alguna que otra vez que se despertaba en mitad de la noche murmurando algo incomprensible entre dientes. Poco después aparecía una enfermera para subirle los calmantes, y él volvía a dormirse. Entre la operación y los fármacos que le corrían por el cuerpo, apenas hablamos. Solo unos cuantos balbuceos confusos cuando se daba cuenta de que yo seguía a su lado.

Cuando conseguí despegar los ojos la tercera mañana, él tenía mejor aspecto que yo.

—Hola —dijo con una sonrisa.

—Hola —respondí en piloto automático mientras mi cerebro se ponía al día—. ¿Qué hora es?

—Un poco pasada la hora de cenar.

Eché un vistazo al reloj para confirmarlo, luego le cogí la mano buena y se la besé.

—Dios, pensé que te había perdido —susurré.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente —dijo, riéndose hasta que cambió de postura y el brazo se le enganchó en algo.

Le solté la mano y dejé escapar un largo suspiro.

—¿Qué narices pasó?

Se le quedó la cara en blanco.

—No lo sé. Todavía lo tengo bastante borroso.

—¿Te hizo esto alguien?

Cal asintió.

Me dejé caer en la silla.

—¿Quién?

—Ni idea. Llamaron a la puerta. Pensé que eras tú, así que fui a abrir —empezó, esforzándose por incorporarse—. Metieron una botella de plástico por la ranura del buzón y echaron un montón de algo a través de ella.

Me agarré al reposabrazos.

—¿Algo?

—¿Gasolina, quizá? No lo sé —dijo—. El caso es que prendió cuando colaron una cerilla por la ranura.

—Joder —solté sin pensar—. Es un milagro que consiguieras escapar.

Inclinó la cabeza en señal de acuerdo.

—Intenté apagarlo al principio, pero supe que ya no había nada que hacer cuando las cortinas prendieron. Lo atravesé corriendo lo más rápido que pude y salí al pasillo.

—¿Y luego qué pasó?

—Quienquiera que lo hiciera no se limitó a nuestro piso. Intentaron quemar toda la planta. Oía al señor Powell dentro intentando salir, así que intenté echar su puerta abajo a golpe de hombro.

—¿Así fue como...?

—Sí —dijo, levantando el brazo malo de la cama—. Y de mucho sirvió.

—No puedes culparte por eso, Cal. Era mayor, y solo el humo...

—Lo sé —dijo con una pequeña sonrisa—. Solo desearía haber sido más rápido.

No supe qué decirle. Era fácil para mí sentarme ahí y decirle que no era culpa suya, pero sabía en el fondo que yo me sentiría exactamente igual.

—Es curioso, ¿sabes en qué pensé cuando estaba atrapado?

Negué con la cabeza.

—En ti —dijo, bajando la mirada al suelo.

—¿En mí?

—Pensé en cómo me había aprovechado de ti durante años, en cómo aguantaste todas mis gilipolleces, en cómo vendí nuestro sueño por dinero fácil y... —se detuvo para coger aire— en cómo te pegué.

—Fue un accidente.

—No pretendía pegarte, pero no fue un accidente, Nina —admitió—. No habría pasado si no hubiera estado cabreado.

Alargué la mano para coger la suya, pero no me dejó.

—Lo que pasara entre tú y ese tío... fue culpa mía. Joder, tendrías que haberme dejado hace años.

—Cal, no fue así —suspiré—. Eso lo hice yo. No tú.

—Siento muchísimo que haya hecho falta que casi perdiera la vida para darme cuenta, pero te quiero, Nina —dijo, sorbiéndose la nariz mientras unas cuantas lágrimas le rodaban por las mejillas—. Te quiero una barbaridad, joder, ¿vale?

No me molesté en alargar la mano otra vez. Me puse de pie y me estampé contra su pecho. Él soltó un pequeño quejido, pero no aflojé.

—Yo también te quiero —balbuceé contra su pecho.

Ese fue el momento en que quise contárselo todo. Cada detalle sórdido, cada hecho vergonzoso. No podía dejarle ahí sentado, tan vulnerable conmigo, cuando sabía por qué estaba realmente en esa cama. La culpable era yo, yo. No él ni nadie más.

—Cal, tengo que contarte algo —admití.

Se le descompuso la cara.

—¿Qué pasa?

—¡Señor Beaumont! —exclamó una enfermera radiante al abrir la cortina de un tirón—. ¡Hoy tiene mucho mejor aspecto!

La interrupción fue probablemente lo mejor. Acababa de decirme que me quería, y no podía soportar arrebatárselo todavía.

—Me encuentro mucho mejor —dijo Cal, apretándome la mano mientras yo me apartaba—. Gracias a ella.

La enfermera sonrió.

—Bueno, el médico está de camino y va a querer comprobar si el brazo se está curando como es debido.

—Parece que va bastante bien —dijo, agitándolo en el aire.

—Aun así, mejor que lo comprobemos, ¿no? —dijo ella con una mirada de reojo en mi dirección.

Cal puso los ojos en blanco.

—Supongo.

La enfermera se volvió hacia mí.

—Quizá no quieras estar aquí para esto, hija. Todavía tendrá un aspecto bastante espantoso.

—No me voy a ninguna parte —dije, seca.

—Ve a estirar las piernas, nena. Estoy en buenas manos aquí.

Aunque la idea de salir un momento a respirar un aire que no oliera a desinfectante era casi imposible de rechazar, no tenía ninguna intención de dejarlo. Ni de broma. Negué con la cabeza hasta que vi algo cuando la enfermera le levantó la cama a posición sentada.

El móvil de Cal.

Colgaba del cable del cargador, enchufado a la pared. Debía de habérselo llevado en el bolsillo cuando escapó del incendio, lo que significaba que Marcus había estado escuchando cada palabra desde que habían ingresado a Cal.

—Vale, voy —dije, poniéndome de pie para desenchufarlo—. ¿Me lo prestas?

—¿Para qué? —preguntó.

—No traje el mío, y debería llamar a Jean para contarle qué está pasando —dije.

Me sorprendió la facilidad con la que la mentira me salió de la boca. Se me estaba dando demasiado bien.

Cal torció el gesto.

—Vale, claro.

Me detuve un segundo en la abertura de la cortina mientras la enfermera empezaba a desenvolver los vendajes del brazo de Cal, luego salí al pasillo y eché a andar fuera de la sala de quemados.

El móvil de Cal ya estaba bastante destrozado de por sí, pero la pantalla tenía una grieta nueva de arriba abajo y me ennegrecía las yemas de los dedos cada vez que lo tocaba. Al principio pensé que estaba roto, pero fue volviendo poco a poco a la vida cuando mantuve pulsado el botón de encendido. La pantalla de bloqueo era una foto nuestra de hacía unos dieciocho meses, una excursión a la costa. Estábamos en un malecón en algún sitio, los dos entrecerrando los ojos por el sol, Cal con el brazo rodeándome mientras un desconocido nos hacía la foto.

La miré más rato del que pretendía, luego introduje su PIN.

Fui pasando por la lista interminable de aplicaciones raras y variopintas de su móvil hasta que localicé Pinq en la cuarta página. Estaba entre su app del banco y un contador de ejercicio que se había descargado un enero y había abierto dos veces. Pulsé el icono y lo mantuve pulsado hasta que las aplicaciones empezaron a temblar, luego pulsé eliminar.

¿Eliminar Pinq?

Confirmar.

Cancelar.

Pulsé confirmar, el icono desapareció y solté un suspiro de alivio.

Se había acabado.

Durante aproximadamente medio segundo.

La pantalla parpadeó, y ahí estaba otra vez en su sitio. Antes de que pudiera intentarlo de nuevo, la pantalla entera se volvió negra otra vez, con la ruedecita rosa girando y obligando a mi estómago a dar volteretas.

Marcus estaba ahí.

—¿Me echaste de menos? —dijo una voz robótica.

El volumen hizo que un celador se me quedara mirando, así que me colé por una salida de emergencia abierta hacia un pequeño patio.

—No puedes simplemente borrar la app y hacer que desaparezca, Nina. —El mensaje desapareció rápidamente y fue sustituido por otro—. Ya lo intentaste una vez.

—Eso no me impide destrozar este móvil, ¿verdad?

—Quizá deberías pensártelo mejor.

—¿No te has enterado, Marcus? Victor se ha ido. Ya no tienes nada contra mí.

La rueda giró. Era un farol, y los dos lo sabíamos.

—Pero no he perdido las grabaciones.

La pantalla se iluminó en blanco un segundo, luego todos los contactos de mi móvil desfilaron por ella, más unos cuantos añadidos para darle más dramatismo: la Policía de Greater Manchester y varios periódicos locales.

—¡Para! —grité, luego bajé la voz—. ¿Qué quieres?

—Quiero saber dónde está mi mujer.

—¡No sé dónde está! Se largó después del incendio.

—Hablando de eso, ¿cómo está Cal? ¿Recuperándose bien?

Los labios se me movieron antes de que pudiera evitarlo.

—Que te jodan.

—Vas a tener que vigilar esa boca.

La pantalla volvió a iluminarse, y de repente estaban abiertos los correos de Cal. Todos los contactos que me había enseñado estaban pegados, y el vídeo iba adjunto. Empecé a golpear la pantalla como una loca, pero no respondía en absoluto.

—¿Dónde está? —dijo la voz.

—¡No lo sé!

—Tienes veinticuatro horas para decírmelo.

La rueda giró.

—No lo volveré a preguntar.

No le hacía falta.

28
EL CANTO
NINA

Después del ultimátum de Marcus, no me quedó más remedio que intentar ponerme en contacto con Florence. Le había dicho la verdad cuando hablé con él. Aparte de la vaga mención de una cabaña secreta en el Peak District, no tenía ni idea de dónde estaba, y esa información tampoco reducía mucho las opciones. Pero no era tan tonta como para intentar llamarla desde el móvil de Cal. Bajé a recepción con la esperanza de encontrar un teléfono público que funcionase, si es que aún existían. Al final encontré uno metido en un hueco entre la entrada principal y la farmacia.

Copié el número de las llamadas perdidas del móvil de Cal e inmediatamente lo puse en modo avión. No necesitaba público. Marcus sabría que había apagado el teléfono, y eso solo ya podía indicarle que estaba tramando algo, pero no tenía alternativa. Si me oía preguntarle a Florence dónde estaba, todo se acabaría antes de empezar. Era mi única oportunidad de tomarle la delantera.

—Florence Harrow —contestó con su voz de trabajo.

—Soy Nina.

Soltó un suspiro largo. O era alivio, o pánico contenido porque volvía a irrumpir en su vida.

—¿Dónde estás? ¿Va todo bien?

—Seguimos en el hospital. Han dejado ingresado a Cal por riesgo de infección del injerto. Estará aquí metido al menos una semana.

—Pobrecillo —dijo, y por una vez pareció que lo decía en serio—. ¿Y tú? ¿Estás bien?

—Sobreviviré. —Apoyé la nuca contra la mampara—. Oye, ¿dónde estás?

Hizo una pausa. —¿Por qué?

—Por charlar —dije, encogiéndome de vergüenza por mi propia mentira.

—¿Nina? —insistió—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, nada.

—Llámame vidente, pero algo me dice que mi querido marido ha vuelto a dar señales de vida.

Me golpeé la cabeza contra la pared. —Sí.

—¿Está escuchando ahora?

—No —dije con voz firme—. Estoy llamando desde el teléfono público del hospital, y he apagado el móvil de Cal.

—Bien —dijo antes de hacer una pausa—. Entonces, ¿qué es esto?

—¿Perdona?

Resopló. —¿Estás pensando en traicionarme y entregarme a él, Nina?

La pregunta me hizo estremecerme. La verdad es que no lo había pensado. Necesitaba averiguar dónde estaba, pero más allá de eso, no tenía ni idea de si iba a decírselo a Marcus o no.

—No —murmuré.

—¿Segura?

—Sí.

—¿Con qué te está amenazando esta vez?

—Se descargó todos mis contactos antes de que rompieses mi móvil. Va a enviar el vídeo de Victor a todo el mundo si no le digo dónde estás en las próximas veinticuatro horas.

—Mmm —canturreó—. Eso significa que tenemos algo de tiempo.

—¿Para qué, exactamente? —pregunté.

—¿Tienes un bolígrafo?

Me palpé los bolsillos de los vaqueros, sabiendo que no. —No.

—Pues memorízalo. Es un pueblo que se llama Thornhill, cerca de Hope Valley. La cabaña en sí es bastante difícil de encontrar, incluso con GPS, así que llámame de camino y te indicaré cómo llegar.

Sí que confiaba en mí. O me había dado una dirección falsa para comprobar si se la pasaba a Marcus. No sabía qué era peor.

—Vale, así lo haré —dije, a punto de colgar, hasta que oí a Florence llamarme al otro lado de la línea.

—Antes de que salgas corriendo —dijo, chasqueando la lengua—. Necesito que hagas una cosa primero.

Ya tardaba.

—¿Qué?

—Necesito mi portátil.

Cómo no.

—¿Te refieres al que te has dejado en la casa? —No pude evitar soltar una risa—. Me estás tomando el pelo.

—Si consigo volver a entrar en nuestro sistema, puedo borrar las grabaciones. Perderá su baza y tú serás libre de marcharte.

—Estará allí esperando a que una de nosotras sea lo bastante imbécil como para volver, Florence.

—No está allí. Ya no, al menos. Le vi marcharse por la cámara de la verja hace una hora.

El teléfono empezó a pitar cuando el crédito estaba a punto de agotarse, así que metí unas cuantas monedas más para mantener la llamada. —¿Y si vuelve?

—No volverá —dijo—. Es tu única oportunidad, Nina. De acabar con todo esto.

—¡Joder! —exclamé, dando un manotazo contra la pared del fondo—. ¿Cuál era el código de la verja?

—2462. Mira también en su escondite del garaje, ¿quieres? Tengo curiosidad por saber si piensa salir del país.

—¿Algo más? ¿Te preparo un pijama ya que estoy?

—Con el portátil y su pasaporte será suficiente —dijo, sin pillar la broma.

Vas a conseguir que me maten.

—Bueno, pues ya te llamo.

—Ten cuidado, Nina —dijo antes de colgar.

Colgué el auricular de golpe.

* * *

El taxi hasta Hale tardó veinticinco minutos por carreteras bastante tranquilas para ser sábado. Me lo tomé como una señal de que el universo me ofrecía un pequeño regalo sin complicaciones, por una vez.

Casi esperaba sentir algo tirando de mí hacia atrás: culpa por Cal en el hospital, preguntándose dónde coño me había metido y sin forma de ponerse en contacto conmigo. Pero las ganas de volver junto a él no eran lo bastante fuertes. Las anulaba algo mucho más poderoso: esa sensación familiar de verme obligada a hacer algo antes de convencerme a mí misma de no hacerlo.

Marcus era muchas cosas, pero no era tonto. Tenía que saber que me había marchado del hospital a estas alturas, y sabría que había apagado el móvil de Cal. No me preocupaba demasiado por Cal porque estaba rodeado de enfermeras y médicos. Me preocupaba más mi propia seguridad. Me la había jugado al desaparecer del mapa, y solo había un puñado de sitios a los que podría haber ido: su casa, el apartamento o donde estuviera Florence.

Apostaba a que elegiría la opción equivocada.

La casa tenía el mismo aspecto de siempre cuando las verjas se abrieron con un traqueteo: fría, indiferente y aterradora. Igual que la última vez que Florence me envió allí a toda prisa, nada parecía fuera de lo normal. Habíamos dejado una luz encendida arriba cuando salimos corriendo para llevar a Cal, y mi coche seguía aparcado al final del camino de entrada, exactamente donde lo había dejado.

Empecé a caminar. Tenía que haber perdido la cabeza para volver allí.

Cada sombra parecía una figura. Cada ráfaga de viento sonaba como una respiración. Cada movimiento en los arbustos me paraba el corazón.

Por Dios, Nina. Tranquilízate.

Lo primero que vi fuera de lugar fue la maceta junto a la puerta. Parecía como si la hubieran tirado y luego vuelto a colocar, derramando tierra sobre el escalón. Me convencí de que Graham debía de haberse chocado con ella, o que lo habíamos hecho Florence o yo al salir disparadas días antes. Pero esas teorías se vinieron abajo en cuanto entré.

No la habían saqueado en el sentido tradicional de la palabra; había sido algo más deliberado. Pero en el mundo de los Harrow, hasta un cojín fuera de sitio era motivo de alarma. Los cajones estaban entreabiertos. El sofá volcado. Una taza de café hecha pedazos sobre la encimera. Libros tirados

por las baldosas. Las puertas plegables estaban abiertas de par en par, haciendo ondear las persianas, que traqueteaban contra los cristales.

Pero la alarma no había saltado.

Ni cristales rotos ni señales evidentes de que alguien hubiera forzado la entrada.

Quien hubiese estado allí tenía llave y el código de la alarma.

Solo esperaba que Florence tuviera razón cuando dijo que le había visto marcharse.

Encontré el portátil en el suelo, detrás de la isla de la cocina, todavía enchufado a la corriente. Tras echar un vistazo rápido por encima del hombro, me agaché a cogerlo y lo puse de nuevo sobre la encimera. Tenía una grieta en la esquina inferior izquierda y la pantalla se notaba algo suelta, pero por suerte aún se encendía. Lo apagué otra vez y me lo puse debajo del brazo. Una cosa menos en la lista de Florence.

En algún lugar fuera, un perro empezó a ladrar desde un jardín vecino, y el susto me devolvió la urgencia. Antes de darme cuenta, ya estaba bajando las escaleras a toda prisa hacia el garaje. La puerta estaba entreabierta, lo justo para dejar una franja de luz sobre el sitio donde cayó Victor. Crujió mientras la empujaba despacio, y me tapé la boca con la mano cuando vi lo que la furia de Marcus había dejado dentro.

—Joder —jadeé.

Estaba destrozado, en el sentido literal de la palabra.

El Aston Martin ya no estaba levantado sobre gatos; estaba en el suelo, sin una sola ventanilla intacta y con un enorme abollón en el capó. El deportivo amarillo tenía todas las ruedas rajadas y unos arañazos enormes por toda la carrocería, tan profundos que se veía el metal desnudo. El todoterreno había desaparecido, y alguien se había tomado la molestia de acuchillar la capota del descapotable rojo hasta hacerla tiras como acto final de vandalismo. Y no solo eso: las herramientas, antes perfectamente organizadas, estaban ahora desperdigadas por el suelo, esparcidas sobre el hormigón como confeti, y los dos arcones congeladores estaban volcados, con una de las tapas colgando de las bisagras.

Había venido a buscar el cuerpo de Victor, pero no lo encontró.

Así que destrozó todo lo demás.

Sin perder más tiempo, corrí hasta el armario y lo separé de la pared de un tirón. Igual que antes, me incliné por encima y tanteé el hueco. Conseguí agarrar el sobre, pero pesaba mucho menos que la vez anterior. Cuando lo vacié sobre el armario, solo había un objeto dentro: una alianza de hombre.

—Supongo que sí quiere el divorcio, entonces —murmuré mientras me la guardaba en el bolsillo.

Bang.

Sonó como si hubieran dado un portazo en la entrada. Eso bastó para que me entrase el pánico, pero el siguiente ruido casi me hizo desplomarme.

Era *alguien cantando*.

No conocía la canción, pero la había oído antes. Era la misma melodía alegre que Marcus canturreaba cuando volví a la casa después de lo de Victor, pero unas diez veces más fuerte, como si lo hiciera para que yo la oyera. Dejé el portátil sobre el armario y corrí hacia la puerta, la cerré con cuidado y pegué la oreja a la madera. Los pasos se acercaban. Lentos y calculados. Se detuvieron al pie de las escaleras antes de quedar en silencio.

El picaporte giró.

La puerta se abrió una rendija antes de que reaccionase y lograse cerrarla de golpe, echando todo mi peso contra ella. Empujó desde el otro lado, y era fuerte, tan fuerte que apenas podía aguantar. Empujó aún más, y resbalé hasta el suelo, intentando desesperadamente enganchar con el pie una palanca que estaba en el suelo, pero quedaba demasiado lejos para alcanzarla.

—¡Aléjate de mí, joder! —grité.

Los empujones cesaron y la puerta volvió a cerrarse con un clic. Me permití respirar.

—¿Nina? —llegó una voz—. Te advertí que no apagases el teléfono.

Su voz no se parecía en nada a la de la discusión que había oído entre él y Florence. Era controlada, tranquila, increíblemente grave y algo ronca, como si estuviera intentando imitar la voz que yo había escuchado a través de Pinq.

Me heló hasta los huesos.

—¿Qué quieres de mí? —le grité.

—Quiero que me digas dónde está mi mujer.

—¡No sé dónde está! ¡Ya te lo dije!

—Sí lo sabes —dijo con una risita contenida—. Te está utilizando, Nina. Lo entiendes, ¿verdad?

No contesté. Estaba demasiado ocupada buscando otra salida.

—No eres más que otra Megan para ella, otra asistente desechable.

—¡Tú estás intentando hacer lo mismo, joder!

—Hay una diferencia. —Hizo una pausa—. Yo te dejaré ir después.

Aproveché que estaba distraído.

Había un carro de herramientas de acero con ruedas junto a la puerta, así que lo arrastré con el pie y lo encajé debajo del picaporte. Lo intentó de nuevo, pero apenas se movió, así que empezó a aporrear la puerta con los puños, luego con algo más pesado. El marco empezó a astillarse mientras yo daba vueltas por el garaje, buscando desesperadamente otra salida o algo con lo que defenderme. Vi los controles de la puerta del garaje y agarré el portátil antes de correr hacia ellos.

Pulsé el primer botón que vi, y la puerta empezó a subir lentamente. Solo esperé a que estuviese a unos treinta centímetros del suelo antes de escurrirme por debajo.

Mi coche estaba a solo unos metros de la abertura, así que busqué las llaves a tientas, abrí las puertas y me lancé dentro. El todoterreno que había desaparecido estaba aparcado en el asfalto, casi bloqueando mi salida, pero

conseguí meter la marcha atrás y pasar por un lado subiéndome al césped. El coche chirriaba mientras seguía marcha atrás el resto del camino, con la silueta de Marcus apareciendo en la puerta del garaje justo antes de que metiera primera y saliese a toda velocidad por la carretera.

Estaba completamente sin aliento cuando llegué a la carretera principal, apenas capaz de conducir en línea recta mientras me dirigía a la autopista, con el portátil de Florence deslizándose por el asiento de atrás.

Tenía lo que Florence necesitaba.

Tenía lo que Marcus quería saber.

Y me quedaban unas veinte horas para decidir a cuál de los dos se lo iba a dar.

29
EL TRAYECTO
NINA

Conduje en la dirección completamente equivocada durante un buen rato.

No fue a propósito. Estaba tan alterada que lo único en lo que podía concentrarme era en largarme de Hale lo más rápido posible. Pasé más tiempo en esos primeros quince minutos mirando hacia atrás que hacia delante, aterrorizada ante la idea de que el todoterreno de Marcus apareciera en el retrovisor. Diez minutos después, empecé a pensar, con cautela, que no me seguía, así que di la vuelta y puse rumbo al Peak District para reunirme con Florence.

Paré en el área de servicio cerca de Manchester Airport para repostar y aproveché para intentar contactar con Florence otra vez. Uno de los empleados, aburrido, se divirtió mucho diciéndome que las cabinas telefónicas eran cosa del pasado y preguntándome si había llegado allí en una máquina del tiempo, pero otro me dijo que vendían móviles de prepago en la tienda, así que compré uno. Volví al coche, rasgando el plástico con los dientes, y lo encendí.

Fue un extraño alivio volver a estar conectada con el mundo sin que Marcus vigilase cada uno de mis movimientos. El teléfono de Cal seguía en modo avión, así que copié el número de Florence y la guardé como mi único contacto. Sonó una eternidad antes de que por fin descolgara.

—¿Nina? —respondió, ya sin aliento.

—Soy yo —dije con un suspiro—. ¿Qué quieres primero: la buena noticia, la mala o la peor?

Florence hizo un ruido que me dejó claro que no estaba para jueguecitos. Yo tampoco, pero era lo único que me mantenía cuerda.

—Dame la buena —dijo al fin.

—Voy de camino con tu portátil. Debería estar ahí en menos de una hora.

—¿Y la mala?

—Creo que Marcus quiere el divorcio. Ya se había llevado su pasaporte y el dinero, pero dejó allí la alianza.

Soltó un suspiro forzado. —¿Y la…?

—Estaba allí, Florence, joder. Yo estaba en el garaje y trató de echar la puerta abajo para llegar hasta mí.

—Dios mío —jadeó—. ¿Estás bien?

—Sinceramente, no… no mucho —dije, aferrando el volante con la mano libre.

—Lo siento muchísimo, Nina. Recibí la alerta de que había cruzado las puertas y…

—Espera, ¿lo sabías? —la corté—. ¿Por qué no llamaste a la policía o algo?

—Yo… no reaccioné tan rápido.

—Podría haberme matado, Florence.

—Pero no lo hizo —dijo rápidamente—. Escapaste.

—Sí, por los pelos —dije, echando la cabeza hacia atrás contra el reposacabezas—. ¿Se marchó?

—Unos minutos después que tú. Nos estará buscando.

—Fantástico —comenté.

—¿No te siguió?

Escudriñé el aparcamiento. Había otros tres coches, una furgoneta destartalada y un camión al fondo con la puerta abierta de par en par. Nada fuera de lo normal.

—No.

—¿Segura?

—Sí —dije, cerrando los ojos—. Yo ya estaba en la autopista si él se fue unos minutos después que yo.

—¿Has revisado el coche?

—Florence, yo…

—¿Lo has hecho? —repitió.

Me incliné ligeramente hacia delante. —¿Buscando qué?

—Un localizador.

—No.

—Mira debajo del coche y no cuelgues.

A regañadientes, salí y dejé el móvil nuevo en el asiento. Sin querer, había aparcado en medio de un charco enorme, pero me arrodillé igualmente para mirar debajo. No tenía ni idea de lo que estaba buscando. Todo parecía bastante normal hasta que vi una lucecita verde reflejada en la superficie del agua. Había algo enganchado a los bajos del coche.

Metí la mano para intentar arrancarlo, pero estaba bien sujeto y al final se soltó al tercer tirón. Era una cajita negra, recubierta de plástico cauchutado, con dos imanes incrustados en la base. Tenía un pequeño puerto USB oculto bajo una tapa, con un LED perforado en la carcasa que parpadeaba de forma intermitente. Me limpié parte de la gravilla de las rodillas antes de volver a coger el móvil.

—¿Y bien? —me instó.

—Hay una caja negra rara.

—Es un localizador GPS, Nina.

Se me erizó la nuca. —¿Qué coño hago con esto?

—No sé… tíralo y arranca. Sabrá exactamente dónde estás.

—Mierda —dije antes de bajar el teléfono. Inspeccioné el aparcamiento otra vez y vi una papelera a rebosar al otro lado, así que me dirigí hacia allí. Fue al pasar junto a uno de los otros coches cuando se me ocurrió una idea mejor, y me agaché para colocar el localizador en los bajos de aquel vehículo.

—Listo —dije por teléfono al volver a mi coche.

—Vale. Ven lo más rápido que puedas.

—Lo haré en cuanto me digas adónde narices voy.

Florence refunfuñó como si mi petición, perfectamente razonable, le resultara un incordio. —Pon en el GPS un pub que se llama The Crooked Scythe. Cuando llegues, sigue hacia el norte. Habrá un camino de tierra a tu derecha después de la granja lechera. Síguelo hasta el final y ve despacio… esa carretera es una pesadilla. Es la casa de campo de la izquierda.

Sentí que debería haberlo apuntado. —Vale, creo que lo tengo.

—Llámame si te pierdes.

—*Cuando* me pierda, querrás decir —murmuré por lo bajo.

—Encenderé el fuego —dijo antes de colgar.

Tras escudriñar el aparcamiento una última vez, busqué el pub que Florence había mencionado, le di a ir y arranqué el motor antes de dirigirme a la salida. Vi a una familia metiéndose en el coche al que acababa de pegarle el localizador cuando me iba. Llevaban dos niños pequeños, cada uno con el abrigo puesto del revés, y los padres partiéndose de risa. Esperaba que les quedara un viaje largo por delante. Era la primera vez que le ganaba la partida a Marcus desde que empezó todo esto, y la idea de mandarlo tras una pista falsa consiguió arrancarme una sonrisa.

El tráfico fue disminuyendo a medida que me alejaba de Manchester Airport. Me recordó a aquella única vez que Cal y yo juntamos el dinero suficiente para reservar unas vacaciones en el extranjero: siete noches en España en un hotel plagado de cucarachas. En aquel momento no me di cuenta, pero probablemente fuera uno de mis recuerdos más felices junto a él. No teníamos ni un duro, pero éramos felices, felices de verdad, y lo único que hizo falta fue cerveza barata y un poco de buen tiempo. Habría dado cualquier cosa por rebobinar el tiempo y estar allí otra vez, viéndolo hacer el vago en la piscina mientras yo tomaba el sol.

Fue agradable recordar aquello, hasta que me acordé de dónde estábamos ahora.

Estaría volviéndose loco. Desde su punto de vista, me dejó el móvil y yo no volví. No sabía el peligro en el que estábamos, ni lo cerca que habíamos estado de perder la vida los dos. Me dije a mí misma que había decidido dejar a Cal al margen para protegernos, pero no era verdad. En realidad, solo lo hice para protegerme a mí misma, porque tenía tan mala opinión de él que pensé que solo empeoraría las cosas si lo involucraba. Pero podría haber evitado todo esto. Vio a los Harrow tal como eran desde el instante en que aparecieron en nuestras vidas.

Dicho esto, solo me quedaba una opción realista.

Llegar hasta Florence y acabar con esto.

* * *

El tiempo pareció transcurrir a otro ritmo una vez dejé la ciudad atrás y llegué al Peak District. No sabía si era la ausencia de bloques de pisos y grúas afeando el horizonte, o simplemente las colinas en sí, pero todo aquel lugar me frenó. Tanto, que casi olvidé que tenía un reloj en cuenta atrás sobre la cabeza y a un loco pisándome los talones. Iba diez millas por hora por debajo del límite, buscando la casa de campo de Florence.

Al final, sus indicaciones resultaron bastante buenas. Thornhill era menos un pueblo que un puñado de granjas desperdigadas por el valle, vinculadas entre sí únicamente por compartir código postal. También tenía razón con las carreteras; apenas eran más anchas que el coche y estuve a punto de acabar en la cuneta en varias ocasiones antes de llegar a The Crooked Scythe. Tal como me indicó, seguí adelante y encontré la granja lechera que había mencionado, donde las carreteras se estrechaban aún más, hasta convertirse en un camino de tierra que se perdía en la noche.

Al cabo de un rato, la carretera terminó de golpe en un cruce en T a orillas del río, marcado únicamente por un poste viejo y podrido sin ninguna indicación. Estaba tan oscuro que casi me lo pasé por completo y derrapé hasta el río, pero di marcha atrás unos metros y metí el coche por la curva a la izquierda. Seguí por allí un minuto más, atravesando un grupo de alerces que bloqueaban la luz hasta que, de repente, dejaron de hacerlo, y la casa de campo apareció en un claro. Parecía sacada de un cuento infantil con moraleja: de piedra, con el tejado bajo, un rizo de humo saliendo de la chimenea y el cálido amarillo de una luz en la ventana de la izquierda.

Apagué el motor y me quedé sentada en el coche un momento después de aparcar.

Un montón de leña estaba perfectamente apilado contra la pared más cercana, con los extremos de los troncos pálidos donde los habían cortado hacía poco. Encima, una jardinera con flores muertas aún dentro, ni retiradas ni recién plantadas, ese abandono concreto de un lugar que solo recibía cariño en visitas esporádicas.

La casa en sí parecía bastante segura, como si allí nunca hubiera pasado nada malo. Pero la oscuridad le daba un matiz extraño, como si pudiera haber alguien observándome entre los árboles, esperando a que fuera lo bastante estúpida como para salir del coche.

Salí igualmente.

Fuera reinaba una quietud sepulcral, solo rota de vez en cuando por el chapoteo del agua contra las orillas del río. El frío me golpeó de lleno al cerrar la puerta de un portazo, un frío que hacía que la humedad de Manchester pareciera un clima completamente distinto. Rodeé el coche para coger el portátil del suelo del copiloto, me ajusté la chaqueta y fui hacia la puerta.

Florence abrió antes de que llamara.

Parecía que estuviera de vacaciones, joder: pelo suelto, maquillaje completo y una manta gruesa sobre los hombros. Negué con la cabeza al ver la copa de vino tinto en una mano y una novela manoseada en la otra.

Dejó el libro a un lado y alargó la mano como para tirar de mí hacia dentro. Solo me di cuenta de que iba a por el portátil cuando su mano pasó de largo la mía y lo cogió.

Me sentó fatal.

—Pasa, pasa —dijo, agarrando el portátil—. Deja que te lo coja.

Se me subió la sangre a las mejillas en cuanto crucé el umbral porque hacía un calor tremendo. De hecho, iba más allá; era como si las paredes irradiaran calor. Me acerqué instintivamente al fuego abierto y puse las manos delante. Había unos cuantos troncos frescos en la rejilla, soltando algún que otro chasquido y crepitar mientras giraba la cabeza para echar un vistazo al lugar. La sala principal era pequeña: dos butacas frente a la chimenea, un sofá contra la pared opuesta y una mesa baja con el bolso abierto de Florence encima, junto a un plato de galletas saladas con queso a medio comer.

Seguramente estaba picoteando mientras yo luchaba por mi vida.

Cuando me giré, Florence ya tenía el portátil abierto, agitándolo en el aire como si intentara coger señal. Soltó un ruidito de satisfacción cuando por fin conectó, lo dejó sobre la mesa y empezó a teclear. Me estaba cabreando cada vez más que no se hubiera parado a preguntarme cómo estaba. Cogí la alianza de Marcus y la estampé en la mesa a su lado.

—De nada, por cierto —comenté.

Apenas me miró. —¿Perdona?

—Me jugué la vida para conseguirte ese portátil, ¿y ni siquiera te paras a darme las gracias?

—Nina, las dos sabemos que lo necesitabas más tú que yo.

Me puse a dar vueltas con las manos en las caderas.

—¿Quieres sentarte y relajarte? —pidió.

—Marcus nos va a encontrar, y todo esto no habrá servido de nada.

—No nos va a encontrar —replicó con desdén.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Lleva semanas vigilándome, y a Cal, y me puso un puto localizador en el coche, y es solo cuestión de tiempo que descubra este sitio, y entonces no nos quedará adónde huir, y…

—Nina, para.

Florence dejó de teclear y se recostó en la butaca, evaluándome un momento.

—¿Qué? —dije.

Esbozó una leve sonrisa. —Siéntate.

Suspirando, me dejé caer en la butaca de enfrente y empecé a mover las piernas arriba y abajo. Florence deslizó el plato de galletas saladas hacia mí y lo miró expectante.

—Come —ordenó.

—No tengo hambre.

—Nina, estás cansada, tienes frío y probablemente no hayas comido nada en días. Come algo y relájate. Aquí estás a salvo.

Negando con la cabeza, cogí una de las galletas más cercanas. El queso era tan fuerte que se me contrajo toda la cara.

A Florence se le iluminó el rostro. —Estoy dentro.

—¿En serio? —dije, inclinándome hacia delante—. ¿Las grabaciones están ahí?

Tardó un segundo en responder. —Sí, y eso no es todo.

Me estremecí. —¿Qué más hay?

Me hizo un gesto para que me acercara, y había un vídeo en la pantalla. Le dio al play, y se me subió el corazón a la garganta al reconocer el pasillo.

Era el mío.

Las imágenes estaban grabadas en primera persona: alguien caminando hasta nuestra puerta, llamando y rociando un líquido por la ranura del buzón. Tras un instante, la figura encendió una cerilla, la dejó caer por la ranura y aquello prendió. El sonido del portátil de Florence estaba silenciado, pero ella lo subió justo a tiempo para que oyéramos a Cal gritando desde dentro.

Sabía que Marcus lo había hecho, pero verlo y oírlo era insoportable.

—Lo… lo voy a matar —anuncié.

—No, no lo harás, y yo tampoco.

—¿Hablas en serio? —dije, volviendo a mi asiento—. Por fin tenemos ventaja, ¿y ahora te echas atrás?

—Eso era antes de tener acceso a todo esto —dijo, señalando el portátil —. Por lo que parece, grabó todo lo que hizo y hasta lo organizó en carpetas. Probablemente pensaba usarlo para intentar chantajearte.

—Me da igual —escupí—. Se merece morir por lo que ha hecho.

—Escucha, sabía que Marcus era peligroso, pero no tenía ni idea de que fuera capaz de esto. O sea, ¿quemar bloques de pisos? ¿Pinq? ¿El hecho de que va armado? Esto nos queda muy grande.

—Entonces, ¿vas a dejar que se vaya de rositas?

—No he dicho eso —dijo, mirándome de arriba abajo—. Hablaré con la policía por la mañana y…

—¿La policía? —la interrumpí.

—Sí, la policía. —Se le hundieron los hombros—. Pasará el resto de su vida entre rejas, y nuestras manos quedarán limpias.

Mis manos no volverían a estar limpias jamás.

—¿Y si les cuenta lo de Victor? —murmuré.

—Su palabra contra la nuestra. Nada de esto te salpicará. Me aseguraré de ello.

Bajé la mirada al suelo. Me sentía idiota por querer confiar en ella una vez más, pero siempre encontraba la manera de conseguirlo. Quisiera yo o no.

—¿Quieres hacer los honores? —preguntó, girando el portátil hacia mí.

Se me encogió el pecho al mirar la pantalla otra vez. Florence había seleccionado una carpeta llamada «The Cleaner» en el servidor, y debajo había un botón rojo de confirmar la eliminación. Alargué la mano y dejé el

cursor suspendido sobre él. Quería discutir con ella. Quería coger las llaves y volver en coche a Manchester para encontrar a Marcus y obligarle a responder por lo que había hecho.

Pero ya sabía lo que iba a hacer.

Como con todo lo demás, ella ya había tomado la decisión por mí y solo me permitía tener la última palabra como gesto de cortesía.

Hice clic.

Apareció otro mensaje diciendo que el proceso se había completado. Se acabó. Era libre.

¿Por qué no *sentía* nada, entonces?

Recuperó el portátil, lo miró un buen rato y cerró la tapa de golpe.

—¿Sopa? —soltó de la nada.

—Eh, ¿perdona? —balbuceé.

Se rio. —Ha estado a fuego lento todo el día y me muero por probarla.

—Yo… no, estoy bien.

—¡Venga, Nina! ¡Por fin se acabó! —exclamó, cogiendo una botella de vino y sirviéndome una copa—. Deberíamos celebrarlo.

—Pero la policía, deberíamos…

—Por la mañana.

Antes de que pudiera siquiera contestar, ya estaba en la cocina, removiendo la olla con una cuchara de madera y probándola, como si se hubiera transformado de repente en una ama de casa sin ninguna preocupación en el mundo. Me había estado esperando, no con la esperanza de que llegara, sino dándolo por hecho, como si la posibilidad de que fracasara fuese inconcebible.

—¿Florence? —dije despacio—. ¿Cómo sabías que conseguiría llegar hasta aquí?

Se giró desde los fogones, con la cuchara de madera aún en la mano, y sonrió.

No respondió.

30
LA SOPA
NINA

La sopa era de puerro y patata, hecha como Dios manda, con nata removida al final que la elevaba de algo básico a algo inconfundiblemente Florence. Estaba hambrienta y se ventiló dos boles mientras yo apenas toqué el mío. Eso no me impidió trincarme su vino, y ya iba por la mitad de mi tercera copa cuando Florence terminó de comer. Pasé a la cuarta cuando me preguntó por el brazo de Cal como si le importase un pimiento, y le conté lo que había dicho el médico sobre el injerto. Escuchó con la misma atención concentrada que aplicaba a todo, diciendo lo correcto en el momento justo, y por un instante casi pareció algo normal.

Salvo que no era normal. Nada de aquello lo era.

—Estoy segura de que Cal se pondrá bien —aseguró Florence mientras empezaba a recoger la mesa—. Parece un luchador.

—Sí, claro —me burlé—. Quizá si le pusieras un mando en las manos.

—¿Un mando? —repitió.

Negué con la cabeza. —Da igual.

Florence empezó a enjuagar los boles. —Volveréis a la normalidad antes de que os deis cuenta.

—Pero él ni siquiera sabe en cuánto peligro estamos. Apenas le he contado nada.

—Créeme, es lo mejor.

—¿Lo es? Seguramente piensa que estoy muerta en una cuneta.

—Escucha, vosotros dos haréis las paces cuando todo esto termine. Te lo prometo.

Levanté las cejas. —Eso espero.

—Y cuando lo hagáis, valora cada segundo con ese chico, ¿vale? —dijo con firmeza—. Incluso cuando se comporte como un imbécil.

¿Valora? ¿Chico? ¿Imbécil?

No sabía que unos cuantos boles de sopa pudieran transformar a Florence en alguien del montón.

—Lo haré —dije, un poco desconcertada—. Y se lo diré.

Después de recoger la cocina, me pidió que avivara el fuego con la cesta de leños junto a la chimenea, y luego nos acomodamos en los dos sillones frente a ella, mientras la casa se asentaba a nuestro alrededor. Leyó unos cuantos capítulos de su libro durante un rato, soltando un pequeño suspiro cada vez que llegaba a una parte interesante.

No parecía real.

Su marido estaba ahí fuera, posiblemente en la misma puerta, y ella seguía como si todo estuviera zanjado. Que yo supiera, podía tenernos vigiladas en ese preciso instante, listo para atacar en cuanto nos durmiéramos o sucumbiéramos por fin al vino que habíamos estado engullendo.

Peor aún, podía estar acechando a Cal, esperando al turno de noche en la planta, cuando nadie le vería terminar lo que había empezado. No podía haberle costado mucho darse cuenta de que su truco del localizador GPS había fallado, así que ahora estaría desesperado. Y no solo eso, sino que el hecho de que Florence borrara las grabaciones también debía de haberle puesto en alerta. Le habíamos acorralado, y ninguna de las dos sabía realmente cómo iba a reaccionar.

Y Florence estaba leyendo, joder.

—Oh, madre mía —exclamó.

Agarré el reposabrazos y no entré al trapo.

—*Tienes* que leerte esto cuando yo acabe, Nina —soltó arrastrando las palabras—. No te lo vas a creer, la mujer acaba de descubrir el cadáver en el...

—Necesito llamar a Cal —la interrumpí.

Cerró el libro con suavidad. —¿De verdad crees que es buena idea?

—No me queda otra, Florence. Si Marcus no nos encuentra, va a... —hice una pausa para controlar la respiración—. Si le hace daño a Cal otra vez, no podré vivir conmigo misma.

—Cal está en el hospital, Nina. Hay circuito cerrado, enfermeras, seguridad... Marcus no se arriesgaría a quedar expuesto.

—No sabemos qué va a hacer. Es un psicópata.

—Posiblemente, pero eso significa que siempre mira por sí mismo. No va a poner en peligro su libertad solo para enviar un mensaje.

Florence se impulsó para levantarse del sillón y cogió nuestras copas, llevándolas a la mesa del comedor. Se quedó de espaldas a mí mientras las rellenaba despacio, como si estuviera sopesando lo que iba a decir a continuación.

—Es a mí a quien quiere —dijo al fin—. Viva o muerta.

—Podría estar ahí fuera, Florence, ahora mismo. No sabemos qué encontró cuando revolvió la casa. Si descubrió algún documento sobre este sitio, o un recibo, o...

—No encontró nada, porque no había nada que encontrar.

Me incliné hacia delante. —¿Cómo puedes estar tan segura?

—Esta era la casa de mis padres; me la dejaron en su testamento antes de que yo conociera siquiera a Marcus. Y como te dije por teléfono, él no sabe que existe.

—No, ¿y si él...?

—No va a venir, Nina —dijo, colocando mi copa de nuevo delante de mí —. Necesitas relajarte.

Aparté el vino a un lado. —Llamemos a la policía ahora, al menos para que sepan lo que está pasando.

—Nina, no lo has pensado bien.

Levanté las manos al aire. —¿Cómo que no?

—Lo primero que va a mirar la policía es ese portátil. ¿De verdad quieres correr ese riesgo?

—Ya has borrado todo.

—Borré una carpeta, Nina. Sabe Dios qué más hay ahí dentro.

Separé los labios para discutir, pero volví a cerrarlos.

—Escucha, necesito tiempo para revisarlo, para asegurarme de que no hay nada que nos relacione a ninguna de las dos.

—Vale —dije, juntando las manos—. Pues hagámoslo ahora.

—¿Después de media botella de vino? Eso es buscarse problemas.

Como siempre, tenía razón. Eché la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, y cuando los abrí de nuevo, Florence estaba empujando la copa de vino de vuelta a mi alcance.

—Un error o un archivo mal puesto, y se acabó para las dos.

Me obligué a tragar otro sorbo mientras Florence volvía a coger su libro. ¿Cómo demonios podía estar tan tranquila? Yo sentía que iba a explotar.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —pregunté.

Levantó un dedo en el aire, con los ojos fijos en la página unos segundos más antes de mirarme por fin. —¿Qué?

—¿Cuánto tiempo llevas planeando esto?

Su cara se arrugó. —¿Planeando el qué?

—¡Esto! —apreté los dientes—. ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años?

El libro se cerró otra vez. —Ahora estás buscando pelea a propósito.

—Hablo en serio —dije, apurando mi copa—. ¿Le pediste ayuda a Megan también?

Vaya, eso tocó un nervio.

Florence lanzó el libro al otro lado de la habitación y apoyó los codos en las rodillas, midiéndome con una rabia en los ojos que no le había visto nunca.

—Déjalo, Nina.

—¿Se la pediste? —insistí.

—No, no le pedí que me ayudara a asesinar a mi marido, si es lo que me estás preguntando con tanta crueldad.

—Qué curioso, porque conmigo fuiste al grano bastante rápido.

Soltó una risa sombría. —Tú eras diferente.

—¿Diferente en qué?

—Porque tú no estabas *enamorada* de él —escupió antes de taparse la boca con la mano.

Durante un segundo, ninguna de las dos se movió, hasta que dejé caer mi peso contra el respaldo del sillón.

Megan no detuvo una discusión entre Marcus y Florence. La provocó.

—¿Tenían una aventura? —murmuré.

—¡Delante de mis narices! ¡En mi casa! ¡En mi... cama!

—¿Le plantaste cara?

—¡Pues claro! ¿Y sabes lo que hizo él?

Negué con la cabeza.

—La llamó y le dio una paliza brutal, allí mismo, en la sala de juegos, solo para demostrarme algo.

—¿El qué?

Dio otro trago. —Que no le importaba ella.

Tragué saliva. —¿Ella...?

—No —me cortó—. Esa parte era verdad. Cogió mi dinero y se montó una buena vida.

—¿Dónde?

Florence apretó la copa con tanta fuerza que pensé que se iba a romper. —Portugal.

—Se veía con ella allí, ¿verdad?

—A pesar de todo, esa chica estúpida seguía creyendo que él la quería. Iba a abandonarme para estar con ella, y le daba igual cuántas vidas tuviera que destrozar para conseguirlo.

La habitación parecía aún más pequeña, como si estuviera sentada en medio de la crisis de Florence y no en su casa de campo. Apuró su copa y fulminó la pared con la mirada, sacudiendo la cabeza como si todas las humillaciones de su matrimonio le cayeran encima de golpe. Si no fuera tan espantoso, habría sentido lástima por ella.

—¿Y por eso le querías muerto? ¿Porque estabas celosa?

—¿Celosa? —repitió, horrorizada—. No podía permitir que le hiciera a ella lo que me hizo a mí. Ya le había hecho daño. Solo sería cuestión de tiempo antes de que se convirtiera en su próximo saco de boxeo.

¿De verdad estaba eligiendo creerme su versión de los hechos? O sea, había mentido sobre Megan antes, varias veces, y cada versión solo dejaba bien a Florence. Quizá ella misma le había hecho daño a Megan. Florence no parecía de las que le pegan una paliza a otra mujer, aunque hubiera intentado quitarle el marido. Pero apenas la conocía. Tampoco parecía de las que arrastran un cuerpo hasta un congelador o planean el asesinato de su marido, y sin embargo había hecho las dos cosas.

Después de secarse los ojos con un pañuelo, se levantó del sillón y se dirigió hacia la puerta, con el portátil bajo el brazo.

—¿Adónde vas? —pregunté con un bostezo.

—A la cama. Las dos tenemos un día importante mañana, así que te sugiero que hagas lo mismo —dijo, agarrada a la barandilla—. La habitación de invitados no está preparada, pero puedo...

—No hace falta. —Esbocé una pequeña sonrisa—. El sillón me vale.

—Hay mantas de sobra en el baúl. Despiértame si necesitas algo más.

—Estaré bien. Buenas noches.

—Buenas noches, Nina.

Desapareció escaleras arriba, y oí cerrarse una puerta unos instantes después. Me levanté a buscar las mantas que había mencionado, y la habitación se movió conmigo de una manera que no debería. Lo achaqué a la falta de sueño, la falta de comida y a las copas de vino que había dejado de contar. Las primeras mantas del baúl eran muy ásperas, pero encontré otras más abajo, me hice una cama improvisada y apagué las luces. El fuego todavía rugía, pero no me importó. Ahogaba los sonidos de aquella casa extraña asentándose.

Cogí el teléfono de Cal y abrí la galería. Las fotos más recientes eran de piezas de ciclomotor y selfis temerarios que se había sacado mientras lo conducía por el aparcamiento. Seguí bajando. Encontré una foto de los dos de unos meses antes de conocer a Florence y no pude evitar sonreír. Habíamos salido con Jean a Manchester una noche y él le había pedido que nos hiciera una foto, y cuando estaba a punto de hacerla, intentó levantarme en brazos y casi acabó tirándome al maldito canal. En su momento me cabreé bastante con él, pero viéndolo ahora tenía su gracia.

Metí el teléfono de Cal entre los cojines e intenté dormir un poco.

* * *

Me despertó de golpe unas horas después un chasquido del fuego. Estaba casi apagado, solo quedaban unas cuantas brasas que apenas iluminaban un poco por delante de la repisa de la chimenea. El resto de la habitación estaba en completa oscuridad y empezó a dar vueltas en cuanto me incorporé para mirar la hora. Parecía que llevaba horas dormida, pero eran casi las dos de la madrugada.

—¿Qué demonios tenía ese vino? —dije entre dientes.

Me relamí los labios mientras me iba arrastrando despacio hacia la cocina. Parecía más lejos de lo que había estado, como si la puerta retrocediera cada vez que me acercaba. Había estado borracha antes, muchas veces, y no era eso; era otra cosa.

Encontré una taza en uno de los armarios y la llené de agua antes de bebérmela de un trago. La primera apenas me alivió la sed, así que fui a por otra, pero sentí un dolor agudo en el talón y me tambaleé hacia un lado. Me apoyé en la encimera para inspeccionarlo, y había un pequeño trozo de cristal clavado en la piel. Lo arranqué, y empezó a sangrar de inmediato, así que cogí un trozo de papel de cocina para secarlo.

Miré el suelo, y no era el único trozo: había un rastro de cristales rotos que llevaba hasta la puerta. La vista se me fue por la madera hacia arriba. Uno de los pequeños paneles cuadrados cerca del picaporte estaba reventado. Avancé entre los cristales, intentando entender qué significaba aquello a través de la niebla que tenía detrás de los ojos.

Entonces tuve un pensamiento que me desbocó el corazón.

El taco de cuchillos estaba en la encimera a mi izquierda. Ya tenía uno en la mano antes siquiera de haber tomado la decisión de cogerlo.

Entonces una mano surgió por detrás de mí.

Era grande y áspera, me cubrió la boca y tiró de mí hacia atrás. Mis pies dejaron el suelo. Un brazo me cruzó el pecho. Empecé a lanzar cuchilladas a ciegas hacia atrás, pero no encontraba el ángulo. Giré la hoja y la clavé hacia atrás. Sentí que enganchaba algo blando, carne, quizá, pero la mano sobre mi boca no cedió.

Entonces vi su reflejo en el cristal de la ventana, con la cara cubierta.

Fue la mirada de aquellos ojos lo que me llenó de terror.

Como si jamás hubiera aceptado un no por respuesta y no tuviera intención de empezar ahora.

—¿M-Marcus? —articulé a través de su mano.

Cuando vio que le estaba mirando, reaccionó. Movió la mano al lado de mi cuello y me lanzó contra la esquina de la isla de la cocina. Mi cabeza golpeó algo, la habitación giró, y de repente todo se volvió negro.

Nos había encontrado.

31
LA LUZ
NINA

Luz.

La cabeza me martilleaba incluso antes de abrir los ojos, con las baldosas frías de la cocina pegadas a la mejilla. Levanté la cabeza, pero me pesaba demasiado, así que la dejé caer otra vez mientras intentaba entender qué estaba pasando. Entonces una punzada de dolor en la sien me obligó a incorporarme de golpe.

Abrí los ojos.

Sangre. *Por todas partes*.

Me toqué la sien. No podía saber si la sangre venía de ahí porque ya tenía las manos cubiertas de sangre, reseca bajo las uñas y cuarteándose al mover los dedos. Solo ver aquello hizo que todo lo demás regresara a fogonazos.

El cristal. El cuchillo. El reflejo.

Marcus.

El cuchillo que lancé debió de dar en el blanco. Estaba en un pequeño charco junto a donde yo había estado tirada, inconsciente. El mango estaba cubierto de sangre, espesa, roja y brillando levemente, mientras yo me balanceaba sin moverme del sitio. Lo aparté de una patada hasta la esquina de la cocina y retrocedí.

Entonces pensé en la persona a la que él había ido a buscar.

—¡Florence! —grité.

Intenté levantarme del suelo, pero las zapatillas no encontraban agarre. Estaban empapadas de sangre, y solo conseguí ponerme en pie agarrándome a la isla. La cocina giró a mi alrededor. La mesa, las sillas, las velas consumidas hasta quedar reducidas a círculos planos de cera sobre los candeleros. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?

—¿Florence? —grité.

Entonces los vi.

Zapatos color tostado, apenas visibles junto a la base de la isla.

Con las puntas hacia arriba.

Marcus.

Tenía un brazo extendido y el otro doblado debajo del cuerpo en un ángulo que ningún brazo adoptaría por sí solo. Su cara: pelo oscuro salpicado de canas, una mandíbula que yo había visto una vez en la foto de una revista y en la foto de un pasaporte en un garaje de Hale. Ahora era distinta. La expresión no era una expresión en absoluto, solo algo gris, vacío y casi frío. Tenía sangre por todo el pecho, empapándole la camisa.

Más sangre se acumulaba bajo su cabeza. No podía ver por dónde había entrado el cuchillo, pero sí podía ver lo que había hecho.

Me quedé muy quieta.

—¿Flo... señora Harrow? —susurré.

Oí una llave forcejeando en la cerradura de la puerta principal. No me dio tiempo a correr, a esconderme, ni en realidad a hacer nada. Me quedé allí, paralizada, más sangre de Marcus que mujer, esperando a que la puerta se abriera.

—¿Florence? —articulé sin voz.

No era ella.

Una señora mayor entró, tan tranquila, todavía en camisón y con redecilla en el pelo, sujetando una botella de cristal de leche. Un instante después oí unos pasos fuertes y atronadores bajando las escaleras a toda prisa. Florence había bajado a recibirla.

—Ay, muchísimas gracias, Margaret —dijo Florence con voz lánguida —. No nos dio tiempo a acercarnos a la tienda antes de venir corriendo hasta aquí.

—No es nada, cielo —respondió ella, efusiva—. ¿Necesita algo más? Nos sobran huevos.

—Solo la leche, gracias. Ya sabe que sin mi té de la mañana no soy persona.

Por favor, no le ofrezcas uno.

—¿Le apetece una taza? —preguntó Florence.

Por favor, di que no.

—¡Ay, solo un poquito, sería estupendo!

Joder.

Y fue entonces cuando me vieron.

Se quedaron clavadas en el salón, con la mandíbula desencajada, recorriéndome con la mirada, horrorizadas.

—¿Nina? —jadeó Florence—. ¿Qué haces aquí?

Dio un solo paso hacia mí, vio a Marcus en el suelo y retrocedió de golpe hasta quedar junto a Margaret.

Entonces su cara cambió en un instante.

—¡Dios mío! —chilló, agarrándose al brazo de Margaret—. ¡Nuestra limpiadora ha asesinado a mi marido!

El suelo se movió bajo mis pies.

—¿Qué? —jadeé.

32
LA PREGUNTA
NINA

Seis palabras de Florence. Eso fue todo lo que necesité para entenderlo.

Me había incriminado.

Aunque ya tenía mis sospechas desde la noche anterior, cuando dijo un par de cosas que no me cuadraron, no me esperaba esto.

No me quedé para averiguar qué pasaría después.

Empujé a Florence y a su vecina al pasar y eché a correr con todas mis fuerzas hacia la puerta principal. Me metí directamente en el coche. Me temblaban tanto las manos que casi no conseguía meter la llave en el contacto, pero lo logré y giré.

El coche soltó un quejido.

Lo intenté otra vez, dando golpecitos al embrague con el pie. El motor giró, pero se negó a arrancar.

—¡Venga ya! —grité, dando un puñetazo en el salpicadero—. ¡Vamos, pedazo de mierda!

Margaret pasó corriendo junto a mi coche de esa forma en que lo hacen las personas mayores cuando se asustan, apenas un poco más rápido que andando y agitando los brazos en todas direcciones. Corría hacia el cruce en T por el que yo había pasado la noche anterior, seguramente hacia la casa de al lado para pedir ayuda. Intenté arrancar otra vez. Por un segundo, pareció que iba a ponerse en marcha, pero se vino abajo con un traqueteo que me llenó de pavor hasta el último rincón del cuerpo.

Entonces, una de las puertas traseras se abrió.

Florence se metió dentro, de repente serena, como si yo fuera su conductora de Uber esperando para llevarla al club de campo más cercano. Lanzó un sobre acolchado por encima del asiento, del mismo tipo que Marcus tenía escondido en el garaje. El contenido se desparramó sobre el asiento al caer: parecían varios miles de libras y un billete de avión. No dijo nada más. Se limitó a mirarme por el retrovisor y a esperar la confirmación de que su mensaje había sido recibido.

—¿Qué...? ¿Por qué me haces esto? —pregunté con la voz temblorosa.

—Hay veinte mil libras en el sobre. Debería bastarte para salir del país si te lo gastas con cabeza.

—¡No quiero tu dinero, Florence! ¡Quiero respuestas!

—Piénsalo. Tú conservas tu libertad y yo hago de viuda afligida. Todo el mundo consigue lo que quiere.

—Que te jodan —le espeté.

Chasqueó la lengua como si aquello le pareciera de mal gusto.

—Estás perdiendo el tiempo, Nina. Margaret no se mueve precisamente rápido, pero estará de vuelta en su casa en cualquier momento, y la policía no se va a entretener con lo que está a punto de contarles.

Florence no esperó a que le contestara: se bajó del coche y echó a andar hacia la casa. Intenté el contacto una última vez antes de sacar la llave de un tirón, recoger el dinero y el billete de avión y salir corriendo detrás de ella. Se giró en cuanto oyó el portazo de mi coche.

—Estoy intentando hacerte un favor. Te sugiero que lo aceptes.

—¡No! —le lancé el sobre a los pies—. No vas a seguir tomando decisiones por mí.

Miró el dinero desparramándose por el suelo con desprecio. —Allá tú.

Florence giró sobre sus talones y echó a andar hacia la casa otra vez. No llegó muy lejos antes de que mis malditos dedos se cerraran en torno a su codo, pero no se quedaron ahí mucho tiempo. Me cruzó la cara de un golpe y me mandó al barro. Me quedé ahí un momento, sujetándome la mejilla, hasta que levanté la cabeza y la vi plantada sobre mí. Tenía los dientes apretados, como si fuera a atacarme otra vez, pero una voz de hombre que venía de la casa la frenó en seco.

—¡Flo! ¡Para!

Hundí los dedos en la tierra mientras se acercaba. Era al menos veinte años más joven que ella, con una camiseta de tirantes negra y manchas de grasa de motor pintándole los bíceps fornidos. Alto también, al menos metro ochenta, con una buena mata de pelo negro azabache.

Aquella cara ya la había visto antes. La había visto cada vez que cerraba los ojos desde que lo metimos en aquel congelador.

Victor.

Dejé de respirar. El mundo se ladeó. Yo lo había matado. Había oído cómo se le partía el cuello, había visto su cuerpo quedarse inerte, incluso había ayudado a Florence a arrastrarlo hasta el congelador. Había pasado cada día desde entonces creyendo que era una asesina. Y sin embargo ahí estaba, como si nada de aquello hubiera ocurrido, como si me lo hubiera imaginado todo.

—No —susurré—. No, tú estás...

En estado de shock, retrocedí arrastrándome unos pasos mientras él la rodeaba con los brazos. Llevaba el brazo izquierdo vendado desde el codo hasta la muñeca, y todavía se filtraba un poco de sangre a través de la tela. Era él. Era a quien yo había apuñalado la noche anterior. Pero estaba vivo, y Marcus era quien había ocupado su lugar.

Nada de aquello tenía sentido.

—Como puedes ver, Nina, no tienes ni idea de lo que está pasando aquí —dijo, soltándose del abrazo de Victor—. Así que coge el dinero, sigue mi consejo y *corre*.

Me quedé sin palabras. Me limité a observar boquiabierta cómo Victor se acercaba a mi coche, levantaba el capó con el brazo bueno y se ponía a trastear dentro. El coche arrancó a la primera cuando terminó, y él dio un

paso atrás, cerrando el capó de golpe exactamente igual que Florence lo cerró cuando lo encerró en aquel congelador.

—Pero... pero estás muerto —balbuceé—. Yo te maté.

—Me voy antes de que llegue la pasma —le dijo a Florence, sin ni siquiera mirarme.

—Coge la furgoneta —le indicó ella.

—Eso haré —dijo antes de lanzarme una mirada—. Y no le hagas daño, ¿vale? Ya ha pasado bastante.

Florence le susurró algo al oído antes de que él volviera a la casa. Le clavé la mirada, calculando cuánto daño podría hacerle a esa cara de suficiencia antes de que él volviera corriendo a apartarme de ella.

—Deberías estar agradecida, ¿sabes? —dijo sin un ápice de vergüenza —. Ese dinero... es más de lo que una mujer como tú verá en toda su vida.

—¿*Agradecida*? Me has destrozado la vida.

—Nina, te estoy dando una oportunidad. —Cerró los ojos un instante—. Por favor, acéptala.

Miré el dinero en el suelo con rabia. No entendía por qué, ni tampoco cómo, Florence había orquestado los acontecimientos que me habían llevado hasta ese momento, pero sabía que dejarme marchar ahora era la última pieza del rompecabezas. Lo había planeado todo meticulosamente. Cada conversación, cada uno de mis movimientos. Salir huyendo sería el último clavo en mi ataúd. Demostraría sin lugar a dudas que yo era la responsable de todo aquello, y que ella no era más que la esposa inocente a la que habían hecho el peor daño imaginable.

No iba a darle esa satisfacción.

No.

Puso los ojos en blanco. —Bueno, entonces será mejor que esperes dentro. No tiene sentido que nos quedemos las dos aquí fuera pillando una pulmonía mientras la policía se toma su tiempo, ¿no?

Florence ya estaba dentro de la casa cuando me levanté del suelo. La seguí un segundo después, y la encontré sorteando con cuidado los cristales y la sangre de la cocina para poner el hervidor. Me dejé caer en el sillón, totalmente incrédula, mientras la veía prepararse un café instantáneo y sentarse frente a mí.

—Eres un monstruo —murmuré.

Se encogió ligeramente de hombros, dándome la razón. —Me han llamado cosas peores.

—Era Victor el que estaba en la cocina anoche, ¿verdad?

—Sí, y le hiciste una buena herida —dijo, casi sonriendo—. Ni yo me esperaba que te defendieras con tanta saña, sobre todo después de las pastillas que te metí en la copa.

Miré la botella de vino que seguía sobre la mesa del comedor. —¿Me drogaste, joder?

Asintió.

—Y Marcus, él...

—Créeme, cuanto menos sepas, mejor.

—¿Mejor para quién, exactamente?

—*Para quién*, no —me corrigió, dando un sorbo—. *A quién*.

Aunque solté una risa cínica, no me hacía ni pizca de gracia. De hecho, estaba planteándome si arrancarle la taza de café de la mano y tirársela por la cabeza. Justo cuando estaba a punto de hacerlo, Victor bajó por las escaleras con una maleta, le dio un beso en la mejilla y salió directamente por la puerta principal como si se fuera a trabajar.

—¿Y eso cuánto tiempo lleva pasando? —pregunté.

—¿En serio? —Se rio—. ¿Quieres pasar tus últimos minutos de libertad hablando de mi vida sentimental?

Me removí en el asiento. —No.

—Entonces, ¿por qué no me haces la única pregunta que importa?

—Solo me mentirás.

—Te prometo que no. Seamos sinceras, ya no hace falta. Tengo una montaña de pruebas contra ti.

Me aclaré la garganta. —¿De verdad maté a Marcus anoche?

—No —dijo, dando otro trago—. Yo lo maté hace semanas.

CUARTA PARTE
LA MENTIROSA

ANTES

33
EL CHOQUE
FLORENCE

Nina Stevenson.

A primera vista, no tenía nada de especial: una monada con dos padres muertos y un puñado de amigos con los que apenas mantenía el contacto. En realidad, solo apareció en mi radar porque Cal, su inútil de novio, se había apuntado a la beta de Pinq. Pero había algo en ella que despertó mi curiosidad. Geográficamente, ambos eran candidatos ideales. Estaban hasta el cuello de deudas, si sus informes crediticios eran de fiar, y discutían como críos cada vez que los escuchaba a través del teléfono de Cal.

Pero entonces descubrí algo que la catapultó al primer puesto de mi lista.

Lesiones graves. Nina tuvo suerte. La juzgaron por intento de asesinato, pero no consiguieron que los cargos prosperasen, así que se libró con poco más que un tirón de orejas: una pena suspendida de doce meses, doscientas horas de trabajos comunitarios y antecedentes permanentes. Los periódicos, eso sí, no fueron tan indulgentes. A juzgar por la cantidad de artículos que la tachaban de malvada y agresiva, la acosaron durante meses, ignorando el hecho de que su supuesta víctima la había mandado al hospital dos veces antes de que ella reuniera el valor para defenderse.

También investigué un poco sobre él. Jack se casó con otra menos de un año después y tuvo dos hijos con ella. Conocía el tipo. Su *Instagram* estaba lleno de fotos forzadas de su familia en las que él lucía una sonrisa de plástico, mientras los demás se limitaban a mirar al objetivo como si los tuvieran retenidos. Nina hizo bien en hacer lo que hizo. Pero, más importante para mí, por muy enterrado que lo tuviera, poseía ese instinto asesino.

Y lo mejor de todo: se creía una mala persona que se había salido con la suya. Nina ya se sentía culpable solo por existir.

Era *perfecta*.

—Se va ya —dije por teléfono, viéndola bajar por el camino de entrada hecha una furia—. Conduce un Peugeot morado... más destartalado incluso de lo que esperaba.

—¿Estás segura con esta? —preguntó Victor con un suspiro.

—Casi. —Arranqué el motor y salí dejando dos coches de distancia entre ella y yo—. Apuñaló a su exnovio y aceptó un acuerdo de conformidad en vez de pelearlo, y lleva casi cinco años limpiando casas sin acabar de salir adelante. Creo que... —hice una pausa cuando Nina redujo la velocidad ante un paso de peatones—. Creo que es de las que se derrumban, no de las que atacan, y que ya piensa que se merece lo que le venga encima.

—Espero que tengas razón. No podemos permitirnos otro error.

Tarareé en señal de acuerdo.

—Aunque el novio es el mayor problema. ¿Recibiste la grabación que te envié?

—Sí, la recibí.

—¿Qué te parece?

—Bueno, suena como un idiota.

Solté un bufido.

—Lo es, pero la quiere. Lo último que necesitamos es que nos lo eche todo a perder en el último momento.

Vi que Nina ponía el intermitente a la izquierda y la seguí a una distancia prudente, aunque la lluvia torrencial no ayudaba precisamente a seguirle el rastro. Victor se quedó callado un momento. Estaba haciendo algo con metal de fondo, probablemente aún trasteando con el Aston Martin de Marcus en mi garaje.

—Parece distraída —anuncié—. ¿Puedes mirar el panel de Pinq?

—Sí, espera.

Oí el golpe de una llave inglesa contra el hormigón y luego a Victor resoplar mientras empezaba a hacer clic con el ratón.

—Está hablando con ella por teléfono ahora mismo.

—¿Puedes escuchar?

La transmisión en directo empezó a sonar, pero no conseguí entender lo que decían por la línea.

—¿Victor? —insistí—. ¿Qué están diciendo?

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Creo que está a punto de contarle lo de Pinq.

—Eso son buenas noticias. Si ella también se la descarga, entonces...

—No, falsa alarma —me interrumpió—. Ahora le está echando la bronca.

—Vale —dije, incorporándome al carril exterior de la autovía para adelantarla—. Escucha, tengo que dejarte. Voy a hacer algo.

—¿Algo? —repitió—. ¿Qué vas a hacer?

—Aún no lo he decidido.

—Flo, no hagas ninguna...

Pulsé el botón del salpicadero para cortar la llamada y miré por la ventanilla el maltrecho Peugeot de Nina mientras la adelantaba. Iba encorvada, como si tuviera el teléfono en el regazo, hablando hacia el volante con un solo ojo en la carretera.

Entonces, me metí en su carril de golpe.

Me preparé cuando ella clavó los frenos. Su coche reaccionó violentamente, derrapando por todas partes, pero no me golpeó. Estaba tan cabreada que se apoyó en el claxon y su coche soltó un pitido patético, así que encendí las luces de emergencia a modo de disculpa. Conducía como conducen quienes no pueden permitirse una avería: con excesiva

precaución, sin llegar nunca del todo al límite de velocidad, y mirando los retrovisores compulsivamente. Quizá aquello fuera a resultar más complicado de lo que pensaba.

El teléfono vibró en el portavasos y un mensaje de Victor apareció en la pantalla del salpicadero.

—Nunca —murmuré para mis adentros.

En muchos sentidos, Victor era perfecto para mí. Era atento y cariñoso, por no hablar de que me sacaba unas cuantas décadas, era guapo de morirse y el único hombre que había sido capaz de seguirme el ritmo en la cama. Solo por esas tres últimas razones, empezamos a acostarnos juntos. Al principio fue algo casual, una distracción para pasar el tiempo cuando Marcus estaba de viaje de negocios, pero Victor hizo lo que los hombres hacen tan a menudo y decidió que tenía sentimientos por mí. Yo solo permití que crecieran porque servían a mis propios intereses.

Que no se me malinterprete: me caía bien, pero por mi parte la cosa no pasaba de ahí.

Victor, en cambio, estaba claramente embobado conmigo.

Veía cómo me trataba mi marido: el absoluto desprecio por mis sentimientos, los juegos mentales y, por último, cómo Marcus me engañaba a su vez. Sabía que lo que hacía con Victor era inmoral, pero al menos yo tenía la decencia de ser discreta. Marcus no se molestaba. Se la follaba bajo mi techo, en mi cama, mientras yo estaba en el despacho construyendo el negocio que a él le gustaba llamar nuestro.

Megan.

Solo pensar en su nombre me hervía la sangre. Se lo di todo a esa mujer: el trabajo, un apartamento, mi mentoría, y me lo pagó tirándose a mi marido a mis espaldas. Recuerdo el día en que todo estalló como si fuera ayer. Arrastré a Megan hasta la sala de juegos tirándola del pelo, le estampé la cabeza contra la pared con tanta fuerza que el yeso se agrietó y grité el nombre de Marcus hasta que vino a enfrentarse a lo que había hecho. Apareció vestido únicamente con el albornoz, soltando todas las excusas patéticas habidas y por haber, pero yo vi a través de sus mentiras.

Aquello desencadenó una cadena de acontecimientos que ni siquiera yo pude detener.

Y ahora, otra mujer estaba a punto de verse arrastrada a nuestro desastre.

Nina apartó la vista de la carretera un instante, soltando una mano del volante para coger el teléfono, y aproveché la oportunidad. Clavé los frenos de nuevo. Me tensé cuando ella levantó la vista y las ruedas se le bloquearon, haciéndola deslizarse contra la parte trasera de mi coche.

Bang.

Me fui hacia delante y hacia atrás de golpe, torciéndome el cuello en el proceso. El vapor se elevaba del capó de Nina mientras ella se quedaba un

momento en el asiento del conductor, frotándose el cuello, antes de salir. Dejé que asimilara la situación antes de bajar yo. Su coche era siniestro total: un faro hecho añicos y el parachoques arrastrándose por el asfalto.

Revisé el mío: un parachoques abollado, unos cuantos arañazos y la matrícula rota. Recorrí con la uña la grieta del plástico mientras calculaba cómo iba a jugar aquello.

Cuando por fin me di la vuelta, parecía aterrorizada, titubeando con su ropa vieja y su bata de trabajo como si el mundo estuviera a punto de acabarse. Cogí el abrigo y el bolso del coche y me acerqué despacio, posándole una mano en el antebrazo para sujetarla.

—¿No te has hecho daño, verdad? —pregunté.

34
EL GUIÓN
FLORENCE

Victor se ajustó el cuello de la camisa de Marcus por tercera vez, comprobando su reflejo en el cristal del invernadero. No le quedaba perfecta. Victor era más ancho de hombros, unos centímetros más alto, pero a distancia, con la luz adecuada y en el momento justo, funcionaría.

Tenía que funcionar.

—Sigo pensando que esto es una locura —murmuró, tirándose de los puños—. ¿Y si Nina baja y nos pilla como hicieron las otras?

—No lo hará —dije, comprobando la imagen en directo en el móvil. La silueta de Nina se movía hacia el baño del piso de arriba, granulada pero inconfundible.

—¿Pero y si lo hace? Se irá todo a la mierda.

—Está demasiado bien adiestrada para eso, Victor. En cuanto oiga gritos, se quedará paralizada.

—La última no se quedó paralizada.

—Aquella fue un error —suspiré—. Nina es diferente.

—No puedes saberlo, Flo.

—Sí que lo sé. La conozco mejor de lo que se conoce ella misma. —Observé la silueta de Nina detenerse junto al armario del baño—. Ay, no, esto es perfecto.

—¿El qué? —dijo, intentando mirar por encima de mi hombro.

—Va a encontrar mis pastillas. Las escondo ahí.

—¿Pastillas?

—Mi medicación para la ansiedad —dije sin pensar.

—¿Tienes ansiedad?

No me digné a contestar, salvo lanzándole una mirada asesina.

—Mira, si sucede lo imposible y decide hacerse la heroína, sal por la puerta de atrás, como estaba previsto. —Le eché un vistazo—. Y yo... improvisaré.

—No podemos permitirnos otro error, Flo. Marcus solo puede quedarse en...

—Lo sé —lo interrumpí—. Esto no es un error. Funcionará.

Estaba ridículo con la ropa de Marcus, como un niño jugando a disfrazarse con la ropa de su padre. Los pantalones le quedaban unos centímetros cortos, los zapatos un poco pequeños, pero nada de eso importaría una vez que empezara a sonar la grabación. Además, yo ya había destruido todas las fotografías de Marcus que quedaban en la casa, así que Nina no tenía ni idea de qué aspecto tenía. Nina oiría la voz de Marcus,

vería movimiento a través de la escalera de cristal y su cerebro se encargaría de completar el resto. Así funcionaba la percepción.

En teoría, al menos.

—¿Por qué no le pagas sin más? —preguntó Victor—. Todo este juego de humo y espejos no tiene sentido.

—¿Te refieres a sentarla, ofrecerle una tacita de té y pedirle directamente que lo mate?

Asintió.

—Porque Nina necesita verme como la víctima —dije, sin más—. No como la villana. Ni siquiera como la cómplice. La víctima.

—Es que eres una víctima —dijo Victor.

—Ya lo sé —dije, posando la mano en su antebrazo—. Pero ella no. Ahora mismo, cree que soy excéntrica, rica y posiblemente inestable. Necesito que piense que estoy desesperada.

Arqueó una ceja. —¿Y para eso hace falta que te dé una bofetada?

—Hace falta que parezca que Marcus me ha dado una bofetada, sí. —Le sostuve la mirada—. ¿Cuál es el problema?

—No quiero pegarte. Te quiero.

Puaj.

—No hace falta que me dejes inconsciente. Solo hazlo con fuerza suficiente para dejarme marca. —Eché un vistazo a la imagen en directo. Nina estaba realmente absorta con mis pastillas—. ¿Puedes hacer eso por mí, Victor? ¿Por nosotros?

Me sostuvo la mirada durante un largo instante. —Si no queda otra.

—Entonces deja de cuestionarme y recuerda tus movimientos. —Volví a mirar la pantalla. Nina parecía lista para seguir adelante—. Ya viene... ponte en posición.

Victor se desplazó a la cocina, silencioso con los zapatos de Marcus, demasiado pequeños. Había ensayado esto tantas veces en mi cabeza que verlo desarrollarse me resultaba casi mundano. La grabación estaba preparada en el móvil, una discusión que Marcus y yo habíamos tenido semanas atrás, cuidadosamente editada para eliminar cualquier cosa demasiado específica. Lo mejor era que la mayoría de nuestras discusiones sonaban idénticas de todos modos: las mismas acusaciones, las mismas evasivas y la misma rabia circular y amarga.

La única diferencia era que esta vez Nina sería testigo.

O al menos eso *creería*.

Le di al play.

Mi propia voz pregrabada llenó la casa a través de los altavoces empotrados, metálica y demasiado alta.

—¡Marcus! ¡No te atrevas a salir de aquí cuando te estoy hablando!

Había probado el volumen el día anterior, pero oírlo ahora me hizo hacer una mueca. Era demasiado teatral, y Nina seguro que lo notaría. Pero cuando cambié de cámara en la pantalla, vi que se había quedado paralizada

en lo alto de la escalera, con una mano apoyada en el cristal, la cabeza ladeada, escuchando cada palabra.

Buena chica.

—Podemos hablar de esto luego, cuando te hayas calmado —dijo la voz grabada de Marcus con esa calma exasperante que siempre me sacaba de quicio. Esa había sido su táctica desde el principio: mantenerse sereno mientras yo me desmoronaba, y después pintarme como una histérica. Le había funcionado durante años antes de que yo aprendiera a convertirlo en un arma.

—¡No! ¡Vamos a hablar de esto ahora! —discutía mi voz.

La cara de Nina apareció en lo alto de la escalera de cristal, pálida y tensa. No estaba lista para intervenir, simplemente observaba exactamente como yo había previsto. Ya me había asegurado de que no podía vernos desde ese ángulo, comprobando las líneas de visión dos veces. Pero podía oírlo todo, y de eso se trataba. Victor estaba menos tranquilo. Rígido, me examinaba la cara en busca de indicaciones. Levanté un dedo para decirle que esperara.

—En realidad no estamos hablando, ¿verdad? —replicó la voz grabada de Marcus—. Tú solo me estás gritando, y se supone que tengo que quedarme aquí plantado aguantándolo.

—¿En serio estás intentando darle la vuelta a esto? ¿Eso es lo que estás haciendo?

—¿Darle la vuelta? Flo, esto es cosa tuya, y solo tuya.

Observé cómo la expresión de Nina pasaba de la preocupación a algo más duro. Reconocimiento, quizá. Ya había oído ese guion antes: hombres empeñados en hacerte responsable de su propia crueldad. Hombres que convertían cada acusación en prueba de tu inestabilidad. Casi me dio pena hacerla pasar por eso otra vez.

—¿Qué narices te he hecho yo? ¡Aparte de darte todo lo que has querido!

—Sí, claro. ¿Y qué me dices de que estés constantemente revisándome el móvil? ¿El localizador en mi coche? ¿El detective privado? Dios, estás obsesionada.

Victor cambió de posición. Le lancé una mirada fulminante.

—*Espera* —articulé con los labios.

—¡Es porque me estás mintiendo! ¿Qué otra cosa se supone que debo hacer? —gritaba mi voz.

—No te estoy mintiendo. Nunca lo he hecho.

—¡Sí que lo has hecho! Sé que lo has hecho.

La grabación iba subiendo de intensidad; el volumen aumentaba con cada intercambio. En la pantalla, Nina se había llevado la mano a la boca. Parecía querer salir corriendo, marcharse, estar en cualquier sitio menos allí. Pero se quedó. Siempre se quedaban en esa parte.

—Solo estás paranoica. Igual son las copas o todas esas pastillas que te metes.

Esa frase. Esa puta frase.

Marcus me había dicho eso de verdad, con esas mismas palabras, y aún dolía a pesar de que era solo una grabación. Las pastillas habían sido culpa suya. La bebida había sido culpa suya. Todo lo que estaba mal en mí se remontaba a él, y aun así tenía la desfachatez de usarlo en mi contra. Al menos ahora servía para algo.

—¿Tiene algo de raro que tenga que tomarme pastillas para aguantar el día? ¿Cuando así es como me tratas?

—Pues yo estoy harto de que controles cada puto momento de mi vida. No puedes ser mi dueña.

—¿Ah, no? ¿Quién paga esta casa, Marcus? ¿Quién paga tus proyectitos y tus queridos coches?

Nina era perfectamente visible en la pantalla, casi inclinada sobre la barandilla.

Quédate, Nina. Quédate.

—¡Cómo te atreves a echarme eso en cara! ¡Yo monté nuestro negocio!

—¡Pero fui yo quien lo levantó! Seguirías metido en esa oficinita de una sola persona detrás de un portátil si no hubiera aparecido yo.

Levanté la mano. Victor se tensó.

La pausa en la grabación se acercaba. La había cronometrado al segundo.

Tres.

Dos.

Uno.

Asentí hacia Victor.

Su mano se movió antes de que pudiera prepararme. Rápida, eficaz, el chasquido de su palma contra mi mejilla lo bastante fuerte como para girarme la cabeza de golpe. Durante un segundo, el dolor fue irrelevante. Lo único en lo que podía pensar era en cómo se lo habría tomado Nina. Se había quedado blanca; lo había oído y se lo había creído.

El grito de dolor salió solo. No tuve que fingirlo.

—Perdona —articuló Victor con los labios.

—Joder, Flo, lo siento muchísimo. ¿Estás bien? —siguió la voz quejumbrosa de Marcus en la grabación.

Agarré la botella de vino que había dejado en la encimera y la levanté, lista para lanzarla.

—¡Fuera! ¡Ahora mismo!

—No quería... ¡Se me ha ido la cabeza!

Crucé las baldosas con mis tacones, dejando que el sonido subiera hasta donde Nina escuchaba. Victor permaneció inmóvil, con una mano aún medio levantada, como un actor esperando la siguiente indicación.

—¿Así me lo pagas? —Mi voz resonó en las baldosas—. ¿Poniéndome las manos encima? ¿Follándote a todo lo que se mueve? No eres un hombre... eres un chiste.

Vale, esa fue una buena frase.

—Escucha, Flo, yo nunca te pondría los cuernos, ¿vale?

—¡Mentiroso!

—¡He hecho todo lo que me has pedido! Joder, hasta me he mantenido al margen por tu querida limpiadora, tal como me pediste.

Esa parte era normalmente cuando todo se venía abajo. Había dudado si mantenerla porque era arriesgada, demasiado específica y demasiado directa, pero la tentación de dejar que Nina lo oyera y asumiera que se referían a ella y no a Megan era irresistible. Necesitaba que comprendiera que formaba parte de esto, quisiera o no.

En el monitor, Nina se llevó la mano a la garganta.

—¡Lárgate de mi puta casa!

—No, quiero...

Estrellé la botella de vino contra las baldosas en el momento perfecto. Se rompió de forma espléndida, el líquido rojo salpicando el suelo blanco con un dibujo casi arterial. Quizá debería haber sido actriz.

—Jesucristo, Florence.

Le di una palmada en el hombro a Victor, y él se movió a la señal, cruzando hacia la puerta principal con pasos pesados. La abrió, salió y la cerró con un clic controlado. El sonido resonó por toda la casa mientras yo mantenía los ojos en la imagen de la cámara. Nina se lo había tragado con anzuelo, sedal y todo.

Después, silencio.

Me dejé caer contra la encimera, llevándome una mano a la cara donde Victor me había golpeado. Como antes, la piel ya estaba caliente y sensible, y para mañana habría un moratón. Necesitaba el moratón, y Nina necesitaba verlo y saber que era real.

En la pantalla, Nina no se había movido. Seguía en lo alto de la escalera, congelada en la misma posición exacta en la que estaba cuando sonó la bofetada.

Forcé un sollozo, dejando que mis hombros temblaran mientras la respiración se me volvía entrecortada. No estaba segura de si Nina podía oírme desde arriba, pero daba igual. Bajaría en cualquier momento, vería el vino y mi cara, y me encontraría desmoronándome. Su instinto se impondría a su autoprotección, y caería directa en mis manos.

Conté hasta sesenta mentalmente para darle tiempo a procesarlo y a convencerse de que tenía que hacer algo.

Entonces lo oí: el suave crujido de sus pasos en la escalera.

Justo a la señal.

Ajusté mi postura en el taburete de la barra una última vez, asegurándome de que la mano me tapaba la parte correcta de la mejilla y de que las lágrimas eran visibles. El vino ya se había acumulado alrededor de los cristales rotos a mis pies, y me balanceé ligeramente, lo justo para sugerir que iba achispada, pero no tanto como para sobreactuar.

—¿Florence? —Su voz era tan baja que casi no la oí.

Me volví despacio y dejé que la sorpresa se asentara en mi rostro. Había estado tan concentrada en la actuación que casi había olvidado que esto no era solo otro ensayo.

—Oh —susurré—. No sabía que estabas aquí.

Parecía consternada. Exactamente como yo había esperado.

Sin decir una palabra, fue al armario y sacó el recogedor y la escoba, luego se agachó junto al borde de los cristales. Observé cómo le temblaban las manos mientras barría los fragmentos en un montón, haciendo cualquier cosa por mantenerlas ocupadas y evitar el contacto visual.

Impecable.

—¿Estás bien? —preguntó, con la voz apenas por encima de un susurro.

Dejé pasar un instante para que su pregunta respirara.

—No —dije al fin—. En absoluto.

No respondió. Simplemente siguió barriendo con la cabeza agachada, realizando ese pequeño acto de servicio que era lo único que sabía ofrecer.

Podría haberlo dejado ahí; mandarla a casa, hacer el papel de víctima digna, dejar que la semilla que había plantado creciera sola. Pero hacía mucho que había aprendido que la sutileza no sirve de nada con mujeres como Nina.

Necesitaba que le dijeran qué sentir. Qué pensar. Qué hacer.

Y yo era muy, *muy* buena diciéndole a la gente qué hacer.

35
EL SUSURRO
FLORENCE

Aquella noche era la noche. Todo o nada.

Le había dicho a Nina que se me había disparado la alarma y que estaba fuera con Marcus, así que no podía volver para comprobarlo. Estaba tan desesperada por conseguir mi aprobación que accedió a pasarse a echar un vistazo, y yo tenía una pequeña sorpresa esperándola cuando llegara. La verdad, me sentí un poco culpable por sacarla de su noche de fiesta. La pobre estaba ahogando sus penas después de que todos sus clientes hubieran rescindido sus contratos el mismo día, de forma inesperada.

Vaya.

Al final, no fue tan difícil usar Pinq para redirigir su llamada a Jack a otra parte. Ya había suficientes piezas en el tablero, y no necesitaba a otro hombre psicótico sembrando el caos cuando ya tenía más que suficiente con lo que había planeado yo sola. Me gustó cómo lo culpó de inmediato de haberle arruinado el negocio. Demostraba que no tenía ni idea de lo que estaba pasando en realidad.

Y yo pensaba mantenerlo así.

Mi teléfono empezó a sonar y el nombre de Victor apareció en el salpicadero. Pulsé para contestar mientras terminaba de aplicarme el maquillaje que estaba a punto de arruinar. Necesitaba parecer angustiada cuando por fin me reuniera con Nina y Victor en la fiesta.

—Creo que ya está aquí —susurró.

—¿Crees que no lo sé? —dije, poniendo los ojos en blanco—. La estoy viendo por la cámara de la cocina.

—¿Quieres que…?

—Quédate donde estás de momento. Deja que se acomode.

—¿Qué está haciendo?

—Hablando por teléfono, terminando otra discusión más con su novio.

Se rió. —*¿Otra vez?*

—Se pelean como el perro y el gato. No he visto nada igual en mi vida —dije con una risa seca—. Por lo que parece, debería estar más que preparada cuando hagas tu entrada.

Victor suspiró. —Sigo sin tenerlo claro.

Apreté los dientes. —¿Qué parte, exactamente?

—Bueno, lo del coqueteo. ¿Es realmente necesario?

—Necesitamos que le gustes, ¿vale? —dije con un suspiro—. Eres un actor interpretando un papel, y el papel es el de mecánico encantador, así que interprétalo. Finge que soy yo, si hace falta.

—Pero ella no eres tú.

Nunca se dijo mayor verdad.

—Escucha, hazla reír, haz que se sienta cómoda y luego llévala abajo. Cuando esté allí, saca el mueble, pero deja que vea lo que hay escondido dentro. Es importante que *ella* encuentre la bolsa de huida de Marcus, y asegúrate de transmitirle lo mucho que le temes. Necesitamos su compasión.

—¿Y si no quiere bajar?

—Usa tu encanto. Joder, bésala si hace falta.

Victor se quedó callado, así que pasé a las imágenes de seguridad. Nina se estaba poniendo cómoda como si estuviera en su casa, sirviéndose una copa de mi vino y encendiendo mi televisor. Descarada.

—Ve ya —ordené—. Ya ha colgado.

—Vale. Subo.

—¿Victor?

—¿Sí?

—Cíñete al plan, ¿quieres?

Colgué y apoyé el teléfono en el hueco del volante para ver cómo se desplegaba un plan fraguado durante semanas.

Debería haber traído palomitas.

* * *

Tras un comienzo accidentado, observé cómo Victor se metía en el personaje con creciente expectación. Había conseguido que se bebiera otra copa de vino antes de llevarla abajo, al garaje, y estaban de pie junto a los coches, tal como estaba previsto. Nina pasaba los dedos por el descapotable rojo como una niña en una tienda de chuches mientras Victor le hablaba de algo, probablemente de los coches. Los micrófonos de aquellas cámaras ocultas eran los peores de toda la casa, así que no podía distinguir cada palabra, pero daba igual. El lenguaje corporal me lo decía todo.

Le *gustaba*.

Nina estaba trasteando en la esquina, atando la bolsa de basura, cuando Victor le preguntó algo para recuperar su atención. La postura de Nina cambió: hombros hacia atrás y ojos muy abiertos. Rebobiné las imágenes unos segundos y me acerqué a la pantalla.

—¿Estás soltera, Nina? —preguntó.

—¿Qué? —dijo Nina, poniéndose nerviosa.

—¿Tienes novio?

—No. No exactamente.

No exactamente. Casi me rió. Pobre Cal.

—Yo tampoco. Novia, quiero decir.

Victor acortó la distancia entre ellos, y Nina no retrocedió.

Y entonces la besó.

No me lo esperaba, pero fue como un puñetazo en el esternón: agudo, inmediato e indeseado. Tuve que recordarme a mí misma que era teatro, nada más. Estaba haciendo exactamente lo que yo le había dicho que hiciera.

Pero aun así me dolió el pecho.

Nina se apartó al cabo de unos segundos, con las manos en la cara, balbuceando algo que no llegué a oír. Victor retrocedió. Ahora se estaba disculpando, explicándose, con las palabras atropellándose unas a otras. Me obligué a respirar mientras Nina se daba la vuelta y empezaba a caminar hacia las escaleras. Él se quedó en medio del garaje y miró hacia la cámara oculta, levantando los brazos al aire.

—¡Cíñete al maldito guion, imbécil! —me dije a mí misma.

Entonces, su expresión se endureció y empezó a seguirla.

—¡No, no, no! ¡Déjala irse! —grité al teléfono.

Cambié a la siguiente cámara. Nina estaba con el teléfono en lo alto de las escaleras, tecleando un mensaje, pero la mano de Victor salió disparada y la agarró de la muñeca antes de que pudiera enviarlo.

Me erguí de golpe. —¡No! ¿Pero qué coño hace?

—Baja otra vez —le ordenó.

—No.

¿A qué demonios estaba jugando?

—Necesito enseñarte una cosa —gruñó.

—¡No pienso ir a ningún sitio contigo!

Victor dio un paso más. Nina retrocedió. Esto no era el plan. De hecho, era exactamente lo contrario del plan.

—No quiero hacerte daño, pero no puedo dejar que le digas a Marcus que estaba curioseando ahí abajo.

No podía quedarme sentada y dejar que aquello continuara ni un segundo más. Agarré las llaves y la maleta, y empujé la puerta; el teléfono aún apretado en una mano mientras corría hacia la casa. Las imágenes mostraban a Nina intentando escapar, a Victor agarrándola del pelo y arrastrándola de vuelta.

—¡Victor, pedazo de imbécil! —siseé.

Llegué a la verja y tecleé el código, con las manos temblando. Las imágenes mostraban a Nina en el suelo, dando patadas y gritando. Victor encima de ella.

Entonces el pie de Nina conectó con su mandíbula.

Una vez.

Y otra.

Victor se tambaleó hacia atrás.

Me perdí lo que pasó a continuación, pero oí el sonido a través del altavoz del teléfono: el golpe sordo, el crujido y el silencio posterior.

Para cuando llegué a la puerta principal, cualquier apariencia de plan se había esfumado.

Me compuse, entré y me preparé para improvisar. Ella estaba de pie en lo alto de las escaleras, las manos sobre la boca, los ojos muy abiertos y vidriosos. Entonces miré más allá. Sabía que Victor estaba al fondo. Lo que no sabía era si había sobrevivido a la caída.

—¿Nina? —conseguí decir—. ¿Va todo bien?

No pronunció una sola palabra y señaló escaleras abajo. Dejé la maleta en el suelo y pasé junto a ella, bajando las escaleras despacio y con deliberación. Nina balbuceaba a mi espalda, haciéndome un resumen completo de algo que yo había presenciado con mis propios ojos, pero no la estaba escuchando.

Pasé por encima de las piernas de Victor y me agaché a su lado. Mis manos se movieron en piloto automático: dos dedos en el cuello, buscando el pulso.

Sentí que el pecho se me aflojaba. Estaba ahí. Débil, pero ahí.

Me incliné más, lo suficiente para que Nina no viera moverse mis labios.

—Hazte el muerto —susurré.

El párpado de Victor se estremeció. Solo una vez. Apenas perceptible. Le siguió un gemido, y le clavé las uñas en el cuello para silenciarlo.

Me eché hacia atrás y miré a Nina, componiendo en mi rostro un gesto apropiadamente horrorizado.

—Se ha ido —dije.

Nina gritó.

Me levanté y subí las escaleras, agarrándola por los hombros con la fuerza suficiente para anclarla. Estaba perdiendo el control, con los ojos desenfocados, la respiración entrecortada, las palabras saliendo a borbotones en un torrente frenético. La dejé hablar y explicarse, incriminándose con cada palabra.

Cuando por fin paró para coger aire, el plan había cambiado por completo.

—¿Por qué te haría algo así? —pregunté.

—No lo sé —dijo Nina, con lágrimas cayéndole por la cara—. Creo que le preocupaba que Marcus volviera y lo pillara.

Le solté la historia de haber dejado marchar a Victor, de las cosas que habían desaparecido, de que estaba desesperado por dinero. En su estado, se creyó cada palabra que salió de mi boca con una credulidad patética.

Entonces saqué el teléfono para rematar la jugada.

—¿A quién llamas? —preguntó Nina, con voz estridente.

—A la policía.

—¡No, espera! ¡Florence, no puedes!

Hice una pausa, dejando que su pánico llenara el silencio.

—Tengo que hacerlo —dije con suavidad.

—Si los llamas, les bastará con mirarme y…

—¿Y qué?

No me lo esperaba, pero fue entonces cuando me contó su historia con Jack. Estuve a punto de delatarme en varias ocasiones mientras vomitaba

cada detalle que yo ya conocía, pero la dejé confesarlo todo. Estaba claro que intentaba hacerme mella comparando a Jack con Marcus, pero la verdad es que no se parecían en nada. Marcus solo me pegó una vez, y creo que nunca se perdonó por ello.

Cuando terminó, bloqueé el teléfono y me lo guardé otra vez en el bolsillo.

—Vale —dije en voz baja—. Dejaremos a la policía al margen.

El alivio de Nina fue palpable.

Actué antes de que pudiera protestar. Arrastramos a Victor hasta el garaje juntas, Nina llorando todo el rato mientras yo mantenía la concentración. Cuando llegamos al congelador, Victor hizo un gesto de dolor cuando le solté los brazos, pero Nina estaba demasiado alterada para darse cuenta. Forcejeé con el candado para aparentar, aunque sabía perfectamente cuál era la llave.

Abrí la tapa y el aire frío se derramó al exterior.

—Vamos —dije.

Lo levantamos juntas, Nina haciendo fuerza, llorando, apenas aguantando. Yo mantuve la calma y la concentración. Lo pasamos por encima del borde y lo metimos en el congelador con un golpe seco, y le coloqué las extremidades con cuidado para que cupiera. Nina no le miró la cara ni una sola vez.

Cerré la tapa de golpe y eché el candado.

Durante un segundo, ninguna habló.

—Lo hemos conseguido —dije, más por Victor que por Nina.

Nina se quedó mirando el congelador, con la cara pálida.

—¿Y ahora qué?

Me acerqué y le aparté el pelo de la cara, como lo haría una madre. —Tienes que irte a casa.

—¿A casa? ¡No puedo irme a casa!

—Tienes que hacerlo.

Le di las instrucciones: taxi hasta el centro, caminar un rato, taxi negro a casa, nombre falso, solo efectivo. Lo absorbió todo como una esponja, asintiendo frenéticamente.

—Tú no has estado aquí esta noche —dije con firmeza—. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí.

—Vete. Antes de que aparezca Marcus.

Salió corriendo.

Esperé hasta oír cerrarse la puerta principal, y entonces volví corriendo al congelador y lo abrí de golpe.

Victor estaba exactamente donde lo habíamos dejado, con los ojos cerrados, respirando superficialmente y temblando.

—Ya puedes levantarte —dije.

Abrió los ojos y se incorporó despacio, haciendo una mueca al tocarse la parte de atrás de la cabeza. Los dedos le salieron pegajosos de sangre,

sangre de verdad, de donde se había golpeado con el escalón.

—Joder, Flo, ¿de verdad tenías que echar el candado? —preguntó.

Esbocé una pequeña sonrisa. —Me pareció lo correcto en ese momento.

—Madre mía, cómo dolió —murmuró—. Menuda patada tiene la chica.

—Ya lo sé —dije—. Pero al menos no ha sido un desastre total. Creo que lo hemos reconducido.

Salió del congelador y se quedó de pie a mi lado, aún tambaleándose.

—¿Se lo ha creído?

—Eso parece. —Le tendí un taco de papel de cocina de la estantería—. Límpiate. Todavía nos queda trabajo.

Víctor se lo apretó contra la cabeza y me miró. —Pero no ha encontrado nada.

—Aún hay tiempo —dije, jugueteando con mi collar—. Marcus no va a ninguna parte.

36
LA CORREA
FLORENCE

Los días que siguieron al regreso de Victor de entre los muertos fueron un absoluto desastre.

Nina iba siguiendo el rastro de migas que le habíamos dejado, a duras penas, y no sin una intervención considerable por parte de Victor y por mi parte para mantenerla en el camino correcto. Él se ponía uno de los trajes de Marcus cada vez que necesitábamos dar la impresión de que mi marido seguía vivo, y se encargaba de Pinq cuando yo estaba físicamente con Nina y no podía enviar los mensajes yo misma.

Después de que le ordené a Victor que fuera a su piso a hablar con Cal, haciéndose pasar por Jack, fue cuando empezaron los problemas. Nina desapareció durante tres días tras la ruptura, bebiendo hasta perder el sentido en aquel piso miserable, hasta acabar teniendo un tropiezo que casi hizo que la arrestaran por confesar un asesinato que nunca ocurrió.

Nina se estaba volviendo errática e impredecible.

Necesitaba llevarla bien atada en corto.

En contra de mi buen criterio, decidí que había llegado el momento de revelarle el verdadero propósito de Pinq, haciéndome pasar por Marcus. Y no solo eso, sino que además logré convencerla de que se quedara en el apartamento libre para poder vigilarla más de cerca. La había dejado allí esa mañana, le había apretado el brazo de esa forma reconfortante de la que ya dependía, y le había dicho que tenía cita con un abogado.

Se lo había tragado, por supuesto. A esas alturas, Nina se tragaba todo lo que yo le decía.

Entré en el camino de entrada de casa y apagué el motor. Encontré a Victor en el garaje, colocando el nuevo arcón congelador en la posición donde había estado el anterior. Estaba sudando a pesar del frío, con la mandíbula tensa por la concentración mientras lo ajustaba centímetro a centímetro hasta que quedó al ras de la pared. Me asomé a la furgoneta que había alquilado y comprobé que todo estuviera en condiciones. El congelador viejo ya estaba dentro, sujeto con correas y bien asegurado al fondo.

—¿Estás seguro de que no se dará cuenta? —pregunté desde la puerta.

Victor se irguió y se limpió la frente con el dorso de la mano. —Es exactamente el mismo modelo, Flo. Misma marca, mismo año. Hasta le he hecho un arañazo en la esquina, igual que el viejo.

No pude evitar sonreír. —Estoy impresionada.

—Tú misma lo dijiste: tiene ojo para los detalles. No podemos arriesgarnos a que note que lo hemos cambiado, ¿no?

—¿Y el viejo?

—Ya está en la furgoneta. —Señaló hacia el camino de entrada sin mirarme.

—¿Cómo demonios lo has metido ahí tú solo? Tiene que pesar una barbaridad.

—Más de lo que parece —dijo, secándose la frente con el bajo de la camiseta—. Lo llevaré a la cabaña esta noche.

—¿Esta noche? No, tiene que ser ahora.

—¿Flo? ¿Por qué?

¿Tengo que explicarlo todo?

—Es una prueba. Solo quiero que *eso* desaparezca de aquí.

Se giró para mirarme de frente. —Tengo planes. He quedado con Steve para un par de—

—Ni hablar —dije con brusquedad—. Tienes que estar en otro sitio.

—¡Venga ya, Flo! Llevo más de una semana encerrado en esa maldita cabaña. Aún me da tiempo a volver para—

—Se supone que estás muerto, Victor.

—Bueno, ¿y cuándo puedo resucitar, eh? —Cuadró los hombros—. Me estoy volviendo loco aquí.

Parecía un niño perdido. Podría haber seguido regañándolo, pero con Victor había un momento para el palo y un momento para la zanahoria. Elegí lo segundo, acercándome para deslizarle las uñas por el pecho, haciéndole temblar, como siempre. Era patéticamente fácil redirigirlo.

—Pronto, mi amor —susurré—. Te lo prometo.

—No se suponía que iba a tardar tanto, Flo. No era lo que habíamos acordado.

—¿Es que no te emociona empezar nuestra nueva vida juntos?

Su expresión se fue suavizando poco a poco. —Sí.

—Entonces solo tenemos que mantenernos centrados unos días más —dije con una sonrisa cálida—. ¿Puedes hacerlo? ¿Por nosotros?

—Vale. —Suspiró—. Lo cancelo.

Mi mueca de desprecio volvió en el instante en que apartó la mirada de mi cara. Estaba hasta la coronilla de tener que controlarlo todo a mi alrededor.

—¿Está todo listo para esta noche? —pregunté por encima del hombro.

—Sí... puede.

—No pareces muy seguro.

—No estoy seguro de hacerlo en absoluto. ¿Y si alguien sale herido?

—No. Nina estará conmigo.

—¿Y su novio?

Negué con la cabeza con desdén. —De él me encargo yo.

Apoyándome en las puertas de la furgoneta, me impulsé para subir y echar un mejor vistazo al congelador, para confirmar que el candado seguía puesto. Sabía que era una locura, pero casi esperaba que *él* saliera de ahí de golpe en cuanto lo abrieran y me hundiera los dedos en la garganta.

—¿Te arrepientes? —preguntó Victor.

Arqueé una ceja. —¿De Marcus?

Asintió.

—Por supuesto que no —dije sin dudar, pasando las manos por la tapa —. Recibió exactamente lo que merecía.

—Ya sé que te hizo daño y—

—¿*Daño*? —repetí escandalizada—. Hizo algo mucho peor que eso. Me *faltó al respeto*.

—Supongo —dijo, inclinando la cabeza hacia el suelo.

—Ni siquiera tuvo la cortesía de plantar cara cuando le clavé el cuchillo en el costado —comenté—. Ese era Marcus: estoico hasta el final.

Victor parecía desconcertado; no tenía la inteligencia emocional necesaria ni para empezar a comprender lo que yo sentía por mi difunto marido. En muchos sentidos, que Marcus por fin me levantara la mano fue lo que me hizo saber que mi matrimonio había terminado. Nunca luchó por nosotros, y ese único acto de rebeldía me dijo que en realidad estaba luchando por otra persona.

—Podrías haberle dejado marchar y haberte ahorrado todo esto, Flo —murmuró Victor.

Tiré del candado una última vez. —Lo sé.

Me dirigí de nuevo hacia las puertas, y Victor me ayudó a bajar antes de cerrarlas. Me miró durante un largo momento, y vi algo cruzarle la cara: duda, quizá, o al menos el principio.

—¿Has hecho lo de Pinq que te pedí? —dije, girándome antes de que pudiera expresarlo.

Victor suspiró. —Sí. Le dije que tú eras la responsable de enviar ese artículo.

—¿Y?

—Parecía enfadada, pero no dijo gran cosa.

—Bien. —Sonreí.

—Sigo sin entender por qué me pediste que hiciera eso. Todo este juego con su cabeza no va a acabar bien.

—Todo estaba volviéndose demasiado pulcro. Si controlamos sus sospechas, controlamos las preguntas que hace.

—Estás jugando un juego peligroso, Flo.

—No es un juego —corregí—. No después de esta noche, al menos.

Victor cogió su chaqueta del banco de trabajo y se la puso. —¿Adónde la mandas ahora?

—De vuelta aquí. Voy a hacer que encuentre los recortes de periódico sobre Jack para confirmar lo que le contaste.

—¿Y eso no te preocupa? ¿Y si lo descubre?

—Nina no quiere descubrirlo —dije, empujando el nuevo congelador unos milímetros más cerca de la pared—. Quiere que le digan lo que significa.

Victor negó con la cabeza y se dirigió hacia la furgoneta, llaves en mano.

—¿Victor? —le llamé.

Se detuvo, con los dedos cerrados en torno a la manilla. —¿Qué?

—Te quiero.

Se derritió. —Yo también te quiero.

Me estremecí cuando se subió de un salto. Las palabras me habían salido con tanta facilidad que hasta yo casi me las había creído.

* * *

Humo. Lo tenía pegado a la piel.

Estaba de pie junto a Nina, atrapada detrás de la cinta policial, viendo cómo su deprimente piso ardía en llamas. Victor había hecho un trabajo bastante bueno provocando el incendio. Demasiado bueno, *si he de ser sincera*. Desde el aparcamiento, parecía que ya se había extendido a los pisos de arriba y de abajo, y no había ni rastro de Cal. No es que quisiera que muriera exactamente, pero resolvería un montón de problemas si así fuera.

Una camilla salió por la entrada principal.

Contuve la respiración, intentando distinguir si era Cal o no. La figura parecía la de un hombre, pero estaba cubierta de la cabeza a los pies con una sábana y estaba muy, muy quieta. El personal de la ambulancia no parecía ir con prisas; evidentemente, ya no se podía hacer nada por salvarlo.

Nina se tapó la boca con las manos. ¿Sería él? Le puse la mano en el hombro para llamar su atención, pero se la quitó de un sacudón, sin apartar los ojos de la entrada.

—Nina —susurré.

—No —espetó.

—¿Lo conocías?

—¡He dicho que no! —gritó, abriéndose paso a empujones entre la multitud hasta el borde—. ¡Cal! —le gritó al edificio—. ¡Cal!

No podía haber sido Cal.

A juzgar por su reacción, podría haber sido el vecino mayor al que le hacía la limpieza de vez en cuando. Había escuchado toda la conversación a través de Pinq la última vez que fue a verlo, y por lo que parecía, Mr Powell era un anciano encantador. Era triste que hubiera muerto, claro, pero no me importaba especialmente, la verdad. No iba a dejar que una muerte imprevista lo descarrilara todo a estas alturas.

Y entonces vi a Cal.

Tengo que reconocer que me llevé una pequeña decepción.

Estaba de pie, un bombero sujetándolo, con un brazo extendido en un ángulo extraño. Parecía haber salido arrastrándose de una mina de carbón, con una sudadera manchada a la que solo le quedaba una manga. Nina se coló por debajo de la cinta antes de que pudiera detenerla y corrió hacia él, hundiendo la cabeza en su pecho mientras hablaban.

Ese era el momento. Cada manipulación, cada maquinación, cada prueba colocada la habían conducido hasta ahí.

Ahora necesitaba darle espacio para que tomara la decisión final ella sola.

El móvil empezó a vibrarme en el bolso, y vi que era Victor quien llamaba. Nina cruzó la mirada conmigo un instante antes de que se llevaran a Cal a la ambulancia, y le dediqué un solo asentimiento; luego me escabullí entre la multitud. Arranqué el motor y di la vuelta, y solo contesté la llamada de Victor cuando estuve lejos de las sirenas.

—¡Me mentiste! —bramó, con la voz temblándole—. ¡El novio estaba dentro!

—No lo controlo todo, Victor —dije con calma—. Debió de volver sin que yo lo viera.

—¡Llevas semanas vigilando cada segundo de sus vidas, Florence! ¿Cómo has dejado que pase esto?

¿Florence? Vaya, alguien estaba cabreado.

—Ha sobrevivido, así que te estás alterando por nada —repliqué—. Además, el plan ha funcionado.

—¿Alguien más ha—?

—No —mentí rápidamente—. Sacaron a todos.

—¿Y la persona de la camilla?

Apreté el volante con más fuerza. —¿Victor? ¿Dónde estás?

—Mirando desde el otro lado de la calle.

Idiota.

—Escúchame con mucha atención. Tienes que irte. Ahora mismo.

—No le he visto levantarse. Tenía una sábana sobre la cara y—

—¡Vete! —repetí entre dientes—. ¡Ahora!

—¿Ha muerto?

Eché la cabeza hacia atrás un momento. —Sí. Era un anciano, posiblemente el vecino.

—¡Dios mío, Flo, he matado a alguien! ¡He matado a alguien de verdad!

Otra vez Flo cuando necesitaba que le hicieran de madre.

—Fue un accidente, ¿vale? —suspiré—. Daños colaterales.

—Le oí gritar. Ya estaba al final del pasillo cuando le oí, y no... no pude —

—Victor. —Mi voz salió cortante—. No sabías que estaba ahí dentro.

—¿Y eso cómo lo mejora? —Se le quebró la voz—. Un anciano ha muerto por mi culpa. Por culpa *tuya*.

Aquella chispa de duda crecía por momentos.

Suavicé la voz antes de hablar de nuevo. —Solo ve a la cabaña, ¿vale? Deja que yo cuide de ti.

—No puedo. Necesito—

—Te haré esa sopa que te gusta y pasamos una noche tranquila y acogedora en casa.

Sabía lo que Victor necesitaba: consuelo, cariño y mimos. Y, por encima de todo, la promesa de que seguíamos juntos en esto.

Odio haberme visto obligada a dárselo.

Hizo una pausa. —¿Y Nina?

—Va a estar bastante ocupada los próximos días. Cal tiene el brazo bastante quemado y—

—¡Dios mío! —gimió.

Jesucristo.

—Solo ve, ¿vale? —espeté—. Y apaga el maldito móvil.

Una ambulancia pasó a toda velocidad junto a mí justo cuando se cortó la llamada.

Ese era el momento en que debería haber sentido algo de culpa por lo que había pasado, pero nunca la sentí.

Además, nada de aquello era culpa mía.

La culpa era toda de Marcus.

37
EL RÍO
FLORENCE

El camino al corazón de un hombre pasa por su estómago.

Ese era el tipo de consejo trillado que me daba mi madre cuando empecé a salir con chicos en la adolescencia. Probé con eso y con más cosas: llené la barriga de Victor con sopa suficiente como para llenar una bañera, lo atendí de la cabeza a los pies y fui todo lo cariñosa que pude dadas las circunstancias, pero aun así no bastó. Mi querida madre olvidó decirme que existía un segundo camino al corazón de un hombre.

Uno con una tasa de éxito mucho mayor.

El somier chirriaba debajo de mí. Interpreté mi papel, clavando los dedos en el colchón, tirando de la sábana, mientras Victor estaba detrás, moviéndose con esa urgencia juvenil que me indicaba que creía que aquello significaba algo más que una simple transacción entre dos adultos. Me estremecí de asco cuando deslizó las manos de mis caderas a mis hombros. Empezaba a pensar que aquello se alargaría eternamente cuando noté que volvía a acelerar el ritmo. Luego su respiración se volvió entrecortada. Conté las grietas de la pared de enfrente hasta que por fin se quedó quieto.

Se apartó de mí, jadeando, y yo me subí el edredón para taparme el cuerpo sin ninguna ceremonia.

—¿Has acabado? —preguntó al cabo de un momento, con esa voz esperanzada y patética que ponen los hombres cuando buscan que los tranquilicen.

Giré la cabeza para mirarlo. —¿Tú *qué* crees?

Se le descompuso la cara. —Perdona. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Ya veo.

Me incorporé y cogí el móvil de la mesita de noche. Victor se apoyó en un codo, observándome con esos ojos de cachorro herido que me ponían la piel de gallina.

—Flo...

—Por Dios, tápate eso si vas a hablarme —espeté.

Con un suspiro, Victor buscó sus calzoncillos por el suelo del dormitorio y se los puso. El móvil de Cal seguía sin conectarse. Empezaba a preocuparme.

—¿Flo? —insistió.

—¿Qué pasa? —pregunté sin mirarlo.

—Creo que deberíamos hablar de...

—No hay nada de qué hablar, Victor. Hiciste lo que había que hacer, y el fuego funcionó. Nina está exactamente donde la necesitamos.

Se quedó callado un momento. —Ese anciano...

—Fue un accidente —dije con firmeza—. Uno que ya hemos comentado. Largo y tendido.

—Ya lo sé, pero...

—Pero nada. —Suavicé la voz lo justo—. Estamos muy cerca. Solo un poco más, y luego podremos dejar todo esto atrás. Empezar de cero. ¿No es eso lo que quieres?

Asintió, pero la duda seguía ahí, titilando detrás de sus ojos.

Tuve que darme la vuelta antes de que me viera poner los ojos en blanco.

Después de su crisis por el incendio, no había dejado de darle vueltas a todo, cuestionándoselo todo y amenazando con largarse. Tenía que hacer algo para meterlo en vereda, así que hice lo que mejor se me daba: me acosté con él. Necesitaba que estuviera centrado, y el sexo siempre había sido la forma más rápida de hacer que Victor recuperara el foco y recordarle aquello por lo que supuestamente estábamos trabajando.

El móvil me vibró en la mano.

Miré la pantalla y sentí que el pulso se me desbocaba.

Alerta de Pinq: el móvil de Cal en línea.

El usuario está intentando eliminar la aplicación.

—Por fin —murmuré.

—¿Qué pasa? —preguntó Victor, inclinándose.

Aparté el móvil. —Nina está intentando borrar Pinq. El móvil de Cal acaba de conectarse.

Abrí el panel de control y observé cómo la ubicación de Nina aparecía en el hospital. Probablemente se creía muy lista, apagando el móvil y escabulléndose para borrar la aplicación cuando pensaba que Marcus no podía oírla.

Pobre Nina.

Abrí la interfaz de texto a voz y empecé a teclear.

¿Me echabas de menos?

En la pantalla, vi que la ubicación de Nina se detenía. Había dejado de caminar.

No puedes simplemente borrar la aplicación y hacer que desaparezca, Nina.

Ya lo intentaste.

Victor se incorporó del todo, leyendo por encima de mi hombro. —¿Qué estás haciendo?

—Lo que debería haber hecho hace días —dije, tecleando más deprisa—. Acorralarla.

Fui alternando entre las amenazas: las grabaciones, los contactos, el correo de Cal precargado con pruebas. Las respuestas de Nina llegaban convertidas de voz a texto, frenéticas y suplicantes.

Entonces envié el último mensaje.

Tienes veinticuatro horas para decírmelo.

No volveré a preguntarlo.

Bloqueé el móvil y lo tiré sobre la cama, bastante satisfecha conmigo misma.

—Vístete —dije, poniéndome de pie—. Tienes que ir a la casa.

Victor parpadeó. —¿Ahora?

—Sí, ahora. Nina va a llamarme en cualquier momento, y necesito enviarla allí a buscar mi portátil. Tú tienes que llegar primero.

—¿Por qué?

Me puse la bata y me la até a la cintura. —Porque quiero que destroces la casa.

Arqueó las cejas. —¿Que destroce la casa?

—El garaje, el salón... que parezca que Marcus ha vuelto hecho una furia: rompe cosas, vuelca los congeladores...

—Florence...

—Venga, esta parte te va a gustar —dije con una leve sonrisa—. Piensa que es una venganza por todo lo que nos hizo pasar.

—Supongo.

—¿Por qué no destrozas esos coches tan preciados? No sé... diviértete un poco.

La expresión de Victor cambió. Por primera vez desde el incendio, vi algo parecido al entusiasmo. —¿El todoterreno también?

—Quédatelo, me da igual. Solo que resulte convincente.

—¿Y cuando Nina aparezca? —preguntó.

—No sé, asústala, persíguela un poco. Haz que piense que Marcus está desquiciado y es peligroso. —Hice una pausa—. Pero que no te vea la cara; mantenla aterrorizada y vendrá corriendo aquí.

Ya se estaba poniendo los vaqueros. —¿Y la bolsa de huida? ¿La dejo?

—No. Coge el dinero y el pasaporte. Deja su anillo. —Me miré en el espejo que había encima de la cómoda—. Quiero que piense que Marcus planea desaparecer. Hará que todo lo demás resulte más creíble.

Victor cogió su chaqueta y las llaves. —¿Y la vecina?

—La llamaré cuando todo esté en su sitio. Para entonces, Nina estará inconsciente en el suelo y Marcus estará colocado exactamente donde lo necesitamos.

—¿Segura de que funcionará?

Me volví para mirarlo de frente. —Tiene que funcionar. No nos queda tiempo ni opciones. Ahora, vete.

Me dio un beso —rápido y mecánico— y se fue.

Escuché sus pasos bajando las escaleras, la puerta de la calle abriéndose y cerrándose, y el sonido de la furgoneta alquilada arrancando.

Entonces cogí el móvil y esperé la llamada de Nina.

* * *

Después de lo alterada que sonaba Nina por teléfono, estaba segura de que Victor le había dado el susto de su vida.

Casi me sentía orgullosa de él.

Se le notaba en cómo se sostenía cuando por fin llegó a la casa de campo: encorvada, temblando y con los ojos saltando hacia cada sombra. Había conducido hasta aquí creyendo que Marcus había destrozado su propia casa en un ataque de rabia y que casi la había pillado en la puerta. En realidad, había sido Victor con un pasamontañas todo el tiempo, siguiendo mis instrucciones al pie de la letra por una vez en su vida.

El rastreador GPS había sido un buen detalle. Se lo había colocado en el coche semanas atrás, justo después del accidente. Había cumplido su función a la perfección: primero para vigilarla y luego como combustible para su paranoia. Escucharla pegarlo en el coche de aquella familia había sido casi divertido. Quizá empezaba a pegárseme algo de eso.

Ahora estaba aquí, a salvo en la casa de campo, bebiendo mi vino y tomándose mi sopa como si aquello fuera algún tipo de refugio.

—Seguro que Cal estará bien —dije, recogiendo la mesa—. Está en buenas manos.

—Ni siquiera sabe lo mucho que estamos en peligro... apenas le he contado nada.

—Créeme, es lo mejor.

—¿En serio? Seguramente piensa que estoy muerta en una cuneta.

—Escucha, vosotros dos lo arreglaréis cuando todo esto acabe. Te lo prometo.

Nina arqueó las cejas. —Eso espero.

—Y cuando lo hagáis, disfruta cada segundo con ese chico, ¿vale? —dije, poniendo calidez en la voz—. Incluso cuando se comporte como un imbécil.

Pareció ablandarse con eso.

Me acerqué al portátil e hice como que navegaba por el servidor de Pinq, fingiendo buscar archivos relacionados con Nina. En realidad, ya lo tenía todo preparado. Algunas grabaciones de audio eran de la época de Megan, cuidadosamente editadas para que pareciese que Nina era de quien hablaba Marcus. Había vídeos de Nina husmeando por la casa y mensajes de texto fabricados entre ellos, ya guardados en su móvil. Aunque le había roto la pantalla, la policía podría recuperar los datos cuando lo entregase. Juntarían todas las piezas y pensarían exactamente lo que yo quería que pensaran.

Nina y Marcus tenían una aventura.

Y terminó de golpe cuando ella lo siguió hasta la casa de campo y lo apuñaló en el pecho.

—¿Quieres hacer los honores? —pregunté, girando el portátil hacia Nina.

Titubeó y luego hizo clic en eliminar.

La carpeta desapareció.

Por supuesto, yo tenía copias de seguridad. *Múltiples* copias de seguridad. Pero Nina no necesitaba saber eso.

—¿Sopa? —anuncié, levantándome.

El resto de la velada transcurrió exactamente según lo planeado. Le serví vino, la dejé hablar, fingí preocupación cuando preguntó por llamar a Cal. Cuando sacó el tema de Megan, solté la confesión ensayada: la aventura de Marcus y Megan, la paliza en la sala de juegos, el dinero, Portugal. Simplemente omití las partes que importaban, pero Nina se lo tragó todo igualmente, con los ojos muy abiertos por la compasión. Incluso entonces, seguía creyendo que éramos iguales: dos mujeres atrapadas por hombres violentos, supervivientes unidas por un trauma compartido.

Resultaba casi insultante.

Tras enjugarme las lágrimas de cocodrilo, por fin me puse de pie con el portátil bajo el brazo.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A la cama. Las dos tenemos un día importante mañana, así que te sugiero que hagas lo mismo —dije, agarrándome a la barandilla—. La habitación de invitados no está preparada, pero puedo...

—No hace falta. —Sonrió—. El sillón está bien.

—Hay mantas de sobra en el baúl. Despiértame si necesitas algo más.

—Estaré bien.

Nina se acomodó en el sillón con sus mantas, y yo subí las escaleras.

En el dormitorio, puse la alarma a las dos de la madrugada y me tumbé vestida.

Todo estaba en su sitio.

Solo faltaba el acto final.

* * *

Me desperté con la alarma y bajé las escaleras a oscuras sin hacer ruido. Asomé la cabeza, esperando verla profundamente inconsciente después de haberle echado unas cuantas pastillas de diazepam machacadas en el vino. No las suficientes para matarla, por supuesto, solo las necesarias para mantenerla fuera de combate varias horas. El tiempo suficiente para que Victor trajese el cuerpo de Marcus, lo colocase en la cocina y montase la escena.

Pero no estaba allí.

Al principio creí que me estaban jugando una mala pasada los ojos, hasta que oí un quejido, así que bajé volando los últimos escalones y entré corriendo en la cocina. En lugar de que Marcus estuviese tendido sobre las baldosas, Nina ocupaba su lugar, con la boca abierta y una brecha en la sien. Victor tenía el brazo colgando sobre el fregadero, intentando contener la sangre con un paño de cocina.

—¿No decías que la ibas a drogar? —siseó Victor por encima del hombro.

—¿Qué ha pasado?

—¡Que se ha despertado, eso es lo que ha pasado! —Me enseñó la puñalada del brazo—. Y luego me ha clavado ese cuchillo.

Me agaché sobre Nina. Parecía totalmente inconsciente, pero le di un toque con el pie para asegurarme. El pecho le subía y le bajaba, pero no sentía nada.

—Tenemos que meter a Marcus aquí —dije con el pecho agitado—. No nos queda mucho tiempo.

—¡No! Necesito ir al hospital.

—A ver, déjame mirar —dije, extendiendo la mano.

Victor había tenido suerte. El cuchillo debió de fallar las venas principales del brazo, pero aun así parecía doler de muerte. El corte era profundo, la sangre empapaba el trapo más rápido de lo que él podía absorberla. Necesitaría puntos, pero eso tendría que esperar.

—Es solo un rasguño.

Su risa fue más furiosa que divertida. —Eres increíble.

—No te ha reconocido, ¿verdad?

—No. Creyó que yo era Marcus.

Entrecerré los ojos. —¿Cómo?

—No lo sé... iba tambaleándose por todas partes antes siquiera de verme, y yo llevaba eso puesto —dijo, señalando un pasamontañas a un lado—. Le golpeé la cabeza contra la encimera cuando me apuñaló y se quedó frita.

Perfecto.

—Lo has hecho bien —dije, cerrando los dedos alrededor de su brazo bueno.

—¿En serio?

—¡Sí! Esto es impecable, ¿no lo ves? *De verdad* creerá que lo ha matado.

Los ojos de Victor se desviaron hacia Nina y luego volvieron a mí. —¿Se acabó?

Cogí el botiquín de debajo del fregadero y empecé a vendarle el brazo a Victor. Me miraba como si le estuviera haciendo un favor, pero en realidad simplemente no necesitaba que su sangre contaminase la escena que estábamos a punto de montar.

Las piernas de Nina dieron una sacudida.

—¿Dónde está Marcus? —susurré.

—Todavía en la furgoneta.

Me apreté las sienes con los dedos.

—Todavía en la... —Me contuve—. ¿Por qué no está dentro?

Resopló. —Estaba un poco ocupado.

—Vale. Vale. —Me obligué a pensar—. Tenemos que moverlo antes de que *ella* se despierte.

Victor se dirigió a la puerta trasera, sujetándose el brazo, y yo lo seguí hasta la furgoneta alquilada aparcada detrás de la casa de campo. Abrió las puertas de atrás, subió y me ayudó a entrar. No teníamos ni idea de cuánto tardaría Marcus en descongelarse, así que el congelador llevaba desenchufado desde que Victor lo llevó allí. Aún estaba frío al tacto.

No esperaba sentir nada al levantar la tapa.

Todo un matrimonio me vino de golpe en cuanto vi la paz en su rostro. No solo las discusiones y las humillaciones, sino también las partes buenas.

La complicidad. Las risas. El amor.

Quizá una parte de mí sí lo lamentaba.

Victor se acercó, preparándose para ver a Marcus, pero le puse la mano en el pecho para detenerlo.

—Antes de que mires, tengo que decirte algo —anuncié.

Dio un paso atrás. —¿Qué?

—Él, eh, no está solo.

Se le fue el color de la cara. —¿Quién...?

—Megan —dije rápidamente—. Ella también está ahí dentro.

Se había presentado en la casa después de que yo descubriese su aventura, borracha y suplicando verlo. La obligué a confesar la aventura, luego cogí el cuchillo más afilado que guardábamos detrás de la barra y le rajé el cuello con él sin dudarlo. Megan exhaló su último aliento ahogado cuando Marcus entró corriendo en la sala de juegos y vio lo que había hecho.

Entonces lo apuñalé a él también.

—¿La mataste? —jadeó Victor.

—Sí. Ella tenía tanta culpa como él.

—Joder, Florence, yo...

—Esto no cambia nada. Metemos a Marcus ahí dentro y Nina carga con la culpa.

—¡Lo cambia todo! ¿Qué coño vamos a hacer con ella?

Apreté la mandíbula mientras miraba más allá de Marcus, hacia Megan debajo de él. Marcus tenía que ser encontrado. Era alguien conocido, alguien a quien echarían de menos, y yo los había mantenido a raya diciendo que estaba ocupado con el negocio durante mucho más tiempo del que debería.

En cuanto a Megan, no le importaba a nadie, al menos a nadie vivo.

Su nombre no merecía ser pronunciado nunca más.

—Tírala al río, me da igual. —Me encogí de hombros—. Nadie la echará de menos.

QUINTA PARTE
LA GANADORA

38
LAS SIRENAS
NINA

Florence me lo había contado todo como si me estuviera leyendo un cuento de buenas noches.

Estaba sentada en el sillón donde yo había dormido la noche anterior, con las piernas cruzadas y el café en equilibrio sobre la rodilla, y me lo desgranó todo con la precisión despreocupada de quien repasa un itinerario de vacaciones. Cada manipulación, cada semilla plantada, cada mentira disfrazada de amabilidad: me lo fue explicando todo sin un ápice de vergüenza. Si acaso, parecía orgullosa. Era la primera conversación sincera que habíamos tenido, y odié cada segundo.

Eso sí, habló con claridad. Al menos se lo agradecí.

—Tengo preguntas —empecé.

—No me cabe duda —observó.

—¿De verdad se cruzó un gato en la carretera antes de que me estrellara contra ti?

Se rió de verdad al oír eso. —No, Nina, no se cruzó.

Eché un vistazo por la ventana lateral. —Eres una sociópata —murmuré.

—¿Eso es lo mejor que se te ocurre?

—Bonito detalle lo de pasear a Victor esta mañana, por cierto. ¿Se le ocurrió a él, o a ti?

—Él no piensa.

Pobre Victor.

—Joder... —dije, casi riéndome.

—¿Qué? —preguntó.

—Lo llevamos hasta aquel congelador, y estuvo vivo todo el maldito rato —expliqué—. Si algún día se cansa de incriminar a mujeres inocentes, tiene una carrera esperándole en la gran pantalla. —Ladeé la cabeza—. Tú también.

Florence frunció el ceño. —Hicimos lo que teníamos que hacer.

—Oh, las dos sabemos que fuiste mucho más allá —dije, negando con la cabeza—. Tres personas están muertas y Cal está en el hospital porque te pusieron los cuernos. *Menuda tragedia*.

—¡Los maté porque me faltaron al respeto! —corrigió—. Hay una diferencia.

—Mr Powell no lo hizo, ¿verdad? Ni siquiera lo conocías.

—Su muerte fue desafortunada, pero los otros dos...

—Su único crimen fue enamorarse —terminé por ella—. Y me tenías fregando el suelo encima de sus cadáveres, enferma.

—Marcus lo tenía todo. La casa, los coches, el negocio que yo construí de la nada. ¿Y qué hizo con ello? Lo tiró todo por la borda por una chica que no merecía ni llevarme el bolso.

—¿Qué hiciste con su cuerpo?

Le dio un sorbo al café. —¿Importa?

A alguien le importaba. Le importaba a la familia que había denunciado su desaparición, y a quien hubiera publicado aquel llamamiento en el *Manchester Evening News*, aún con la esperanza de que cruzara la puerta.

—Te vas a pudrir en el infierno por esto —dije.

Florence se rió. No fue una risa cruel ni teatral. Fue la risa genuina y ligera de una mujer que ha oído algo que le parece levemente gracioso, y eso era mucho peor.

—Nina, llevo años en el infierno. Al menos ahora tendré compañía.

La miré incrédula, buscando un atisbo de humanidad detrás de aquellos ojos muertos. Pero no había nada, solo la tranquila satisfacción de una mujer que había ejecutado un plan y ahora admiraba su propia obra. Por eso estaba tan deseosa de contar la verdad. Apostaría a que llevaba semanas muriéndose de ganas.

—La verdad es que tengo que quitarme el sombrero por lo de Pinq, por cierto —dije, apoyando los codos en las rodillas—. Estabas reuniendo pruebas antes siquiera de que nos conociéramos.

Florence se encogió ligeramente de hombros. —Fue una de mis mejores ideas.

—Pero es una locura. Seguro que lo ves, ¿no?

—No, la verdad es que no.

—Y ahora voy a pasarme el resto de mi vida pagando por tus crímenes.

—Oh, pero te di todas las oportunidades para escapar, Nina. El dinero, el billete de avión...

—Me diste a elegir entre la cárcel y el exilio —la corté—. Eso no es una oportunidad, Florence.

Ladeó la cabeza, como concediendo un punto menor en un debate. —Quizá.

Mis ojos se desviaron hacia la cocina, hacia las baldosas donde me había despertado en un charco de sangre que no era mía. Cada superficie de aquella cabaña era una escena del crimen, y yo estaba sentada en medio de todo, cubierta de pruebas que apuntaban en una sola dirección.

Entonces lo oí.

El sonido era lejano al principio, pero se acercaba. El inconfundible aullido bitonal de las sirenas atravesando el valle. Florence levantó ligeramente la barbilla, con las fosas nasales dilatadas como si pudiera olerlas acercarse. Dejó la taza con una precisión innecesaria y se puso de pie, alisándose la parte delantera de la bata.

—Justo a tiempo —murmuró.

—Tengo una última pregunta antes de que me lleven —anuncié.

—Date prisa —dijo—. No tendrás otra oportunidad.

—¿Por qué me has contado todo eso? —pregunté—. ¿Vanidad? ¿Regodeo?

—Porque ya no importa —respondió sin más—. Puedes gritarlo a los cuatro vientos si quieres. No hay ni una sola prueba que respalde tu versión de los hechos, y hay un montón que respalda la mía.

Mis ojos bajaron al cojín en el que ella se apoyaba y me obligué a no mirar dos veces.

Tenía razón. Visto desde fuera, la historia era perfecta. Yo era Nina Stevenson, una mujer con un pasado violento que se había colado en la vida de los Harrow, había seducido al marido y luego lo había asesinado cuando todo estalló. Florence era simplemente la esposa inocente que había intentado ayudar a una joven problemática y había pagado el precio.

Casi admiré la ejecución.

Casi.

Se acercó al espejo que había sobre la repisa de la chimenea y empezó a retocarse: tirándose del pelo hasta dejarlo lo bastante despeinado, presionándose con las yemas de los dedos debajo de los ojos para provocarse algo de enrojecimiento. Se pellizcó las mejillas con suficiente fuerza para dejarse marcas, y luego se giró hacia mí con una expresión tan perfectamente calibrada entre la pena y el terror que se me puso la piel de gallina.

—Y el *Óscar* es para... —murmuré entre dientes.

La luz azul empezó a pintar las paredes de la cabaña a través de las ventanas en largos pulsos intermitentes. Unos neumáticos crujieron sobre el camino de tierra. Portazos. Voces, urgentes y secas, llegaron a través de la ventana rota de la cocina.

Florence se volvió hacia mí por última vez, con los labios apenas moviéndose. —Por lo que pueda valer, Nina, siento que hayas tenido que ser tú.

—No, no lo sientes.

Me sostuvo la mirada un instante de más, y luego la máscara cayó. Corrió hacia la puerta de entrada y la abrió de un tirón antes de que pudieran llamar, y el sonido que le salió de la boca fue la actuación más convincente que había presenciado en mi vida.

—¡Socorro! ¡Por favor, ayúdenme! —gimió, desplomándose en los brazos del primer agente que cruzó la puerta—. ¡Ha sido ella! ¡Ha asesinado a mi marido!

Dos agentes uniformados entraron detrás del primero, y la cabaña de repente pareció demasiado pequeña. Uno de ellos guio a Florence hasta el sillón donde había estado repantigada momentos antes, envolviéndole los hombros con una manta mientras ella sollozaba con las manos en la cara. El otro vino directo a por mí.

—No se mueva —dijo, con la mano cerca del cinturón.

—No voy a ir a ninguna parte —respondí.

—¿Es usted Nina Stevenson?

—Sí.

—Queda detenida por presunto asesinato. Tiene derecho a guardar silencio, pero puede perjudicar a su defensa si no menciona durante el interrogatorio algo en lo que luego se base ante el tribunal. Todo lo que diga podrá ser utilizado como prueba.

Apenas podía oír las palabras. Las había oído años atrás, de pie junto a Jack con un cuchillo de cocina en la mano. Entonces estaba aterrorizada. Esta vez sentí algo completamente diferente.

Calma.

—¿Lo entiende? —preguntó el agente.

—Perfectamente —dije.

Me pusieron las esposas. El metal estaba frío contra mis muñecas e hice una mueca cuando el cierre se apretó. Una agente empezó a cachearme mientras yo mantenía los ojos fijos en Florence al otro lado de la habitación. Estaba haciendo su mejor trabajo: agarrada a la manta, secándose los ojos, con la voz temblorosa mientras relataba una versión de los hechos que no guardaba ningún parecido con la realidad.

—Estaba obsesionada con mi marido —sollozó Florence—. Intenté ayudarla, le di un trabajo, un lugar donde quedarse, y así es como me lo pagó.

Podría haber gritado. Podría haberme lanzado a un relato frenético y atropellado de todo lo que ella acababa de confesar delante de la chimenea. Pero sabía exactamente cómo quedaría: desequilibrada, desesperada y culpable. Ya había jugado esa carta con Jack, y entonces tampoco había funcionado.

Así que no dije nada. Me quedé allí de pie con mis esposas, viendo llorar a Florence, y esperé.

Un detective con traje gris llegó unos minutos después, agachándose al pasar por el marco bajo de la puerta y recorriendo la habitación con la mirada, con esa fatiga específica de alguien a quien han sacado de la cama para esto. Habló brevemente con los agentes, echó un vistazo a la cocina y luego se acercó a donde yo estaba.

—Señorita Stevenson —dijo, sacando una libreta—. ¿Hay algo que quiera decirme antes de que nos vayamos?

—Ahora mismo no —dije—. Pero lo haré.

—De acuerdo. —Tomó nota, luego miró alrededor—. ¿Lleva un teléfono móvil encima?

—Sí.

—¿Dónde está?

Señalé con la cabeza hacia el sillón donde Florence estaba gimoteando. —Está sentada sobre él.

El detective frunció el ceño, pero se acercó. —Señora Harrow, ¿podría levantarse un momento, por favor?

Florence lo miró parpadeando, con cara de absoluto desconcierto. —¿Disculpe?

—Solo un momento.

Se levantó, y el detective metió la mano entre el cojín y el reposabrazos. Sacó el teléfono de Cal, y la pantalla se encendió cuando lo giró en la mano. La aplicación de grabación que yo había puesto en marcha la noche anterior seguía activa, con el pequeño temporizador aún en marcha.

10:47:23.

La cara de Florence pasó por unas seis expresiones en el espacio de un segundo: confusión, reconocimiento, incredulidad, furia, y luego algo que no le había visto nunca.

Miedo.

—¿Qué es...? —empezó.

—¿Recuerdas cómo llamaste a Cal anoche? —pregunté.

—¿Qué? No, yo no...

—Lo llamaste payaso —la corté—. Un insulto un poco raro para una mujer como tú, ¿no crees?

—No entien...

—Me dijiste que «atesorara» cada segundo con ese «chaval», incluso cuando se comporta como un «payaso».

Los labios de Florence se abrieron, pero no salió ningún sonido.

—Esas no eran tus palabras, Florence, eran de Mr Powell. Me las dijo un lunes por la mañana mientras yo limpiaba su piso, y no había nadie más en la habitación. —Le sostuve la mirada—. Pero tú estabas escuchando, ¿verdad?

El detective detuvo la grabación y retrocedió a un punto cualquiera. A Florence le fallaron las rodillas cuando oyó su propia voz reproducida, nítida e inconfundible a través del altavoz del teléfono.

—...Tengo un montón de pruebas en tu contra.

Una tos, luego mi pregunta. —¿De verdad maté a Marcus anoche?

—No —dijo su voz, alta y clara—. Lo hice yo hace semanas.

A Florence se le salieron los ojos de las órbitas.

—Tú estabas escuchando, pero yo también —añadí.

El detective le dio a pausa, y el silencio que siguió fue tan completo que podía oír el río de fuera.

Casi sentí lástima por ella.

Casi.

—Todo está en esa grabación, agente: todo, de pe a pa —dije, recorriendo a Florence con la mirada—. A esta le encanta hablar.

—Vas a pagar por esto, Nina —escupió.

—Oh, pero te di todas las oportunidades, Florence —me burlé—. Pero no pudiste evitarlo, ¿verdad?

El detective nos miró a una y a otra, claramente esforzándose por procesar lo que estaba oyendo, pero la grabación hacía gran parte del trabajo. No necesitaba entender aún el panorama completo. Solo necesitaba una causa probable, y tenía más de diez horas de grabación.

—Florence Harrow —comenzó—. Queda detenida por presunto asesinato.

No se resistió. No gritó, no lloró ni se lanzó a otra actuación. Se quedó allí de pie, con los brazos a los costados, y dejó que el agente le pusiera las esposas. La manta que le habían dado cayó al suelo, y no la recogió. Por primera vez desde que la conocía, aparentaba su edad: cansada, pequeña y completamente derrotada.

Nos sacaron a las dos fuera.

El sol empezaba a abrirse paso entre las nubes del valle, pintando las cimas de las colinas en tonos de oro pálido. Dos coches de policía estaban aparcados en el camino de tierra con las luces aún encendidas, y un tercero llegaba detrás. Aspiré el aire frío de la mañana y sentí que algo se movía dentro de mí, no exactamente alivio, pero sí cómo se aflojaba un nudo que llevaba semanas tensándose.

Florence iba delante de mí, guiada hacia el primer coche. No miró atrás.

Una agente me acompañó hacia el segundo, con una mano en mi codo, y abrió la puerta trasera. Me agaché para entrar, pero me detuve cuando la estática crepitó en la radio enganchada al cinturón del agente que estaba junto a la puerta del conductor. Levantó un dedo para indicarme que esperara y se inclinó hacia la radio.

La voz al otro lado se oía lo bastante fuerte como para que la escuchara todo el valle.

—Sargento, no se lo va a creer, pero acabamos de parar una furgoneta Transit en la carretera comarcal cerca de Castleton. El tipo tiene una puñalada en el brazo y un cuerpo en un maldito congelador en la parte de atrás. No suelta prenda, pero está temblando como un flan.

El agente me miró a mí, luego a Florence, luego de nuevo a la radio.

—Recibido. Aseguren la zona. Vamos para allá.

Florence giró la cabeza de golpe. Durante un breve segundo, nuestras miradas se cruzaron a través del camino de tierra, y lo vi todo derrumbarse detrás de sus ojos: cada hilo de cada plan que había tejido, deshaciéndose en tiempo real.

Me metí en el coche de policía y la puerta se cerró.

EPÍLOGO

NINA

Megan se había quedado dormida con una patata frita en la mano.

Estaba despatarrada en la trona con la boca entreabierta, un puñito cerrado alrededor de un trozo blando de *batata frita* que había estado agitando hacia una gaviota antes de que el agotamiento pudiera con ella. El pájaro seguía dando vueltas, esperanzado y caradura, como casi todo lo que quería algo.

—Anda, se ha dormido —dijo Cal, alargando el brazo por encima de la mesa para apartarle un mechón de pelo de la frente—. Eso tiene que ser algún tipo de récord.

—Veintitrés minutos —confirmé—. Nueva marca personal.

—De verdad que es tan cabezota como su madre, ¿eh?

—¡Cuidadito! —le advertí.

Se reclinó en la silla y levantó la cara hacia el sol, y me permití mirarlo un momento. Ahora llevaba camisetas de manga larga para tapar las cicatrices, pero se había puesto moreno de cara en solo dos días, y había algo en la forma en que la luz le daba en los ángulos de la mandíbula que lo hacía parecer más joven de lo que se había visto en meses. La paternidad, extrañamente, le sentaba bien. Había suavizado las aristas que yo llevaba años afilando, y se lo agradecía en silencio. Dormía menos, eso estaba claro, pero sonreía más, y, bien mirado, aceptaría ese trato una y otra vez.

—¿Qué miras tanto? —me preguntó.

Negué rápidamente con la cabeza, con una sonrisilla. —Nada.

Estábamos en un restaurante portugués tradicional en los acantilados a las afueras de Lagos, de esos sitios con manteles de papel y sillas de plástico y unas vistas tan absurdamente bonitas que no parecían reales. El Atlántico se extendía debajo de nosotros, turquesa y sereno, y los acantilados de arenisca a cada lado brillaban de color miel bajo el sol de última hora de la tarde. El aire olía a pescado a la brasa, sal y crema solar. Se estaba bien. Por primera vez en mucho tiempo, no sentía que estuviera interpretando el papel de una persona que lo está pasando bien. De verdad lo estaba pasando bien.

Jean apareció desde el interior del restaurante con tres copas de vino blanco y un cuenco de aceitunas.

—Anda, se ha dormido —comentó.

Cal sonrió. —Ya era hora.

—Bueno —dijo, dejándolo todo en la mesa—. He pedido una bandeja de marisco para tres. No he preguntado cuánto costaba, y os sugiero que vosotros tampoco.

—¿Una bandeja de marisco? —repetí, cogiendo una copa—. Suena encantador.

Frunció el ceño. —Cállate y bébete el vino, Nina.

Me callé y me bebí el vino.

Jean se acomodó en la silla a mi lado y miró hacia el agua, con las gafas de sol subidas al pelo. Tenía la nariz un poco colorada, pero lo negaría si se lo mencionaba. Eso implicaría admitir que su moreno de todo el año salía de un bote y que no era la diosa bronceada que aparentaba ser.

—Las vistas no están mal, ¿eh? —dijo, dando un sorbo al vino.

—Nada mal —coincidí.

—¡Eh, creo que se ve África desde aquí!

Seguí su mirada. —Tía, eso sigue siendo Portugal.

—Da igual —desestimó—. Es lo mismo.

Cal soltó una risa por la nariz en la cerveza, y crucé una mirada con Jean mientras las dos sonreíamos. Algo en lo nimio de ese intercambio, en su normalidad, me provocó un dolor en el pecho que no esperaba. Tres años atrás, yo estaba en la parte de atrás de un coche de policía con sangre bajo las uñas, aterrorizada ante la idea de no poder volver a disfrutar de momentos pequeños como ese nunca más.

Pero lo hacía.

El juicio tardó once meses en llegar a los tribunales. Florence se declaró inocente, por supuesto, y a continuación ofreció una actuación que habría dejado en ridículo su audición en la cabaña. Lloró, tembló, habló de Marcus con una ternura devastada que casi me convenció. Pero mi grabación secreta se sostuvo: cada palabra, cada confesión, cada revelación casual de un asesinato soltada mientras tomábamos café. Las deliberaciones duraron menos de cuatro horas. Poco después, Florence fue condenada a cadena perpetua con un período mínimo de treinta y dos años, y Victor recibió veintidós. Su abogado intentó alegar coacción, pero el cadáver medio congelado en la furgoneta era difícil de vender.

En cuanto a mí, la Fiscalía de la Corona retiró los cargos en menos de una semana tras mi detención, una vez escucharon la cinta, y me soltaron antes de que aquello se acercase siquiera a un juicio. Mi abogada lo calificó como la autoinculpación más completa con la que se había topado en veinte años de derecho penal, y lo dijo con una especie de admiración profesional que, la verdad, me resultó un poco incómoda.

—Joder, ¿dónde está la comida? —preguntó Jean, frotándose la barriga —. ¿Es que lo están pescando ellos mismos?

—¡Si lo has pedido hace cinco minutos! —señaló Cal.

—Ya, pero ¿cuánto se puede tardar en hacer un pescado a la plancha?

—Más de cinco minutos —comenté—. Por lo visto.

Cal me lanzó una mirada y yo le devolví la sonrisilla.

La verdad es que los primeros meses después de lo de la cabaña fueron duros. Cal y yo lo reconstruimos poco a poco, sin grandes gestos ni reconciliaciones entre lágrimas, simplemente estando el uno para el otro. Él

venía a mi piso nuevo los martes a ver la tele y traía sobras de curry del restaurante de la calle de abajo para el que hacía repartos. Yo me quedaba en el suyo fines de semana alternos, que poco a poco pasaron a ser todos los fines de semana, y antes de darme cuenta estaba metiendo mis cosas en cajas y volvíamos a vivir juntos.

Volví a limpiar casi de inmediato, no porque no me quedase otro remedio, sino porque resultó que se me daba de maravilla y la rutina me ayudaba. A lo largo de unos seis meses, reconstruí mi cartera de clientes desde cero, con cuidado de rechazar a cualquiera de quien sospechase, aunque fuera mínimamente, que tenía un arcón congelador. Al final de ese año, estaba entrevistando a otras chicas para que trabajasen para mí. Al empezar el segundo año, no había tocado un guante de goma en meses porque estaba demasiado ocupada gestionándolo todo desde nuestra pequeña oficina en el centro.

Supongo que al final algo de Florence se me había pegado.

—Nina —me llamó Cal, señalando a Megan con la cabeza entre trago y trago de cerveza.

Me giré y vi que tenía el cuello en un ángulo raro, así que la recolocé y le hice cosquillas suavemente en la barbilla.

—¿Mejor? —sonreí.

—Deberíamos meterla en el carrito. El cuello está…

—¡Cal! Está bien.

Megan llegó la primavera siguiente, nueve meses después de un fin de semana en el Lake District que Cal aún describía como las mejores cuarenta y ocho horas de su vida. Salió gritando, roja y furiosa, con un agarre lo bastante fuerte como para doblarle el dedo a la matrona. A Cal no le hizo demasiada gracia ponerle ese nombre, pero a mí me gustaba, y era mi pequeña forma de honrar la memoria de una desconocida. Al final, me dejó decidir a mí después de que le señalara que la de las estrías y los puntos era yo.

—Todavía no me puedo creer que no hubieras salido nunca del país —le dijo Cal a Jean.

—Iba cagadita en el avión —añadí—. Era para morirse de risa.

—¡No es verdad! —replicó ella.

—En serio, ¡tengo moratones de cómo me apretaba la mano! —dije, levantándola.

Jean me dio un manotazo en el brazo. —¡Para ya!

Me aparté de ella y ahogué las risas con el vino. —Bueno, los dos nos alegramos de que llegaras, de todas formas.

—Alguien tenía que hacer de canguro, ¿no?

Abrí mucho los ojos mirando a Cal antes de volver a mirar a Jean. —¡Eh! Eso es una gran…

—¡No, no, no! —dijo, luciendo su manicura recién hecha—. No pienso cambiar pañales sucios con estas preciosidades.

Llegó la bandeja: gambas, almejas, lubina a la brasa, arroz y algo que Cal no supo identificar pero que atacó igualmente. Comimos sin miramientos y hablamos de cosas sin importancia: si la presión de la ducha de la villa era aceptable, si Megan dormiría toda la noche y, lo más divertido, si Jean debería descargarse una app de citas. La mera sugerencia de que se rebajara a tanto fue recibida con un nivel de agresividad que ya esperábamos de Jean, pero no podía culparla. Yo tenía unas tres aplicaciones en mi móvil nuevo, y solo tenía los datos activados porque Cal me había convencido.

—¡Mama! —balbuceó Megan.

—¡Uh-oh, la pequeña aguafiestas! —anunció Jean.

Me incliné y le quité la patata frita de la mano, pero al acercarme me llegó un olor que me quitó las ganas de seguir comiendo.

—Hablando de eso… —dije, mirando a Cal.

—Yo me encargo —dijo, limpiándose las manos y la boca con la servilleta—. Soy el amo de la caca.

—Qué asco —soltó Jean, sin pensar.

Me reí para mis adentros mientras lo veía desabrochar a Megan y llevársela dentro, intentando desesperadamente averiguar cómo se decía «cambiador de bebés» en portugués.

—¿Cómo vais, por cierto? —preguntó Jean, haciendo girar el vino en la copa—. No hemos tenido ocasión de hablar.

—Bien. —Sonreí—. Mejor que bien, la verdad.

—¿Alguna noticia de Florence?

Se me quedó la cara en blanco. —No. Nada.

—Espero que le haya tocado una compañera de celda enorme y que esté pagando por lo que os hizo a los dos.

Suspiré. —Si conozco a Florence tan bien como creo, a estas alturas ya estará mandando en la cárcel.

El sol empezaba a descender hacia el horizonte, tiñéndolo todo de dorado. Jean apuntó con el móvil hacia la mesa y levantó su copa, y yo hice lo mismo. Sacó una docena de fotos en medio segundo y se puso enseguida a elegir la mejor para sus redes. Yo volví a mirar hacia el agua, preguntándome cómo serían las vistas de Florence. Si hubiera algo de justicia en el mundo, sus vistas serían un cielo gris, alambre de espino y, para rematar, con vistas a los contenedores de basura.

El móvil me vibró en el bolsillo. Esperaba un SOS de Cal desde los baños, pero no era él.

Recompensa completada.

FIN


UN THRILLER PSICOLÓGICO DE
PHILIP ANTHONY SMITH
TOMO 1
LA NOVIA
LA
DESAPARICIÓN
DE LA NOVIA
DEBERÍA HABER SIDO EL DÍA MÁS FELIZ DE SU VIDA...
TÍTULO ORIGINAL: THE FORGOTTEN BRIDE

PRÓLOGO

OLIVIA – 2014

Bueno, *joder*, ¡allá vamos! ¿Quién habría pensado que yo, la británica pálida y descaradamente malhablada de siempre, estaría merodeando fuera de una iglesia californiana bajo un sol de justicia, esperando casarme con el hombre de mis sueños? Desde luego, yo no.

Sabía que Nathaniel, mi futuro marido americano, buenorro, probablemente estaría hecho un manojo de nervios ahí dentro, esperando tenso a que yo cruzara las puertas con mi vestido de segunda mano y avanzara por el pasillo hacia él. A diferencia de él, yo no estaba nerviosa, ni un poquito, y ni siquiera tenía la más mínima duda puñetera que me frenara. Todas y cada una de mis incertidumbres habían quedado aplastadas hacía tiempo por los increíbles diez años que ya había pasado con él, y, solo por razones prácticas, habíamos pospuesto este día más veces de las que puedo contar. No era exactamente la boda de mis sueños, pero, dicho eso, yo nunca había soñado realmente con casarme, y lo hicimos todo con un presupuesto ajustadísimo por el único motivo que de verdad le importaba a cualquiera de los dos: *amor*.

Tierno, ¿no?

Éramos una familia de artistas torturados, y la creatividad nos corría por las venas, pero, por desgracia para nosotros, el éxito no. Yo hacía de escritora sobreexplotada y mal pagada, vendiendo sin parar mi última novela corta o relato a posibles editoriales y librerías independientes, mientras que mi futuro marido era el artista que luchaba por salir adelante, intentando colocar su óleo sobre lienzo más reciente en los moteles o cafés de la zona. No sorprenderá a nadie que ninguno de los dos caminos profesionales nos diera mucho dinero, pero era un trabajo hecho con cariño, y entre los dos conseguíamos salir adelante.

Cuando nuestra hija de seis años, Aurora, llegó inesperadamente, nuestra sorprendente incursión en la paternidad tensó nuestras finanzas casi hasta el punto de ruptura, y esa es, en gran medida, la razón por la que la boda se aplazaba eternamente. Por suerte, nunca anhelamos nada material; yo sería perfectamente feliz con escribir y ver a nuestra hija jugar en nuestro jardín todo el día.

Durante años, juntamos cada dólar que nos sobraba, y aunque el lugar de la boda era lo único que podíamos permitirnos, a su manera, seguía siendo completamente impresionante. Sacada de una postal, la diminuta capilla blanca estaba plantada justo en medio de un prado de un verde delicioso, y los sicomoros enormes que se mecían suavemente con el viento detrás solo añadían majestuosidad. El magnífico concierto matinal de trinos alegres que llenaba el valle se veía acompañado por la brisa refrescante ocasional, que

traía consigo aromas embriagadores de flores y miel dulce, y yo cerré los ojos e inhalé su serenidad pura. El viento arreció un poco, lo que hizo que mi vestido se hinchara, y me costó mantenerlo todo en su sitio mientras alzaba la vista, con nostalgia, intentando ver una sola nube en el cielo.

En resumen, era jodidamente precioso.

El sol sin obstáculos calentaba mi cara marfil y, aunque era inusualmente benigno para esta época del año en California, el calor inamovible seguía siendo demasiado intenso para mi pálida complexión británica. Pensé que, después de ocho años viviendo aquí, me habría aclimatado, pero el sol obstinado seguía siendo tan implacable como el día que me bajé del avión. Para no freírme como un vampiro, me moví deprisa hacia la sombra para escapar de los rayos castigadores y me apoyé en la pared de la capilla, esperando con impaciencia a que empezara todo. Golpeé con irritación el revestimiento de madera de la capilla con mis zapatos prestados y hechos polvo, y aunque no estaba como para opinar de apariencias, no pude evitar pensar que había algo profundamente ordinario en construir una casa de Dios con tablones.

En Inglaterra, las iglesias parecían llevar en pie miles de años o más, y el olor húmedo pero polvoriento que te golpeaba al entrar daba fe de ello. Las iglesias siempre me daban repelús, y se me erizaba la piel en cuanto ponía un pie dentro. Mis padres siempre fueron creyentes firmes y, cuando todavía seguían vivos, solíamos ir a la iglesia a menudo. Mientras seguía mirando al cielo, por una fracción de segundo, mi mente atea e inamovible se preguntó si de algún modo me estarían observando desde arriba y si se sentirían orgullosos de mí o no. También pregunté sin pensar si *Él* estaba con ellos, qué le parecía al grandullón nuestra elección de lugar y si *Él* tenía alguna opinión sobre que nos casáramos.

Bueno, a ver…

Tuvimos sexo antes del matrimonio *con frecuencia*, así que, según la Biblia, técnicamente soy una puta, y tener un hijo fuera del matrimonio seguramente me dio el doble de puntos de pecado. Bebía demasiado, fumaba a escondidas y había muy pocas palabrotas que no me sintiera cómoda usando, incluso en una conversación educada. Y lo más condenatorio de todo, supongo: era una descreída y no he tenido fe en Dios ni un solo segundo de mi vida. Para colmo, cuando el sacerdote que iba a casarnos me preguntó si era católica, yo sonreí encantada y asentí, así que eso también me convierte en una mentirosa. Solo esperaba que *Él* no estuviera en casa cuando entrara por esas puertas, avergonzada, y que no ardiera espontáneamente en una bola de llamas castigadoras en cuanto mi pie cruzara el umbral.

Mi hilo de pensamientos me estaba poniendo los pelos de punta y, mientras me palpaba inútilmente intentando encontrar la cajetilla escondida de cigarrillos que solía guardar para emergencias, la falta de bolsillos en mi vestido se hizo dolorosamente evidente y mi búsqueda fue infructuosa. Oí

cómo las puertas de la iglesia se abrían con un crujido ominoso, y nuestra preciosa hija salió disparada por ellas en un estallido histérico de energía.

—¡Mamá! ¡Estás preciosa! —chilló emocionada con una voz aguda.

—Gracias, Aurora, ¡tú también! —dije entusiasmada.

—¿Vas a casarte ya con papá o qué? —preguntó con severidad, con las manos en las caderas.

—Estoy esperando a que me des la señal para entrar, cariño. ¿Te acuerdas de tu trabajo?

—Venir a por ti, bajar por el pasillo y tirar pétalos. No es ciencia espacial, mamá.

—*¿No es ciencia espacial?* —me burlé con cariño mientras me agachaba a su altura—. ¿Quién te ha enseñado eso? —añadí.

—El tío Al se lo dijo a papá cuando le estaba anudando la corbata.

—Sí, siempre fue un desastre con eso, cariño.

Oí el roce distante de un coche avanzando por el camino de grava hacia la iglesia y, al girar la cabeza para mirarlo, me hicieron ráfagas de luces como locos. No reconocí de inmediato el vehículo blanco, pero deduje que probablemente sería alguien que llegaba tarde, así que les saludé feliz de todas formas.

—Mejor entra y practica otra vez, cielo —empecé con cariño al ponerme de pie—, esto va a empezar pronto.

—¡Lo haré! —exclamó Aurora, y volvió brincando alegremente a la iglesia.

El coche desconocido se detuvo en el aparcamiento, la puerta del lado del conductor se abrió de golpe, y una de mis amigas más antiguas de Inglaterra, Stacey, salió con un bailecito alegre. Ella seguía viviendo en el lúgubre Londres, y no la había visto en años, así que eché a correr tan rápido como me lo permitió el vestido ondeante para salir a su encuentro.

—¡Dios mío, Stace, estás jodidamente sexy! ¿Intentas eclipsarme el día de mi boda? ¡Cabrona! —me reí mientras la rodeaba con los brazos.

—Gracias. ¿Me encanta tu vestido...? —se entusiasmó con fingida emoción, alzando la entonación.

—Oh, venga ya, ¿este modelito de tienda benéfica de segunda mano? No seas mala —repliqué con un desprecio fingido mientras tiraba del vestido.

—En serio, estás preciosa, Olivia. ¡No me creo que te vayas a casar! ¡Siento que no te veo desde hace siglos!

—Aun así, fiel a tu estilo, ¡consigues llegar jodidamente tarde!

—Oh, venga, una perfección como esta lleva tiempo —dijo, dando una vuelta glamorosa.

—Merece la pena —dije, babeando de broma mientras chasqueaba la lengua.

—Liv, te he echado de menos. Londres es tan solitario sin ti —dijo mientras me abrazaba con fuerza.

—Yo también te he echado de menos.

—¡Estoy tan celosa! ¿Cuándo me vas a buscar un yanqui majo para darle caña? —bromeó con el labio inferior tembloroso.

—¡Nunca, si sigues hablando así!

—¿Hay algún padrino buenorro al que deba echarle el ojo?

—Es una boda pequeña. El único tipo soltero es el padrino, Alexander, y supongo que está disponible.

—Alexander… No me acuerdo de él. ¿Está bueno?

—No es mi tipo, pero es de fiar. Solo sé delicada con él, ¿vale? —me reí.

—Sabes que no puedo prometer eso —murmuró mientras se arreglaba el pelo con el viento—. ¿Cuándo empieza todo esto entonces?

—Bueno, según Aurora, Nath tiene un problema con la corbata, de ahí el retraso.

—¡Catástrofe! ¡Cancela todo! —bromeó Stacey.

—Oye, ¿no tendrás un cigarrillo que me puedas dar? —susurré con descaro mientras me acercaba.

—*¿Pedir un cigarrillo?* Pensé que habrías cambiado después de casi una década aquí.

—Es una ocasión especial —dije mientras me sujetaba el vestido con las manos y una sonrisa traviesa.

—¿Y yo que pensaba que lo habías dejado por Nath?

—Como he dicho: una ocasión especial.

—Bueno, pero no le digas que yo fui quien te dio uno —advirtió mientras rebuscaba en su bolso antes de sacar una cajetilla y tenderme un cigarrillo—. Ya sé lo que piensa de eso.

—¿Y el mechero? —dije, con la mano extendida.

—Jesucristo, es como si volviéramos a la uni.

—Vaya, afloja con la blasfemia. Esa es la casa de Dios, ahí.

Stacey me pasó el mechero mientras negaba con la cabeza, juzgándome, y, cuando oí de nuevo las puertas de la iglesia abrirse lentamente a mis espaldas con un crujido, me guardé torpemente el material de fumar prestado en la liga para mantenerlo oculto. Me giré con cara de inocencia, como si no hubiera pasado nada, y casi estallé en carcajadas cuando vi a Nathaniel caminando hacia mí con las manos sobre los ojos, guiado con cuidado por Alexander.

—¿Qué coño estás haciendo? —pregunté entre una risa contenida.

—Da mala suerte ver a la novia antes de la boda —murmuró Nathaniel con miedo.

—No seas imbécil —me reí mientras le apartaba las manos de la cara, y él abrió los ojos a regañadientes, con la mandíbula por los suelos.

—Dios mío, Olivia, estás increíble —dijo Nathaniel con lágrimas en los ojos.

—Gracias —sonreí.

—Houston, tenemos un problema —anunció Alexander con sorna, señalando la corbata del novio.

—¿Ah, sí? —pregunté.

—¡Mi corbata es demasiado corta! Se ve ridícula —explicó Nathaniel mientras la sujetaba.

Me coloqué detrás de él, deshice rápido su corbata para volver a anudarla con la longitud correcta y luego regresé a mi posición delante de él para inspeccionar mi trabajo.

—Ahí lo tienes —empecé con una sonrisa—. Ahora, ¿podemos casarnos, por favor, antes de que acabe hecha una pasa?

—Sí. Te veo dentro —dijo Nathaniel con una sonrisita mientras me daba un beso cariñoso en la mejilla—. Te quiero.

—Yo también te quiero.

En cuanto se dieron la vuelta, recuperé sigilosamente el cigarrillo y el mechero de mi liga y los observé pensativa mientras se reían y bromeaban emocionados durante el corto camino de vuelta a la capilla. Stacey se lamió el dedo y se lo plantó dramáticamente en el hombro a Alexander mientras chasqueaba la lengua, fingiendo que estaba al rojo vivo, y yo solté una carcajada sonora. Nathaniel la oyó y volvió a girarse mientras caminaba para saludarme con la mano, con una sonrisa radiante cruzándole la cara. Cuando entraron por las puertas y se cerraron detrás de ellos con un golpe seco, encendí de inmediato el cigarrillo que Stacey me había dado y empecé a caminar hacia la capilla para volver a la sombra y disfrutar de mi último cigarrillo como mujer soltera.

Dejando a un lado las bromas y las vulgaridades gratuitas, adoraba a ese hombre increíble con cada fibra de mi corazón, y aunque sé que tiré la prudencia por la ventana cuando abandoné mi antigua vida por él, aquel riesgo enorme había salido espectacularmente bien, más allá de mis sueños más salvajes. Nunca había deseado tanto algo ni había estado tan segura de una decisión que cambiaba la vida, y, dejando aparte el nacimiento de nuestra hija, puedo decir sinceramente que aquella mañana fuera de la iglesia fue el momento más feliz que había vivido. Teníamos a nuestra niña asombrosamente preciosa, nuestras vidas por fin empezaban a encajar y, al fin y al cabo, estábamos encontrando nuestro sitio en el mundo. Estaba al borde mismo de tener todo lo que siempre había deseado y quería saborear cada momento delicioso porque sabía que Aurora vendría a por mí en cualquier segundo y yo por fin caminaría por el pasillo.

Mientras daba las últimas caladas al cigarrillo prestado, oí unos pasos inesperados aplastando la grava lentamente detrás de mí. El ruido me sobresaltó, y aparté a toda prisa el cigarrillo de mis labios y lo tiré al suelo para girarme y ver quién era, pero antes de poder hacerlo, noté una mano enguantada agarrándome con fuerza el hombro desnudo y tirando de mí hacia atrás con violencia.

¡Paf!

Sin previo aviso, algo me golpeó, y fuera lo que fuera lo que me dio en un lado de la cabeza era lo bastante pesado como para tumbarme con facilidad, haciéndome caer de golpe sobre las piedras. El golpe inicial bastó para que perdiera por completo el sentido de la orientación; un zumbido

agudo me taladraba los oídos y la sangre empezó a brotar de la raja en mi mejilla. Mientras, aturdida, intentaba incorporarme del suelo, llegó otro impacto brutal, que me dejó KO mientras mi cara era empujada con saña de vuelta contra la grava.

En mi confusión creciente, las manos enfundadas se cerraron con brusquedad alrededor de mis tobillos y empezaron a arrastrarme violentamente por la esquina de la capilla mientras yo agitaba brazos y piernas sin eficacia para intentar zafarme. De repente, un peso enorme cayó encima de mí, y una de esas manos me forzaba sin descanso un lado de la cara contra la arenilla mientras la otra apretaba sin piedad un trapo asqueroso contra mi boca abierta. Antes incluso de pensar en apartarlo, no pude evitar inhalar una bocanada de los químicos con los que estaba empapada la tela, y el olor húmedo, dulzón y nauseabundo me recubrió rápido las vías respiratorias. Aunque no tenía ni idea de qué cojones estaba pasando cuando empecé a sentirme desfallecer, sabía que estaba luchando por mi vida, y seguí intentando desesperadamente sacudirme esas manos que me inmovilizaban.

Hubo una breve oportunidad de pedir ayuda cuando las puertas de la capilla volvieron a crujir al abrirse, e intenté gritar a través del trapo empapado tan fuerte como mi fuerza física menguante me lo permitía, pero el sonido amortiguado no fue ni de lejos lo bastante alto como para que lo oyera nadie más que quien me atacaba. Convulsioné todo el cuerpo y arañé la tierra con la poca energía que me quedaba para intentar salir de la esquina del edificio y, con suerte, volverme visible para quienquiera que hubiera salido por las puertas. Quien me atacaba era fuerte, mucho más que yo, y en mi estado debilitado, me arrastró aún más hacia las sombras, lejos de la seguridad del sol.

—¡Ya es la hora! —oí gritar a Aurora con una alegría melodiosa desde la esquina mientras mis extremidades empezaban a agotarse, mis párpados pesaban cada vez más y supe que estaba a instantes de sucumbir a la sustancia de olor nauseabundo que había inhalado involuntariamente por la nariz.

—¿Mamá? —gritó angustiada antes de que yo quedara flácida, dejara de luchar y me deslizara a regañadientes hacia la inconsciencia.

LA DESAPARICIÓN DE LA NOVIA



Hace diez años, Olivia Lakewell desapareció el día de su boda: se esfumó sin dejar rastro a la salida de una capilla californiana bañada por el sol.

Durante una década la mantuvieron encerrada en un búnker subterráneo, sometida a una manipulación cruel y a un terror psicológico constante por parte de un monstruo sin rostro que nunca quiso decirle por qué.

Ahora, Olivia ha logrado escapar.

Pero la libertad no se parece en nada a lo que había imaginado. Su prometido ha pasado página, su hija apenas la recuerda y su vida —antes llena de planes— es solo un eco de lo que fue. Mientras intenta recuperar lo que le arrebataron, se mete de lleno en un laberinto de secretos, traiciones y un peligro que sigue al acecho. ¿Quién la secuestró? ¿Por qué la mantuvo con vida? ¿Y de verdad ha terminado la pesadilla?

geni.us/**lanovia-un**

GRACIAS

Hola, fan del thriller:

Lo primero, gracias de corazón por elegir leer uno de mis libros. Tu apoyo significa muchísimo para mí... y también para mi pequeña familia, que me anima desde la barrera.

Como autor autopublicado que aún está dando sus primeros pasos, cada lector cuenta más de lo que puedo explicar. Si has disfrutado la historia, puedes estar al tanto de las novedades siguiéndome en Amazon. Es tan fácil como escanear el código de abajo con el móvil y pulsar «Seguir».



Y si te apetece, también puedes escribirme directamente a twist@philipanthonysmith.com. Respondo personalmente a todos los mensajes y me encanta charlar con alguien que disfruta del thriller tanto como yo.

Hasta la próxima,

Phil

author.to/**philipanthonysmith**


UN LIBRO GRATIS
Harry y Amelia empiezan su matrimonio como sueñan todos los recién casados: perdidamente enamorados y con una ilusión enorme. Tras años de soledad y a punto de rendirse, Amelia encuentra en Harry justo lo que le faltaba: esperanza.
Se mudan a Manchester para echar raíces, pero cuando les cuesta tener un hijo la ansiedad de Amelia se dispara… hasta que Harry demuestra que no piensa marcharse. Entonces llega la tragedia: Harry muere en un accidente durante un viaje de regreso a su pueblo natal, Filey, y Amelia queda hecha añicos.
Por recomendación de su cuñada, Amelia contacta con un médium enigmático, James, que le advierte de que su muerte no fue un accidente. Siguiendo su pista, Amelia tira del hilo entre maldad, engaños y violencia en busca de una sola respuesta:
¿Qué le ocurrió a Harry?
Escanea este código con a cámara de tu móvil.
philipanthonysmith.com/un-libro-gratis

¿VAMOS A POR MÁS?

Visita la nueva estantería interactiva de mi web y descubre tu próxima lectura de infarto.



Escanea este código con a cámara de tu móvil.

philipanthonysmith.com/**biblioteca**

¿QUÉ TE HA PARECIDO?

Soy un autor autopublicado y las reseñas escritas son clave para que lectores como tú encuentren mis historias entre los millones de títulos que hay en Amazon.

Si has disfrutado la historia, te agradecería muchísimo que, en lugar de dejar solo una valoración, escribieras una reseña (aunque sea de una sola palabra) desde el móvil o el ordenador. No sabes lo que me alegra el día cuando veo que llega una nueva.

Escanea este código con a cámara de tu móvil.

viewbook.at/**lcp-critica**

© 2025 Philip Anthony Smith. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin la autorización previa y por escrito del autor.

Esta obra es una ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares y acontecimientos —salvo aquellos claramente pertenecientes al dominio público— son fruto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales o fallecidas, hechos o lugares reales es pura coincidencia.

El autor se identifica como autor de la presente obra.